

The Project Gutenberg eBook of Don Quijote, by Miguel de Cervantes Saavedra

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org). If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

Title: Don Quijote

Author: Miguel de Cervantes Saavedra

Release Date: December, 1999 [eBook #2000]  
[Most recently updated: January 2, 2020]

Language: Spanish

Character set encoding: UTF-8

Produced by: an anonymous Project Gutenberg volunteer and Joaquin Cuenca Abela

\*\*\* START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK DON QUIJOTE \*\*\*

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

TASA

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fe que, habiendo visto por los señores de un libro intitulado El ingenioso hidalgo de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís y medio; el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel; y dieron licencia para que a este precio se pueda vender, y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho

libro, y no se pueda vender sin ella. Y, para que dello conste, di la presente en Valladolid, a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años.

Juan Gallo de Andrada.

#### TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

Este libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original; en testimonio de lo haber correcto, di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de diciembre de 1604 años.

El licenciado Francisco Murcia de la Llana.

#### EL REY

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado El ingenioso hidalgo de la Mancha, el cual os habíades costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premissa últimamente por nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíades mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razón; y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro, intitulado El ingenioso hidalgo de la Mancha, que desuso se hace mención, en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho día de la data desta nuestra cédula; so pena que la persona o personas que, sin tener vuestro poder, lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mesmo caso pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos della; y más, incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha

pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra C<sup>o</sup>mará, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Con tanto que todas las veces que hubiÈredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez a<sup>o</sup>s, le traig<sup>is</sup> al nuestro Consejo, juntamente con el original que en Èl fue visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin dÈl de Juan Gallo de Andrada, nuestro Escribano de C<sup>o</sup>mará, de los que en Èl residen, para saber si la dicha impresi<sup>o</sup>n est<sup>e</sup> conforme el original; o traig<sup>is</sup> fe en p<sup>u</sup>blica forma de c<sup>o</sup>mo por corretor nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigi<sup>o</sup> la dicha impresi<sup>o</sup>n por el original, y se imprimi<sup>o</sup> conforme a Èl, y quedan impresas las erratas por Èl apuntadas, para cada un libro de los que asì fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volume hubiÈredes de haber. Y mandamos al impresor que asì imprimiere el dicho libro, no imprima el principio ni el primer pliego dÈl, ni entregue m<sup>o</sup>s de un solo libro con el original al autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correcci<sup>o</sup>n y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro estÈ corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y, estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cÈdula y la aprobaci<sup>o</sup>n, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y premiticas destes nuestros reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras cualesquier justicias dellos, guarden y cumplan esta nuestra cÈdula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veinte y seis d<sup>as</sup> del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuatro a<sup>o</sup>s.

YO, EL REY.

Por mandado del Rey nuestro se<sup>o</sup>or:

Juan de Amezqueta.

AL DUQUE DE B<sup>o</sup>JAR,

marquÈs de Gibrale<sup>o</sup>n, conde de Benalc<sup>o</sup>zar y Ba<sup>o</sup>ares, vizconde de La Puebla de Alcocer, se<sup>o</sup>or de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar a luz al Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, o se parecen seguramente en el juicio de algunos que, contiéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que, poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñaré la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra.

PR"LOGO

Desocupado lector: sin juramento me podré creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podré engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendrará en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el

amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas,  
antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por  
agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de  
Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi  
con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres; y ni eres su  
pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío  
como el m's pintado, y est's en tu casa, donde eres señor della, como el  
rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice: que debajo de mi  
manto, al rey mato. Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y  
obligación; y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien  
que dijeres della.

Sólo quisiera d'rtela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la  
innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios  
que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó alg'n trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer  
esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille,  
y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y, estando una suspenso,  
con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano  
en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó  
la causa; y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que  
había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que  
ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

-Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el que dir' el antiguo  
legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha

que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años  
a  
cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención,  
menguada  
de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina; sin  
acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro,  
como veo  
que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos  
de  
sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de  
filósofos, que  
admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos,  
eruditos  
y elocuentes? ¿Pues qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán  
sino  
que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando  
en  
esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un  
enamorado  
destruido y en otro hacen un sermón cico cristiano, que es un contento  
y un  
regalo oírle o leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni  
tengo  
qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué  
autores  
sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las  
letras  
del A.B.C., comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en  
Zóilo o  
Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro. También ha de  
carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos  
autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas  
celebrados; aunque, si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos,  
yo  
sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos  
que  
tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío -  
proseguí-,  
yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus  
archivos en  
la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas  
como  
le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi  
insuficiencia  
y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de  
andarme  
buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí  
nace la  
suspensión y elevamiento, amigo, en que me hallastes; bastante causa  
para  
ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo:

-Por Dios, hermano, que agora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero agora veo que est·is tan lejos de serlo como lo est· el cielo de la tierra. ¿Cūmo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿QuerÈis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y verÈis cūmo, en un abrir y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decìs que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballerìa andante.

-Decid -le repliquÈ yo, oyendo lo que me decìa-: ¿de quÈ modo pens·is llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusiûn?

A lo cual Èl dijo:

-Lo primero en que repar·is de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mesmo tomÈis alg'n trabajo en hacerlos, y despuÈs los podÈis bautizar y poner el nombre que quisiÈredes, ahij·ndolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sÈ que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrs os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dÈ dos maravedìs; porque, ya que os averig·en la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

ªEn lo de citar en las m·rgenes los libros y autores de donde sac·redes las

sentencias y dichos que pusieredes en vuestra historia, no hay más sino hacer, de manera que venga a pelo, algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscalles; como ser: poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratades del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,  
Regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tanto de curiosidad, y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios: Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Si tratades de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: De corde exeunt cogitationes malae. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,  
tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.

<sup>a</sup>En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera: si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golias, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: El gigante Golias, o Goliath, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el Libro de los Reyes, en el capítulo que vos hallades que se escribe. Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréis luego con otra famosa anotación, poniendo: El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar oceano, besando los



muros de la famosa ciudad de Lisboa; y es opinión que tiene las arenas de oro, etc. Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os daré gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, topareis con León Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, Del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear en tal materia. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto a tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

¶Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y, cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra

los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y, pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzareis y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzareis, no habrías alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo; en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar

tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opini n, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballer as est n esparcidas.

Y con esto, Dios te d e salud, y a mí no olvide. Vale.

#### AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Urganda la desconocida  
Si de llegarte a los bue-,  
libro, fueres con letu-,  
no te dir  el boquirru-  
que no pones bien los de-.  
Mas si el pan no se te cue-  
por ir a manos de idio-,  
verás de manos a bo-,  
aun no dar una en el cla-,  
si bien se comen las ma-  
por mostrar que son curio-.  
Y, pues la experiencia ense-  
que el que a buen árbol se arri-  
buena sombra le cobi-,  
en Béjar tu buena estre-  
un árbol real te ofre-  
que da pr ncipes por fru-,  
en el cual floreció un du-  
que es nuevo Alejandro Ma-:  
llega a su sombra, que a osa-  
favorece la fortu-.  
De un noble hidalgo manche-  
contarás las aventu-,  
a quien ociosas letu-,  
trastornaron la cabe-:  
damas, armas, caballe-,  
le provocaron de mo-,  
que, cual Orlando furio-,  
templado a lo enamora-,  
alcanz  a fuerza de bra-  
a Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglî-  
estampes en el escu-,  
que, cuando es todo figu-,  
con ruines puntos se envi-.  
Si en la direcciÛn te humi-,

no dir', mofante, algu-:  
' '°QuÈ don ;lvaro de Lu-,  
quÈ Anibal el de Carta-,  
quÈ rey Francisco en Espa-  
se queja de la Fortu-!''  
Pues al cielo no le plu-  
que salieses tan ladi-  
como el negro Juan Lati-,  
hablar latines reh'-.  
No me despuntes de agu-,  
ni me alegues con filÛ-,  
porque, torciendo la bo-,  
dir' el que entiende la le-,  
no un palmo de las ore-:  
' '°Para quÈ conmigo flo-?''  
No te metas en dibu-,  
ni en saber vidas aje-,  
que, en lo que no va ni vie-,

pasar de largo es cordu-.  
Que suelen en caperu-  
darles a los que grace-;  
mas t' quÈmate las ce-  
sÛlo en cobrar buena fa-;  
que el que imprime neceda-  
dalas a censo perpe-.  
Advierte que es desati-,  
siendo de vidrio el teja-,  
tomar piedras en las ma-  
para tirar al veci-.  
Deja que el hombre de jui-,  
en las obras que compo-,  
se vaya con pies de plo-;  
que el que saca a luz pape-  
para entretener donce-  
escribe a tontas y a lo-.

#### AMADÛS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

##### Soneto

T', que imitaste la llorosa vida  
que tuve, ausente y desdeÒado sobre  
el gran ribazo de la PeÒa Pobre,  
de alegre a penitencia reducida;  
t', a quien los ojos dieron la bebida

de abundante licor, aunque salobre,  
y alzándote la plata, estaño y cobre,  
te dio la tierra en tierra la comida,  
vive seguro de que eternamente,  
en tanto, al menos, que en la cuarta esfera,  
sus caballos aguije el rubio Apolo,  
tendr's claro renombre de valiente;  
tu patria ser' en todas la primera;  
tu sabio autor, al mundo 'nico y solo.

DON BELIANÓS DE GRECIA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Rompì, cortÈ, abollÈ, y dije y hice  
m's que en el orbe caballero andante;  
fui diestro, fui valiente, fui arrogante;  
mil agravios venguÈ, cien mil deshice.  
Hazañas di a la Fama que eternice;  
fui comedido y regalado amante;  
fue enano para mÌ todo gigante,  
y al duelo en cualquier punto satisfice.  
Tuve a mis pies postrada la Fortuna,  
y traje del copete mi cordura  
a la calva OcasiÙn al estricote.  
M's, aunque sobre el cuerno de la luna  
siempre se vio encumbrada mi ventura,  
tus proezas envidio, °oh gran Quijote!

LA SE-ORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

Soneto

°Oh, quiÈn tuviera, hermosa Dulcinea,  
por m's comodidad y m's reposo,  
a Miraflores puesto en el Toboso,  
y trocara sus Londres con tu aldea!  
°Oh, quiÈn de tus deseos y librea  
alma y cuerpo adornara, y del famoso  
caballero que hiciste venturoso  
mirara alguna desigual pelea!  
°Oh, quiÈn tan castamente se escapara  
del seÒor AmadÌs como t' hiciste  
del comedido hidalgo don Quijote!  
Que asÌ envidiada fuera, y no envidiara,  
y fuera alegre el tiempo que fue triste,  
y gozara los gustos sin escote.

GANDALÓN, ESCUDERO DE AMADÓS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto

Salve, varÛn famoso, a quien Fortuna,  
cuando en el trato escuderil te puso,  
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,  
que lo pasaste sin desgracia alguna.  
Ya la azada o la hoz poco repugna  
al andante ejercicio; ya est' en uso  
la llaneza escudera, con que acuso  
al soberbio que intenta hollar la luna.  
Envidio a tu jumento y a tu nombre,  
y a tus alforjas igualmente invidio,  
que mostraron tu cuerda providencia.  
Salve otra vez, °oh Sancho!, tan buen hombre,  
que a solo t' nuestro espaOl Ovidio  
con buzcrona te hace reverencia.

#### DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude-  
del manchego don Quijo-.  
Puse pies en polvo-,  
por vivir a lo discre-;  
que el t'cito Villadie-  
toda su razÛn de esta-  
cifrÛ en una retira-,  
seg'n siente Celesti-,  
libro, en mi opiniÛn, divi-  
si encubriera m's lo huma-.  
A Rocinante  
Soy Rocinante, el famo-  
bisnieto del gran Babie-.  
Por pecados de flaque-,  
fui a poder de un don Quijo-.  
Parejas corrì a lo flo-;  
mas, por uÒa de caba-,  
no se me escapÛ ceba-;  
que esto saquÈ a Lazari-  
cuando, para hurtar el vi-  
al ciego, le di la pa-.

#### ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

##### Soneto

Si no eres par, tampoco le has tenido:  
que par pudieras ser entre mil pares;  
ni puede haberle donde t' te hallares,  
invito vencedor, jam's vencido.  
Orlando soy, Quijote, que, perdido  
por AngÈlica, vi remotos mares,  
ofreciendo a la Fama en sus altares  
aquel valor que respetÛ el olvido.

No puedo ser tu igual; que este decoro  
se debe a tus proezas y a tu fama,  
puesto que, como yo, perdiste el seso.  
Mas serlo has mïo, si al soberbio moro  
y cita fiero domas, que hoy nos llama  
iguales en amor con mal suceso.

#### EL CABALLERO DEL FEBO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

##### Soneto

A vuestra espada no igualÛ la mïa,  
Febo espaol, curioso cortesano,  
ni a la alta gloria de valor mi mano,  
que rayo fue do nace y muere el dïa.  
Imperios despreciÈ; la monarquïa  
que me ofreciÛ el Oriente rojo en vano  
dejÈ, por ver el rostro soberano  
de Claridiana, aurora hermosa mïa.  
AmÈla por milagro ñnico y raro,  
y, ausente en su desgracia, el propio infierno  
temiÛ mi brazo, que domÛ su rabia.  
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,  
por Dulcinea sois al mundo eterno,  
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

#### DE SOLISD;N A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

##### Soneto

Maguer, seor Quijote, que sandeces  
vos tengan el cerbelo derrumbado,  
nunca serÈis de alguno reprochado  
por home de obras viles y soeces.  
Ser ñn vuestas fazaõas los joeces,  
pues tuertos desfaciendo habÈis andado,  
siendo vegadas mil apaleado  
por follones cautivos y raheces.  
Y si la vuesa linda Dulcinea  
desaguisado contra vos comete,  
ni a vuestas cuitas muestra buen talante,  
en tal desm ñn, vueso conorte sea  
que Sancho Panza fue mal alcag,ete,  
necio Èl, dura ella, y vos no amante.

#### DI;LOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

##### Soneto

B. ¿CÙmo est ñis, Rocinante, tan delgado?  
R. Porque nunca se come, y se trabaja.  
B. Pues, ¿quÈ es de la cebada y de la paja?

R. No me deja mi amo ni un bocado.  
B. And·, se·or, que est·is muy mal criado,  
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.  
R. Asno se es de la cuna a la mortaja.  
¿QuerÈislo ver? Miraldo enamorado.  
B. ¿Es necedad amar? R. No es gran prudencia.  
B. Metafìsico est·is. R. Es que no como.  
B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.  
¿CÙmo me he de quejar en mi dolencia,  
si el amo y escudero o mayordomo  
son tan rocines como Rocinante?

Primera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Capìtulo primero. Que trata de la condiciÙn y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivìa un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocìn flaco y galgo corredor. Una olla de algo m·s vaca que carnero, salpicÙn las m·s noches, duelos y quebrantos los s·bados, lantejas los viernes, alg·n palomino de a·adidura los domingos, consumìan las tres partes de su hacienda. El resto della concluìan sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dÌas de entresemana se honraba con su vellorÌ de lo m·s fino. Tenìa en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asÌ ensillaba el rocìn como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta aÙos; era de complexiÙn recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenìa el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque, por conjeturas verosÌmiles, se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narraciÙn dÈl no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba



ocioso, que eran los m's del aõo, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía: ...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar -que era hombre docto, graduado en Sigüenza-, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula,

porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galatón, al ama que tenía, y aun a su sobrina de aodadura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo

gènero de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde,  
acabndolos,  
cobrase eterno nombre y fama. Imaginbase el pobre ya coronado por el  
valor  
de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos  
tan  
agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos  
sentía, se  
dio prisa a poner en efeto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus  
bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos  
había que  
estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo  
mejor  
que pudo, pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían  
celada de  
encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de  
cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión,  
hacían  
una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era  
fuerte y  
podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos  
golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en  
una  
semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho  
pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo,  
poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que Él  
quedó  
satisfecho de su fortaleza; y, sin querer hacer nueva experiencia  
della, la  
diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y, aunque tenía más cuartos que un real y  
más  
tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le  
pareció  
que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con Él se  
igualaban.  
Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque,  
según  
se decía Él a sí mismo, no era razón que caballo de caballero tan  
famoso, y  
tan bueno Él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba  
acomodarse de manera que declarase quién había sido, antes que fuese  
de  
caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en  
razón  
que, mudando su señor estado, mudase Él también el nombre, y le  
cobrase  
famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo  
ejercicio

que ya profesaba. Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin

le vino a llamar Rocinante: nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora

era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo,

y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don

Quijote; de donde -como queda dicho- tomaron ocasión los autores desta tan

verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada,

como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no

sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el

nombre de su reino y patria, por Hepila famosa, y se llamó Amadís de Gaula,

así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al

vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra

cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante

sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase Él

a sí:

-Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por

ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o,

finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga

con voz humilde y rendido: 'Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Ínsula Malindrana, a quien vencí en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me

mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza

disponga de mí a su talante'?

°Oh, cūmo se holgū nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y m's cuando hallū a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habìa una moza labradora de muy buen parecer, de quien Èl un tiempo anduvo enamorado, aunque, seg'n se entiende, ella jam's lo supo, ni le dio cata dello. Llam'base Aldonza Lorenzo, y a Èsta le pareciū ser bien darle tītulo de seÒora de sus pensamientos; y, busc'ndole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran seÒora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, m'sico y peregrino y significativo, como todos los dem's que a Èl y a sus cosas habìa puesto.

## Capìtulo II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar m's tiempo a poner en efeto su pensamiento, apret'ndole a ello la falta que Èl pensaba que hacìa en el mundo su tardanza, seg'n eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y asì, sin dar parte a persona alguna de su intenciūn, y sin que nadie le viese, una maÒana, antes del dìa, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armū de todas sus armas, subiū sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazū su adarga, tomū su lanza, y, por la puerta falsa de un corral, saliū al campo con grandìsimo contento y alborozo de ver con cu'nta facilidad habìa dado principio a su buen deseo. Mas, apenas se vio en el campo, cuando le asaltū un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a ley de caballerìa, ni podìa ni debìa tomar armas con ning'n caballero; y, puesto que lo fuera, habìa de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos

pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armío; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

-¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salidad tan de mañana, desta manera?: 'Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel<sup>a</sup>.

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

-Dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. 'Oh t', sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina

historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno  
mío en todos mis caminos y carreras!

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

-°Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón!, mucho agravio me  
habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de  
mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de  
membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro  
amor  
padece.

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que  
sus  
libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con  
esto,  
caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor,  
que  
fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese,  
de lo  
cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer  
experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la  
primera aventura que le avino fue la del Puerto L'pice; otros dicen  
que la  
de los molinos de viento; pero, lo que yo he podido averiguar en este  
caso,  
y lo que he hallado escrito en los Anales de la Mancha, es que Él  
anduvo  
todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y Él se hallaron cansados y  
muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si  
descubriría  
alg'n castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde  
pudiese  
remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por  
donde  
iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los  
portales,  
sino a los alc'zares de su redención le encaminaba. Diose prisa a  
caminar,  
y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del  
partido,  
las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella  
noche  
acertaron a hacer jornada; y, como a nuestro aventurero todo cuanto

pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pudiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero, como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos -que, sin perdón, así se llaman- tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así, con extraño contento, llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada, les dijo:

-No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguizado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles:

-Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa



que de leve causa procede; pero no vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mïo non es de ðl que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las seòoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en Èl el enojo; y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompaòar a las doncellas en las muestras de su contento.

Mas, en efeto, temiendo la miquina de tantos pertrechos, determinÛ de hablarle comedidamente; y asì, le dijo:

-Si vuestra merced, seòor caballero, busca posada, amÈn del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo dem's se hallar en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareciÛ a Èl el ventero y la venta, respondiÛ:

-Para mï, seòor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

PensÛ el huÈsped que el haberle llamado castellano habìa sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque Èl era andaluz, y de los de la playa de Sanl'car, no menos ladrÛn que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje; y asì, le respondiÛ:

-Seg'n eso, las camas de vuestra merced ser'n duras peòas, y su dormir, siempre velar; y siendo asì, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasiÛn y ocasiones para no dormir en todo un aòo, cuanto m's en una noche.

Y, diciendo esto, fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeÛ con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dìa no se habìa desayunado.

Dijo luego al huÈsped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque

era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los oídos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y, al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

-Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban de él;  
princesas, del su rocino,

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme hasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero, tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

-Cualquiera yantaría yo -respondió don Quijote-, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino

unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

-Como haya muchas truchuelas -respondió don Quijote-, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Quanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrito. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trájole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas, al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a truco de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos; y, así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas; el pan, candeal; y las ramerías, damas; y el ventero, castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

Capítulo III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

Y así, fatigado deste pensamiento, abreviô su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamô al ventero, y, encerrándose con Èl en la caballeriza, se hincô de rodillas ante Èl, diciéndole:

-No me levantarÈ jam·s de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesìa me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundar· en alabanza vuestra y en pro del gÈnero humano.

El ventero, que vio a su huÈsped a sus pies y oyô semejantes razones, estaba confuso mir·ndole, sin saber quÈ hacerse ni decirle, y porfiaba con Èl que se levantase, y jam·s quiso, hasta que le hubo de decir que Èl le otorgaba el don que le pedìa.

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, seÒor mío -respondiô don Quijote-; y así, os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que maÒana en aquel dìa me habÈis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarÈ las armas; y maÒana, como tengo dicho, se cumplir· lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como est· a cargo de la caballerìa y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazaÒas es inclinado.

El ventero, que, como est· dicho, era un poco socarrûn y ya tenìa algunos barruntos de la falta de juicio de su huÈsped, acabô de creerlo cuando acabô de oírle semejantes razones, y, por tener quÈ reír aquella noche, determinô de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedìa, y que tal prosupuesto era propio y natural de los

caballeros tan principales como Èl parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que Èl, ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarén, Compués de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en Èl a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con Èl de sus haberes, en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, Èl sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que Èl quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque Èl nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se

había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que, en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido. Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungentos para curarse; y, cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos, que eran pocas y raras veces, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase.

Prometiéndole don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y, recogiendo don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba, y, abrazando su adarga, así de su lanza y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura y fueron a mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras,

arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

-°Oh t', quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ció espada!, mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud); antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo, y, puesto el pensamiento -a lo que pareció- en su señora Dulcinea, dijo:

-Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y, diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos; y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y,

sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga, y, puesta mano a su espada, dijo:

- ¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío!

Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que toda aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual, lo mejor que podía, se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

- Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto podiereis, que vosotros veréis el pago que llevéis de vuestra sandez y demasia.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y, así por esto como por las persuaciones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna;



pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dìjole como ya le habìa dicho que en aquel castillo no habìa capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistìa en la pescozada y en el espaldarazo, seg'n Èl tenìa noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podìa hacer, y que ya habìa cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplìa, cuanto m's, que Èl habìa estado m's de cuatro. Todo se lo creyÛ don Quijote, y dijo que Èl estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que Èl le mandase, a quien por su respeto dejarìa.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traìa un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandÛ hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decìa alguna devota oraciÛn, en mitad de la leyenda alzÛ la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras Èl, con su mesma espada, un gentil espaldazaro, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandÛ a una de aquellas damas que le ciòese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreciÛn, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habìa visto del novel caballero les tenìa la risa a raya. Al ceoirle la espada, dijo la buena seora:

-Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dÈ ventura en lides.

Don Quijote le preguntÛ cÛmo se llamaba, porque Èl supiese de allí adelante a quiÈn quedaba obligado por la merced recebida; porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondiÛ con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendÛn natural de Toledo que vivìa a las tendillas de Sancho Bienaya, y

que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor.  
Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada: preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y, ensillando luego a Rocinante, subió en él, y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas, y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.

Capítulo IV. De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas, viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir

a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:

-Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba; y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

-La lengua queda y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

-No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez; y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.

Y, viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

-Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza -que también tenía una lanza arrimada a la encima adonde estaba arrendada la yegua-, que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, t'vose por muerto, y con buenas palabras respondiô:

-Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y, porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

-¿"Miente", delante de mí, ruin villano? -dijo don Quijote-. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasáros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. ...l dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales, y dijo al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho -y aún no había jurado nada-, que no eran tantos, porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

-Bien está todo eso -replicó don Quijote-, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que, por esta parte, no os debe nada.

-El dabo está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

-¿Irme yo con él? -dijo el muchacho-. Mas, ¡mal ayo! No, señor, ni por pienso; porque, en viéndose solo, me desuelle como a un San Bartolomé.

-No har· tal -replicó don Quijote-: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

-Mire vuestra merced, señor, lo que dice -dijo el muchacho-, que este mi amo no es caballero ni ha recibido orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

-Importa eso poco -respondió don Quijote-, que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

-Así es verdad -dijo Andrés-; pero este mi amo, ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

-No niego, hermano Andrés -respondió el labrador-; y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.

-Del sahumero os hago gracia -dijo don Quijote-; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplís como lo habéis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondís más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, en diciendo esto, picó a su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y, cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado Andrés y díjole:

-Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

-Eso juro yo -dijo Andrés-; y cómo que andar· vuestra merced acertado en

cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva;  
que,  
según es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga,  
que  
vuelva y ejecute lo que dijo!

-También lo juro yo -dijo el labrador-; pero, por lo mucho que os  
quiero,  
quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y, asíéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio  
tantos  
azotes, que le dejó por muerto.

-Llamad, señor Andrés, ahora -decía el labrador- al desfaceador de  
agravios,  
veréis cómo no desface aquí este; aunque creo que no está acabado de  
hacer,  
porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Pero, al fin, le desató y le dio licencia que fuese a buscar su juez,  
para  
que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohíno,  
jurando de ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha y contalle  
punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con  
las  
setenas. Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó  
riendo.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote; el cual,  
contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y  
alto  
principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba  
caminando  
hacia su aldea, diciendo a media voz:

-Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra,  
oh  
sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte  
tener  
sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan  
nombrado caballero como lo es y ser don Quijote de la Mancha, el  
cual,  
como todo el mundo sabe, ayer rescibió la orden de caballería, y hoy  
ha  
deshecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la  
crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo  
que tan  
sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.

En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le  
vino a

la imaginaci3n las encrucejadas donde los caballeros andantes se pon3an a pensar cu3l camino de aqu3ellos tomar3an, y, por imitarlos, estuvo un rato quedo; y, al cabo de haberlo muy bien pensado, solt3 la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del roc3n la suya, el cual sigui3 su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza.

Y, habiendo andado como dos millas, descubri3 don Quijote un grande tropel de gente, que, como despu3s se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y ven3an con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divis3 don Quijote, cuando se imagin3 ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a 3l le parec3a posible los pasos que hab3a le3do en sus libros, le pareci3 venir all3 de molde uno que pensaba hacer. Y as3, con gentil continente y denuedo, se afirm3 bien en los estribos, apret3 la lanza, lleg3 la adarga al pecho, y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya 3l por tales los ten3a y juzgaba; y, cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y o3r, levant3 don Quijote la voz, y con adem3n arrogante dijo:

-Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella m3s hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Par3ronse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estra3a figura del que las dec3a; y, por la figura y por las razones, luego echaron de ver la locura de su due3o; mas quisieron ver despacio en qu3 paraba aquella confesi3n que se les ped3a, y uno dellos, que era un poco burl3n y muy mucho discreto, le dijo:

-Se3or caballero, nosotros no conocemos qui3n sea esa buena se3ora que dec3s; mostr3dnosla: que si ella fuere de tanta hermosura como signific3is, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte

vuestra nos es pedida.

-Si os la mostrara -replicó don Quijote-, ¿quÉ hiciÉrades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia est· en que sin verla lo habÈis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia. Que, ahora veng·is uno a uno, como pide la orden de caballerÌa, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquÌ os aguardo y espero, confiado en la razÙn que de mi parte tengo.

-SeÒor caballero -replicó el mercader-, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos prÌncipes que aquÌ estamos, que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jam·s vista ni oÌda, y m·s siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos alg·n retrato de esa seÒora, aunque sea tamaÒo como un grano de trigo; que por el hilo se sacar· el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedar· contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte que, aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellÙn y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

-No le mana, canalla infame -respondiÓ don Quijote, encendido en cÙlera-; no le mana, digo, eso que decÌs, sino ·mbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino m·s derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagarÈis la grande blasfemia que habÈis dicho contra tamaÒa beldad como es la de mi seÒora.

Y, en diciendo esto, arremetiÓ con la lanza baja contra el que lo habÌa dicho, con tanta furia y enojo que, si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido



mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo; y, queriéndose levantar, jam's pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y, entretanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

-°Non fuy·is, gente cobarde; gente cautiva, atended!; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y, llegando a Él, tomó la lanza, y, después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase, pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cûlera; y, acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de palos que sobre Él vìa, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines, que tal le parecían.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo Él del pobre apaleado. El cual, después que se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aún se tenía por dichoso, pareciéndole que aquèlla era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la falta de su caballo, y no era posible levantarse, seg'n tenía brumado todo el cuerpo.

Capítulo V. Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero

Viendo, pues, que, en efeto, no podìa menearse, acordÛ de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en alg'n paso de sus libros; y tr'jole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marquÈs de Mantua, cuando Carloto le dejÛ herido en la montiÒa, historia sabida de los niÒos, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creÌda de los viejos; y, con todo esto, no m's verdadera que los milagros de Mahoma. ...sta, pues, le pareciÛ a Èl que le venÌa de molde para el paso en que se hallaba; y asÌ, con muestras de grande sentimiento, se comenzÛ a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decÌa el herido caballero del bosque:

-¿Donde est's, seÒora mÌa,  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes, seÒora,  
o eres falsa y desleal.

Y, desta manera, fue prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

-°Oh noble marquÈs de Mantua,  
mi tÌo y seÒor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegÛ a este verso, acertÛ a pasar por allÌ un labrador de su mesmo lugar y vecino suyo, que venÌa de llevar una carga de trigo al molino; el cual, viendo aquel hombre allÌ tendido, se llegÛ a Èl y le preguntÛ que quiÈn era y quÈ mal sentÌa que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyÛ, sin duda, que aquÈl era el marquÈs de Mantua, su tÌo; y asÌ, no le respondiÛ otra cosa si no fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y, quit'ndole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpiÛ el rostro, que le tenÌa cubierto de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conociÛ y le dijo:

-Señor Quijana -que así se debía de llamar cuando Él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante-, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

Pero Él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecer caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo; de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque, en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía. De suerte que, cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que Él había leído la historia en La Diana, de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale prisa a llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual, dijo:

-Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

-Mire vuestra merced, se or, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqu es de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarr ez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

-Yo s  quién soy -respondi  don Quijote-; y s  que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las haza as que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajar n las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes, llegaron al lugar a la hora que anoche a, pero el labrador aguard  a que fuese algo más noche, porque no viesan al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareci , entr  en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual hall  toda alborotada; y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

- Qu  le parece a vuestra merced, se or licenciado Pero P rez -que así se llamaba el cura-, de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen  l, ni el roc n, ni la adarga, ni la lanza ni las armas.  Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nac  para morir, que estos malditos libros de caballer as que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle o do decir muchas veces, hablando entre sí, que quer a hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrab s tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.

La sobrina dec a lo mesmo, y aun dec a más:

-Sepa, se or maese Nicolás -que éste era el nombre del barbero-, que muchas veces le aconteci  a mi señor t o estarse leyendo en estos desalmados

libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales, arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había

muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me

tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

-Esto digo yo también -dijo el cura-, y a fee que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino; y así, comenzó a decir a voces:

-Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abindarréz, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvéz, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y, como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. ...l dijo:

-Ténganse todos, que vengo malferido por la culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho y lléveme, si fuere posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas.

-°Miró, en hora maza -dijo a este punto el ama-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa Hurgada, le sabremos aquí curar. °Malditos, digo,

sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

Llevaronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y Él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

-¡Ta, ta! -dijo el cura-. ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hicieronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. ...l se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho; que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote,

Capítulo VI. Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

el cual aún todavía dormía. Pidió las llaves, a la sobrina, del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

-Tome vuestra merced, señor licenciado: rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

-No -dijo la sobrina-, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor ser arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rintero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofender el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue Los cuatro de Amadís de Gaula, y dijo el cura:

-Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen de éste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.

-No, señor -dijo el barbero-, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

-Así es verdad -dijo el cura-, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

-Es -dijo el barbero- las Sergas de Esplandián, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

-Pues, en verdad -dijo el cura- que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama: abrid esa ventana y echadle al corral, y desde principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando

al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

-Adelante -dijo el cura.

-Este que viene -dijo el barbero- es Amadís de Grecia; y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

-Pues vayan todos al corral -dijo el cura-; que, a trueco de quemar a la reina Pintiaguiniestra, y al pastor Darinel, y a sus Èglogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemarÈ con ellos al padre que me engendrÛ, si anduviera en figura de caballero andante.

-De ese parecer soy yo -dijo el barbero.

-Y aun yo -aÒadiÛ la sobrina.

-Pues asÌ es -dijo el ama-, vengan, y al corral con ellos.

DiÈronselos, que eran muchos, y ella ahorrÛ la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

-¿QuiÈn es ese tonel? -dijo el cura.

-...ste es -respondiÛ el barbero- Don Olivante de Laura.

-El autor de ese libro -dijo el cura- fue el mesmo que compuso a JardÌn de flores; y en verdad que no sepa determinar cu'l de los dos libros es m's verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso; sÛlo sÈ decir que Èste ir al corral por disparatado y arrogante.

-...ste que se sigue es Florimorte de Hircania -dijo el barbero.

-¿AhÌ est el seÒor Florimorte? -replicÛ el cura-. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraÒo nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo.

Al corral con Èl y con esotro, seÒora ama.

-Que me place, seÒor mÌo -respondÌa ella; y con mucha alegrÌa ejecutaba lo que le era mandado.

-...ste es El Caballero Platir -dijo el barbero.

-Antiguo libro es Èste -dijo el cura-, y no hallo en Èl cosa que merezca



venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abriúse otro libro y vieron que tenía por título El Caballero de la Cruz.

-Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: "tras la cruz está el diablo"; vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

-...este es Espejo de caballerías.

-Ya conozco a su merced -dijo el cura-. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejí su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

-Pues yo le tengo en italiano -dijo el barbero-, mas no le entiendo.

-Ni aun fuera bien que vos le entendierades -respondió el cura-, y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, efectuando a un Bernardo del Carpio que anda por ahí y a otro llamado Roncesvalles; que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y, abriendo otro libro, vio que era Palmerín de Oliva, y junto a él estaba otro que se llamaba Palmerín de Inglaterra; lo cual visto por el licenciado, dijo:

-Esa oliva se haga luego rajada y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y Amadís de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

-No, señor compadre -replicó el barbero-; que este que aquí tengo es el afamado Don Belianís.

-Pues ese -replicó el cura-, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cúltera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usarán con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno.

-Que me place -respondió el barbero.

Y, sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que

tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y, asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía:  
Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.

-¡Válame Dios! -dijo el cura, dando una gran voz-. ¿Que aquí está Tirante el Blanco! Dámeme acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleis de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señora compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida. Llévadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.

-Así será -respondió el barbero-; pero, ¿qué haremos destes pequeños libros que quedan?

-...stos -dijo el cura- no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno, vio que era La Diana, de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

-...stos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero.

-°Ay seÒor! -dijo la sobrina-, bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los dem's, porque no serìa mucho que, habiendo sanado mi seÒor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo Èstos, se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y taòendo; y, lo que serìa peor, hacerse poeta; que, seg'n dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

-Verdad dice esta doncella -dijo el cura-, y ser' bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasiûn delante. Y, pues comenzamos por La Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quÈdesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

-...ste que se sigue -dijo el barbero- es La Diana llamada segunda del Salmantino; y Èste, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

-Pues la del Salmantino -respondiû el cura-, acompaòe y acreciente el n'mero de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, seÒor compadre, y dÈmonos prisa, que se va haciendo tarde.

-Este libro es -dijo el barbero, abriendo otro- Los diez libros de Fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

-Por las Ûrdenes que recibì -dijo el cura-, que, desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como Èse no se ha compuesto, y que, por su camino, es el mejor y el m's 'nico de cuantos deste gÈnero han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jam's cosa de gusto. D'ñmele ac', compadre, que precio m's haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

P'sole aparte con grandìsimo gusto, y el barbero prosiguiû diciendo:

-Estos que se siguen son El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares y

Desengaños de celos.

-Pues no hay más que hacer -dijo el cura-, sino entregarlos al brazo  
seglar  
del ama; y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

-Este que viene es El Pastor de Filida.

-No es ese pastor -dijo el cura-, sino muy discreto cortesano;  
guárdese  
como joya preciosa.

-Este grande que aquí viene se intitula -dijo el barbero- Tesoro de  
varias  
poesías.

-Como ellas no fueran tantas -dijo el cura-, fueran más estimadas;  
menester  
es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus  
grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto  
de  
otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

-...ste es -siguió el barbero- El Cancionero de Lúpez Maldonado.

-También el autor de ese libro -replicó el cura- es grande amigo mío,  
y sus  
versos en su boca admiran a quien los oye; y tal es la suavidad de la  
voz  
con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero  
nunca lo  
bueno fue mucho: guárdese con los escogidos. Pero, ¿qué libro es ese  
que  
está junto a él?

-La Galatea, de Miguel de Cervantes -dijo el barbero.

-Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más  
versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena  
invención;  
propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte  
que  
promete; quizá con la emienda alcanzar del todo la misericordia que  
ahora  
se le niega; y, entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra  
posada, señor compadre.

-Que me place -respondió el barbero-. Y aquí vienen tres, todos  
juntos: La  
Araucana, de don Alonso de Ercilla; La Austríada, de Juan Rufo, jurado  
de  
Córdoba, y El Monserrato, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

-Todos esos tres libros -dijo el cura- son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana est'n escritos, y pueden competir con los m's famosos de Italia: gu'rdense como las m's ricas prendas de poesia que tiene EspaÒa.

CansÛse el cura de ver m's libros; y asÌ, a carga cerrada, quiso que todos los dem's se quemasen; pero ya tenÌa abierto uno el barbero, que se llamaba Las l'grimas de AngÈlica.

-Llor'ralas yo -dijo el cura en oyendo el nombre- si tal libro hubiera mandado quemar; porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sÛlo de EspaÒa, y fue felicÌsimo en la traduciÛn de algunas f'bulas de Ovidio.

CapÌtulo VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha

Estando en esto, comenzÛ a dar voces don Quijote, diciendo:

-AquÌ, aquÌ, valerosos caballeros; aquÌ es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo.

Por acudir a este ruido y estruendo, no se pasÛ adelante con el escrutinio de los dem's libros que quedaban; y asÌ, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oÌdos, La Carolea y LeÛn de EspaÒa, con Los Hechos del Emperador, compuestos por don Luis de ;vila, que, sin duda, debÌan de estar entre los que quedaban; y quiz', si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron a don Quijote, ya Èl estaba levantado de la cama, y proseguÌa en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido.

Abrazáronse con Él, y por fuerza le volvieron al lecho; y, después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura, le dijo:

-Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar, tan sin más ni más, llevar la victoria deste torneo a los caballeros cortesianos, habiendo nosotros los aventureros ganado el premio en los tres días antecedentes.

-Calle vuestra merced, señor compadre -dijo el cura-, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido.

-Ferido no -dijo don Quijote-, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si, en levantándome deste lecho, no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos; y, por agora, tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Hicieronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutador; y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron, por entonces, para el mal de su amigo, fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase -quiz quitando la causa, cesaría el efecto-, y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a

ver sus libros; y, como no hallaba el aposento donde le había dejado,

andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero, al cabo de una buena pieza, preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo:

-¿Qué aposento, o qué nada, busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

-No era diablo -replicó la sobrina-, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y, apeñándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y, cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que, al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que, por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

-Frestón diría -dijo don Quijote.

-No sé -respondió el ama- si se llamaba Frestón o Fritón; sólo sé que acabó en tón su nombre.

-Así es -dijo don Quijote-; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

-¿Quié debate de eso? -dijo la sobrina-. Pero, ¿quié le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en



su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

-°Oh sobrina mía -respondiÛ don Quijote-, y cu'n mal que est's en la cuenta! Primero que a mÌ me tresquilen, tendrÈ peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle m's, porque vieron que se le encendìa la cÛlora.

Es, pues, el caso que Èl estuvo quince dÌas en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dÌas pasÛ graciosÌsimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que Èl decìa que la cosa de que m's necesidad tenìa el mundo era de caballeros andantes y de que en Èl se resucitase la caballerÌa andantesca. El cura algunas veces le contradecìa y otras concedìa, porque si no guardaba este artificio, no habìa poder averiguarse con Èl.

En este tiempo, solicitÛ don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien -si es que este tÌtulo se puede dar al que es pobre-, pero de muy poca sal en la mollera. En resoluciÛn, tanto le dijo, tanto le persuadiÛ y prometiÛ, que el pobre villano se determinÛ de salirse con Èl y servirle de escudero. DecÌale, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con Èl de buena gana, porque tal vez le podÌa suceder aventura que ganase, en quÌtame allÌ esas pajas, alguna ìnsula, y le dejase a Èl por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que asÌ se llamaba el labrador, dejÛ su mujer y hijos y asentÛ por escudero de su vecino.

Dio luego don Quijote orden en buscar dineros; y, vendiendo una cosa y empeÒando otra, y malbarat·ndolas todas, llegÛ una razonable cantidad. AcomodÛse asimesmo de una rodela, que pidiÛ prestada a un su amigo, y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisÛ a su escudero Sancho del dÌa y la hora que pensaba ponerse en camino, para que Èl se acomodase de lo que viesse que m's le era menester. Sobre todo le encargÛ que llevase

alforjas; e dijo que sí llevaría, y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque Él no estaba duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que Él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ñsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que Él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

-Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ñsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

-Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ñsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes, pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen

viejos; y, ya despuÈs de hartos de servir y de llevar malos dÌas y peores noches, les daban alg'n tÌtulo de conde, o, por lo mucho, de marquÈs, de alg'n valle o provincia de poco m's a menos; pero, si t' vives y yo vivo, bien podrÌa ser que antes de seis dÌas ganase yo tal reino que tuviese otros a Èl adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podrÌa dar a'n m's de lo que te prometo.

-De esa manera -respondiÙ Sancho Panza-, si yo fuese rey por alg'n milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana GutiÈrrez, mi oÌslo, vendrÌa a ser reina, y mis hijos infantes.

-Pues, ¿quiÈn lo duda? -respondiÙ don Quijote.

-Yo lo dudo -replicÙ Sancho Panza-; porque tengo para mÌ que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentarÌa bien sobre la cabeza de Mari GutiÈrrez. Sepa, seÒor, que no vale dos maravedÌs para reina; condesa le caer· mejor, y aun Dios y ayuda.

-EncomiÈndalo t' a Dios, Sancho -respondiÙ don Quijote-, que ...l dar· lo que m's le convenga, pero no apoques tu ·nimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

-No lo harÈ, seÒor mÌo -respondiÙ Sancho-; y m's teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabr· dar todo aquello que me estÈ bien y yo pueda llevar.

CapÌtulo VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jam's imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordaciÙn

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, asÌ como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

-La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear,  
porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos  
más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a  
todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que  
Esta es  
buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de  
sobre  
la faz de la tierra.

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los  
suelen tener algunos de casi dos leguas.

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se  
parecen no  
son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos  
son  
las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del  
molino.

-Bien parece -respondió don Quijote- que no estás cursado en esto de las  
aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte  
en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y  
desigual  
batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las  
voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna,  
eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero Él  
iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero  
Sancho ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes,  
iba diciendo en voces altas:

-Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que  
os acomete.

Levántuse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

-Pues, aunque movíais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y, en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y, dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con El Rocinante.

-¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

-Calla, amigo Sancho -respondió don Quijote-, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas, al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

-Dios lo haga como puede -respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza; y, diciéndoselo a su escudero, le dijo:

-Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de

Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron, desde aquel día en adelante, Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazas, que te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

-A la mano de Dios -dijo Sancho-; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero endécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

-Así es la verdad -respondió don Quijote-; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

-Si eso es así, no tengo yo que replicar -respondió Sancho-, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse, como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Dijo Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más

regalado bodegonero de Málaga. Y, en tanto que Él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ning'n trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en Él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes; y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

-Aquí -dijo, en viéndole, don Quijote- podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

-Por cierto, señor -respondió Sancho-, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que, en lo que tocara a

defender mi persona, no tendrÈ mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

-No digo yo menos -respondiÛ don Quijote-; pero, en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener a raya tus naturales ìmpetus.

-Digo que asì lo harÈ -respondiÛ Sancho-, y que guardarÈ ese preceto tan bien como el dìa del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que no eran m's pequeÒas dos mulas en que venìan. Traìan sus antojos de camino y sus quitasoles. Detr's dellos venìa un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompaÒaban y dos mozos de mulas a pie. Venìa en el coche, como despuÈs se supo, una seÒora vizcaìna, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venìan los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino; mas, apenas los divisÛ don Quijote, cuando dijo a su escudero:

-O yo me engaÒo, o Èsta ha de ser la m's famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allì parecen deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderìo.

-Peor ser· esto que los molinos de viento -dijo Sancho-. Mire, seÒor, que aquÈllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engaÒe.

-Ya te he dicho, Sancho -respondiÛ don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras; lo que yo digo es verdad, y ahora lo ver's.

Y, diciendo esto, se adelantÛ y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venìan, y, en llegando tan cerca que a Èl le pareciÛ que le podrìan oìr lo que dijese, en alta voz dijo:



-Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas  
princesas  
que en ese coche llev·is forzadas; si no, aparejaos a recibir presta  
muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, asÌ de la  
figura  
de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

-SeÒor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino  
dos  
religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en  
este  
coche vienen, o no, ningunas forzadas princesas.

-Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida  
canalla -dijo don Quijote.

Y, sin esperar m's respuesta, picÛ a Rocinante y, la lanza baja,  
arremetiÛ  
contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo que, si el fraile  
no se  
dejara caer de la mula, Èl le hiciera venir al suelo mal de su grado,  
y aun  
malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo  
que  
trataban a su compaÒero, puso piernas al castillo de su buena mula, y  
comenzÛ a correr por aquella campaÒa, m's ligero que el mesmo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, ape·ndose ligeramente de  
su  
asno, arremetiÛ a Èl y le comenzÛ a quitar los h·bitos. Llegaron en  
esto  
dos mozos de los frailes y pregunt·ronle que por quÈ le desnudaba.  
RespondiÛles Sancho que aquello le tocaba a Èl ligÌtamente, como  
despojos  
de la batalla que su seÒor don Quijote habÌa ganado. Los mozos, que no  
sabÌan de burlas, ni entendÌan aquello de despojos ni batallas, viendo  
que  
ya don Quijote estaba desviado de allÌ, hablando con las que en el  
coche  
venÌan, arremetieron con Sancho y dieron con Èl en el suelo; y, sin  
dejarle  
pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el  
suelo  
sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornÛ a subir el  
fraile,  
todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y, cuando se vio  
a  
caballo, picÛ tras su compaÒero, que un buen espacio de allÌ le estaba  
aguardando, y esperando en quÈ paraba aquel sobresalto; y, sin querer

aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

-La vuestra ferrosura, señora mía, puede hacer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y, porque no penséis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asíéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

-¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, °el agua con presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo; y mientes que mira si otra dices cosa.

-°Ahora lo veredes, dijo Agrajes! -respondió don Quijote.

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela,  
y  
arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida. El  
vizcaíno,  
que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser  
de  
las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra  
cosa  
sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche,  
de  
donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se  
fueron el  
uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente  
quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus  
mal  
trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que Él mismo  
había  
de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del  
coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se  
desviase  
de allí algùn poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa  
contienda, en  
el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don  
Quijote  
encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin  
defensa,  
le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de  
aquel  
desafortunado golpe, dio una gran voz, diciendo:

- ¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la ferrosura, socorred a  
este  
vuestro caballero, que, por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en  
este  
riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su  
rodela, y  
el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando  
determinación de  
aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra Él, bien entendió por su  
denuedo  
su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y así, le  
aguardó  
bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra  
parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niéerías, no  
podía  
dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aferrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Capítulo IX. Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo y abrirían como una granada; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa

historia, sin que nos diese noticia su autor d'unde se podrìa hallar lo que della faltaba.

Causôme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvià en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecìa para hallar lo mucho que, a mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Pareciôme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado alg'n sabio que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazas, cosa que no faltô a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes  
que van a sus aventuras,

porque cada uno dellos tenia uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus m's mìnimos pensamientos y niôerías, por m's escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a Èl lo que sobrô a Platir y a otros semejantes. Y así, no podia inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada; y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenia oculta o consumida.

Por otra parte, me parecia que, pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como Desengaño de celos y Ninfas y Pastores de Henares, que tambièn su historia debia de ser moderna; y que, ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginaciôn me traia confuso y deseoso de saber, real y verdaderamente, toda la vida y milagros de nuestro famoso espaol don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballeria manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle; que, si no era que alg'n follôn, o alg'n villano de hacha y capellina, o alg'n descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos

que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que, por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas; y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedaré falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podré tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcázar de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y, como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y, puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues, aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrí por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a leer.

Preguntéle yo que de qué se leía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese; y él, sin dejar la risa, dijo:

-Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: "Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha".

Quando yo oí decir "Dulcinea del Toboso", quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de

don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arbigio en castellano, dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arbigio. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegué a mis oídos el título del libro; y, saltándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que, si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentúse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio, pintada muy al natural, la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el vizcaíno un título que decía: Don Sancho de Azpetia, que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía: Don Quijote. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro título que decía: Sancho Zancas, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre

de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a Èsta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues, cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, Emula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En Èsta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno, el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia que, a no volversele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.



°V·lame Dios, y quiÈn ser· aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entrÛ en el corazÛn de nuestro manchego, viÈndose parar de aquella manera! No se diga m·s, sino que fue de manera que se alzÛ de nuevo en los estribos, y, apretando m·s la espada en las dos manos, con tal furia descargÛ sobre el vizcaïno, acert·ndole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre Èl una montaÒa, comenzÛ a echar sangre por las narices, y por la boca y por los oïdos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacÛ los pies de los estribos y luego soltÛ los brazos; y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcovos dio con su dueÒo en tierra.

Est·baselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y, como lo vio caer, saltÛ de su caballo y con mucha ligereza se llegÛ a Èl, y, poniÈndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortarïa la cabeza. Estaba el vizcaïno tan turbado que no podïa responder palabra, y Èl lo pasara mal, seg·n estaba ciego don Quijote, si las seÒoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habïan mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondiÛ, con mucho entono y gravedad:

-Por cierto, hermosas seÒoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condiciÛn y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doÒa Dulcinea, para que ella haga dÈl lo que m·s fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada seÒora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedïa, y sin preguntar quiÈn Dulcinea fuese, le prometiÛ que el escudero harïa todo aquello que de su parte le fuese mandado.

-Pues en fe de esa palabra, yo no le harÈ m's daÒo, puesto que me lo tenìa bien merecido.

Capìtulo X. De lo que m's le avino a don Quijote con el vizcaïno, y del peligro en que se vio con una turba de yang,eses

Ya en este tiempo se habìa levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y habìa estado atento a la batalla de su seÒor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazÛn fuese servido de darle vitoria y que en ella ganase alguna ìnsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habìa prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvìa a subir sobre Rocinante, llegÛ a tenerle el estribo; y antes que subiese se hincÛ de rodillas delante dÈl, y, asiÈndole de la mano, se la besÛ y le dijo:

-Sea vuestra merced servido, seÒor don Quijote m'io, de darme el gobierno de la ìnsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ìnsulas en el mundo.

A lo cual respondiÛ don Quijote:

-Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a Èsta semejantes no son aventuras de ìnsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecer'n donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino m's adelante.

AgradeciÛselo mucho Sancho, y, bes'ndole otra vez la mano y la falda de la

loriga, le ayudó a subir sobre Rocinante; y él subió sobre su asno y comenz  a seguir a su señor, que, a paso tirado, sin despedirse ni hablar

m's con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Segu ale Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante que, vi ndose quedar atr's, le fue forzoso dar voces a su amo que

se aguardase. Hizolo as  don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo:

-Par ceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia; que,

seg'n qued  maltrecho aquel con quien os combatistes, no ser' mucho que den

noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la c'rcel que nos ha de sudar el hopo.

-Calla -dijo don Quijote-. Y  d nde has visto t', o le do jam's, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por m's homicidios que hubiese cometido?

-Yo no s  nada de omecillos -respondi  Sancho-, ni en mi vida le cat  a

ninguno; s lo s  que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

-Pues no tengas pena, amigo -respondi  don Quijote-, que yo te sacar  de

las manos de los caldeos, cuanto m's de las de la Hermandad. Pero dime, por

tu vida:  has visto m's valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de

la tierra?  Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido m's br o

en acometer, m's aliento en el perseverar, m's destreza en el herir, ni m's

ma a en el derribar?

-La verdad sea -respondi  Sancho- que yo no he leído ninguna historia jam's, porque ni s  leer ni escribir; mas lo que osar  apostar es que m's

atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi

vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le va mucha

sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungento blanco en

las alforjas.

-Todo eso fuera bien escusado -respondi  don Quijote- si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabr s, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

- Qu  redoma y qué bálsamo es  se? -dijo Sancho Panza.

-Es un bálsamo -respondi  don Quijote- de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ans , cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer), bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendolo de encajallo igualmente y al justo; luego me dar s a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y ver sme quedar más sano que una manzana.

-Si eso hay -dijo Panza-, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida  nsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me d  la receta de ese estremado licor; que para mí tengo que valdr  la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

-Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres -respondi  don Quijote.

- Pecador de mí! -replic  Sancho-.  Pues a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a ense rmele?

-Calla, amigo -respondi  don Quijote-, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y, por agora, cur monos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sac  Sancho de las alforjas hilas y unguento. Mas, cuando don Quijote llegó a ver rota su celada, pens  perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo:

-Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y a los santos cuatro Evangelios, donde m's largamente est'n escritos, de hacer la vida que hizo el grande marquÈs de Mantua cuando jurô de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas que, aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguizado me fizo.

Oyendo esto Sancho, le dijo:

-Advierta vuestra merced, seôor don Quijote, que si el caballero cumpliô lo que se le dejô ordenado de irse a presentar ante mi seôora Dulcinea del Toboso, ya habr' cumplido con lo que debìa, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

-Has hablado y apuntado muy bien -respondiô don Quijote-; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca a tomar d'èl nueva venganza; pero h'gole y confìrmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como Èsta a alg'n caballero. Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello; que esto mesmo pasô, al pie de la letra, sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costô a Sacripante.

-Que d'è al diablo vuestra merced tales juramentos, seôor miô -replicô Sancho-; que son muy en daôo de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dîgame ahora: si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿quÈ hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como ser' el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenìa el juramento de aquel loco viejo del marquÈs de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no s'ulo no traen celadas, pero quiz' no las han oïdo nombrar en todos los días de

su vida.

-Eng`Òaste en eso -dijo don Quijote-, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos m's armados que los que vinieron sobre Albraca a la conquista de AngÈlica la Bella.

-Alto, pues; sea ansÌ -dijo Sancho-, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Ìnsula que tan cara me cuesta, y muÈrame yo luego.

-Ya te he dicho, Sancho, que no te dÈ eso cuidado alguno; que, cuando faltare Ìnsula, ahÌ est· el reino de Dinamarca o el de Soliadisa, que te vendr·n como anillo al dedo; y m's, que, por ser en tierra firme, te debes m's alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de alg'n castillo donde alojemos esta noche y hagamos el b'lsamo que te he dicho; porque yo te voto a Dios que me va doliendo mucho la oreja.

-Aquì trayo una cebolla, y un poco de queso y no sÈ cu'ntos mendrugos de pan -dijo Sancho-, pero no son manjares que pertenecen a tan valiente caballero como vuestra merced.

-°QuÈ mal lo entiendes! -respondiÙ don Quijote-. H'gote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes; y, ya que coman, sea de aquello que hallaren m's a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leÌdo tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relaciÙn de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacÌan, y los dem's dÌas se los pasaban en flores. Y, aunque se deja entender que no podÌan pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque, en efeto, eran hombres como nosotros, hase de entender tambiÈn que, andando lo m's del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su m's ordinaria comida serÌa de viandas r'sticas, tales como

las que t' ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto. Ni querr's t' hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

-Perdûneme vuestra merced -dijo Sancho-; que, como yo no sè leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sè ni he caído en las reglas de la profesiûn caballescaca; y, de aquí adelante, yo proveerè las alforjas de todo gènero de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveerè, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de m's sustancia.

-No digo yo, Sancho -replicû don Quijote-, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su m's ordinario sustento debïa de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocïan y yo tambièn conozco.

-Virtud es -respondiû Sancho- conocer esas yerbas; que, seg'n yo me voy imaginando, alg'n día ser· menester usar de ese conocimiento.

Y, sacando, en esto, lo que dijo que traïa, comieron los dos en buena paz y compaõa. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo, y dièronse prisa por llegar a poblado antes que anochebiese; pero faltûles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasarla allí; que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedïa era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

Capítulo XI. De lo que le sucediû a don Quijote con unos cabreros

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo; y, habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y, aunque Él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado a don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedóse Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

-Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

-°Gran merced! -dijo Sancho-; pero sé decir a vuestra merced que, como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme



por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de m's cûmodo y provecho; que Èstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

-Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza.

Y, asíÈndole por el brazo, le forzÛ a que junto dÈl se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huÈspedes, que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puÒo. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, m's duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria) que con facilidad vaciÛ un zaque de dos que estaban de manifiesto. DespuÈs que don Quijote hubo bien satisfecho su estÛmago, tomÛ un puÒo de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltÛ la voz a semejantes razones:

-Dichosa edad y siglos dichosos aquÈllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peÒas y en lo hueco de los árboles formaban su rep'blica las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interÈs alguno, la fÈrtil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con

que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su pérdida nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de

Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasaje y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga -que se pudiera muy bien escusar- dijo nuestro caballero porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho, asimesmo, callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual, uno de los cabreros dijo:

-Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escribir y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tocaba, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros

si había cenado, y, respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

-De esa manera, Antonio, bien podrías hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos quien; también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

-Que me place -respondió el mozo.

Y, sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo desta manera:

Antonio

-Yo sé, Olalla, que me adoras,  
puesto que no me lo has dicho  
ni aun con los ojos siquiera,  
mudas lenguas de amoríos.  
Porque sé que eres sabida,  
en que me quieres me afirmo;  
que nunca fue desdichado  
amor que fue conocido.  
Bien es verdad que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio  
que tienes de bronce el alma  
y el blanco pecho de risco.  
Mas allí entre tus reproches  
y honestísimos desvíos,  
tal vez la esperanza muestra  
la orilla de su vestido.  
Abalanzase al señoruelo  
mi fe, que nunca ha podido,  
ni menguar por no llamado,  
ni crecer por escogido.  
Si el amor es cortesía,  
de la que tienes colijo  
que el fin de mis esperanzas  
ha de ser cual imagino.  
Y si son servicios parte  
de hacer un pecho benigno,  
algunos de los que he hecho  
fortalecen mi partido.  
Porque si has mirado en ello,

m's de una vez habr's visto  
que me he vestido en los lunes  
lo que me honraba el domingo.  
Como el amor y la gala  
andan un mesmo camino,  
en todo tiempo a tus ojos  
quise mostrarme polido.  
Dejo el bailar por tu causa,  
ni las m'sicas te pinto  
que has escuchado a deshoras  
y al canto del gallo primo.  
No cuento las alabanzas  
que de tu belleza he dicho;  
que, aunque verdaderas, hacen  
ser yo de algunas malquisto.  
Teresa del Berrocal,  
yo alab'ndote, me dijo:  
'Tal piensa que adora a un 'ngel,  
y viene a adorar a un jimio;  
merced a los muchos dijes  
y a los cabellos postizos,  
y a hip'critas hermosuras,  
que enga'nan al Amor mismo''.  
Desment'la y enoj'use;  
volvi' por ella su primo:  
desafi' me, y ya sabes  
lo que yo hice y 'l hizo.  
No te quiero yo a mont' n,  
ni te pretendo y te sirvo  
por lo de barragan' a;  
que m's bueno es mi designio.  
Coyundas tiene la Iglesia  
que son lazadas de sirgo;  
pon t' el cuello en la gamella;  
ver's como pongo el m'io.  
Donde no, desde aqu' juro,  
por el santo m's bendito,  
de no salir destas sierras  
sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto; y, aunque don Quijote le rog' que  
algo m's cantase, no lo consinti' Sancho Panza, porque estaba m's para  
dormir que para o' r canciones. Y ans' , dijo a su amo:

-Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar  
esta  
noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el d'ia no  
permite que pasen las noches cantando.

-Ya te entiendo, Sancho -le respondi' don Quijote-; que bien se me  
trasluce

que las visitas del zaque piden m's recompensa de sueo que de m'sica.

-A todos nos sabe bien, bendito sea Dios -respondiÛ Sancho.

-No lo niego -replicÛ don Quijote-, pero acomÛdate t' donde quisieres, que los de mi profesiÛn mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, serìa bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo m's de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba; y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que Èl pondrìa remedio con que f'cilmente se sanase. Y, tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allì habìa, las mascÛ y las mezclÛ con un poco de sal, y, aplic'ndoselas a la oreja, se la vendÛ muy bien, asegur'ndole que no habìa menester otra medicina; y asì fue la verdad.

Capìtulo XII. De lo que contÛ un cabrero a los que estaban con don Quijote

Estando en esto, llegÛ otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo:

-¿SabÈis lo que pasa en el lugar, compaòeros?

-¿CÛmo lo podemos saber? -respondiÛ uno dellos.

-Pues sabed -prosiguiÛ el mozo- que muriÛ esta maòana aquel famoso pastor estudiante llamado GrisÛstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquÈlla que se anda en h'bito de pastora por esos andurriales.

-Por Marcela dir's -dijo uno.

-Por Èsa digo -respondiÛ el cabrero-. Y es lo bueno, que mandÛ en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peòa donde est' la fuente del alcornoque; porque, seg'n es fama,

y Èl dicen que lo dijo, aquel lugar es adonde Èl la vio la vez primera. Y tambiÈn mandÛ otras cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles.

A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambiÈn se vistiÛ de pastor con Èl, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejÛ mandado GrisÛstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, a lo que se dice, en fin se har· lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y maÒana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mÌ que ha de ser cosa muy de ver; a lo menos, yo no dejarÈ de ir a verla, si supiese no volver maÒana al lugar.

-Todos haremos lo mesmo -respondieron los cabreros-; y echaremos suertes a quiÈn ha de quedar a guardar las cabras de todos.

-Bien dices, Pedro -dijo uno-; aunque no ser· menester usar de esa diligencia, que yo me quedarÈ por todos. Y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mÌa, sino a que no me deja andar el garrancho que el otro dÌa me pasÛ este pie.

-Con todo eso, te lo agradecemos -respondiÛ Pedro.

Y don Quijote rogÛ a Pedro le dijese quÈ muerto era aquÈl y quÈ pastora aquÈlla; a lo cual Pedro respondiÛ que lo que sabÌa era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habÌa sido estudiante muchos aÒos en Salamanca, al cabo de los cuales habÌa vuelto a su lugar, con opiniÛn de muy sabio y muy leÌdo.

-Principalmente, decÌan que sabÌa la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan, all· en el cielo, el sol y la luna; porque puntualmente nos decÌa el cris del sol y de la luna.<sup>a</sup>

-Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores -dijo don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

-Asimesmo adivinaba cuando había de ser el año abundante o estil.<sup>a</sup>

-Estèril querèis decir, amigo -dijo don Quijote.

-Estèril o estil -respondió Pedro-, todo se sale allí. Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que Él les aconsejaba, diciéndoles: "Sembrad este año cebada, no trigo; en este podèis sembrar garbanzos y no cebada; el que viene ser de guilla de aceite; los tres siguientes no se coger gota".<sup>a</sup>

-Esa ciencia se llama astrología -dijo don Quijote.

-No sé yo cómo se llama -replicó Pedro-, mas sé que todo esto sabía, y a'n m's. Finalmente, no pasaron muchos meses, después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía; y juntamente se vistió con Él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase de decir como Grisóstomo, el difunto, fue grande hombre de componer coplas; tanto, que Él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y Él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el



pobre difunto de Grisóstomo.<sup>a</sup> Y quieros decir agora, porque es bien que lo sepis, quien es esta rapaza; quiz, y aun sin quiz, no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivis mas años que sarna.

-Decid Sarra -replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

-Harto vive la sarna -respondió Pedro-; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

-Perdonad, amigo -dijo don Quijote-; que por haber tanta diferencia de sarna a Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada.

-Digo, pues, señor mío de mi alma -dijo el cabrero-, que en nuestra aldea hubo un labrador a'n mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dio Dios, además de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fue la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna; y, sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juzgaba que le había de pasar la de la hija. Y así fue, que, cuando llegó a edad de catorce a quince años, nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardóla su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera que, así por

ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer. Mas Él, que a las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vía de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia y granjería que le ofrecía el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y a fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote.<sup>a</sup> Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien de Él, especialmente en las aldeas.

-Así es la verdad -dijo don Quijote-, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.

-La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que, aunque el tío proponía a la sobrina y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer justas excusas, dejaba el tío de importunarla, y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su gusto. Porque decía Él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hédelo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y, sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dio en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado. Y, así como ella salió en público y su hermosura se vio al descubierto, no os sabréis buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han

tomado el traje de GrisÛstomo y la andan requebrando por esos campos.  
Uno  
de los cuales, como ya est· dicho, fue nuestro difunto, del cual  
decian que  
la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela  
se  
puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco o de ning'n  
recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga  
en  
menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la  
vigilancia con  
que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se  
ha  
alabado, ni con verdad se podr· alabar, que le haya dado alguna  
pequeña  
esperanza de alcanzar su deseo. Que, puesto que no huye ni se esquivo  
de la  
compañia y conversaciÛn de los pastores, y los trata cortès y  
amigablemente, en llegando a descubrirle su intenciÛn cualquiera  
dellos,  
aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí  
como  
con un trabuco. Y con esta manera de condiciÛn hace m's daño en esta  
tierra  
que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y  
hermosura  
atrae los corazones de los que la tratan a servirla y a amarla, pero  
su  
desdèn y desengaño los conduce a tÈrminos de desesperarse; y así, no  
saben  
quÈ decirle, sino llamarla a voces cruel y desagradecida, con otros  
tìtulos  
a Èste semejantes, que bien la calidad de su condiciÛn manifiestan. Y  
si  
aquì estuviÈsedes, seòor, alg'n dìa, verìades resonar estas sierras y  
estos  
valles con los lamentos de los desengaòados que la siguen. No est· muy  
lejos de aquì un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no  
hay  
ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de  
Marcela; y encima de alguna, una corona grabada en el mismo òrbol,  
como si  
m's claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de  
toda la  
hermosura humana. Aquì sospira un pastor, allì se queja otro; acull·  
se  
oyen amorosas canciones, ac· desesperadas endechas. Cu'l hay que pasa  
todas  
las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peòasco, y  
allì,  
sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus

pensamientos, le halló el sol a la mañana; y cuando hay que, sin dar vado ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y de este y de aquel, y de aquellos y de estos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela; y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan estremada.<sup>a</sup> Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy a entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así, os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar a aquel donde manda enterrarse media legua.

-En cuidado me lo tengo -dijo don Quijote-, y agradezcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

-¡Oh! -replicó el cabrero-, aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese. Y, por ahora, bien será que os vais a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó, por su parte, que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.

Capítulo XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos

Mas, apenas comenzô a descubrirse el dîa por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote, y a decille si estaba todavîa con propûsito de ir a ver el famoso entierro de Grisûstomo, y que ellos le harîan compaõia. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantô y mandô a Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual Èl hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprès y de amarga adelfa. Traîa cada uno un grueso bastûn de acebo en la mano. Venîan con ellos, asimesmo, dos gentiles hombres de a caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de a pie que los acompaõaban. En llegándose a juntar, se saludaron cortèsmente, y, preguntándose los unos a los otros dûnde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro; y asî, comenzaron a caminar todos juntos.

Uno de los de a caballo, hablando con su compaõero, le dijo:

-ParÈceme, seõor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciÈremos en ver este famoso entierro, que no podr· dejar de ser famoso, segùn estos pastores nos han contado estraõezas, ansî del muerto pastor como de la pastora homicida.

-Asî me lo parece a mî -respondiô Vivaldo-; y no digo yo hacer tardanza de un dîa, pero de cuatro la hiciera a trueco de verle.

Preguntûles don Quijote quÈ era lo que habîan oîdo de Marcela y de Grisûstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habîan encontrado con aquellos pastores, y que, por haberles visto en aquel tan triste traje, les habîan preguntado la ocasiûn por que iban de aquella manera; que uno dellos se lo contô, contando la estraõeza y hermosura de una pastora llamada

Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel  
GrisÛstomo a cuyo entierro iban. Finalmente, Èl contÛ todo lo que  
Pedro a  
don Quijote habìa contado.

CesÛ esta pl·tica y comenzÛse otra, preguntando el que se llamaba  
Vivaldo a  
don Quijote quÈ era la ocasiÛn que le movìa a andar armado de aquella  
manera por tierra tan pacìfica. A lo cual respondiÛ don Quijote:

-La profesiÛn de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de  
otra  
manera. El buen paso, el regalo y el reposo, all· se inventÛ para los  
blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sÛlo se  
inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros  
andantes,  
de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.

Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y, por  
averiguarlo m's y ver quÈ gÈnero de locura era el suyo, le tornÛ a  
preguntar Vivaldo que quÈ querìa decir "caballeros andantes".

-ØNo han vuestras mercedes leïdo -respondiÛ don Quijote- los anales e  
historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazaÒas del rey  
Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el  
rey  
Art's, de quien es tradiciÛn antigua y com'n en todo aquel reino de la  
Gran  
BretaÒa que este rey no muriÛ, sino que, por arte de encantamento, se  
convirtiÛ en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver a reinar  
y a  
cobrar su reino y cetro; a cuya causa no se probar· que desde aquel  
tiempo  
a Èste haya ning'n inglÈs muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este  
buen  
rey fue instituida aquella famosa orden de caballerìa de los  
caballeros de  
la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allì  
se  
cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo  
medianera  
dellos y sabidora aquella tan honrada dueÒa QuintaÒona, de donde naciÛ  
aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra EspaÒa, de:

Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera Lanzarote  
cuando de BretaÒa vino;

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes  
fechos.

Pues desde entonces, de mano en mano, fue aquella orden de caballería estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería; en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.

Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo seoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasión a que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo:

-Pareceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

-Tan estrecha bien podía ser -respondió nuestro don Quijote-, pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque, si va a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos

piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano y de los erizados yelos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y, como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, a fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor; y que si a los que a tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedarán bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

-De ese parecer estoy yo -replicó el caminante-; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que, cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes, se encomiendan a sus damas, con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a gentilidad.

-Señor -respondió don Quijote-, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está est.



en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que, al acometer algún gran fecho de armas, tuviese su señora delante, vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende; y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

-Con todo eso -replicó el caminante-, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y, de una en otra, se les viene a encender la cùlera, y a volver los caballos y tomar una buena pieza del campo, y luego, sin más ni más, a todo el correr dellos, se vuelven a encontrar; y, en mitad de la corrida, se encomiendan a sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte a parte, y al otro le viene también que, a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse a Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

-Eso no puede ser -respondió don Quijote-: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo

caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la  
caballería  
dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.

-Con todo eso -dijo el caminante-, me parece, si mal no me acuerdo,  
haber  
leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo  
dama  
señalada a quien pudiese encomendarse; y, con todo esto, no fue tenido  
en  
menos, y fue un muy valiente y famoso caballero.

A lo cual respondió nuestro don Quijote:

-Señor, una golondrina sola no hace verano. Quanto más, que yo sé que  
de  
secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que, aquello de  
querer a todas bien cuantas bien le parecían era condición natural, a  
quien  
no podía ir a la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien  
que él  
tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual  
se  
encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque se preciaba de  
secreto  
caballero.

-Luego, si es de esencia que todo caballero andante haya de ser  
enamorado  
-dijo el caminante-, bien se puede creer que vuestra merced lo es,  
pues es  
de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan  
secreto  
como don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda  
esta  
compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura  
de su  
dama; que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es  
querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dio un gran suspiro don Quijote, y dijo:

-Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el  
mundo  
sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto  
comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el  
Toboso,  
un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de  
princesa,  
pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se  
vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos  
de

belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubren la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas.

-El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber -replicó Vivaldo.

A lo cual respondió don Quijote:

-No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

nadie las mueva  
que estar no pueda con Roldán a prueba.

-Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo -respondió el caminante- , no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

-°Como eso no habrá llegado! -replicó don Quijote.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su

nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso.

En estas pláticas iban, cuando vieron que, por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuél de tejo y cuél de ciprés. Entre seis dellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo:

-Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde Él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron prisa a llegar, y fue a tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo; y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura a un lado de una dura peña.

Recibieronse los unos y los otros cortésmente; y luego don Quijote y los que con Él venían se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y, aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor de Él tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados. Y así los que esto miraban, como los que abrían la sepultura, y todos los demás que allí había, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo a otro:

-Mir bien, Ambrosio, si es éste el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

-...ste es -respondió Ambrosio-; que muchas veces en Él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo Él que vio la vez primera a aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fue también donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado,

y allí fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso Él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.

Y, volviéndose a don Quijote y a los caminantes, prosiguió diciendo:

-Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. ...se es el cuerpo de Grisóstomo, que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido; adoró, fue desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mormol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojado de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dio fin una pastora a quien Él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si Él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.

-De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos -dijo Vivaldo- que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queréis dar sus escritos al olvido; que si Él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto. Antes haced, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están por venir, a los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos,

la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasiÛn de su muerte, y lo que dejÛ mandado al acabar de la vida; de la cual lamentable historia se puede sacar cu·nto haya sido la crueldad de Marcela, el amor de GrisÛstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de GrisÛstomo, y que en este lugar habìa de ser enterrado; y asÌ, de curiosidad y de l·stima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos habìa lastimado en oÿllo. Y, en pago desta l·stima y del deseo que en nosotros naciÛ de remedialla si pudiÈramos, te rogamus, °oh discreto Ambrosio! (a lo menos, yo te lo suplico de mi parte), que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.

Y, sin aguardar que el pastor respondiese, alargÛ la mano y tomÛ algunos de los que m·s cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo:

-Por cortesÌa consentirÈ que os quedÈis, seÒor, con los que ya habÈis tomado; pero pensar que dejarÈ de abrasar los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decÌan, abriÛ luego el uno dellos y vio que tenÌa por tÌtulo: CançiÛn desesperada. OyÛlo Ambrosio y dijo:

-...se es el ðltimo papel que escribiÛ el desdichado; y, porque ve·is, seÒor, en el tÈrmino que le tenÌan sus desventuras, leelde de modo que se·is oÿdo; que bien os dar· lugar a ello el que se tardare en abrir la sepultura.

-Eso harÈ yo de muy buena gana -dijo Vivaldo.

Y, como todos los circunstantes tenÌan el mesmo deseo, se le pusieron a la redonda; y Èl, leyendo en voz clara, vio que asÌ decÌa:

CapÌtulo XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor,

con otros no esperados sucesos

### Canci n de Gris stomo

Ya que quieres, cruel, que se publique,  
de lengua en lengua y de una en otra gente,  
del spero rigor tuyo la fuerza,  
har  que el mismo infierno comunique  
al triste pecho m o un son doliente,  
con que el uso común de mi voz tuerza.  
Y al par de mi deseo, que se esfuerza  
a decir mi dolor y tus haza as,  
de la espantable voz ir  el acento,  
y en él mezcladas, por mayor tormento,  
pedazos de las m seras entra as.  
Escucha, pues, y presta atento o do,  
no al concertado son, sino al ruido  
que de lo hondo de mi amargo pecho,  
llevado de un forzoso desvarío,  
por gusto m o sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero  
el temeroso aullido, el silbo horrendo  
de escamosa serpiente, el espantable  
baladro de algún monstruo, el agorero  
graznar de la corneja, y el estruendo  
del viento contrastado en mar inestable;  
del ya vencido toro el implacable  
bramido, y de la viuda tortolilla  
el sensible arrullar; el triste canto  
del envidiado búho, con el llanto  
de toda la infernal negra cuadrilla,  
salgan con la doliente ánima fuera,  
mezclados en un son, de tal manera  
que se confundan los sentidos todos,  
pues la pena cruel que en mí se halla  
para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusi n no las arenas  
del padre Tajo oirán los tristes ecos,  
ni del famoso Betis las olivas:  
que all  se esparcir n mis duras penas  
en altos riscos y en profundos huecos,  
con muerta lengua y con palabras vivas;  
o ya en oscuros valles, o en esquivas  
playas, desnudas de contrato humano,  
o adonde el sol jamás mostr  su lumbre,  
o entre la venenosa muchedumbre  
de fieras que alimenta el libio llano;  
que, puesto que en los páramos desiertos  
los ecos roncros de mi mal, inciertos,

suenen con tu rigor tan sin segundo,  
por privilegio de mis cortos hados,  
ser'n llevados por el ancho mundo.

Mata un desdèn, atierra la paciencia,  
o verdadera o falsa, una sospecha;  
matan los celos con rigor m's fuerte;  
desconcierta la vida larga ausencia;  
contra un temor de olvido no aprovecha  
firme esperanza de dichosa suerte.  
En todo hay cierta, inevitable muerte;  
mas yo, °milagro nunca visto!, vivo  
celoso, ausente, desdeñado y cierto  
de las sospechas que me tienen muerto;  
y en el olvido en quien mi fuego avivo,  
y, entre tantos tormentos, nunca alcanza  
mi vista a ver en sombra a la esperanza,  
ni yo, desesperado, la procuro;  
antes, por estremarme en mi querella,  
estar sin ella eternamente juro.

¿Puedese, por ventura, en un instante  
esperar y temer, o es bien hacello,  
siendo las causas del temor m's ciertas?  
¿Tengo, si el duro celo est· delante,  
de cerrar estos ojos, si he de vello  
por mil heridas en el alma abiertas?  
¿Quièn no abrir· de par en par las puertas  
a la desconfianza, cuando mira  
descubierto el desdèn, y las sospechas,  
°oh amarga conversiùn!, verdades hechas,  
y la limpia verdad vuelta en mentira?  
°Oh, en el reino de amor fieros tiranos  
celos, ponedme un hierro en estas manos!  
Dame, desdèn, una torcida soga.  
Mas, °ay de mì!, que, con cruel vitoria,  
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero, en fin; y, porque nunca espere  
buen suceso en la muerte ni en la vida,  
pertinaz estarè en mi fantasìa.  
Dirè que va acertado el que bien quiere,  
y que es m's libre el alma m's rendida  
a la de amor antigua tiranìa.  
Dirè que la enemiga siempre mìa  
hermosa el alma como el cuerpo tiene,  
y que su olvido de mi culpa nace,  
y que, en fe de los males que nos hace,  
amor su imperio en justa paz mantiene.  
Y, con esta opiniùn y un duro lazo,  
acelerando el miserable plazo  
a que me han conducido sus desdenes,



ofrecerÈ a los vientos cuerpo y alma,  
sin lauro o palma de futuros bienes.

T', que con tantas sinrazones muestras  
la razÛn que me fuerza a que la haga  
a la cansada vida que aborrezco,  
pues ya ves que te da notorias muestras  
esta del corazÛn profunda llaga,  
de cÛmo, alegre, a tu rigor me ofrezco,  
si, por dicha, conoces que merezco  
que el cielo claro de tus bellos ojos  
en mi muerte se turbe, no lo hagas;  
que no quiero que en nada satisfagas,  
al darte de mi alma los despojos.  
Antes, con risa en la ocasiÛn funesta,  
descubre que el fin mïo fue tu fiesta;  
mas gran simpleza es avisarte desto,  
pues sÈ que est· tu gloria conocida  
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo  
T'ntalo con su sed; Sïfido venga  
con el peso terrible de su canto;  
Ticio traiga su buitre, y ansimismo  
con su rueda EgÛn no se detenga,  
ni las hermanas que trabajan tanto;  
y todos juntos su mortal quebranto  
trasladen en mi pecho, y en voz baja  
-si ya a un desesperado son debidas-  
canten obsequias tristes, doloridas,  
al cuerpo a quien se niegue aun la mortaja.  
Y el portero infernal de los tres rostros,  
con otras mil quimeras y mil monstrros,  
lleven el doloroso contrapunto;  
que otra pompa mejor no me parece  
que la merece un amador difunto.

CanciÛn desesperada, no te quejes  
cuando mi triste compaÒia dejes;  
antes, pues que la causa do naciste  
con mi desdicha aumenta su ventura,  
aun en la sepultura no estÈs triste.

Bien les pareciÛ, a los que escuchado habïan, la canciÛn de  
GrisÛstomo,  
puesto que el que la leyÛ dijo que no le parecïa que conformaba con la  
relaciÛn que Èl habïa oïdo del recato y bondad de Marcela, porque en  
ella  
se quejaba GrisÛstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en  
perjuicio  
del buen crÈdito y buena fama de Marcela. A lo cual respondiÛ  
Ambrosio,

como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:  
-Para que, señor, os satisfagáis esa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros. Y, como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

-Así es la verdad -respondió Vivaldo.

Y, queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión -que tal parecía ella- que improvisamente se les ofreció a los ojos; y fue que, por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, parecía la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas, apenas la

hubo visto Ambrosio, cuando, con muestras de ánimo indignado, le dijo:

-¿Vienes a ver, por ventura, oh fiero basilisco destas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida? ¿O vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, o a ver desde esa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, o a pisar, arrogante, este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o qué es aquello de que más gustas; que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

-No vengo, oh Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho -respondió Marcela-, sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de

razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo  
me  
culpan; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estáis atentos,  
que no  
ser menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir  
una  
verdad a los discretos.

Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera que,  
sin  
ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura; y,  
por el  
amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a  
amaros.  
Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo  
lo  
hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté  
obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que  
podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y, siendo lo  
feo  
digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir 'Querote por hermosa;  
hasme  
de amar aunque sea feo'. Pero, puesto caso que corran igualmente las  
hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas  
hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la  
voluntad;  
que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las  
voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar;  
porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser  
los  
deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y  
ha de  
ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es,  
¿por  
qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que  
decís  
que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa  
me  
hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me  
amabades?  
Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que  
tengo; que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla  
ni  
escogella. Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña  
que  
tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza,  
tampoco yo  
merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer  
honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él  
quema  
ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes  
son

adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda?

Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir que antes le mató su perfidia que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que, cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si Él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¿mirad ahora si ser razón que de su pena se me dé a mí la culpa! ¿Quéjese el engañado, desesperese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito.

El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase, de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni

desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, dèjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscar, servir, conocer ni seguir en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco a nadie. No engaño a éste ni solicito aquél, ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Y, en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discreción como de su hermosura, a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras -de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos- de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído. Lo cual visto por don Quijote, parecióndole que allí venía bien usar de su caballería, socorriendo a las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces, dijo:

-Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía.

Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender

con los deseos de ninguno de sus amantes, a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en ella es sola la que con tan honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa piedra, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que había de decir desta manera:

Yace aquí de un amador  
el mísero cuerpo helado,  
que fue pastor de ganado,  
perdido por desamor.  
Murió a manos del rigor  
de una esquivia hermosa ingrata,  
con quien su imperio dilata  
la tiranía de su amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame a su amigo Ambrosio, se despidieron de él. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importarle más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Quijote.

El

cual determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

Tercera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Capítulo XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yagüeses

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que, así como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela; y, habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco; tanto, que convidó y forzó a pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya a entrar.

Apeñaronse don Quijote y Sancho, y, dejando al jumento y a Rocinante a sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco a las alforjas, y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron.

No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rioso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros gallegos, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los gallegos. Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las

señoras facas; y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trocito algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que, a poco espacio, se le rompieron las cinchas y quedó, sin silla, en pelota. Pero lo que él debió más de sentir fue que, viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando; y dijo don Quijote a Sancho:

-A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

-¿Qué diablos de venganza hemos de tomar -respondió Sancho-, si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, y aun, quizá, nosotros sino uno y medio?

-Yo valgo por ciento -replicó don Quijote.

Y, sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió a los gallegos, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo. Y, a las primeras, dio don Quijote una cuchillada a uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los gallegos, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y, cogiendo a los dos en medio, comenzaron a menudear sobre ellos con grande ahínco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.



Viendo, pues, los gallegos el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fue Sancho Panza; y, hallándose junto a su señor, con voz enferma y lastimada, dijo:

-Señor don Quijote! Ah, señor don Quijote!

-¿Qué quieres, Sancho hermano? -respondió don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

-Querria, si fuese posible -respondió Sancho Panza-, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí a mano. Quizá ser de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas.

-Pues, a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? -respondió don Quijote-. Mas yo te juro, Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos.

-Pues, ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies? -replicó Sancho Panza.

-De mí sé decir -dijo el molido caballero don Quijote- que no sabré poner término a esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así, creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho a la salud de entrambos; y es que, cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada y castígalos muy a tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder;

que ya habr's visto por mil seõales y experiencias hasta adũnde se  
estiende  
el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedũ de arrogante el pobre seõor con el vencimiento del valiente  
vizcaĩno. Mas no le pareciũ tan bien a Sancho Panza el aviso de su amo  
que  
dejase de responder, diciendo:

-Seõor, yo soy hombre pacĩfico, manso, sosegado, y sÈ disimilar  
cualquiera  
injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Asĩ que,  
sÈale a  
vuestra merced tambiÈn aviso, pues no puede ser mandato, que en  
ninguna  
manera pondrÈ mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero;  
Y  
que, desde aquĩ para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han  
hecho  
y han de hacer: ora me los haya hecho, o haga o haya de hacer, persona  
alta  
o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin eceptar estado ni  
condiciũn  
alguna.

Lo cual oĩdo por su amo, le respondiũ:

-Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el  
dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte  
a  
entender, Panza, en el error en que est's. Ven ac', pecador; si el  
viento  
de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve,  
llevndonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste  
alguno  
tomemos puerto en alguna de las Ìnsulas que te tengo prometida, ¿quÈ  
serĩa  
de ti si, ganndola yo, te hiciese seõor della? Pues ¿lo vendr's a  
imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni  
intenciũn de vengar tus injurias y defender tu seõorĩo? Porque has de  
saber  
que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca est'n tan  
quietos los ÷nimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo seõor  
que no  
se tengan temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de  
nuevo  
las cosas, y volver, como dicen, a probar ventura; y asĩ, es menester  
que  
el nuevo poseosor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor  
para  
ofender y defenderse en cualquiera acontecimiento.

-En este que ahora nos ha acontecido -respondi  Sancho-, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, a fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal cre  de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pac fica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida.  Qui n dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante, había de venir, por la posta y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

-Aun las tuyas, Sancho -replic  don Quijote-, deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las m as, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino...,  qu  digo imagino?, s  muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejar a morir de puro enojo.

A esto replic  el escudero:

-Se or, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballer a, d game vuestra merced si suceden muy a menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece a mí que a dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

-S bete, amigo Sancho -respondi  don Quijote-, que la vida de los caballeros andantes est  sujeta a mil peligros y desventuras; y, ni más ni menos, est  en potencia propinqua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudi rate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que, sólo por el valor de su

brazo, han subido a los altos grados que he contado; y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalú el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una columna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que éstos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos; y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, a lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

-No me dieron a mi lugar -respondió Sancho- a que mirase en tanto; porque, apenas puse mano a mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las

espaldas.

-Con todo eso, te hago saber, hermano Panza -replicó don Quijote-, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

-Pues, ¿qué mayor desdicha puede ser -replicó Panza- de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera.

-Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho -respondió don Quijote-, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante; que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

-No hay de qué maravillarse deso -respondió Sancho-, siendo Él tan buen caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

-Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas -dijo don Quijote-. Dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré a deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba, muy a su placer, caballero sobre un muy hermoso asno.

-Verdad será que Él debía de ir caballero, como vuestra merced dice -respondió Sancho-, pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

-Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. Así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres y ponme de la manera que más te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

-Pues yo he oído decir a vuestra merced -dijo Panza- que es muy de caballeros andantes el dormir en los p. ramos y desiertos lo m. s del año, y que lo tienen a mucha ventura.

-Eso es -dijo don Quijote- cuando no pueden m. s, o cuando est. n enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una pe. òa, al sol y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su se. òora. Y uno d. estos fue Amad. s, cuando, llam. ndose Beltenebros, se aloj. ù en la Pe. òa Pobre, ni s. e si ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que Èl estuvo allí haciendo penitencia, por no s. e qu. e sinsabor que le hizo la se. òora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento, como a Rocinante.

-Aun ah. i ser. ia el diablo -dijo Sancho.

Y, despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte p. e setes y reniegos de quien allí le hab. ia tra. ido, se levant. ù, qued. ndose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparej. ù su asno, que tambi. en hab. ia andado algo distra. ido con la demasiada libertad de aquel d. ia. Levant. ù luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga.

En resoluci. ùn, Sancho acomod. ù a don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante; y, llevando al asno de cabestro, se encamin. ù, poco m. s a menos, hacia donde le pareci. ù que pod. ia estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, a. n no hubo andado una peque. òa legua, cuando le depar. ù el camino, en el cual descubri. ù una venta que, a pesar suyo y gusto de don Quijote, hab. ia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto dur. ù la porf. ia, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar a ella, en la cual Sancho se entr. ù, sin m. s averiguaci. ùn, con toda su recua.

Capítulo XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta, asimismo, una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las deméas faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años. En la cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. Y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas, sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba

la asturiana; y, como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a don Quijote, dijo que aquello m's parecían golpes que caída.

-No fueron golpes -dijo Sancho-, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones.

Y que cada uno había hecho su cardenal. Y también le dijo:

-Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que también me duelen a mí un poco los lomos.

-De esa manera -respondió la ventera-, también debistes vos de caer.

-No caí -dijo Sancho Panza-, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos.

-Bien podrá ser eso -dijo la doncella-; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y, cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

-Ahí está el toque, señora -respondió Sancho Panza-: que yo, sin soñar nada, sino estando m's despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

-¿Cómo se llama este caballero? -preguntó la asturiana Maritornes.

-Don Quijote de la Mancha -respondió Sancho Panza-, y es caballero aventurero, y de los mejores y m's fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

-¿Qué es caballero aventurero? -replicó la moza.

-¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? -respondió Sancho Panza-. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador. Hoy está la m's desdichada criatura del mundo y la m's menesterosa, y mañana tendría dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

-Pues, ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor -dijo la ventera-, no



tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

-Aún es temprano -respondió Sancho-, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que, si mi señor don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo contrechado della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando, muy atento, don Quijote, y, sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

-Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecerlo mientras la vida me durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes; que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíanle otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en

cuanto le mandase. Y cuántase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno; porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado.

El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto a él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anejo tundido que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. °Bien haya mil veces el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tomillas; y con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dándole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote,

con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden. Y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo -que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba-, y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado de él y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y, teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintaona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora -que para él fue menguada- de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tópicos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero. Pero, apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca y, tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas

perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, Èl los marcÛ por hebras de lucidÌsimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecÌa. Y el aliento, que, sin duda alguna, olià a ensalada fiambre y trasnochada, a Èl le pareciÛ que arrojaba de su boca un olor suave y arom'tico; y, finalmente, Èl la pintÛ en su imaginaciÛn de la misma traza y modo que lo habÌa leÌdo en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquÌ van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traÌa en sÌ la buena doncella, no le desengaÒaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes, le parecÌa que tenÌa entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y, teniÈndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzÛ a decir:

-Quisiera hallarme en tÈrminos, ferosa y alta seÒora, de poder pagar tamaÒa merced como la que con la vista de vuestra gran ferosura me habedes fecho, pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible. Y m's, que se aÒade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, 'nica seÒora de mis m's escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasiÛn en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadÌsima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decÌa, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, a quien tenÌan despierto sus malos deseos, desde el punto que entrÛ su coima por la puerta, la sintiÛ; estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decÌa, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por

otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote, y est'vose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones, que Él no podía entender. Pero, como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le baó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote, se las paseó todas de cabo a cabo.

El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la aóadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Panza, que a'n dormía, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

-¿Adónde est's, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.

En esto, despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, a la lumbrera del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar

a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasi3n de toda aquella armonia. Y asi como suele decirse: el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a El, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apag3 el candil, y, como quedaron ascuras, dabanse tan sin compasi3n todos a bulto que, a doquiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el estruendo de la pelea, asi3 de su media vara y de la caja de lata de sus titulos, y entr3 ascuras en el aposento, diciendo:

-3Tenganse a la justicia! 3Tenganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien top3 fue con el apu3eado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno, y, echndole a tiento mano a las barbas, no cesaba de decir:

-3Favor a la justicia!

Pero, viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dio a entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores; y con esta sospecha reforz3 la voz, diciendo:

-3Ci3rrese la puerta de la venta! 3Miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a un hombre!

Esta voz sobresalt3 a todos, y cada cual dej3 la pendencia en el grado que le tom3 la voz. Retir3se el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Solt3 en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y sali3 a buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la hall3, porque el ventero, de industria, habia muerto la lmpara cuando se retir3 a su estancia, y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendi3 el cuadrillero otro candil.

Capítulo XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el  
bravo  
don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que,  
por su  
mal, pensó que era castillo

Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y, con el  
mesmo  
tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando  
estaba  
tendido en el val de las estacas, le comenzó a llamar, diciendo:

-Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

-¿Qué tengo de dormir, pesia a mí -respondió Sancho, lleno de  
pesadumbre y  
de despecho-; que no parece sino que todos los diablos han andado  
conmigo  
esta noche?

-Puedeslo creer así, sin duda -respondió don Quijote-, porque, o yo  
sé  
poco, o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas, esto  
que  
ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta  
después de  
mi muerte.

-Sí juro -respondió Sancho.

-Dígolo -replicó don Quijote-, porque soy enemigo de que se quite la  
honra  
a nadie.

-Digo que sí juro -tornó a decir Sancho- que lo callaré hasta después  
de  
los días de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir  
mañana.

-¿Tan malas obras te hago, Sancho -respondió don Quijote-, que me  
querrias  
ver muerto con tanta brevedad?

-No es por eso -respondió Sancho-, sino porque soy enemigo de guardar  
mucho  
las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas.

-Sea por lo que fuere -dijo don Quijote-; que m's fïo de tu amor y de tu cortesïa; y asï, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las m's estraõas aventuras que yo sabrÈ encarecer; y, por cont'rtela en breve, sabr's que poco ha que a mï vino la hija del seõor deste castillo, que es la m's apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿QuÈ te podrïa decir del adorno de su persona? ¿QuÈ de su gallardo entendimiento? ¿QuÈ de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi seõora Dulcinea del Toboso, dejarÈ pasar intactas y en silencio? SÛlo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habïa puesto en las manos, o quiz', y esto es lo m's cierto, que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcïsimos y amorosïsimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dÛnde venïa, vino una mano pegada a alg'n brazo de alg'n descomunal gigante y asentÛme una puõada en las quijadas, tal, que las tengo todas baõadas en sangre; y despuÈs me moliÛ de tal suerte que estoy peor que ayer cuando los gallegos, que, por demasïas de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar alg'n encantado moro, y no debe de ser para mï.

-Ni para mï tampoco -respondiÛ Sancho-, porque m's de cuatrocientos moros me han aporreado a mï, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero dïgame, seõor, ¿cÛmo llama a Èsta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho, pero yo, ¿quÈ tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? °Desdichado de mï y de la madre que me pariÛ, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jam's, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

-Luego, ¿tambiÈn est's t' aporreado? -respondiÛ don Quijote.

-¿No le he dicho que sï, pesia a mi linaje? -dijo Sancho.



-No tengas pena, amigo -dijo don Quijote-, que yo harÈ agora el b·lsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

AcabÛ en esto de encender el candil el cuadrillero, y entrÛ a ver el que pensaba que era muerto; y, asÌ como le vio entrar Sancho, viÈndole venir en camisa y con su paÒo de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntÛ a su amo:

-SeÒor, ¿si ser· Èste, a dicha, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejÛ algo en el tintero?

-No puede ser el moro -respondiÛ don Quijote-, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

-Si no se dejan ver, dÈjense sentir -dijo Sancho-; si no, dÌganlo mis espaldas.

-TambiÈn lo podrÌan decir las mÌas -respondiÛ don Quijote-, pero no es bastante indicio Èse para creer que este que se vee sea el encantado moro.

LlegÛ el cuadrillero, y, como los hallÛ hablando en tan sosegada conversaciÛn, quedÛ suspenso. Bien es verdad que a'n don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear, de puro molido y emplastado. LlegÛse a Èl el cuadrillero y dÌjole:

-Pues, ¿cÛmo va, buen hombre?

-Hablara yo m·s bien criado -respondiÛ don Quijote-, si fuera que vos. ¿sase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con Èl en la cabeza, de suerte que le dejÛ muy bien descalabrado; y, como todo quedÛ ascuras, saliÛse luego; y Sancho Panza dijo:

-Sin duda, seÒor, que Èste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sÛlo guarda las puÒadas y los candilazos.

-AsÌ es -respondiÛ don Quijote-, y no hay que hacer caso destas cosas de

encantamentos, ni hay para quÈ tomar cÛlera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fant·sticas, no hallaremos de quiÈn vengarnos, aunque m's lo procuremos. Lev·ntate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dÈ un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutìfero b·lsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Lev·ntose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue ascuras donde estaba el ventero; y, encontr·ndose con el cuadrillero, que estaba escuchando en quÈ paraba su enemigo, le dijo:

-Seòor, quien quiera que se·is, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama, malferido por las manos del encantado moro que est· en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyÛ, t·vole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba a amanecer,abriÛ la puerta de la venta, y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre querìa. El ventero le proveyÛ de cuanto quiso, y Sancho se lo llevÛ a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quej·ndose del dolor del candilazo, que no le habìa hecho m's mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que Èl pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resoluciÛn, Èl tomÛ sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezcl·ndolos todos y cociÈndolos un buen espacio, hasta que le pareciÛ que estaban en su punto. PidiÛ luego alguna redoma para echallo, y, como no la hubo en la venta, se resolviÛ de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donaciÛn. Y luego dijo sobre la alcuza m's de ochenta paternostres y otras tantas avemarìas, salves y credos, y a cada palabra acompaòaba una cruz, a modo de bendiciÛn; a todo

lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso Èl mesmo hacer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso b·lsamo que Èl se imaginaba; y asì, se bebiÛ, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habìa cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabÛ de beber, cuando comenzÛ a vomitar de manera que no le quedÛ cosa en el estÛmago; y con las ansias y agitaciÛn del vÛmito le dio un sudor copiosìsimo, por lo cual mandÛ que le arropasen y le dejasen solo. HiciÈronlo asì, y quedÛse dormido m's de tres horas, al cabo de las cuales despertÛ y se sintiÛ aliviadìsimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano; y verdaderamente creyÛ que habìa acertado con el b·lsamo de Fierabr's, y que con aquel remedio podìa acometer desde allì adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que tambiÈn tuvo a milagro la mejorìa de su amo, le rogÛ que le diese a Èl lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. ConcediÛselo don Quijote, y Èl, tom·ndola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echÛ a pechos, y envasÛ bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estÛmago del pobre Sancho no debìa de ser tan delicado como el de su amo, y asì, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos que Èl pensÛ bien y verdaderamente que era llegada su òltima hora; y, viÈndose tan afligido y congojado, maldecìa el b·lsamo y al ladrÛn que se lo habìa dado. ViÈndole asì don Quijote, le dijo:

-Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mì que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

-Si eso sabìa vuestra merced -replicÛ Sancho-, °mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para quÈ consintiÛ que lo gustase?

En esto, hizo su operaciÛn el brebaje, y comenzÛ el pobre escudero a

desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa que la estera de enea, sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente Él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitarsele al mundo y a los en Él menesterosos de su favor y amparo; y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálamo. Y así, forzado deste deseo, Él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo, y, llegando a un rincón de la venta, así de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estabanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábase también la hija del ventero, y Él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; a lo menos, pensabanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

-Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradecerlas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de alg'n soberbio que os haya fecho alg'n agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez

que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mesmo sosiego:

-Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

-Luego, ¿venta es ésta? -replicó don Quijote.

-Y muy honrada -respondió el ventero.

-Engañado he vivido hasta aquí -respondió don Quijote-, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.

-Poco tengo yo que ver en eso -respondió el ventero-; p'gueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

-Vos sois un sandio y mal hostelero -respondió don Quijote.

Y, poniendo piernas al Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la

venta sin que nadie le detuviese, y Èl, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho.

El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que, pues su señor no había querido pagar, que tampoco Èl pagaría; porque, siendo Èl escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por Èl como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida; porque no había de perder por Èl la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar de Èl los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Hería de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo. Y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con Èl como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo; el cual, determinándose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó a la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por

donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza que, si la cúltera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo, comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y, subiéndole encima, le arrojaron con su gabán. Y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más frío. Tomóle Sancho, y llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

-°Hijo Sancho, no bebas agua! °Hijo, no la bebas, que te matará! ¿Ves? Aquí tengo el santísimo balsamo -y enseñó la alcuza del brebaje-, que con dos gotas que del bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través, y dijo con otras mayores:

-¿Por dicha se le olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas, como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana.

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno, y, abriéndole la

puerta de la venta de par en par, se saliÛ della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intenciÛn, aunque habìa sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedÛ con sus alforjas en pago de lo que se le debìa; mas Sancho no las echÛ menos, seg'n saliÛ turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asÌ como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que eran gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

Capítulo XVIII. Donde se cuentan las razones que pasÛ Sancho Panza con su seõor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

LlegÛ Sancho a su amo marchito y desmayado; tanto, que no podìa arrear a su jumento. Cuando asÌ le vio don Quijote, le dijo:

-Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta, de que es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿quÈ podÌan ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que, cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debÌan de tener encantado; que te juro, por la fe de quien soy, que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de la caballerÌa, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.



-TambiÈn me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mÌ que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros; y todos, seg'n los oÌ nombrar cuando me volteaban, tenÌan sus nombres: que el uno se llamaba Pedro MartÌnez, y el otro Tenorio Hern'ndez, y el ventero oÌ que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. AsÌ que, seÒor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en Ìl estuvo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo, nos han de traer a tantas desventuras que no sepamos cu'Ì es nuestro pie derecho. Y lo que serÌa mejor y m's acertado, seg'n mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dej'ndonos de andar de Ceca en Meca y de zoca en colodra, como dicen.

-ÒQuÈ poco sabes, Sancho -respondiÒ don Quijote-, de achaque de caballerÌa! Calla y ten paciencia, que dÌa vendr' donde veas por vista de ojos cu'n honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿quÈ mayor contento puede haber en el mundo, o quÈ gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

-AsÌ debe de ser -respondiÒ Sancho-, puesto que yo no lo sÈ; sÙlo sÈ que, despuÈs que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no hay para quÈ me cuente en tan honroso n'mero), jam's hemos vencido batalla alguna, si no fue la del vizcaÌno, y aun de aquÈlla saliÒ vuestra merced con media oreja y media celada menos; que, despuÈs ac', todo ha sido palos y m's palos, puÒadas y m's puÒadas, llevando yo de ventaja el manteamiento y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dÙnde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como

vuestra merced dice.

-...sa es la pena que yo tengo y la que t' debes tener, Sancho -  
respondiÛ don  
Quijote-; pero, de aquÌ adelante, yo procurarÈ haber a las manos  
alguna  
espada hecha por tal maestrÌa, que al que la trujere consigo no le  
puedan  
hacer ning'n gÈnero de encantamentos; y aun podrÌa ser que me deparase  
la  
ventura aquella de AmadÌs, cuando se llamaba el Caballero de la  
Ardiente  
Espada, que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el  
mundo,  
porque, fuera que tenÌa la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no  
habÌa armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase  
delante.  
-Yo soy tan venturoso -dijo Sancho- que, cuando eso fuese y vuestra  
merced  
viniese a hallar espada semejante, sÛlo vendrÌa a servir y aprovechar  
a los  
armados caballeros, como el b'lsamo; y los escuderos, que se los papen  
duelos.

-No temas eso, Sancho -dijo don Quijote-, que mejor lo har' el cielo  
contigo.

Es estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don  
Quijote  
que por el camino que iban venÌa hacia ellos una grande y espesa  
polvareda;  
y, en viÈndola, se volviÛ a Sancho y le dijo:

-...ste es el dÌa, °oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me  
tiene  
guardado mi suerte; Èste es el dÌa, digo, en que se ha de mostrar,  
tanto  
como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer  
obras  
que queden escritas en el libro de la Fama por todos los venideros  
siglos.  
¿Ves aquella polvareda que allÌ se levanta, Sancho? Pues toda es  
cuajada de  
un copiosÌsimo ejÈrcito que de diversas e innumerables gentes por allÌ  
viene marchando.

-A esa cuenta, dos deben de ser -dijo Sancho-, porque desta parte  
contraria  
se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

VolviÛ a mirarlo don Quijote, y vio que asÌ era la verdad; y,  
alegr'ndose

sobremanera, pensó, sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

-Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?

-¿Qué? -dijo don Quijote-: favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo, el rey de los garamantas, Pentapolén del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

-Pues, ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? -preguntó Sancho.

-Quiérense mal -respondió don Quijote- porque este Alefanfarón es un foribundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

-°Para mis barbas -dijo Sancho-, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere!

-En eso harás lo que debes, Sancho -dijo don Quijote-, porque, para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero.

-Bien se me alcanza eso -respondió Sancho-, pero, ¿dónde pondremos a este

asno que estemos ciertos de hallarle despuÈs de pasada la refriega?  
Porque  
el entrar en ella en semejante caballerÌa no creo que est· en uso  
hasta  
ahora.

-AsÌ es verdad -dijo don Quijote-. Lo que puedes hacer dÈl es dejarle  
a sus  
aventuras, ora se pierda o no, porque ser·n tantos los caballos que  
tendremos, despuÈs que salgamos vencedores, que aun corre peligro  
Rocinante  
no le trueque por otro. Pero est·me atento y mira, que te quiero dar  
cuenta  
de los caballeros m·s principales que en estos dos ejÈrcitos vienen.  
Y,  
para que mejor los veas y notes, retirÈmonos a aquel altillo que allÌ  
se  
hace, de donde se deben de descubrir los dos ejÈrcitos.

HiciÈronlo ansÌ, y pusierÛnse sobre una loma, desde la cual se vieran  
bien  
las dos manadas que a don Quijote se le hicieron ejÈrcito, si las  
nubes del  
polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero, con todo  
esto,  
viendo en su imaginaciÛn lo que no veÌa ni habÌa, con voz levantada  
comenzÛ  
a decir:

-Aquel caballero que allÌ ves de las armas jaldes, que trae en el  
escudo un  
leÛn coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso  
Laurcalco, seÒor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las  
flores  
de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es  
el  
temido Micocolemo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros  
giganteos, que est· a su derecha mano, es el nunca medroso  
Brandabarbar·n  
de Boliche, seÒor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero  
de  
serpiente, y tiene por escudo una puerta que, seg·n es fama, es una de  
las  
del templo que derribÛ SansÛn, cuando con su muerte se vengÛ de sus  
enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte y ver·s delante y en la  
frente destotro ejÈrcito al siempre vencedor y jam·s vencido Timonel  
de  
Carcajona, prÌncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las  
armas  
partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en  
el

escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: Miau, que es el principio del nombre de su dama, que, seg'n se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfe`iqu`n del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de naci`n franc`es, llamado Pierres Pap`n, se`or de las baron`as de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carca`os a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice as`i: Rastrea mi suerte.

Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadr`n, que `el se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginaci`n de su nunca vista locura; y, sin parar, prosigui` diciendo:

-A este escuadr`n frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqu` est`n los que beb`an las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los mas`licos campos; los que criban el fin`simo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas v`as al dorado Pactolo; los n`midas, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los `rabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadr`n vienen los que beben las corrientes cristalinas del oliv`fero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los el`seos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se ba`an, famoso

por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las  
estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido  
curso;  
los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos  
copos  
del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí  
contiene y  
encierra.

°V·lame Dios, y cu·ntas provincias dijo, cu·ntas naciones nombrÛ,  
d·ndole a  
cada una, con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían,  
todo  
absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!  
Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y, de  
cuando en cuando, volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y  
gigantes  
que su amo nombraba; y, como no descubría a ninguno, le dijo:

-Seòor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de  
cuantos  
vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos, yo no los veo;  
quiz·  
todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

-¿CÛmo dices eso? -respondiÛ don Quijote-. ¿No oyes el relinchar de  
los  
caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

-No oigo otra cosa -respondiÛ Sancho- sino muchos balidos de ovejas y  
carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaòos.

-El miedo que tienes -dijo don Quijote- te hace, Sancho, que ni veas  
ni  
oyas a derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los  
sentidos  
y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes,  
retírate a una parte y dÉjame solo, que solo basto a dar la victoria a  
la  
parte a quien yo diere mi ayuda.

Y, diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y, puesta la lanza en  
el  
ristre, bajÛ de la costezuela como un rayo. Diole voces Sancho,  
diciÈndole:  
-°VuÈlvase vuestra merced, seòor don Quijote, que voto a Dios que son  
carneros y ovejas las que va a embestir! °VuÈlvase, desdichado del  
padre

que me engendrô! ¿Què locura es Èsta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Què es lo que hace? °Pecador soy yo a Dios!

Ni por Èsas volviô don Quijote; antes, en altas voces, iba diciendo: -°Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del Arremangado Brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alefanfarôn de la Trapobana! Esto diciendo, se entrô por medio del escuadrôn de las ovejas, y comenzô de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dabanle voces que no hiciese aquello; pero, viendo que no aprovechaban, descioneronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puôo. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decia:

-¿Adûnde estás, soberbio Alifanfuôn? Vente a mî; que un caballero solo soy, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta.

Llegô en esto una peladilla de arroyo, y, dándole en un lado, le sepultô dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyô sin duda que estaba muerto o malferido, y, acordándose de su licor, sacô su alcuza y p'osela a la boca, y comenzô a echar licor en el estûmago; mas, antes que acabase de envasar lo que a Èl le parecia que era bastante, llegô otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegaronse a Èl los pastores y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa, recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y, sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estabase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancabase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

-¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

-Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero... Pero no vayas agora, que he menester tu favor y ayuda; llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y, al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

-°Santa María! -dijo Sancho-, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda, este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó que, revolviéndosele el estómago,



vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse y con que curar a su amo; y, como no las halló, estuvo a punto de perder el juicio. Maldijo de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ñsula.

Levántese en esto don Quijote, y, puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, así con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo -tal era de leal y bien acondicionado-, y fuese adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además. Y, viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

-Séete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro.

Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible

que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que, no debes congojarte

por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas.

-¿Cómo no? -respondió Sancho-. Por ventura, el que ayer mantearon, ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

-¿Que te faltan las alforjas, Sancho? -dijo don Quijote.

-Sí que me faltan -respondió Sancho.

-Dese modo, no tenemos que comer hoy -replicó don Quijote.

-Eso fuera -respondió Sancho- cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas

los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

-Con todo eso -respondió don Quijote-, tomara yo ahora más aña un cuartal

de pan, o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas  
yerbas  
describe Dioscúrides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.  
Mas,  
con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí;  
que  
Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más  
andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos  
del  
aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua;  
y es  
tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y  
llueve  
sobre los injustos y justos.

-Más bueno era vuestra merced -dijo Sancho- para predicador que para  
caballero andante.

-De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho -dijo  
don  
Quijote-, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así  
se  
paraba a hacer un sermón o plática, en mitad de un campo real, como si  
fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que  
nunca  
la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

-Ahora bien, sea así como vuestra merced dice -respondió Sancho-,  
vamos  
ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que  
sea  
en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros  
encantados; que si los hay, daré al diablo el ható y el garabato.  
-Pídeselo tú a Dios, hijo -dijo don Quijote-, y guía tú por donde  
quisieres, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero  
dame  
acó la mano y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y  
muelas  
me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el  
dolor.  
Metió Sancho los dedos, y, estándole tentando, le dijo:

-¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

-Cuatro -respondió don Quijote-, fuera de la cordal, todas enteras y  
muy  
sanas.

-Mire vuestra merced bien lo que dice, señor -respondió Sancho.

-Digo cuatro, si no eran cinco -respondió don Quijote-, porque en toda  
mi

vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

-Pues en esta parte de abajo -dijo Sancho- no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

-°Sin ventura yo! -dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba-, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. Mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa; y, entre otras que le dijo, fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo XIX. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos

-Párceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles ni con la reina folgar, con todo

aquello que a esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, o como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

-Tienes mucha razón, Sancho -dijo don Quijote-; mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria; y también puedes tener por cierto que por la culpa de no haberme lo acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la orden de la caballería para todo.

-Pues, ¿juré yo algo, por dicha? -respondió Sancho.

-No importa que no hayas jurado -dijo don Quijote-: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y, por sí o por no, no seré malo proveernos de remedio.

-Pues si ello es así -dijo Sancho-, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto, como lo del juramento; quizá les volveré la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje. Y, para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fue que la noche cerró con alguna oscuridad; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas, de buena razón, hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo; tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su

rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote; el cual, animándose un poco, dijo:

-...sta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.  
-°Desdichado de mí! -respondió Sancho-; si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?  
-Por más fantasmas que sean -dijo don Quijote-, no consentiré yo que te toque en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

-Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron -dijo Sancho-, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

-Con todo eso -replicó don Quijote-, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

-Sí tendré, si a Dios place -respondió Sancho.

Y, apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de quartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos; detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas; que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí, con una voz baja y compasiva. Esta extraña

visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a don

Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figúresele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido o

muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada; y, sin hacer

otro discurso, enristró su lanzón, p'ose bien en la silla, y con gentil

brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados

forzosamente habían de pasar, y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

-Deteneos, caballeros, o quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién

sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis;

que, según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho, algún

desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes, o bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

-Vamos de priesa -respondió uno de los encamisados- y está la venta lejos,

y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y, picando la mula, pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente don

Quijote, y, trabando del freno, dijo:

-Deteneos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado;

si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que,

alzándose en los pies, dio con su cuerpo por las ancas en el suelo. Un mozo

que iba a pie, viendo caer al encamisado, comenzó a denostar a don Quijote,

el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió

a uno de los enlutados, y, mal ferido, dio con él en tierra; y, revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los

acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados, asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y loras, no se podían mover; así que, muy a su salvo, don Quijote los apaleó a todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salía a quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí:

-Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como Él dice.

Estaba una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, a cuya luz le pudo ver don Quijote; y, llegando a Él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría. A lo cual respondió el caído:

-Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada; suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometer un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras Órdenes.

-Pues, ¿quiénes diablos os ha traído aquí -dijo don Quijote-, siendo hombre de Iglesia?

-¿Quiénes, señor? -replicó el caído-: mi desventura.

-Pues otra mayor os amenaza -dijo don Quijote-, si no me satisfacéis a todo cuanto primero os pregunté.

-Con facilidad ser vuestra merced satisfecho -respondió el licenciado-; y así, sabr vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado,

no soy sino bachiller, y llámame Alonso Lúpez; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado; y ahora, como digo, llevamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

-¿Y quién le mató? -preguntó don Quijote.

-Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron -respondió el bachiller.

-Desa suerte -dijo don Quijote-, quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

-No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos -dijo el bachiller-, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

-No todas las cosas -respondió don Quijote- suceden de un mismo modo. El día que estuvo, señor bachiller Alonso Lúpez, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoo, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los memos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. -Ya que así lo ha querido mi suerte -dijo el bachiller-, suplico a vuestra



merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

-¿Hablara yo para mañana! -dijo don Quijote-. Y ¿hasta cuándo aguardades a decirme vuestro afán?

Dio luego voces a Sancho Panza que viniese; pero Él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y, recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula; y, poniéndole encima della, le dio la hacha, y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole también Sancho:

-Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diríles vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura.

Con esto, se fue el bachiller; y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle el Caballero de la Triste Figura, más entonces que nunca.

-Yo se lo diré -respondió Sancho-: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

-No es eso -respondió don Quijote-, sino que el sabio, a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que ser bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba el de la Ardiente Espada; cuál, el del

Unicornio; aquel, de las Doncellas; aquÉste, el del Ave FÉnix; el otro, el Caballero del Grifo; estotro, el de la Muerte; y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el sabio ya dicho te habr· puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. -No hay para quÉ gastar tiempo y dineros en hacer esa figura -dijo Sancho-, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dÉ rostro a los que le miraren; que, sin m·s ni m·s, y sin otra imagen ni escudo, le llamar·n el de la Triste Figura; y crÉame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced, seÒor, y esto sea dicho en burlas, que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podr· muy bien escusar la triste pintura.

RiÛse don Quijote del donaire de Sancho, pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo, o rodela, como habÌa imaginado.

En esto volviÛ el bachiller y le dijo a don Quijote:

-Olvid·base me de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada: juxta illud: Si quis suadente diabolo, etc.

-No entiendo ese latÌn -respondiÛ don Quijote-, mas yo sÈ bien que no puse las manos, sino este lanzÛn; cuanto m·s, que yo no pensÈ que ofendÌa a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como catÛlico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo; y, cuando eso asÌ fuese, en la memoria tengo lo que le pasÛ al Cid Ruy DÌaz, cuando quebrÛ la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgÛ, y anduvo aquel dÌa el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

En oyendo esto el bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle

palabra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

-Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y, corridos y avergonzados desto, volviesen a rehacerse y a buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza. Y, antecogiendo su asno, rogó a su señor que le siguiese; el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar, le siguió. Y, a poco trecho que caminaban por entre dos montañas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon; y Sancho alivió el jumento, y, tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambarrera que los señores clérigos del difunto -que pocas veces se dejan mal pasar- en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar a la boca; y, acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo XX. De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha

-No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por

aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece; y así, ser bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que, sin duda, causa mayor pena que la hambre.

Parecióle bien el consejo a don Quijote, y, tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre el los relieves que de la cena quedaron, comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas, no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y, parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les agrió el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y, embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: -Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la

Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes,  
Olivantes  
y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos  
caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me  
hallo  
tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las m's  
claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las  
tinieblas  
desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos  
rboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que  
parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y  
aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales  
cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes a infundir miedo,  
temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto m's en aquel que  
no  
est' acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo  
esto  
que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya  
hace que  
el corazón me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer  
esta  
aventura, por m's dificultosa que se muestra. Así que, aprieta un poco  
las  
cinchas a Rocinante y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días  
no  
m's, en los cuales, si no volviere, puedes t' volverte a nuestra  
aldea, y  
desde allí, por hacerme merced y buena obra, ir's al Toboso, donde  
dir's a  
la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por  
acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la  
mayor  
ternura del mundo y a decille:

-Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan  
temerosa  
aventura: ahora es de noche, aquí no nos vee nadie, bien podemos  
torcer el  
camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y,  
pues no  
hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto m's,  
que  
yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien  
conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien  
tentar  
a Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar  
sino por  
milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en  
librarle

de ser manteado, como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompaÒaban al difunto. Y, cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazÙn, muÈvale el pensar y creer que apenas se habr· vuestra merced apartado de aquÌ, cuando yo, de miedo, dÈ mi ñima a quien quisiere llevarla. Yo salÌ de mi tierra y dejÈ hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer m's y no menos; pero, como la cudicia rompe el saco, a mÌ me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando m's vivas las tenÌa de alcanzar aquella negra y malhadada Ìnsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que, en pago y trueco della, me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, seÒor mÌo, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dil·telo, a lo menos, hasta la maÒana; que, a lo que a mÌ me muestra la ciencia que aprendÌ cuando era pastor, no debe de haber desde aquÌ al alba tres horas, porque la boca de la Bocina est· encima de la cabeza, y hace la media noche en la lÌnea del brazo izquierdo.

-¿CÙmo puedes t·, Sancho -dijo don Quijote-, ver dÙnde hace esa lÌnea, ni dÙnde est· esa boca o ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?

-AsÌ es -dijo Sancho-, pero tiene el miedo muchos ojos y vee las cosas debajo de tierra, cuanto m's encima en el cielo; puesto que, por buen discurso, bien se puede entender que hay poco de aquÌ al dÌa.

-Falte lo que faltare -respondiÙ don Quijote-; que no se ha de decir por mÌ, ahora ni en ning'n tiempo, que l·grimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debÌa a estilo de caballero; y asÌ, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazÙn de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendr· cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquÌ, que yo darÈ la vuelta presto, o vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuán poco valían con

el sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el

cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino

a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

-Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar, y espolear, y darme, ser enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el agujón.

Desesperóbase con esto don Quijote, y, por más que ponía las piernas al

caballo, menos le podía mover; y, sin caer en la cuenta de la ligadura,

tuvo por bien de sosegar y esperar, o a que amaneciese, o a que Rocinante

se menease, creyendo, sin duda, que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo:

-Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tardare en venir.

-No hay que llorar -respondió Sancho-, que yo entretendré a vuestra merced

contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

-¿A qué llamas apearse o a qué dormir? -dijo don Quijote-. ¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros?

Duerme

tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que

viere que más viene con mi pretensión.

No se enoje vuestra merced, señor mío -respondió Sancho-, que no lo dije

por tanto.

Y, llegando a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el

otro, de modo que quedÛ abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dÈl un dedo: tal era el miedo que tenìa a los golpes, que todavìa alternativamente sonaban. Dìjole don Quijote que contase alg'n cuento para entretenerle, como se lo habìa prometido, a lo que Sancho dijo que sÌ hiciera si le dejara el temor de lo que oìa.

-Pero, con todo eso, yo me esforzarÈ a decir una historia que, si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y estÈme vuestra merced atento, que ya comienzo. '...rase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar...<sup>a</sup> Y advierta vuestra merced, seÒor mïo, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas no fue asÌ comoquiera, que fue una sentencia de CatÛn Zonzorino, romano, que dice: "Y el mal, para quien le fuere a buscar", que viene aquÌ como anillo al dedo, para que vuestra merced se estÈ quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos Èste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

-Sigue tu cuento, Sancho -dijo don Quijote-, y del camino que hemos de seguir dÈjame a mÌ el cuidado.

-'Digo, pues -prosiguiÛ Sancho-, que en un lugar de Estremadura habìa un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor o cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...<sup>a</sup>

-Si desamano cuentas tu cuento, Sancho -dijo don Quijote-, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabar's en dos dÌas; dilo seguidamente y cuÈntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

-De la misma manera que yo lo cuento -respondiÛ Sancho-, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sÈ contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

-Di como quisieres -respondiÛ don Quijote-; que, pues la suerte quiere que



no pueda dejar de escucharte, prosigue.

-´Asì que, seòor mïo de mi ñima -prosiguiÛ Sancho-, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba, la pastora, que era una moza rolliza, zahareÒa y tiraba algo a hombruna, porque tenìa unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo.<sup>a</sup>

-Luego, ¿conociÒstela t´? -dijo don Quijote.

-No la conocì yo -respondiÛ Sancho-, pero quien me contÛ este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero que podìa bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo habìa visto todo. ´Asì que, yendo dïas y viniendo dïas, el diablo, que no duerme y que todo lo aÒasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenìa a la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fue, seg'n malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dio, tales que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreciÛ de allì adelante que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesan jam's. La Torralba, que se vio desdeÒada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le habìa querido.<sup>a</sup>

-...sa es natural condiciÛn de mujeres -dijo don Quijote-: desdeÒar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho. -´SucediÛ -dijo Sancho- que el pastor puso por obra su determinaciÛn, y, antecogiendo sus cabras, se encaminÛ por los campos de Estremadura, para pasarse a los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fue tras Èl, y seguiale a pie y descalza desde lejos, con un bordÛn en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, seg'n es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sÈ quÈ botecillo de mudas para la cara; mas, llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, sÛlo dirÈ que dicen que el pastor llegÛ con su ganado a pasar el rïo Guadiana, y en aquella sazÛn iba crecido y casi fuera de madre, y por la

parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a Él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas, tanto anduvo mirando, que vio un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño que solamente podían caber en Él una persona y una cabra; y, con todo esto, le habló y concertó con Él que le pasase a Él y a trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó a volver, y tornó a pasar otra.<sup>a</sup> Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra de Él. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra, y otra...<sup>a</sup>

-Haz cuenta que las pasó todas -dijo don Quijote-: no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

-¿Cuántas han pasado hasta ahora? -dijo Sancho.

-°Yo qué diablos sé! -respondió don Quijote-.

-He ahí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios, que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

-¿Cómo puede ser eso? -respondió don Quijote-. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado, por estenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

-No señor, en ninguna manera -respondió Sancho-; porque, así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fue a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y a fe que era de mucha virtud y contento.

-¿De modo -dijo don Quijote- que ya la historia es acabada?

-Tan acabada es como mi madre -dijo Sancho.

-Dígame de verdad -respondió don Quijote- que ¿has contado una de las más

nuevas consejas, cuento o historia, que nadie pudo pensar en el mundo;  
y  
que tal modo de contarla ni dejarla, jam·s se podr· ver ni habr· visto  
en  
toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas  
no  
me maravillo, pues quiz· estos golpes, que no cesan, te deben de tener  
turbado el entendimiento.

-Todo puede ser -respondiÛ Sancho-, mas yo sÈ que en lo de mi cuento  
no hay  
m·s que decir: que allÌ se acaba do comienza el yerro de la cuenta del  
pasaje de las cabras.

-Acabe norabuena donde quisiere -dijo don Quijote-, y veamos si se  
puede  
mover Rocinante.

TornÛle a poner las piernas, y Èl tornÛ a dar saltos y a estarse  
quedo:  
tanto estaba de bien atado.

En esto, parece ser, o que el frÌo de la maÒana, que ya venÌa, o que  
Sancho  
hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o que fuese cosa natural -que  
es lo  
que m·s se debe creer-, a Èl le vino en voluntad y deseo de hacer lo  
que  
otro no pudiera hacer por Èl; mas era tanto el miedo que habÌa entrado  
en  
su corazÛn, que no osaba apartarse un negro de uÒa de su amo. Pues  
pensar  
de no hacer lo que tenÌa gana, tampoco era posible; y asÌ, lo que  
hizo, por  
bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenÌa asida al arzÛn  
trasero,  
con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltÛ la lazada  
corrediza  
con que los calzones se sostenÌan, sin ayuda de otra alguna, y, en  
quit·ndosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos. Tras  
esto,  
alzÛ la camisa lo mejor que pudo y echÛ al aire entrambas posaderas,  
que no  
eran muy pequeÒas. Hecho esto -que Èl pensÛ que era lo m·s que tenÌa  
que  
hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia-, le sobrevino  
otra  
mayor, que fue que le pareciÛ que no podÌa mudarse sin hacer estrÈpito  
y  
ruido, y comenzÛ a apretar los dientes y a encoger los hombros,  
recogiendo

en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que, al cabo al cabo, vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a Él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote y dijo:

-¿Qué rumor es Ése, Sancho?

-No sé, señor -respondió Él-. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas, como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con Él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen a sus narices; y, apenas hubieron llegado, cuando Él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos; y, con tono algo gangoso, dijo:

-Páeceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

-Sí tengo -respondió Sancho-; mas, ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

-En que ahora más que nunca hueles, y no a mbar -respondió don Quijote.

-Bien podrá ser -dijo Sancho-, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

-Retírate tres o cuatro allí, amigo -dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)-, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

-Apostaré -replicó Sancho- que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

-Peor es meneallo, amigo Sancho -respondió don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo. Mas,

viendo Sancho que a m's andar se venìa la maÒana, con mucho tiento desligÛ a Rocinante y se atÛ los calzones. Como Rocinante se vio libre, aunque El de suyo no era nada brioso, parece que se resintiÛ, y comenzÛ a dar manotadas; porque corvetas -con perdÛn suyo- no las sabìa hacer. Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movìa, lo tuvo a buena seÒal, y creyÛ que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

AcabÛ en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos rboles altos, que ellos eran castaÒos, que hacen la sombra muy oscura. SintiÛ tambiÈn que el golpear no cesaba, pero no vio quiÈn lo podìa causar; y asì, sin m's detenerse, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y, tornando a despedirse de Sancho, le mandÛ que allì le aguardase tres dÌas, a lo m's largo, como ya otra vez se lo habìa dicho; y que, si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habìa sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dÌas. TornÛle a referir el recado y embajada que habìa de llevar de su parte a su seÒora Dulcinea, y que, en lo que tocaba a la paga de sus servicios, no tuviese pena, porque Èl habìa dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallarìa gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podìa tener por muy m's que cierta la prometida Ìnsula.

De nuevo tornÛ a llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen seÒor, y determinÛ de no dejarle hasta el ðltimo tr·nsito y fin de aquel negocio.

Destas l·grimas y determinaciÛn tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debìa de ser bien nacido, y, por lo menos, cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneciÛ algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzÛ a

caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y, habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas, estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba.

Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y, sosegándole don Quijote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrible y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido. Y eran -si no lo has, ¡oh lector!, por pesadumbre y enojo- seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo.

Miróle Sancho, y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote a Sancho, y vio que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que, a la vista de Sancho, pudiese dejar de reírse; y, como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces

sosegû, y otras tantas volviû a su risa con el mismo ìmpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y m's cuando le oyû decir, como por modo de fisga:

-Has de saber, °oh Sancho amigo!, que yo nacì, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquÈl para quien est'n guardados los peligros, las hazaÒas grandes, los valerosos fechos...<sup>a</sup>

Y por aquí fue repitiendo todas o las m's razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacìa burla dÈl, se corriû y enojû en tanta manera, que alzû el lanzûn y le asentû dos palos, tales que, si, como los recibì en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

-SosiÈguese vuestra merced; que, por Dios, que me burlo.

-Pues, porque os burl'is, no me burlo yo -respondiû don Quijote-. Venid

ac', seÒor alegre: øparÈceos a vos que, si como Èstos fueron mazos de bat'n, fueran otra peligrosa aventura, no habìa yo mostrado el ñimo que convenìa para emprendella y acaballa? øEstoy yo obligado, a dicha, siendo, como soy, caballero, a conocer y destinguir los sones y saber cu'les son de bat'n o no? Y m's, que podrìa ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habrÈis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y ech'dmelos a las barbas uno a uno, o todos juntos, y, cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de m' la burla que quisiÈredes.

-No haya m's, seÒor mío -replicó Sancho-, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz (así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado de ésta), ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve; que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

-No niego yo -respondió don Quijote- que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse; que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.

-A lo menos -respondió Sancho-, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome a la cabeza, y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oído decir: "...se te quiere bien, que te hace llorar"; y m's, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ñnsulas o reinos en tierra firme.

-Tal podría correr el dado -dijo don Quijote- que todo lo que dices viniese a ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y estás advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en m's. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la ñnsula Firme; y se lee de él que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo more turquesco. Pues, ¿qué diremos



de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia?

De

todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero.

Así

que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos

cordelejo, porque, de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser

mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario, a lo menos, no se ha de

perder, como ya os he dicho.

-Est  bien cuanto vuestra merced dice -dijo Sancho-, pero querr a yo saber,

por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir

al de los salarios, cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en

aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, o por días, como peones de

alba n.

-No creo yo -respondi  don Quijote- que jamás los tales escuderos estuvieron a salario, sino a merced. Y si yo ahora te le he señalado a ti

en el testamento cerrado que dejó en mi casa, fue por lo que podía suceder;

que aún no s  c mo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballer a, y no querr a que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro

mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

-Así es verdad -dijo Sancho-, pues sólo el ruido de los mazos de un batán

pudo alborotar y desasosegar el coraz n de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas, bien puede estar seguro que, de

aquí adelante, no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de

vuestra merced, si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural.

-Desa manera -replic  don Quijote-, vivirás sobre la haz de la tierra; porque, despu s de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo

fuesen.

Capítulo XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero

En esto, comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiéndoles cobrado tal aborrecimiento don Quijote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes.

De allí a poco, descubrió don Quijote un hombre a caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y a él apenas le hubo visto, cuando se volvió a Sancho y le dijo:

-Páreceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: "Donde una puerta se cierra, otra se abre". Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura; que si yo no acertare a entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes ni a la oscuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

-Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace -dijo Sancho-, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido.

-¡Válate el diablo por hombre! -replicó don Quijote-. ¿Qué va de yelmo a batanes?

-No sé nada -respondió Sancho-; mas, a fe que si yo pudiera hablar tanto

como solía, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

-¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? -dijo don Quijote-. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? -Lo que yo veo y columbro -respondió Sancho- no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

-Pues Ése es el yelmo de Mambrino -dijo don Quijote-. Apartate a una parte y déjame con Él a solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

-Yo me tengo en cuidado el apartarme -replicó Sancho-, mas quiera Dios, torno a decir, que orégano sea, y no batanes.

-Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis, ni por pienso, más eso de los batanes -dijo don Quijote-; que voto..., y no digo más, que os batanee el alma.

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliera el voto que le había echado, redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo, y el caballo y caballero que don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azúfar; y quiso la suerte que, al tiempo que venía, comenzó a llover, y, porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y Ésta fue la ocasión que a don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y malandantes

pensamientos. Y cuando Èl vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con Èl en razones, a todo correr de Rocinante le enristrÛ con el lanzÛn bajo, llevando intenciÛn de pasarle de parte a parte; mas cuando a Èl llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:

-°DefiÈndete, cautiva criatura, o entriÈgame de tu voluntad lo que con tanta razÛn se me debe!

El barbero, que, tan sin pensarlo ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre sÿ, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, si no fue el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantÛ m's ligero que un gamo y comenzÛ a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. DejÛse la bacÿa en el suelo, con la cual se contentÛ don Quijote, y dijo que el pagano habÿa andado discreto y que habÿa imitado al castor, el cual, viÈndose acosado de los cazadores, se taraza y arpa con los dientes aquÈllo por lo que Èl, por distinto natural, sabe que es perseguido. MandÛ a Sancho que alzase el yelmo, el cual, tom·ndola en las manos, dijo:

-Por Dios, que la bacÿa es buena y que vale un real de a ocho como un maravedÿ.

Y, d·ndosela a su amo, se la puso luego en la cabeza, rode·ndola a una parte y a otra, busc·ndole el encaje; y, como no se le hallaba, dijo: -Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjÛ primero esta famosa celada, debÿa de tener grandÿsima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyÛ llamar a la bacÿa celada, no pudo tener la risa; mas vÿnosele a las mientes la cÛlera de su amo, y callÛ en la mitad della. -¿De quÈ te rÿes, Sancho? -dijo don Quijote.

-Rÿome -respondiÛ Èl- de considerar la gran cabeza que tenÿa el pagano dueÒo deste almete, que no semeja sino una bacÿa de barbero pintiparada.

-¿Sabes quÈ imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por alg'n estraÒo accidente, debiÛ de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacÿa, viÈndola de oro purÿsimo, debiÛ de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra

mitad hizo Èsta, que parece bacìa de barbero, como t' dices. Pero, sea lo que fuere; que para mî que la conozco no hace al caso su trasmutaciÛn; que yo la aderezarÈ en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjÛ el dios de las herrerìas para el dios de las batallas; y, en este entretanto, la traerÈ como pudiere, que m's vale algo que no nada; cuanto m's, que bien ser· bastante para defenderme de alguna pedrada.

-Eso ser· -dijo Sancho- si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejÈrcitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venìa aquel benditìsimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.along

-No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes t', Sancho -dijo don Quijote-, que yo tengo la receta en la memoria.

-TambiÈn la tengo yo -respondiÛ Sancho-, pero si yo le hiciere ni le probare m's en mi vida, aquì sea mi hora. Cuanto m's, que no pienso ponerme en ocasiÛn de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

-Mal cristiano eres, Sancho -dijo, oyendo esto, don Quijote-, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues s·bete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niÒerìas. ¿QuÈ pie sacaste cojo, quÈ costilla quebrada, quÈ cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo; que, a no entenderlo yo ansì, ya yo hubiera vuelto all· y hubiera hecho en tu venganza m's daÒo que el que hicieron los griegos por la robada Elena. La cual, si fuera en este tiempo, o mi Dulcinea fuera en aquÈl, pudiera estar segura que no tuviera

tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dio un suspiro, y le puso en las nubes. Y dijo Sancho:

-Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caen de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero, dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que, según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás; y para mis barbas, si no es bueno el rucio!

-Nunca yo acostumbro -dijo don Quijote- despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que, en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo, o asno, o lo que tú quisieres que sea, que, como su dueño nos vea alongados de aquí, volver por él.

-Dios sabe si quisiera llevarle -replicó Sancho-, o, por lo menos, trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se estienden a dejar trocar un asno por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

-En eso no estoy muy cierto -respondió don Quijote-; y, en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

-Tan extrema es -respondió Sancho- que si fueran para mi misma persona, no los hubiera menester más.

Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum y puso su jumento a las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron,

bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirallos:  
tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían  
puesto.

Cortada, pues, la cûlera, y aun la malenconia, subieron a caballo, y, sin  
tomar determinado camino, por ser muy de caballeros andantes el no  
tomar  
ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de  
Rocinante  
quiso, que se llevaba tras sî la de su amo, y aun la del asno, que  
siempre  
le seguia por dondequiera que guiaba, en buen amor y compaõia. Con  
todo  
esto, volvieron al camino real y siguieron por Èl a la ventura, sin  
otro  
disignio alguno.

Yendo, pues, asî caminando, dijo Sancho a su amo:

-Seõor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con Èl?  
Que, despuÈs que me puso aquel spero mandamiento del silencio, se me han  
podrido m's de cuatro cosas en el estûmago, y una sola que ahora tengo  
en  
el pico de la lengua no querria que se mal lograra.

-Dila -dijo don Quijote-, y sÈ breve en tus razonamientos, que ninguno  
hay  
gustoso si es largo.

-Digo, pues, seõor -respondiÛ Sancho-, que, de algunos dîas a esta  
parte,  
he considerado cu'n poco se gana y granjea de andar buscando estas  
aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas  
de  
caminos, donde, ya que se venzan y acaben las m's eligrosas, no hay  
quien  
las vea ni sepa; y asî, se han de quedar en perpetuo silencio, y en  
perjuicio de la intenciÛn de vuestra merced y de lo que ellas merecen.  
Y  
asî, me parece que seria mejor, salvo el mejor parecer de vuestra  
merced,  
que nos fuÈsemos a servir a alg'n emperador, o a otro prîncipe grande  
que  
tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor  
de su  
persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto  
del

señor a quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar, a cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que, si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.

-No dices mal, Sancho -respondió don Quijote-; mas, antes que se llegue a ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal que, cuando se fuere a la corte de algún gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras; y que, apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces, diciendo: ''...ste es el Caballero del Sol'', o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. ''...ste es -dirán- el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que había estado casi novecientos años''. Así que, de mano en mano, irán pregonando tus hechos, y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las ventanas de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ''°Ea, sus! °Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene!'' A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro; y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que, en gran parte de lo descubierto de la tierra, a duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero y él en los della, y cada uno parezca a otro cosa más divina que



humana; y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitar los ojos della, mirándola a furto de los circustantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey, o príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Dársela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le hace. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero,

el cual se las besar · mil y mil veces y se las bañar · en l ·grimas.  
Quedar ·  
concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos  
o  
malos sucesos, y rogar ·le la princesa que se detenga lo menos que  
pudiere;  
prometèrselo ha Èl con muchos juramentos; tûrnale a besar las manos, y  
despèdese con tanto sentimiento que estar · poco por acabar la vida.  
Vase  
desde allí a su aposento, Èchase sobre su lecho, no puede dormir del  
dolor  
de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la  
reina  
y de la infanta; dîcenle, habiÈndose despedido de los dos, que la  
seora  
infanta est · mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el  
caballero que es de pena de su partida, trasp ·sasele el corazûn, y  
falta  
poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Est · la doncella  
medianera  
delante, halo de notar todo, v ·selo a decir a su seora, la cual la  
recibe  
con l ·grimas y le dice que una de las mayores penas que tiene es no  
saber  
quiÈn sea su caballero, y si es de linaje de reyes o no; aseg ·rala la  
doncella que no puede caber tanta cortesîa, gentileza y valentîa como  
la de  
su caballero sino en sujeto real y grave; consuÈlase con esto la  
cuitada;  
procura consolarse, por no dar mal indicio de sî a sus padres, y, a  
cabo de  
dos dîas, sale en p ·blico. Ya se es ido el caballero: pelea en la  
guerra,  
vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas  
batallas,  
vuelve a la corte, ve a su seora por donde suele, conciÈrtase que la  
pida  
a su padre por mujer en pago de sus servicios. No se la quiere dar el  
rey,  
porque no sabe quiÈn es; pero, con todo esto, o robada o de otra  
cualquier  
suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa y su padre lo viene a  
tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero  
es  
hijo de un valeroso rey de no sÈ quÈ reino, porque creo que no debe de  
estar en el mapa. MuÈrese el padre, hereda la infanta, queda rey el  
caballero en dos palabras. Aquî entra luego el hacer mercedes a su  
escudero  
y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a  
su  
escudero con una doncella de la infanta, que ser ·, sin duda, la que  
fue

tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

-Eso pido, y barras derechas -dijo Sancho-; a eso me atengo, porque todo, al pie de la letra, ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la Triste Figura.

-No lo dudes, Sancho -replicó don Quijote-, porque del mismo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores. Sólo falta agora mirar qué rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda a la corte. También me falta otra cosa; que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de reyes, o, por lo menos, primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar a su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos. Así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derriban su decendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron; y podría ser yo de éstos que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el rey, mi suegro, que hubiere de ser. Y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que, a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más

gusto me diere; que el tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

-Ahí entra bien también -dijo Sancho- lo que algunos desalmados dicen: "No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza"; aunque mejor cuadra decir: "M's vale salto de mata que ruego de hombres buenos". Dígolo porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar a entregalle a mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño que, en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente el reino, el pobre escudero se podrá estar a diente en esto de las mercedes. Si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársele su señora por legítima esposa.

-Eso no hay quien la quite -dijo don Quijote.

-Pues, como eso sea -respondió Sancho-, no hay sino encomendarnos a Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

-Hágalo Dios -respondió don Quijote- como yo deseo y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene.

-Sea por Dios -dijo Sancho-, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

-Y aun te sobra -dijo don Quijote-; y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso, porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque, en haciéndote conde, cáte ahí caballero, y digan lo que dijeren; que a buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

-Y ¿montas que no sabría yo autorizar el litado! -dijo Sancho.

-Dictado has de decir, que no litado -dijo su amo.

-Sea así -respondió Sancho Panza-. Digo que le sabría bien acomodar, porque, por vida mía, que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues, ¿qué será cuando me

ponga un ropûn ducal a cuestras, o me vista de oro y de perlas, a uso de conde extranjero? Para mî tengo que me han de venir a ver de cien leguas.

-Bien parecer's -dijo don Quijote-, pero ser' menester que te rapas las barbas a menudo; que, seg'n las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja, cada dos dîas por lo menos, a tiro de escopeta se echar' de ver lo que eres.

-¿Què hay m's -dijo Sancho-, sino tomar un barbero y tenelle asalariado en casa? Y aun, si fuere menester, le harè que ande tras mî, como caballero de grande.

-Pues, ¿cûmo sabes t' -preguntû don Quijote- que los grandes llevan detr's de sî a sus caballeros?

-Yo se lo dirè -respondiû Sancho-: los años pasados estuve un mes en la corte, y allî vi que, pase'ndose un seõor muy pequeõo, que decîan que era muy grande, un hombre le seguîa a caballo a todas las vueltas que daba, que no parecîa sino que era su rabo. Preguntè que cûmo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dèl. Respondièronme que era su caballero y que era uso de los grandes llevar tras sî a los tales. Desde entonces lo sè tan bien que nunca se me ha olvidado.

-Digo que tienes razûn -dijo don Quijote-, y que asî puedes t' llevar a tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron a una, y puedes ser t' el primero conde que lleve tras sî su barbero; y aun es de m's confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

-Quèdese eso del barbero a mi cargo -dijo Sancho-, y al de vuestra merced se quede el procurar venir a ser rey y el hacerme conde.

-Asî ser' -respondiû don Quijote.

Y, alzando los ojos, vio lo que se dir' en el siguiente capîtulo.

Capítulo XXII. De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia que, después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados, como cuentas, en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venían ansimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie; los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie, con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo:

-Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

-¿Cómo gente forzada? -preguntó don Quijote-. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

-No digo eso -respondió Sancho-, sino que es gente que, por sus delitos, va condenada a servir al rey en las galeras de por fuerza.

-En resolución -replicó don Quijote-, comoquiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

-Así es -dijo Sancho.

-Pues de esa manera -dijo su amo-, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

-Advierta vuestra merced -dijo Sancho- que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó, en esto, la cadena de los galeotes, y don Quijote, con muy corteses razones, pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa, o causas, por que llevan aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad que iba a galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

-Con todo eso -replicó don Quijote-, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a estas otras tales y tan comedidas razones, para moverlos a que dijese lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo: -Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo éste de detenerles a sacarlas ni a leerlas; vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. ...l le respondió que por enamorado iba de aquella manera. -¿Por eso no más? -replicó don Quijote-. Pues, si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

-No son los amores como los que vuestra merced piensa -dijo el galeote-; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente que, a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento; concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabóse la obra.

-¿Qué son gurapas? -preguntó don Quijote.

-Gurapas son galeras -respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahíta. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo:

-...ste, señor, va por canario; digo, por músico y cantor.

-Pues, ¿cómo -repitió don Quijote-, por músicos y cantores van también a galeras?

-Sí, señor -respondió el galeote-, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

-Antes, he yo oído decir -dijo don Quijote- que quien canta sus males espanta.

-Acá es al revés -dijo el galeote-, que quien canta una vez llora toda la vida.

-No lo entiendo -dijo don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

-Señor caballero, cantar en el ansia se dice, entre esta gente non santa, confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y, por haber confesado, le condenaron por seis años a galeras, además de docientos azotes que ya lleva en las espaldas. Y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allí quedan y aquí van le maltratan y aniquilan, y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

-Y yo lo entiendo así -respondió don Quijote.



El cual, pasando al tercero, preguntó lo que a los otros; el cual, de presto y con mucho desenfado, respondió y dijo:

-Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

-Yo daré veinte de muy buena gana -dijo don Quijote- por libraros de esa pesadumbre.

-Eso me parece -respondió el galeote- como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la pèndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta.

Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro con una barba blanca que le pasaba del pecho; el cual, oyéndose preguntar la causa por que allí venía, comenzó a llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo:

-Este hombre honrado va por cuatro años a galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y a caballo.

-Eso es -dijo Sancho Panza-, a lo que a mí me parece, haber salido a la vergenza.

-Así es -replicó el galeote-; y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. En efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero.

-A no haberle añadido esas puntas y collar -dijo don Quijote-, por solamente el alcahuete limpio, no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas; porque no es así comoquiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien

nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número de diputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más a menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que, a la más necesaria ocasión y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por que convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. -Así es -dijo el buen viejo-, y, en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; en lo de alcahuete, no lo pude negar. Pero nunca pensé que hacía mal en ello: que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aproveché nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato.

Y aquí tornó a su llanto, como de primero; y tuvo Sancho tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del seno y se le dio de limosna.

Pasó adelante don Quijote, y preguntó a otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado:

-Yo voy aquí porque me burlé demasíadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela, tan intricadamente que no hay diablo que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víame a pique de perder los tragaderos, sentenciaronme a galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa; mozo soy: dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagar en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

...ste iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos éstos, venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo o piedeamigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros de él, sino que temían que se les había de huir.

-¿Qué delitos puede tener -dijo don Quijote-, si no han merecido más pena que echalle a las galeras?

-Va por diez años -replicó la guarda-, que es como muerte civil. No se quiera saber más, sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

-Señor comisario -dijo entonces el galeote-, váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no haré poco.

-Hable con menos tono -replicó el comisario-, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

-Bien parece -respondió el galeote- que va el hombre como Dios es servido, pero algún día sabré alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla o no. -Pues, ¿no te llaman así, embustero? -dijo la guarda.

-Sí llaman -respondió Ginés-, mas yo haré que no me lo llamen, o me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

-Dice verdad -dijo el comisario-: que él mismo ha escrito su historia, que no hay más, y deja empujado el libro en la cárcel en docientos reales. -Y le pienso quitar -dijo Ginés-, si quedara en docientos ducados. -¿Tan bueno es? -dijo don Quijote.

-Es tan bueno -respondió Ginés- que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen.

-¿Y cómo se intitula el libro? -preguntó don Quijote.

-La vida de Ginés de Pasamonte -respondió el mismo.

-¿Y está acabado? -preguntó don Quijote.

-¿Cómo puede estar acabado -respondió Él-, si aún no está acabada mi vida?

Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

-Luego, ¿otra vez habéis estado en ellas? -dijo don Quijote.

-Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho -respondió Ginés-; y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

-Hébil parece -dijo don Quijote.

-Y desdichado -respondió Ginés-; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

-Persiguen a los bellacos -dijo el comisario.

-Ya le he dicho, señor comisario -respondió Pasamonte-, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda. Si no, ¡por vida de...! ¡Basta!, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo éste.

Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua. Y, volviéndose a todos los de la cadena, dijo: -De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy

contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquí tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en ella el orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto más, señores guardas -añadió don Quijote-, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allí se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceréis; y, cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

-¡Donosa majadería! -respondió el comisario- ¡Bueno está el donaire con que ha salido a cabo de rato! ¡Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos o él la tuviera para mandarnoslo!  
Váyase vuestra merced, señor, norabuena, su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.  
-¡Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco! -respondió don Quijote. Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo, malherido de una

lanzada; y avinole bien, que Èste era el de la escopeta. Las dem's guardas quedaron atŭnitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sŭ, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y, sin duda, lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasiŭn que se les ofrecŭa de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venŭan ensartados. Fue la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir a los galeotes, que se desataban, ya por acometer a don Quijote, que los acometŭa, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudŭ Sancho, por su parte, a la soltura de GinÈs de Pasamonte, que fue el primero que saltŭ en la campaŭa libre y desembarazado, y, arremetiendo al comisario caŭdo, le quitŭ la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y seŭalando al otro, sin disparalla jam's, no quedŭ guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, asŭ de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciŭse mucho Sancho deste suceso, porque se le representŭ que los que iban huyendo habŭan de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual, a campana herida, saldrŭa a buscar los delincuentes, y asŭ se lo dijo a su amo, y le rogŭ que luego de allŭ se partiesen y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

-Bien est' eso -dijo don Quijote-, pero yo sÈ lo que ahora conviene que se haga.

Y, llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados y habŭan despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y asŭ les dijo:

-De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que m's a Dios ofende es la ingratitud. Dŭgolo porque ya habÈis visto, seŭores, con manifiesta experiencia, el que de mŭ habÈis recibido;

en pago del cual querría, y es mi voluntad, que, cargados de esa cadena que quitÉ de vuestros cuellos, luego os pong·is en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentÉis ante la seÒora Dulcinea del Toboso y le dig·is que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía a encomendar, y le contÉis, punto por punto, todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y, hecho esto, os podrÉis ir donde quisiÉredes a la buena ventura.

RespondiÓ por todos GinÈs de Pasamonte, y dijo:

-Lo que vuestra merced nos manda, seÒor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entraÒas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que, sin duda alguna, ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la seÒora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intenciÓn de vuestra merced; y Ésta es cosa que se podr· cumplir de noche y de dña, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que a'n no son las diez del dña, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo.

-Pues °voto a tal! -dijo don Quijote, ya puesto en cÙlera-, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llam·is, que habÉis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido como el de querer darles libertad, viÉndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compaÒeros, y, apart·ndose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela; y el



pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de  
de  
bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y  
pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien don  
Quijote que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con  
tanta  
fuerza que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fue  
sobre  
él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza, y diole con ella  
tres o  
cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la  
hizo  
pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las  
medias  
calzas le querían quitar si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le  
quitaron el gabán, y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los  
demás  
despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más  
cuidado de  
escaparse de la Hermandad, que temían, que de cargarse de la cadena e  
ir a  
presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote; el jumento,  
cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas,  
pensando  
que aún no había cesado la borrasca de las piedras, que le perseguían  
los  
oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de  
otra  
pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; don  
Quijote,  
mohinosísimo de verse tan malparado por los mismos a quien tanto bien  
había  
hecho.

Capítulo XXIII. De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra  
Morena, que fue una de las más raras aventuras que en esta verdadera  
historia se cuentan

Viéndose tan malparado don Quijote, dijo a su escudero:

-Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es  
echar  
agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera  
escusado

esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

-Así escarmentar vuestra merced -respondió Sancho- como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera escusado este día, créame ahora y escusar otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da a ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

-Naturalmente eres cobarde, Sancho -dijo don Quijote-, pero, porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres. Y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente de este, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de los doce tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Cstor y a Púlux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

-Señor -respondió Sancho-, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.

Subió don Quijote, sin replicarle más palabra, y, guiando Sancho sobre su

asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso, o a Almodovar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle a esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgú a milagro, según fue lo que llevaron y buscaron los galeotes.

Así como don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsese a la memoria los maravillosos acontecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y trasportado en ellas que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado -después que le pareció que caminaba por parte segura- sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado; y así, iba tras su amo sentado a la mujeriega sobre su jumento, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra ventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto, alzó los ojos y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dio prisa a llegar a ayudarle si fuese menester; y cuando llegó fue a tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida a él, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos; mas, pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease a tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía.

Hízolo con mucha presteza Sancho, y, aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda y otras cosas de lienzo, no

menos curiosas que limpias, y en un pañuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y, así como los vio, dijo:

-°Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!

Y buscando más, halló un librito de memoria, ricamente guarnecido. ...ste le pidió don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y, desvalijando a la valija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por don Quijote, dijo:

-Pareceme, Sancho, y no es posible que sea otra cosa, que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y, saltándole malandrines, le debieron de matar, y le trujeron a enterrar en esta tan escondida parte. -No puede ser eso -respondió Sancho-, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

-Verdad dices -dijo don Quijote-, y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas, espérate: veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abrióle, y lo primero que halló en él escrito, como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que, leyéndole alto porque Sancho también lo oyese, vio que decía desta manera:

O le falta al Amor conocimiento,  
o le sobra crueldad, o no es mi pena  
igual a la ocasión que me condena  
al género más duro de tormento.  
Pero si Amor es dios, es argumento  
que nada ignora, y es razón muy buena

que un dios no sea cruel. Pues, ¿quién ordena  
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto;  
que tanto mal en tanto bien no cabe,  
ni me viene del cielo esta rina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto;  
que al mal de quien la causa no se sabe  
milagro es acertar la medicina.

-Por esa trova -dijo Sancho- no se puede saber nada, si ya no es que  
por  
ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.

-¿Qué hilo está aquí? -dijo don Quijote.

-Pareceme -dijo Sancho- que vuestra merced nombró ahí hilo.

-No dije sino Fili -respondió don Quijote-, y éste, sin duda, es el  
nombre  
de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y a fe que debe de  
ser  
razonable poeta, o yo sé poco del arte.

-Luego, ¿también -dijo Sancho- se le entiende a vuestra merced de  
trovas?

-Y más de lo que tú piensas -respondió don Quijote-, y veráslo cuando  
llevés una carta, escrita en verso de arriba abajo, a mi señora  
Dulcinea  
del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o los más  
caballeros  
andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos;  
que  
estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anexas a los  
enamorados andantes. Verdad es que las coplas de los pasados  
caballeros  
tienen más de espíritu que de primor.

-Lea más vuestra merced -dijo Sancho-, que ya hallará algo que nos  
satisfaga.

Volvió la hoja don Quijote y dijo:

-Esto es prosa, y parece carta.

-¿Carta misiva, señor? -preguntó Sancho.

-En el principio no parece sino de amores -respondió don Quijote.

-Pues lea vuestra merced alto -dijo Sancho-, que gusto mucho destas cosas de amores.

-Que me place -dijo don Quijote.

Y, leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vio que decía desta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas.

Deséchame, ¡oh ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que

yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas

ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco

que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que

los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedas

arrepentida de lo que hiciste y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote:

-Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdichado amante.

Y, hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos

pudo leer y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos,

desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los

unos y llorados los otros.

En tanto que don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscarse, escudriñase e

inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal

golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y, aunque no halló más de lo hallado, dio por bien empleados los

vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas,

las puÒadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gab'n y toda la hambre, sed y cansancio que habìa pasado en servicio de su buen seÒor, pareciÈndole que estaba m's que rebiÈn pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedÛ el Caballero de la Triste Figura de saber quiÈn fuese el dueÒo de la maleta, conjeturando, por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debìa de ser de alg'n principal enamorado, a quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido a alg'n desesperado tÈrmino. Pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecìa persona alguna de quien poder informarse, no se curÛ de m's que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante querìa, que era por donde Èl podìa caminar, siempre con imaginaciÛn que no podìa faltar por aquellas malezas alguna estraÒa aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vio que, por cima de una montaÒuela que delante de los ojos se le ofrecìa, iba saltando un hombre, de risco en risco y de mata en mata, con estraÒa ligereza. FigurÛsele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rabultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrìan unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrìan las carnes. Traìa la cabeza descubierta, y, aunque pasÛ con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirÛ y notÛ el Caballero de la Triste Figura; y, aunque lo procurÛ, no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y m's siendo Èl de suyo pisacorto y flem'tico. Luego imaginÛ don Quijote que aquÈl era el dueÒo del cojìn y de la maleta, y propuso en sÌ de buscallo, aunque supiese andar un aÒo por aquellas montaÒas hasta hallarle; y asÌ, mandÛ a Sancho que se apease del asno y atajase por la una parte de la montaÒa, que Èl irìa por la otra y podrìa ser que topasen, con esta

diligencia, con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

-No podré hacer eso -respondió Sancho-, porque, en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

-Así ser -dijo el de la Triste Figura-, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi nimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el nima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela: quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

A lo que Sancho respondió:

-Harto mejor sería no buscallo, porque si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que, por otra vía menos curiosa y diligente, pareciera su verdadero señor; y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

-Engañaste en eso, Sancho -respondió don Quijote-; que, ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, cuasi delante, estamos obligados a buscarle y volverse los; y, cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que a mí se me quitará si le hallo.

Y así, picó a Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento; y, habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.



Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y a deshora, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. ...l respondió a gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras o de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y, en llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

-Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada. Pues a buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar. Díganme: ¿han topado por ahí a su dueño?

-No hemos topado a nadie -respondió don Quijote-, sino a un cojín y a una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

-También la hallé yo -respondió el cabrero-, mas nunca la quise alzar ni llegar a ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por hurto; que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

-Eso mismo es lo que yo digo -respondió Sancho-: que también la hallé yo, y no quise llegar a ella con un tiro de piedra; allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

-Decidme, buen hombre -dijo don Quijote-, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

-Lo que sabré yo decir -dijo el cabrero- es que habrá al pie de seis meses, poco más a menos, que llegué a una majada de pastores, que están como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y

maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntáunos que cuál parte desta sierra era la más spera y escondida; dijémosle que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis a salir; y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine. Digo, pues, que, en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le vimos caminar y volverse hacia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí a algunos días salió al camino a uno de nuestros pastores, y, sin decirle nada, se llegó a Él y le dio muchas puñadas y coces, y luego se fue a la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traía; y, con extraña ligereza, hecho esto, se volvió a emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos a buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocíamos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos tenían, nos dieron a entender que era el que buscábamos. Saludáunos cortésmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con Él. Pedímosle también que, cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que, a lo menos, saliese a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecié nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En cuanto lo que tocaba a la estancia de su habitación, dijo que no tenía

otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en Él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y cuál le veíamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesías y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba a darse a conocer a la misma rusticidad. Y, estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse; clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca molestia de verlo; porque, por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido. Mas Él nos dio a entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia que, si no se le quitáramos, le matara a puñadas y a bocados; y todo esto hacía, diciendo: "¡Ah, fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón, donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño!" Y a éstas añadía otras razones, que todas se encaminaban a decir mal de aquel Fernando y a tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y Él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille. Por esto conjeturamos que la locura le venía a tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber

hecho alguna mala obra, tan pesada cuanto lo mostraba el término a que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer y otras a quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas.

Y en verdad os digo, señores -prosiguió el cabrero-, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y, después de hallado, ya por fuerza ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos cuándo es cuando está en sus seso, y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia<sup>a</sup>. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mismo que vistas pasar con tanta ligereza como desnudez -que ya le había dicho don Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.

El cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con más deseo de saber cuándo era el desdichado loco; y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado: de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle. Pero hizo lo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció, por entre una quebrada de una sierra que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, sólo que, llegando cerca, vio don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de mbar; por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad.

En llegando el mancebo a ellos, les saludó con una voz desentonada y

bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeñándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar el Roto de la Mala Figura -como a don Quijote el de la Triste-, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía; no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle a él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

#### Capítulo XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el cual, prosiguiendo su plática, dijo:

-Por cierto, señor, quienquiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado; y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda a las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

-Los que yo tengo -respondió don Quijote- son de serviros; tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si el dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostráis tener se podía hallar algún género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y, cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de consuelo, pensaba ayudaros a

llorarla y plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y, si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señores, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado o amáis, que me digáis quiéne sois y la causa que os ha traído a vivir y a morir entre estas soledades como bruto animal, pues morís entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro -añadió don Quijote-, por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señores, me complacéis, de serviros con las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido.

El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle, y remirarle y tornarle a mirar de arriba abajo; y, después que le hubo bien mirado, le dijo:

-Si tienen algo que darme a comer, por amor de Dios que me lo den; que, después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron, Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y, en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó a un verde pradecillo que a la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando a él se tendió en el suelo, encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo; y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo:

-Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta, ni otra

cosa, no interromperÈis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hag·is, en Èse se quedar· lo que fuere contando.

Estas razones del Roto trujeron a la memoria a don Quijote el cuento que le habìa contado su escudero, cuando no acertÛ el n·mero de las cabras que habìan pasado el rìo y se quedÛ la historia pendiente. Pero, volviendo al Roto, prosiguiÛ diciendo:

-Esta prevenciÛn que hago es porque querrìa pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas a la memoria no me sirve de otra cosa que aÒadir otras de nuevo, y, mientras menos me pregunt·redes, m·s presto acabarÈ yo de decillas, puesto que no dejarÈ por contar cosa alguna que sea de importancia para no satisfacer del todo a vuestro deseo.

Don Quijote se lo prometiÛ, en nombre de los dem·s, y Èl, con este seguro, comenzÛ desta manera:

-Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucìa; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivìa en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de m·s ventura y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se debìa. A esta Luscinda amÈ, quise y adorÈ desde mis tiernos y primeros aÒos, y ella me quiso a mÌ con aquella sencillez y buen ·nimo que su poca edad permitìa. Sabìan nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veìan que, cuando pasaran adelante, no podìan tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. CreciÛ la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareciÛ que por buenos respetos estaba obligado a negarme la entrada de

su casa, casi imitando en esto a los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas. Y fue esta negación a adir llama a llama y deseo a deseo, porque, aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas, suelen dar a entender a quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intenci n más determinada y la lengua más atrevida.  Ay cielos, y cuántos billetes le escribi !  Cu n regaladas y honestas respuestas tuve!  Cu ntas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entreten a sus memorias y recreaba su voluntad!

 En efeto, vi ndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determin  poner por obra y acabar en un punto lo que me pareci  que más conven a para salir con mi deseado y merecido premio; y fue el pedirselo a su padre por leg tima esposa, como lo hice; a lo que El me respondi  que me agradecía la voluntad que mostraba de honralle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que, siendo mi padre vivo, a El tocaba de justo derecho hacer aquella demanda; porque, si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Lusinda mujer para tomarse ni darse a hurto.

 Yo le agradeci  su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendr a en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luego en aquel mismo instante, fui a decirle a mi padre lo que deseaba. Y, al tiempo que entró en un aposento donde estaba, le hall  con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dio y me dijo: ''Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced''.<sup>a</sup> Este duque Ricardo, como ya vosotros, se ores, debéis de saber, es un grande de Espa a que tiene su estado en lo mejor desta Andaluc a.  Tom  y le  la carta, la cual ven a tan encarecida que a mí mismo me pareci  mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella



se le pedía, que era que me enviase luego donde Él estaba; que quería que  
fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que Él tomaba a  
cargo el  
ponerme en estado que correspondiese a la estimación en que me tenía.  
Leí  
la carta y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía:  
'De  
aquí a dos días te partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del duque;  
y da  
gracias a Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo  
sé  
que mereces''. Añadió a estas otras razones de padre consejero.  
Llegóse el término de mi partida, habló una noche a Luscinda, díjole  
todo  
lo que pasaba, y lo mismo hice a su padre, suplicándole se  
entretuviese  
algunos días y dilatase el darle estado hasta que yo viese lo que  
Ricardo  
me quería. Él me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos  
y mil  
desmayos. Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba. Fui de él tan  
bien  
recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia a hacer su  
oficio,  
teniendo a los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que  
el  
duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el  
que  
más se holgó con mi ida fue un hijo segundo del duque, llamado  
Fernando,  
mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual, en poco  
tiempo,  
quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir a todos; y, aunque el  
mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que  
don  
Fernando me quería y trataba.

Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que  
no se  
comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejada de serlo  
por  
ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno  
enamorado, que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien a una  
labradora, vasalla de su padre (y ella los tenía muy ricos), y era tan  
hermosa, recatada, discreta y honesta que nadie que la conocía se  
determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia ni más se  
aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron  
a tal  
término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder  
alcanzarlo

y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe y con los m's vivos ejemplos que pude, procurè estorbarle y apartarle de tal propûsito. Pero, viendo que no aprovechaba, determinè de decirle el caso al duque Ricardo, su padre. Mas don Fernando, como astuto y discreto, se recelô y temiô desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi seôr el duque venïa; y así, por divertirme y engaôarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenïa, que el ausentarse por algunos meses; y que querïa que el ausencia fuese que los dos nos vinièsemos en casa de mi padre, con ocasiûn que darïan al duque que venïa a ver y a feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habïa, que es madre de los mejores del mundo.

ªApenas le oï yo decir esto, cuando, movido de mi aficiûn, aunque su determinaciûn no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las m's acertadas que se podïan imaginar, por ver cu'n buena ocasiûn y coyuntura se me ofrecïa de volver a ver a mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobè su parecer y esforcè su propûsito, dicièndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque, en efeto, la ausencia hacïa su oficio, a pesar de los m's firmes pensamientos. Ya cuando Èl me vino a decir esto, seg'n despuès se supo, habïa gozado a la labradora con tîtulo de esposo, y esperaba ocasiûn de descubrirse a su salvo, temeroso de lo que el duque su padre harïa cuando supiese su disparate.

ªSucedï, pues, que, como el amor en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por 'ltimo fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba y ha de volver atr's aquello que parecïa amor, porque no puede pasar adelante del tÈrmino que le puso naturaleza, el cual tÈrmino no le puso a lo que es verdadero amor...; quiero decir que, así como don Fernando gozô a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahîncos; y si primero fingïa quererse ausentar, por

remediarlos, ahora de veras procuraba irse, por no ponerlos en ejecución.  
Diole el duque licencia, y mand me que le acompa ase. Venimos a mi ciudad,  
recibi le mi padre como quien era; vi yo luego a Luscinda, tornaron a vivir, aunque no hab an estado muertos ni amortiguados, mis deseos, de los  
cuales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme que, en la ley  
de la mucha amistad que mostraba, no le deb a encubrir nada. Alab e la  
hermosura, donaire y discreci n de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tantas buenas  
partes adornada. Cumpl selos yo, por mi corta suerte, ense ndosela una  
noche, a la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos  
hablarnos. Viola en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entonces por él  
vistas las puso en olvido. Enmudeci , perdi  el sentido, qued  absorto  
y,  
finalmente, tan enamorado cual lo ver is en el discurso del cuento de mi  
desventura. Y, para encenderle más el deseo, que a mí me celaba y al cielo  
a solas descubri , quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese a su padre por esposa, tan discreto, tan honesto  
y tan enamorado que, en leyéndolo, me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las  
demás mujeres del mundo estaban repartidas.

 Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía con cuán  
justas causas don Fernando a Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas  
alabanzas de su boca, y comenc  a temer y a recelarme d el, porque no se  
pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él mov a la  
plática, aunque la trujese por los cabellos; cosa que despertaba en mí un  
no s  qué de celos, no porque yo temiese rev s alguno de la bondad y de la  
fe de Luscinda, pero, con todo eso, me hacía temer mi suerte lo mismo que  
ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo a  
Luscinda enviaba y los que ella me respond a, a t tulo que de la discreci n

de los dos gustaba mucho. AcaeciÛ, pues, que, habiÈndome pedido Luscinda un libro de caballerÌas en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de AmadÌs de Gaula...<sup>a</sup>

No hubo bien oÌdo don Quijote nombrar libro de caballerÌas, cuando dijo:

-Con que me dijera vuestra merced, al principio de su historia, que su merced de la seÒora Luscinda era aficionada a libros de caballerÌas, no fuera menester otra exageraciÛn para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, seÒor, le habÈis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: asÌ que, para conmigo, no es menester gastar m's palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que, con sÛlo haber entendido su aficiÛn, la confirmo por la m's hermosa y m's discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, seÒor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con AmadÌs de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sÈ que gustara la seÒora Luscinda mucho de Daraida y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel y de aquellos admirables versos de sus bucÛlicas, cantadas y representadas por Èl con todo donaire, discreciÛn y desenvoltura. Pero tiempo podr· venir en que se enmiende esa falta, y no dura m's en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo a mi aldea, que allÌ le podrÈ dar m's de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mÌ que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdÛneme vuestra merced el haber contravenido a lo que prometimos de no interromper su pl·tica, pues, en oyendo cosas de caballerÌas y de caballeros andantes, asÌ es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna. AsÌ que, perdÛn y proseguir, que es lo que ahora hace m's al caso.

En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habÌa caÌdo a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar

profundamente pensativo. Y, puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero, al cabo de un buen espacio, la levantó y dijo:

-No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé a entender otra cosa (y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese), sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madísima.

-Eso no, voto a tal! -respondió con mucha cúlera don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre)-; y esa es una muy gran malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madísima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco. Y yo se lo daré a entender, a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.

Está bale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia; ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madísima le había oído. Extraño caso; que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros! Digo, pues, que, como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto a sí, y dio con él en los pechos tal golpe a don Quijote que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vio parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el roto le recibió de tal suerte que con una puñada dio con él a sus pies, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro. Y, después que los tuvo a todos rendidos y molidos, los dejó y se fue, con gentil sosiego, a

emboscarse en la montaña.

Levantóse Sancho, y, con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía

la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la

locura; que, si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse

guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó a replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas y

darse tales puñadas que, si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran

pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

-Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en éste,

que es villano como yo y no estoy armado caballero, bien puedo a mi salvo

satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano, como

hombre honrado.

-Así es -dijo don Quijote-, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería

posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el

fin de su historia. Dijo el cabrero lo que primero le había dicho, que

era no saber de cierto su manida; pero que, si anduviese mucho por aquellos

contornos, no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.

Capítulo XXV. Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a

la penitencia de Beltenebros

Despidióse del cabrero don Quijote, y, subiendo otra vez sobre Rocinante,

mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, con su jumento, de muy mala gana. Óbanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado; mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

-Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver a mi casa, y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades, de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

-Ya te entiendo, Sancho -respondió don Quijote-: t' mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por alzado y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

-Sea así -dijo Sancho-: hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y, comenzando a gozar de ese salvoconduto, digo que ¿qué le iba a vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, o como se llama? O, ¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo o no? Que, si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun más de seis torniscones.

-A fe, Sancho -respondiÛ don Quijote-, que si t' supieras, como yo lo sÈ,  
cu'n honrada y cu'n principal seÒora era la reina Mad'sima, yo sÈ que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebrÈ la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina estÈ amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirviÛ de ayo y de mÈdico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo. Y, porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

-Eso digo yo -dijo Sancho-: que no habìa para quÈ hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced y encaminara el guijarro a la cabeza, como le encaminÛ al pecho, buenos qued'ramos por haber vuelto por aquella mi seÒora, que Dios cohonda. Pues, òmontas que no se librara Cardenio por loco!

-Contra cuerdos y contra locos est' obligado cualquier caballero andante a volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto m's por las reinas de tan alta guisa y pro como fue la reina Mad'sima, a quien yo tengo particular aficiÛn por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido hermosa, adem's fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas; y los consejos y compaÒia del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquÌ tomÛ ocasiÛn el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentir'n otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

-Ni yo lo digo ni lo pienso -respondiÛ Sancho-: all' se lo hayan; con su pan se lo coman. Si fueron amancebados, o no, a Dios habr'n dado la cuenta.



De mis viòas vengo, no sÈ nada; no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto m's, que desnudo nacì, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿quÈ me va a mÌ? Y muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas. Mas, ¿quiÈn puede poner puertas al campo? Cuanto m's, que de Dios dijeron.

-°V·lame Dios -dijo don Quijote-, y quÈ de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿QuÈ va de lo que tratamos a los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante, entremÈtete en espollear a tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere, va muy puesto en razÛn y muy conforme a las reglas de caballerìa, que las sÈ mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

-SeÒor -respondiÛ Sancho-, y ¿es buena regla de caballerìa que andemos perdidos por estas montaÒas, sin senda ni camino, buscando a un loco, el cual, despuÈs de hallado, quiz· le vendr· en voluntad de acabar lo que dejÛ comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acab·ndonoslas de romper de todo punto?

-Calla, te digo otra vez, Sancho -dijo don Quijote-; porque te hago saber que no sÛlo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaÒa con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra; y ser· tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero.

-Y ¿es de muy gran peligro esa hazaÒa? -preguntÛ Sancho Panza.

-No -respondiÛ el de la Triste Figura-, puesto que de tal manera podìa correr el dado, que ech·semos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

-¿En mi diligencia? -dijo Sancho.

-SÍ -dijo don Quijote-, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabar mi pena y presto comenzar mi gloria. Y, porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que, cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas. Y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento; como también nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolo ni descubriéndolo como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de Beltenebros, nombre, por cierto, significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que, me es a mí más fácil imitarle en esto que no en

hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos. Y, pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

-En efecto -dijo Sancho-, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

-¿Ya no te he dicho -respondió don Quijote- que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? Y, puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía), parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, hará el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser más esenciales. Y podrá ser que viniese a contentarme con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de nada, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más. -Párceme a mí -dijo Sancho- que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias, pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna nihería con moro o cristiano?

-Ahí está el punto -respondió don Quijote- y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso; que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio:

quien est· ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho  
amigo, no  
gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no  
vista  
imitaciÛn. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que t· vuelvas con la  
respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi seÒora Dulcinea;  
y si  
fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi  
penitencia; y  
si fuere al contrario, serÈ loco de veras, y, siÈndolo, no sentirÈ  
nada.  
Así que, de cualquiera manera que responda, saldrÈ del conflicto y  
trabajo  
en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, o no  
sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes  
bien  
guardado el yelmo de Mambrino?; que ya vi que le alzaste del suelo  
cuando  
aquel desagradecido le quiso hacer pedazos. Pero no pudo, donde se  
puede  
echar de ver la fineza de su temple.

A lo cual respondiÛ Sancho:

-Vive Dios, seÒor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir  
ni  
llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por  
ellas  
vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar  
reinos e imperios, de dar ñsulas y de hacer otras mercedes y  
grandezas,  
como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de  
viento y  
mentira, y todo pastraÒa, o patraÒa, o como lo llam·remos. Porque  
quien  
oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de  
Mambrino, y que no salga de este error en m·s de cuatro días, ¿quÈ ha  
de  
pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener g·ero el  
juicio? La  
bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llÈvola para  
aderezarla en  
mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que  
alg·n  
día me vea con mi mujer y hijos.

-Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro -dijo don  
Quijote- que tienes el m·s corto entendimiento que tiene ni tuvo  
escudero  
en el mundo. ¿Que es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has  
echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen  
quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revÈs? Y no

porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una  
caterva  
de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan y les vuelven  
según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos;  
y  
así, eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo  
de  
Mambrino, y a otro le parecer otra cosa. Y fue rara providencia del  
sabio  
que es de mi parte hacer que parezca bacía a todos lo que real y  
verdaderamente es yelmo de Mambrino, a causa que, siendo Él de tanta  
estima, todo el mundo me perseguir por quitarmele; pero, como ven que  
no  
es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se  
mostró  
bien en el que quiso rompelle y le dejó en el suelo sin llevarle; que  
a fe  
que si le conociera, que nunca Él le dejara. Guárdale, amigo, que por  
ahora  
no le he menester; que antes me tengo de quitar todas estas armas y  
quedar  
desnudo como cuando nació, si es que me da en voluntad de seguir en mi  
penitencia más a Roldán que a Amadís.

Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña que, casi como  
peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría  
por su  
falda un manso arroyuelo, y hacía por toda su redondez un prado tan  
verde  
y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí  
muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el  
lugar  
apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para  
hacer su  
penitencia; y así, en viéndole, comenzó a decir en voz alta, como si  
estuviera sin juicio:

-...ste es el lugar, ¡oh cielos!, que diputo y escojo para llorar la  
desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. ...ste es el sitio  
donde  
el humor de mis ojos acrecentar las aguas deste pequeño arroyo, y mis  
continuos y profundos suspiros moverán a la continua las hojas destes  
montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi  
asendereado  
corazón padece. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses  
que en  
este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste  
desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos  
han  
traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura  
condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana  
hermosura! ¡Oh vosotras, napeas y dríadas, que tenéis por costumbre de

habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos  
s' tiros,  
de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jam' s vuestro  
dulce  
sosiego, que me ayudÈis a lamentar mi desventura, o, a lo menos, no os  
cansÈis de oïlla! °Oh Dulcinea del Toboso, dïa de mi noche, gloria de  
mi  
pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te la  
dÈ  
buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el  
estado a  
que tu ausencia me ha conducido, y que con buen tÈrmino correspondas  
al que  
a mi fe se le debe! °Oh solitarios rboles, que desde hoy en adelante  
habÈis de hacer compaÒïa a mi soledad, dad indicio, con el blando  
movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia! °Oh  
t',  
escudero mïo, agradable compaÒero en m' s prÛsperos y adversos sucesos,  
toma  
bien en la memoria lo que aquí me ver' s hacer, para que lo cuentes y  
recetes a la causa total de todo ello!

Y, diciendo esto, se apeÛ de Rocinante, y en un momento le quitÛ el  
freno y  
la silla; y, d'ndole una palmada en las ancas, le dijo:

-Libertad te da el que sin ella queda, °oh caballo tan estremado por  
tus  
obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la  
frente llevas escrito que no te igualÛ en ligereza el Hipogrifo de  
Astolfo,  
ni el nombrado Frontino, que tan caro le costÛ a Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

-Bien haya quien nos quitÛ ahora del trabajo de desenalbardar al  
rucio; que  
a fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su  
alabanza; pero si Èl aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le  
desalbardara, pues no había para quÈ, que a Èl no le tocaban las  
generales  
de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo,  
cuando Dios quería. Y en verdad, seÒor Caballero de la Triste Figura,  
que  
si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que  
ser'  
bien tornar a ensillar a Rocinante, para que supla la falta del rucio,  
porque ser' ahorrar tiempo a mi ida y vuelta; que si la hago a pie, no  
sÈ  
cu'ndo llegarÈ ni cu'ndo volverÈ, porque, en resoluciÛn, soy mal  
caminante.

-Digo, Sancho -respondi  don Quijote-, que sea como t' quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a tres días te partir's, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

-Pues,  qu  m's tengo de ver -dijo Sancho- que lo que he visto?

- Bien est's en el cuento! -respondi  don Quijote-. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas pe as, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.

-Por amor de Dios -dijo Sancho-, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que a tal pe a podr  llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer que, ya que vuestra merced le parece que son aqu  necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodón; y d jeme a mí el cargo, que yo dir  a mi se ora que vuestra merced se las daba en una punta de peña m's dura que la de un diamante.

-Yo agradezco tu buena intenci n, amigo Sancho -respondi  don Quijote-, mas qui rote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera, ser a contravenir a las  rdenes de caballer a, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mesmo es que mentir. Ans  que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico. Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

-M's fue perder el asno -respondi  Sancho-, pues se perdieron en él las

hilas y todo. Y ruegole a vuestra merced que no se acuerde m's de aquel maldito brebaje; que en s'lo o'rlle mentar se me revuelve el alma, no que el est'umago. Y m's le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres d'as que me ha dado de t'Ermino para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y dir' maravillas a mi se'ora; y escriba la carta y desp'cheme luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

-Purgatorio le llamas, Sancho? -dijo don Quijote-. Mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.

-Quien ha infierno -respondi' Sancho-, nula es retencio, seg'n he o'ido decir.

-No entiendo qu' quiere decir retencio -dijo don Quijote.

-Retencio es -respondi' Sancho- que quien est' en el infierno nunca sale d'el, ni puede. Lo cual ser' al rev's en vuestra merced, o a m' me andar' mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante; y p'ngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi se'ora Dulcinea, que yo le dir' tales cosas de las necedades y locuras, que todo es uno, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner m's blanda que un guante, aunque la halle m's dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volver' por los aires, como brujo, y sacar' a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir d'el, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que est'n en el infierno, ni creo que vuestra merced dir' otra cosa.

-As' es la verdad -dijo el de la Triste Figura-; pero, qu' haremos para escribir la carta?

-Y la libranza pollinesca tambi' -a'adi' Sancho.

-Todo ir' inserto -dijo don Quijote-; y ser' bueno, ya que no hay papel, que la escribi'emos, como hac'ian los antiguos, en hojas de rboles, o en



unas tablitas de cera; aunque tan dificultoso ser· hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria d'Ûnde ser· bien, y aun m's que bien, escribilla: que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio; y t' tendr's cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquiera sacrist'n te la trasladar·; y no se la des a trasladar a ning'n escribano, que hacen letra procesada, que no la entender· Satan's.

-Pues, ¿quÈ se ha de hacer de la firma? -dijo Sancho.

-Nunca las cartas de Amadìs se firman -respondiÛ don Quijote.

-Est· bien -respondiÛ Sancho-, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y Èsa, si se traslada, dir'n que la firma es falsa y quedarÈme sin pollinos.

-La libranza ir· en el mesmo librillo firmada; que, en viÈndola, mi sobrina no pondr· dificultad en cumplilla. Y, en lo que toca a la carta de amores, pondr's por firma: "Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura". Y har· poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sÈ acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra m'ia ni carta m'ia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platÛnicos, sin estenderse a m's que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osarÈ jurar con verdad que en doce a'os que ha que la quiero m's que a la lumbre destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aun podr· ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Nogales, la han criado.

-°Ta, ta! -dijo Sancho-. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la se'ora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-...sa es -dijo don Quijote-, y es la que merece ser se'ora de todo el universo.

-Bien la conozco -dijo Sancho-, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora!  
Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que, con justo título, puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querría ya verme en camino, sólo por vella; que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado: así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que, al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando

lino, o trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se  
riese y enfadase del presente.

-Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho -dijo don Quijote-,  
que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces  
despuntas de agudo. Mas, para que veas cu'n necio eres t' y cu'n discreto  
soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. ¿Has de saber que una viuda  
hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamorô de un  
mozo motilûn, rollizo y de buen tomo. Alcanzôlo a saber su mayor, y un dîa  
dijo a la buena viuda, por vîa de fraternal reprehensiûn:  
'Maravillado  
estoy, seôora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal,  
tan  
hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre  
tan  
soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos  
maestros, tantos presentados y tantos teûlogos, en quien vuestra  
merced  
pudiera escoger como entre peras, y decir: "...ste quiero, aquêste no  
quiero"'. Mas ella le respondiû, con mucho donaire y desenvoltura:  
'Vuestra merced, seôor mîo, est' muy engaôado, y piensa muy a lo  
antiguo  
si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece,  
pues,  
para lo que yo le quiero, tanta filosofîa sabe, y m's, que  
Aristûteles''<sup>a</sup>.  
Asî que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto  
vale  
como la m's alta princesa de la tierra. Sî, que no todos los poetas  
que  
alaban damas, debajo de un nombre que ellos a su albedrîo les ponen,  
es  
verdad que las tienen. ¿Piensas t' que las Amariles, las Filis, las  
Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que los  
libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las  
comedias, est'n llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso,  
y de  
aquêllos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las  
m's se  
las fingen, por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por  
enamorados  
y por hombres que tienen valor para serlo. Y asî, b'stame a mî pensar  
y  
creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo  
del

linaje importa poco, que no han de ir a hacer la informaci3n d3l para darle alg3n h3bito, y yo me hago cuenta que es la m3s alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar m3s que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es as3, sin que sobre ni falte nada; y p3ntola en mi imaginaci3n como la deseo, as3 en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pret3ritas, griega, b3rbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no ser3 castigado de los rigurosos.

-Digo que en todo tiene vuestra merced raz3n -respondi3 Sancho-, y que yo soy un asno. Mas no s3 yo para qu3 nombre asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogas en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios, que me mudo.

Sac3 el libro de memoria don Quijote, y, apart3ndose a una parte, con mucho sosiego comenz3 a escribir la carta; y, en acab3ndola, llam3 a Sancho y le dijo que se la quer3a leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se pod3a temer. A lo cual respondi3 Sancho:

-Escr3bala vuestra merced dos o tres veces ah3 en el libro y d3mele, que yo le llevar3 bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate: que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida c3mo me llamo. Pero, con todo eso, d3gamela vuestra merced, que me holgar3 mucho de o3lla, que debe de ir como de molde.

-Escucha, que as3 dice -dijo don Quijote:

Carta de don Quijote a Dulcinea del Toboso

Soberana y alta seõora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazôn, dulcìsima Dulcinea del Toboso, te envìa la salud que Èl no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podrÈ sostenerme en esta cuita, que, adem's de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dar' entera relaciôn, °oh bella ingrata, amada enemiga mìa!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que, con acabar mi vida, habrÈ satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.

-Por vida de mi padre -dijo Sancho en oyendo la carta-, que es la m's alta cosa que jam's he oïdo. °Pesia a mï, y cûmo que le dice vuestra merced ahì todo cuanto quiere, y quÈ bien que encaja en la firma El Caballero de la Triste Figura! Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no haya cosa que no sepa.

-Todo es menester -respondiÛ don Quijote- para el oficio que trayo. -Ea, pues -dijo Sancho-, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cÈdula de los tres pollinos y fïrmela con mucha claridad, porque la conozcan en viÈndola.

-Que me place -dijo don Quijote.

Y, habiÈndola escrito, se la leyÛ; que decìa ansì:

Mandar' vuestra merced, por esta primera de pollinos, seõora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejÈ en casa y est'n a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquì recibidos de contado, que consta, y con su

carta de pago ser'n bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto deste presente año.

-Buena está -dijo Sancho-; fírmela vuestra merced.

-No es menester firmarla -dijo don Quijote-, sino solamente poner mi r'brica, que es lo mesmo que firma, y para tres años, y aun para trecientos, fuera bastante.

-Yo me confío de vuestra merced -respondió Sancho-. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera más.

-Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque, habiéndolas t' visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir; y aseg'rote que no dir's t' tantas cuantas yo pienso hacer.

-Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dar' mucha l'stima y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, h'galas vestido, breves y las que le vinieren más a cuento. Quanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque, ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despatrique y lo eche todo a doce, aunque nunca se venda. °Bonico soy yo para eso! °Mal me conoce! °Pues, a fe que si me conociese, que me ayunase!

-A fe, Sancho -dijo don Quijote-, que, a lo que parece, que no est's t' m's cuerdo que yo.

-No estoy tan loco -respondiÛ Sancho-, mas estoy m's colÈrico. Pero, dejando esto aparte, ¿quÈ es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quit'rselo a los pastores?

-No te dÈ pena ese cuidado -respondiÛ don Quijote-, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos rboles me dieran, que la fineza de mi negocio est' en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

-A Dios, pues. Pero, ¿sabe vuestra merced quÈ temo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde agora le dejo, seg'n est' de escondido. -Toma bien las seÒas, que yo procurarÈ no apartarme destos contornos - dijo don Quijote-, y aun tendrÈ cuidado de subirme por estos m's altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto m's, que lo m's acertado ser', para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquÌ hay y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te servir'n de mojones y seÒales para que me halles cuando vuelvas, a imitaciÛn del hilo del laberinto de Teseo. -AsÌ lo harÈ -respondiÛ Sancho Panza.

Y, cortando algunos, pidiÛ la bendiciÛn a su seÒor, y, no sin muchas l'grimas de entrambos, se despidiÛ d'Èl. Y, subiendo sobre Rocinante, a quien don Quijote encomendÛ mucho, y que mirase por Èl como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habÌa aconsejado. Y asÌ, se fue, aunque todavÌa le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volviÛ y dijo:

-Digo, seÒor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, ser' bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra

merced.

-¿No te lo decía yo? -dijo don Quijote-. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y, desnudándose con toda priesa las calzones, quedó en carnes y en pañosales, y luego, sin más ni más, dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir su camino, hasta la vuelta, que fue breve.

Capítulo XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena

Y, volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la historia que, así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello. Y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o Amadís en las malencónicas. Y, hablando entre sí mismo, decía: -Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla?, pues, al fin, era encantado y no le podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de a blanca por la planta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos, en



Roncesvalles. Pero, dejando en Èl lo de la valentìa a una parte,  
vengamos a  
lo de perder el juicio, que es cierto que le perdiÛ, por las seòales  
que  
hallÛ en la fontana y por las nuevas que le dio el pastor de que  
AngÈlica  
habìa dormido m's de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos  
enrizados y paje de Agramante; y si Èl entendiÛ que esto era verdad y  
que  
su dama le habìa cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco.  
Pero  
yo, ¿cÛmo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasiÛn  
dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osarÈ yo jurar que no ha visto  
en  
todos los dñas de su vida moro alguno, ansì como Èl es, en su mismo  
traje,  
y que se est· hoy como la madre que la pariÛ; y harìale agravio  
manifiesto  
si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel gÈnero de  
locura  
de Rold'n el furioso. Por otra parte, veo que Amadìs de Gaula, sin  
perder  
el juicio y sin hacer locuras, alcanzÛ tanta fama de enamorado como el  
que  
m's; porque lo que hizo, seg'n su historia, no fue m's de que, por  
verse  
desdeÒado de su seÒora Oriana, que le habìa mandado que no pareciese  
ante  
su presencia hasta que fuese su voluntad, de que se retirÛ a la PeÒa  
Pobre  
en compaÒìa de un ermitaÒo, y allí se hartÛ de llorar y de  
encomendarse a  
Dios, hasta que el cielo le acorriÛ, en medio de su mayor cuita y  
necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para quÈ quiero yo tomar  
trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos  
·rboles,  
que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para quÈ enturbiar el agua  
clara  
destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana.  
Viva  
la memoria de Amadìs, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en  
todo lo  
que pudiere; del cual se dir· lo que del otro se dijo: que si no acabÛ  
grandes cosas, muriÛ por acometellas; y si yo no soy desechado ni  
desdeÒado  
de Dulcinea del Toboso, b·stame, como ya he dicho, estar ausente  
della. Ea,  
pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadìs, y  
enseÒadme por  
dÛnde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sÈ que lo m's que Èl hizo  
fue

rezar y encomendarse a Dios; pero, ¿quÉ harÉ de rosario, que no le tengo?  
En esto le vino al pensamiento cÙmo le harÌa, y fue que rasgÙ una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once òudos, el uno m's gordo que los dem's, y esto le sirviÙ de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezÙ un millÙn de avemarÌas. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaÒo que le confesase y con quien consolarse. Y asÌ, se entretenÌa pase·ndose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los ·rboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, despuÈs que a Èl allí le hallaron, no fueron m's que estos que aquÌ se siguen:

¡rboles, yerbas y plantas  
que en aqueste sitio est·is,  
tan altos, verdes y tantas,  
si de mi mal no os holg·is,  
escuchad mis quejas santas.  
Mi dolor no os alborote,  
aunque m's terrible sea,  
pues, por pagaros escote,  
aquÌ llorÙ don Quijote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

Es aquÌ el lugar adonde  
el amador m's leal  
de su seÒora se esconde,  
y ha venido a tanto mal  
sin saber cÙmo o por dÙnde.  
Tr·ele amor al estricote,  
que es de muy mala ralea;  
y asÌ, hasta henchir un pipote,  
aquÌ llorÙ don Quijote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

Buscando las aventuras  
por entre las duras peÒas,  
maldiciendo entraÒas duras,  
que entre riscos y entre breÒas  
halla el triste desventuras,  
hiriÙle amor con su azote,  
no con su blanda correa;

y, en tocándole el cogote,  
aquí lloró don Quijote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el  
adidura  
del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de  
imaginar  
don Quijote que si, en nombrando a Dulcinea, no decía también del  
Toboso,  
no se podría entender la copla; y así fue la verdad, como él después  
confesó. Otros muchos escribió, pero, como se ha dicho, no se pudieron  
sacar en limpio, ni enteros, más destas tres coplas. En esto, y en  
suspirar  
y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las ninfas  
de  
los ríos, a la dolorosa y húmeda Eco, que le respondiese, consolasen y  
escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que  
sustentarse  
en tanto que Sancho volvía; que, si como tardó tres días, tardara tres  
semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que  
no le  
conociera la madre que lo parió.

Y ser bien dejalle, envuelto entre sus suspiros y versos, por contar  
lo  
que le avino a Sancho Panza en su mandadería. Y fue que, en saliendo  
al  
camino real, se puso en busca del Toboso, y otro día llegó a la venta  
donde  
le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto,  
cuando  
le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro,  
aunque llegó a hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del  
comer y  
llevar en deseo de gustar algo caliente; que había grandes días que  
todo  
era fiambre.

Esta necesidad le forzó a que llegase junto a la venta, todavía dudoso  
si  
entraría o no. Y, estando en esto, salieron de la venta dos personas  
que  
luego le conocieron; y dijo el uno al otro:

-Dígame, señor licenciado, aquel del caballo, ¿no es Sancho Panza, el  
que  
dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por  
escudero?

-Sí es -dijo el licenciado-; y aquí es el caballo de nuestro don Quijote.

Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros.

Los cuales, así como acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de don Quijote, se fueron a él; y el cura le llamó por su nombre, diciéndole:

-Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte

donde y como su amo quedaba; y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

-No, no -dijo el barbero-, Sancho Panza; si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, o sobre eso, morena.

-No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a nadie: a cada uno mate su ventura, o Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor.

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y, aunque ya sabían la locura de don Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba a la señora Dulcinea del Toboso. ...l dijo que iba escrita en un libro de memoria y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; a lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el

seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara hasta ahora, porque se había quedado don Quijote con  
Él y no se le había dado, ni a Él se le acordó de pedirsele.

Cuando Sancho vio que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro; y, tornándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó a echar de ver que no le hallaba; y, sin más ni más, se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad de ellas, y luego, apriesa y sin cesar, se dio media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

-¿Qué me ha de suceder -respondió Sancho-, sino el haber perdido de una mano a otra, en un estante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

-¿Cómo es eso? -replicó el barbero.

-He perdido el libro de memoria -respondió Sancho-, donde venía carta para Dulcinea y una cédula firmada de su señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro o cinco que estaban en casa. Y, con esto, les conté la pérdida del rucio. Consóle el cura, y díjole que, en hallando a su señor, Él le haría revalidar la manda y que tornase a hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que, como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque Él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen. -Decildo, Sancho, pues -dijo el barbero-, que después la trasladaremos.

Paróse Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo; y, al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

-Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio dec a: 'Alta y sobajada se ora'<sup>a</sup>.  
-No dir a -dijo el barbero- sobajada, sino sobrehumana o soberana se ora.  
-Así es -dijo Sancho-. Luego, si mal no me acuerdo, prosegu a..., si mal no me acuerdo: 'el luego y falto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa'<sup>a</sup>, y no s  qu  decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en 'Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura'<sup>a</sup>.

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alab ronse mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos, ansimesmo, la tomasen de memoria para trasladalla a su tiempo.  
Torn a a decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvi  a decir otros tres mil disparates. Tras esto, cont  asimesmo las cosas de su amo, pero no habl  palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambi n como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la se ora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino a procurar c mo ser emperador, o, por lo menos, monarca; que así lo ten an concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que, en si ndolo, le había de casar a El, porque ya ser a viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin  nsulos ni  nsulas, que ya no las quer a.

Dec a esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareci ndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en El, y a ellos les sería de más gusto

oír sus necesidades. Y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir, con el discurso del tiempo, a ser emperador, como Él decía, o, por lo menos, arzobispo, o otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

-Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que a mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.  
-Suélenles dar -respondió el cura- alg'n beneficio, simple o curado, o alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

-Para eso ser menester -replicó Sancho- que el escudero no sea casado y que sepa ayudar a misa, por lo menos; y si esto es así, °desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del ABC! ¿Qué ser de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

-No teng'is pena, Sancho amigo -dijo el barbero-, que aquí rogaremos a vuestro amo y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le ser' m's fácil, a causa de que Él es m's valiente que estudiante.

-Así me ha parecido a mí -respondió Sancho-, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a Nuestro Señor que le eche a aquellas partes donde Él m's se sirva y adonde a mí m's mercedes me haga.

-Vos lo decís como discreto -dijo el cura- y lo haréis como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar a vuestro amo de aquella in'til penitencia que decís que queda haciendo; y, para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, ser' bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que Èl esperarìa allì fuera y que despuÈs les dirìa la causa por que no entraba ni le convenìa entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allì algo de comer que fuese cosa caliente, y, ansimismo, cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y, de allì a poco, el barbero le sacô de comer. DespuÈs, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrìan para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote y para lo que ellos querìan. Y fue que dijo al barbero que lo que habìa pensado era que Èl se vestirìa en h·bito de doncella andante, y que Èl procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que asì irìan adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pedirìa un don, el cual Èl no podrìa dej·rsele de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenìa fecho; y que le suplicaba, ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese, sin duda, que don Quijote vendrìa en todo cuanto le pidiese por este tÈrmino; y que desta manera le sacarìan de allì y le llevarìan a su lugar, donde procurarìan ver si tenìa alg'n remedio su estraòa locura.

Capìtulo XXVII. De cÙmo salieron con su intenciÙn el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia

No le pareciô mal al barbero la invenciÙn del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. PidiÈronle a la ventera una saya y unas tocas, dej·ndole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran



barba de una cola rucia o roja de buey, donde el ventero tenía colgado el  
peine. Preguntáles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas.  
El  
cura le contó en breves razones la locura de don Quijote, y cómo  
convenía  
aquel disfraz para sacarle de la montaña, donde a la sazón estaba.  
Cayeron  
luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del  
balsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo  
que con  
él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En  
resolución,  
la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver: púsole una  
saya  
de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho,  
todas  
acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con  
unos  
ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer, ellos y la saya, en  
tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsole  
en  
la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de  
noche, y cióuse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra  
liga  
hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro;  
encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podía servir de  
quitasol, y, cubriéndose su herreruelo, subió en su mula a mujeriegas,  
y el  
barbero en la suya, con su barba que le llegaba a la cintura, entre  
roja y  
blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un  
buey  
barroso.

Despidiéronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de  
rezar  
un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan  
arduo  
y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido.

Mas, apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un  
pensamiento:  
que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa  
indecente  
que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y,  
diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más  
justo  
que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y  
que así  
se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer,  
determinaba de

no pasar adelante, aunque a don Quijote se le llevase el diablo.

En esto, llegó Sancho, y de ver a los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y, trocando la invención, el cura le fue informando el modo que había de tener y las palabras que había de decir a don Quijote para moverle y forzarle a que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que, sin que se le diese licencia, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde don Quijote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza; el cual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, empero, el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía; que, maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado a su señor; y, en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese a su amo quien ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa cierta reducirle a mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir a ser emperador o monarca; que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar a su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenía para sí que, para hacer mercedes a sus escuderos, más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que sería bien que él fuese delante a buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya sería ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decía, y así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entró Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, a quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora, las tres de la tarde: todo lo cual hacía al sitio más agradable, y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí, sosegados y a la sombra, llegó a sus oídos una voz que, sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquí no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase. Porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más, cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron Estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?  
Desdenes.  
Y ¿quién aumenta mis duelos?  
Los celos.  
Y ¿quién prueba mi paciencia?  
Ausencia.  
De ese modo, en mi dolencia  
ningún remedio se alcanza,

pues me matan la esperanza  
desdenes, celos y ausencia.  
¿QuiÈn me causa este dolor?  
Amor.  
Y ¿quiÈn mi gloria repugna?  
Fortuna.  
Y ¿quiÈn consiente en mi duelo?  
El cielo  
De ese modo, yo recelo  
morir deste mal estraño,  
pues se aumentan en mi daño,  
amor, fortuna y el cielo.  
¿QuiÈn mejorar mi suerte?  
La muerte.  
Y el bien de amor, ¿quiÈn le alcanza?  
Mudanza.  
Y sus males, ¿quiÈn los cura?  
Locura.  
De ese modo, no es cordura  
querer curar la pasiôn  
cuando los remedios son  
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba  
causó  
admiraciôn y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron  
quedados,  
esperando si otra alguna cosa oían; pero, viendo que duraba algùn  
tanto el  
silencio, determinaron de salir a buscar el músico que con tan buena  
voz  
cantaba. Y, queriéndolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se  
moviesen, la cual llegó de nuevo a sus oídos, cantando este soneto:

Soneto

Santa amistad, que con ligeras alas,  
tu apariencia quedándose en el suelo,  
entre benditas almas, en el cielo,  
subiste alegre a las impéreas salas,  
desde allí, cuando quieres, nos señalas  
la justa paz cubierta con un velo,  
por quien a veces se trasluce el celo  
de buenas obras que, a la fin, son malas.  
Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas  
que el engaño se vista tu librea,  
con que destruye a la intenciôn sincera;  
que si tus apariencias no le quitas,  
presto ha de verse el mundo en la pelea  
de la discorde confusiôn primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos, con atenciôn,

volvieron a esperar si m's se cantaba; pero, viendo que la m'sica se habìa vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quiÈn era el triste, tan estremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho, cuando, al volver de una punta de una peÒa, vieron a un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habìa pintado cuando les contô el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vio, sin sobresaltarse, estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos a mirarlos m's de la vez primera, cuando de improviso llegaron.

El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenìa noticia de su desgracia, pues por las seÒas le habìa conocido), se llegô a Èl, y con breves aunque muy discretas razones le rogô y persuadiô que aquella tan miserable vida dejase, porque allì no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sî mismo; y asì, viendo a los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejô de admirarse alg'n tanto, y m's cuando oyô que le habìan hablado en su negocio como en cosa sabida -porque las razones que el cura le dijo asì lo dieron a entender-; y asì, respondiô desta manera: -Bien veo yo, seÒores, quienquiera que se'is, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envìa, en estos tan remotos y apartados lugares del trato com'n de las gentes, algunas personas que, poniÈndome delante de los ojos con vivas y varias razones cu'n sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme d'Èsta a mejor parte; pero, como no saben que sÈ yo que en saliendo deste daÒo he de caer en otro mayor, quiz' me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun, lo que peor serìa, por de ning'n juicio. Y no serìa maravilla que asì fuese, porque a mî se me trasluce que la fuerza de la imaginaciùn de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdiciùn que, sin que yo pueda ser parte a estobarlo,

vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento;  
y  
vengo a caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y  
muestran  
señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible  
accidente me  
señorea, y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi  
ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas a  
cuantos oírla quieren; porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no  
se  
maravillan de los efectos, y si no me dieran remedio, a lo menos no  
me  
daran culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en la estima  
de  
mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma  
intención  
que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas  
persuaciones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de  
mis  
desventuras; porque quizá, después de entendido, ahorraréis del  
trabajo que  
tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa  
de  
su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa  
de la  
que él quisiese, en su remedio o consuelo; y con esto, el triste  
caballero  
comenzó su lastimera historia, casi por las mismas palabras y pasos  
que la  
había contado a don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando, por  
ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar  
el  
decoro a la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia  
lo  
deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el  
accidente  
de la locura y le dio lugar de contarle hasta el fin; y así, llegando  
al  
paso del billete que había hallado don Fernando entre el libro de  
Amadís de  
Gaula, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria, y que decía  
desta  
manera:

‘Luscinda a Cardenio

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan a que en más  
os  
estime; y así, si quisieredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la  
honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me

quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplir la que ser  
justo  
que vos tengis, si es que me estimis como decís y como yo creo.  
-ªPor este billete me moví a pedir a Luscinda por esposa, como ya os  
he  
contado, y Èste fue por quien quedó Luscinda en la opinió de don  
Fernando  
por una de las m's discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y este  
billete fue el que le puso en deseo de destruirme, antes que el mío se  
efetuase. Díjele yo a don Fernando en lo que reparaba el padre de  
Luscinda,  
que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir,  
temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la  
calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes  
bastantes para enoblecere cualquier otro linaje de España, sino porque  
yo  
entendía de Él que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que  
el  
duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me  
aventuraba a  
decírselo a mi padre, así por aquel inconveniente como por otros  
muchos que  
me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que  
yo  
desease jamás había de tener efecto.

ªA todo esto me respondió don Fernando que Él se encargaba de hablar a  
mi  
padre y hacer con Él que hablase al de Luscinda. °Oh Mario ambicioso,  
oh  
Catilina cruel, oh Sila facinoroso, oh Galatón embustero, oh Vellido  
traidor, oh Julián vengativo, oh Judas codicioso! Traidor, cruel,  
vengativo  
y embustero, ¿quÈ deservicios te había hecho este triste, que con  
tanta  
llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿QuÈ  
ofensa te  
hice? ¿QuÈ palabras te dije, o quÈ consejos te di, que no fuesen todos  
encaminados a acrecentar tu honra y tu provecho? Mas, ¿de quÈ me  
quejo?,  
°desventurado de mí!, pues es cosa cierta que cuando traen las  
desgracias  
la corriente de las estrellas, como vienen de alto a bajo,  
despeñándose con  
furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni  
industria humana que prevenir las pueda. ¿QuiÈn pudiera imaginar que  
don  
Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios,  
poderoso  
para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le  
ocupase, se había de encontrar, como suele decirse, en tomarme a mí una  
sola

oveja, que a'n no poseïa? Pero quÈdense estas consideraciones aparte, como in'tiles y sin provecho, y aòudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

ªDigo, pues, que, pareciÈndole a don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecuciÛn su falso y mal pensamiento, determinÛ de enviarme a su hermano mayor, con ocasiÛn de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y sÛlo para este efeto de que me ausentase (para poder mejor salir con su daòado intento), el mismo dïa que se ofreciÛ hablar a mi padre los comprÛ, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traiciÛn? ¿Pude, por ventura, caer en imaginarla? No, por cierto; antes, con grandïsimos gusto, me ofreci a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablÈ con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrïan efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traiciÛn de don Fernando, que procurase volver presto, porque creïa que no tardarïa m's la conclusiÛn de nuestras voluntades que tardase mi padre de hablar al suyo. No sÈ quÈ se fue, que, en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de l'grimas y un nudo se le atravesÛ en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareciÛ que procuraba decirme.

ªQuedÈ admirado deste nuevo accidente, hasta allì jam's en ella visto, porque siempre nos habl'bamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedïa, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pl'ticas l'grimas, suspiros, celos, sospechas o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por habÈrmela dado el cielo por seÒora: exageraba su belleza, admir'bame de su valor y entendimiento. Volviame ella el recambio, alabando en mï lo que, como enamorada, le parecïa digno de alabanza. Con esto, nos cont'bamos cien mil niÒerïas y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que m's se entendïa mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla a mi boca, seg'n daba lugar la estrechez de una baja reja que nos



dividía. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fue, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda. Pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí a la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren.

En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que me mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien a mi disgusto, ocho días, y en parte donde el duque, su padre, no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría. Y todo fue invención del falso don Fernando, pues no le faltaban a su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue este que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en la ausencia de Luscinda, y más, habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí, como buen criado, aunque veía que había de ser a costa de mi salud.

Pero, a los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta, que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra de él era suya. Abríla, temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido a escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino. Díjome que acaso, pasando por una calle de la ciudad a la hora de medio día, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: "Hermano: si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta

al lugar y a la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello harÈis un gran servicio a nuestro SeÒor; y, para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este paÒuelo''. 'Y, diciendo esto, me arrojÛ por la ventana un paÒuelo, donde venÿan atados cien reales y esta sortija de oro que aquÌ traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mÌa, se quitÛ de la ventana; aunque primero vio cÛmo yo tomÈ la carta y el paÒuelo, y, por seÒas, le dije que harÌa lo que me mandaba. Y asÌ, viÈndome tan bien pagado del trabajo que podÌa tomar en traÈros la y conociendo por el sobrescrito que Èrades vos a quien se enviaba, porque yo, seÒor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las l'grimas de aquella hermosa seÒora, determinÈ de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a d'ros la; y en diez y seis horas que ha que se me dio, he hecho el camino, que sabÈis que es de diez y ocho leguas''.

ªEn tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decÌa, estaba yo colgado de sus palabras, tembl'ndome las piernas de manera que apenas podÌa sostenerme. En efeto, abrÌ la carta y vi que contenÌa estas razones: La palabra que don Fernando os dio de hablar a vuestro padre para que hablase al mÌo, la ha cumplido m's en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, seÒor, que Èl me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que Èl piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras que de aquÌ a dos dÌas se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan a solas, que sÛlo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo; si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien o no, el suceso deste negocio os lo dar' a entender. A Dios plega que Èsta llegue a vuestras manos antes que la mÌa se vea en condiciÛn de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.ª...stas, en suma, fueron las razones que la carta contenÌa y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocÌ entonces que no la compra de los caballos,

sino la de su gusto, había movido a don Fernando a enviarme a su hermano.  
El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, otro día me puse en mi lugar, al punto y hora que convenía para ir a hablar a Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena que hallé a Luscinda puesta a la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debía ella conocerme y yo conocerla. Pero, ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno, por cierto.

«Digo, pues, que, así como Luscinda me vio, me dijo: 'Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin a mi vida y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo'. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: 'Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella o para matarme si la suerte nos fuere contraria'. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, p'ososeme el sol de mi alegría: quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba a entrar en su casa, ni podía moverme a parte alguna; pero, considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa.  
Y, como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el

alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver. Así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacía.

¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice?, que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir ni aun es bien que se digan. Basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino a un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa. De allí a un poco, salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir a las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos; tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No sería mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, a lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece a mí que es digna de un largo discurso.

A esto le respondí el cura que no sólo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que

merecían no pasarse en silencio, y la mesma atención que lo principal del cuento.

- Digo, pues -prosiguió Cardenio-, que, estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y, tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: '¿Queréis, señores Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?', yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte o la confirmación de mi vida. °Oh, quién se atreviera a salir entonces, diciendo a voces!: '°Ah Luscinda, Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir t' sí y el acabarse la vida ha de ser todo a un punto. °Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido'. °Ah, loco de mí, ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice! °Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello como le tengo para quejarme! En fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

°Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y, cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, o desataba la lengua para decir alguna verdad o desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: 'Sí quiero'; y lo mismo dijo don Fernando; y, dándole el anillo, quedaron en disoluble nudo ligados. Llegó el desposado a abrazar a su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta

ahora decir cu'l quedÈ yo viendo, en el sÌ que habÌa oÌdo, burladas  
mis  
esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda: imposibilitado  
de  
cobrar en alg'n tiempo el bien que en aquel instante habÌa perdido.  
QuedÈ  
falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho  
enemigo de la tierra que me sustentaba, neg'ndome el aire aliento para  
mis  
suspiros y el agua humor para mis ojos; sÙlo el fuego se acrecentÙ de  
manera que todo ardÌa de rabia y de celos.

ªAlborot·ronse todos con el desmayo de Luscinda, y, desabroch·ndole su  
madre el pecho para que le diese el aire, se descubriÙ en Èl un papel  
cerrado, que don Fernando tomÙ luego y se le puso a leer a la luz de  
una de  
las hachas; y, en acabando de leerle, se sentÙ en una silla y se puso  
la  
mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir a  
los  
remedios que a su esposa se hacÌan para que del desmayo volviese. Yo,  
viendo alborotada toda la gente de casa, me aventurÈ a salir, ora  
fuese  
visto o no, con determinaciÙn que si me viesen, de hacer un desatino  
tal,  
que todo el mundo viniera a entender la justa indignaciÙn de mi pecho  
en el  
castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada  
traidora. Pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que  
los  
haya, me debe tener guardado, ordenÙ que en aquel punto me sobrase el  
entendimiento que despuÈs ac· me ha faltado; y asÌ, sin querer tomar  
venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tan sin pensamiento  
mÌo,  
fuera f·cil tomarla), quise tomarla de mi mano y ejecutar en mÌ la  
pena que  
ellos merecÌan; y aun quiz· con m's rigor del que con ellos se usara  
si  
entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto  
acaba la  
pena; mas la que se dilata con tormentos siempre mata, sin acabar la  
vida.  
ªEn fin, yo salÌ de aquella casa y vine a la de aquÈl donde habÌa  
dejado la  
mula; hice que me la ensillase, sin despedirme dÈl subÌ en ella, y  
salÌ de  
la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro a miralla; y  
cuando me  
vi en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubrÌa y su  
silencio convidaba a quejarme, sin respeto o miedo de ser escuchado ni  
conocido, soltÈ la voz y desatÈ la lengua en tantas maldiciones de  
Luscinda

y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero, sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad, para quitarme la mía y entregarla a aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado; y, en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios, la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre a obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo a un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre que, a no querer recibirle, se podía pensar, o que no tenía juicio, o que en otra parte tenía la voluntad: cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no había hecho en escogerme tan mala elección, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando no pudieran ellos mismos acertar a desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía; que yo viniera y concediera con todo cuanto ella acertara a fingir en este caso.

En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a unos prados, que no sé a qué mano destas montañas caen, y allí pregunté a unos ganaderos que hacia dónde era lo más spero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte. Luego me encaminé a ella, con intención de acabar aquí la vida, y, en entrando por estas asperezas, del cansancio y de

la hambre se cayó mi mula muerta, o, lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé a pie, rendido de la naturaleza, trasgado de hambre, sin tener, ni pensar buscar, quien me socorriese.

<sup>a</sup>De aquella manera estuve no sé qué tiempo, tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto a mí a unos cabreros, que, sin duda, debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí, después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi más común habitación es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podrá pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo a los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas.

<sup>a</sup>Esta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirme a su último fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré a mejor discurso mis pensamientos; donde no, no hay sino rogarle que absolutamente



tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mî valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle<sup>a</sup>.  
...sta es, °oh señores!, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mî habÈis visto; y no os cansÈis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso mÈdico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y, pues ella gustÛ de ser ajena, siendo, o debiendo ser, mîa, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso, con su mudanza, hacer estable mi perdiçiÛn; yo querrÈ, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y ser ejemplo a los por venir de que a mî solo faltÛ lo que a todos los desdichados sobra, a los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mî es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.

Aquì dio fin Cardenio a su larga pl·tica y tan desdichada como amorosa historia. Y, al tiempo que el cura se prevenìa para decirle algunas razones de consuelo, le suspendiÛ una voz que llegÛ a sus oïdos, que en lastimados acentos oyeron que decìa lo que se dir· en la cuarta parte desta narraciÛn, que en este punto dio fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

Cuarta parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Capìtulo XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucediÛ en la mesma sierra

Felicìsimos y venturosos fueron los tiempos donde se echÛ al mundo el audacìsimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan

honrosa determinaci3n como fue el querer resucitar y volver al mundo  
la ya  
perdida y casi muerta orden de la andante caballerÌa, gozamos ahora,  
en  
esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no s3lo de  
la  
dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios  
della,  
que, en parte, no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que  
la  
misma historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado  
hilo, cuenta que, asÌ como el cura comenz3 a prevenirse para consolar  
a  
Cardenio, lo impidi3 una voz que lleg3 a sus oÌdos, que, con tristes  
acentos, decÌa desta manera:

-°Ay Dios! ¿Si ser3 posible que he ya hallado lugar que pueda servir  
de  
escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi  
voluntad sostengo? SÌ ser3, si la soledad que prometen estas sierras  
no me  
miente. °Ay, desdichada, y cu3n m3s agradable compaÒÌa har3n estos  
riscos y  
malezas a mi intenci3n, pues me dar3n lugar para que con quejas  
comunique  
mi desgracia al cielo, que no la de ning3n hombre humano, pues no hay  
ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas,  
alivio  
en las quejas, ni remedio en los males!

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con Èl  
estaban,  
y por parecerles, como ello era, que allÌ junto las decÌan, se  
levantaron a  
buscar el dueÒo, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detr3s de  
un  
peÒasco vieron, sentado al pie de un fresno, a un mozo vestido como  
labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, a causa de que se  
lavaba  
los pies en el arroyo que por allÌ corrÌa, no se le pudieron ver por  
entonces. Y ellos llegaron con tanto silencio que dÈl no fueron  
sentidos,  
ni Èl estaba a otra cosa atento que a lavarse los pies, que eran  
tales, que  
no parecÌan sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras  
piedras  
del arroyo se habÌan nacido. Suspendi3les la blancura y belleza de los  
pies, pareciÈndoles que no estaban hechos a pisar terrones, ni a andar  
tras  
el arado y los bueyes, como mostraba el h3bito de su dueÒo; y asÌ,  
viendo

que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de pedrea que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía; el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía, ansimesmo, unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda. Tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que, sin duda alguna, de blanco alabastro parecía. Acabúse de lavar los hermosos pies, y luego, con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y, al querer quitárselos, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable; tal, que Cardenio dijo al cura, con voz baja:

-...sta, ya que no es Lusinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera, y, sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido a Lusinda; que después afirmó que sola la belleza de Lusinda podía contender con aquélla. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto, les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual, en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban.

Por esto determinaron de mostrarse, y, al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían; y

apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie, y, sin aguardar a calzarse ni a recoger los cabellos, así con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto a sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron a ella, y el cura fue el primero que le dijo:

-Deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de serviros. No hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir ni nosotros consentir. A todo esto, ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, a ella, y, asíéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo:

-Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola a tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio a vuestros males, a lo menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, o señor mío, o lo que vos quisierdes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena o mala suerte; que en nosotros juntos, o en cada uno, hallaréis quien os ayude a sentir vuestras desgracias.

En tanto que el cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos a todos, sin mover labio ni decir palabra alguna: bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y del jamás vistas. Mas, volviendo el cura a decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo:

-Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la

soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas. Pero, con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas, y cada una por sí, que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera.

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura. Y, tornándole a hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliera, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y, puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que a los ojos se le venían, con voz reposada y clara, comenzó la historia de su vida desta manera:

- En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España. Este tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado, y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galatón. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos que si los bienes de su naturaleza igualaran a los

de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la  
desdicha en que me veo; porque quizá nace mi poca ventura de la que no  
tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son  
tan  
bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mí me  
quiten  
la imaginación que tengo de que de su humildad viene mi desgracia.  
Ellos,  
en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal  
sonante,  
y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan ricos que  
su  
riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de  
hidalgos, y aun de caballeros. Puesto que de la mayor riqueza y  
nobleza que  
ellos se preciaban era de tenerme a mí por hija; y, así por no tener  
otra  
ni otro que los heredase como por ser padres, y aficionados, yo era  
una de  
las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en  
que se  
miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminaban,  
midiéndolos con el cielo, todos sus deseos; de los cuales, por ser  
ellos  
tan buenos, los míos no salían un punto. Y del mismo modo que yo era  
señora  
de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y  
despedían  
los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba  
por mi  
mano; los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado  
mayor y menor, el de las colmenas. Finalmente, de todo aquello que un  
tan  
rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y  
era  
la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo,  
que  
buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del día me  
quedaban,  
después de haber dado lo que convenía a los mayores, a capataces y a  
otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas  
tan  
lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la  
almohadilla,  
y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos  
ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro  
devoto,  
o a tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música  
compone  
los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

esta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentación ni por dar a entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada que apenas veían mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies; y, con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor decir, a quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado<sup>a</sup>.

No hubo bien nombrado a don Fernando la que el cuento contaba, cuando Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó a trasudar, con tan grande alteración que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venía aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo:

-Y no me hubieron bien visto cuando, según él dijo después, quedé tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas, por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dio y ofreció d'divas y mercedes a mis parientes. Los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir a nadie las músicas. Los billetes que, sin saber cómo, a mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de

manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme a su voluntad hacìa, las hiciera para el efeto contrario; no porque a mì me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese a demasìa sus solicitudes; porque me daba un no sÈ quÈ de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas: que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece a mì que siempre nos da gusto el oìr que nos llaman hermosas. <sup>a</sup>Pero a todo esto se opone mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabìan la voluntad de don Fernando, porque ya a Èl no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decìanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habìa entre mì y don Fernando, y que por aquì echarìa de ver que sus pensamientos, aunque Èl dijese otra cosa, mas se encaminaban a su gusto que a mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera alg'n inconveniente para que Èl se dejase de su injusta pretensiÙn, que ellos me casarìan luego con quien yo m's gustase: asì de los m's principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podìa esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decìan, fortificaba yo mi entereza, y jam's quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo.

<sup>a</sup>Todos estos recatos m'ios, que Èl debìa de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar m's su lascivo apetito, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba; la cual, si ella fuera como debìa, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasiÙn de decìroslo. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle a Èl la esperanza de poseerme, o, a lo menos, porque yo tuviese m's guardas para guardarme; y esta nueva o sospecha fue causa para que hiciese lo que ahora oirÈis. Y fue que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compaÒìa de una doncella que me servìa, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que, por descuido, mi honestidad no se viesse en



peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y así, no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó a mí, y, tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, según estaba turbada), comenzó a decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras y los suspiros su intención. Yo, pobrecilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, a tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen a compasión menos que buena sus lágrimas y suspiros.

Y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algún tanto a cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: 'Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera, o dijera, cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella o decilla como es posible dejar de haber sido lo que fue. Así que, si tienes oído mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningún efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas entermecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la

suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que t', seòor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho porque no es pensar que de mìa alcance cosa alguna el que no fuere mi ligìtimo esposo''. ''Si no reparas m's que en eso, bellìsima Dorotea -(que Èste es el nombre desta desdichada), dijo el desleal caballero-, ves: aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se asconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes''.<sup>a</sup>

Quando Cardenio le oyê decir que se llamaba Dorotea, tornê de nuevo a sus sobresaltos y acabê de confirmar por verdadera su primera opiniôn; pero no quiso interromper el cuento, por ver en què venìa a parar lo que Èl ya casi sabìa; sùlo dijo:

-¿Que Dorotea es tu nombre, seòora? Otra he oïdo yo decir del mesmo, que quiz· corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendr· en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparê Dorotea en las razones de Cardenio y en su estraòo y desastrado traje, y rogêle que si alguna cosa de su hacienda sabìa, se la dijese luego; porque si algo le habìa dejado bueno la fortuna, era el ñimo que tenìa para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, a su parecer, ninguno podìa llegar que el que tenìa acrecentase un punto.

-No le perdiera yo, seòora -respondiê Cardenio-, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino; y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo.

-Sea lo que fuere -respondiê Dorotea-, 'lo que en mi cuento pasa fue que, tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio. Con palabras eficacìsimas y juramentos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido, puesto que, antes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacìa y que considerase el enojo que su padre habìa de recibir de verle casado con una villana

vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si alg'n bien me querìa hacer, por el amor que me tenìa, fuese dejar correr mi suerte a lo igual de lo que mi calidad podìa, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan.

ªTodas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo, pero no fueron parte para que Èl dejase de seguir su intento, bien ansì como el que no piensa pagar, que, al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo, a esta sazûn, hice un breve discurso conmigo, y me dije a mì mesma: ' 'Sì, que no serÈ yo la primera que por vìa de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni ser· don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega aficiûn, que es lo m's cierto, haya hecho tomar compaõìa desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en Èste no dure m's la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que, en fin, para con Dios serÈ su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en tÈrmino le veo que, no usando el que debe, usar· el de la fuerza y vendrÈ a quedar deshonorada y sin disculpa de la culpa que me podìa dar el que no supiere cu'n sin ella he venido a este punto. Porque, ¿quÈ razones ser'n bastantes para persuadir a mis padres, y a otros, que este caballero entrÛ en mi aposento sin consentimiento mïo? ' '

ªTodas estas demandas y respuestas revolvì yo en un instante en la imaginaciûn; y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin yo pensarlo, mi perdiciûn: los juramentos de don Fernando, los testigos que ponìa, las l·grimas que derramaba, y, finalmente, su disposiciûn y gentileza, que, acompaõada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre y recatado corazûn como el mïo. LlamÈ a mi criada, para que en la tierra acompaõase a los testigos del cielo; tornÛ don Fernando a reiterar y confirmar sus juramentos; aõadiÛ a

los primeros nuevos santos por testigos; echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido.

El día que sucedió a la noche de mi desgracia se venía aun no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque, después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando dio prisa por partirse de mí, y, por industria de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, antes que amaneciese se vio en la calle. Y, al despedirse de mí, aunque no con tanto ahínco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fue y yo quedé ni sé si triste o alegre; esto sé bien decir: que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, o no se me acordó, de volver a mi doncella por la traición cometida de encerrar a don Fernando en mi mismo aposento, porque aún no me determinaba si era bien o mal el que me había sucedido. Díjeme, al partir, a don Fernando que por el mismo camino de aquella podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase. Pero no vino otra alguna, si no fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes; que en vano me cansé en solicitarlo, puesto que supe que estaba en la villa y que los más días iba a caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer de la fe de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehensión de su atrevimiento antes no había oído; y sé que me fue

forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión a que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta y me obligasen a buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegandose uno donde se atropellaron respectos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron a plaza mis secretos pensamientos. Y esto fue porque, de allí a pocos días, se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se había casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que, por la dote, pudiera aspirar a tan noble casamiento. Dijo se que se llamaba Lusinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiración.<sup>a</sup>

Oyó Cardenio el nombre de Lusinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

- Llegó esta triste nueva a mis oídos, y, en lugar de helarse el corazón en olla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho. Mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse: que fue ponerme en este hábito, que me dio uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. ...l, después que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció a tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego, al momento, encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de

muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad a pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no a estorbar lo que tenía por hecho, a lo menos a decir a don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería, y, entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oír. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hace en corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que, llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, a lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad; y que si había dado el sí a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba a entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se había quitado la vida. Todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió a ella, antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas; y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más: que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día, que contó a sus padres cómo ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más: que el Cardenio, según decían, se halló presente en los desposorios, y que, en viéndola desposada, lo cual él jamás

pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba a entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen.

Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdían el juicio sus padres y no sabían qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado a don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aún no estaba del todo cerrada la puerta a mi remedio, dándome yo a entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle a conocer lo que al primero debía, y a caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado a su alma que a los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida, que ya aborrezco.

Estando, pues, en la ciudad, sin saber qué hacerme, pues a don Fernando no hallaba, llegó a mis oídos un público pregón, donde se prometía grande hallazgo a quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía; y oí decir que se decía que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con qué, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba a dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero, como suele decirse que un mal llama a otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió a mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vio en esta soledad, incitado de su misma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión

que, a su parecer, estos yermos le ofrecían; y, con poca vergenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirí de amores; y, viendo que yo con feas y justas palabras respondía a las desvergencias de sus propósitos, dejé aparte los ruegos, de quien primero pensé aprovecharse, y comencé a usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas o ningunas veces deja de mirar y favorecer a las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas, y con poco trabajo, di con Él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto o si vivo; y luego, con mi ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando.

Con este deseo, ha no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado a un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora, tan si pensarlo, me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón, y nació en Él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y, como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle y asconderme de nuevo entre estas asperezas que probar con Él mis fuerzas o mis disculpas. Digo, pues, que me torné a emboscar, y a buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura y me dé industria y favor para salir della, o para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.<sup>a</sup>



Capítulo XXIX. Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo

-Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oíste y las lágrimas que de mis ojos salían, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y, considerada la calidad de mi desgracia, veréis que ser en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que, aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mío ajeno de la honestidad que de mí se debían de tener prometida.

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta estima como admiración de su desgracia; y, aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo:

-En fin, señora, que t' eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo.

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido; y así, le dijo:

-Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? Porque

yo, hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

-Soy -respondiô Cardenio- aquel sin ventura que, seg'n vos, seôora, habêis dicho, Luscinde dijo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal término de aquel que a vos os ha puesto en el que est'is me ha traído a que me ve'is cual me veis: roto, desnudo, falto de todo humano consuelo y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja d'rmele por alg'n breve espacio. Yo, Teodora, soy el que me hallè presente a las sinrazones de don Fernando, y el que aguardô oír el sí que de ser su esposa pronunciô Luscinde. Yo soy el que no tuvo ánimo para ver en què paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejè la casa y la paciencia, y una carta que dejè a un huésped mío, a quien roguè que en manos de Luscinde la pusiese, y vîneme a estas soledades, con intenciôn de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborreci como mortal enemiga mía. Mas no ha querido la suerte quit'rmela, content'ndose con quitarme el juicio, quiz' por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues, siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habêis contado, a'n podrìa ser que a entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque, presupuesto que Luscinde no puede casarse con don Fernando, por ser mía, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues est' todavìa en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y, pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoo, seôora, que tomèis otra resoluciôn en vuestros honrados pensamientos, pues

yo la pienso tomar en los mios, acomodando a esperar mejor fortuna;  
que  
yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos  
hasta  
veros en poder de don Fernando, y que, cuando con razones no le  
pudiere  
atraer a que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que  
me  
concede el ser caballero, y poder con justo titulo desafiarme, en  
razon de  
la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza  
dejaré al cielo por acudir en la tierra a los vuestros.

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y, por no saber  
qué  
gracias volver a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies  
para  
besarlos; mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió  
por  
entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y, sobre todo, les  
rogó,  
aconsejó y persuadió que se fuesen con él a su aldea, donde se podrían  
reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden cómo  
buscar a don Fernando, o cómo llevar a Dorotea a sus padres, o hacer  
lo que  
más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron,  
y  
acetaron la merced que se les ofrecía. El barbero, que a todo había  
estado  
suspense y callado, hizo también su buena política y se ofreció con no  
menos  
voluntad que el cura a todo aquello que fuese bueno para servirles.  
Contó asimismo con brevedad la causa que allí los había traído, con la  
extrañeza de la locura de don Quijote, y cómo aguardaban a su  
escudero, que  
había ido a buscallo. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por  
sueños, la  
pendencia que con don Quijote había tenido y contóla a los demás, mas  
no  
supo decir por qué causa fue su quisióun.

En esto, oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho  
Panza,  
que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba a  
voces. Salieronle al encuentro, y, preguntándole por don Quijote, les  
dijo  
cómo le había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de  
hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le  
había  
dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del  
Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba  
determinado

de no parecer ante su ferrosura fasta que hobiese fecho fazaõas que le ficiesen digno de su gracia. Y que si aquello pasaba adelante, corriã peligro de no venir a ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podìa ser. Por eso, que mirasen lo que se habìa de hacer para sacarle de allì.

El licenciado le respondiÛ que no tuviese pena, que ellos le sacarìan de allì, mal que le pesase. ContÛ luego a Cardenio y a Dorotea lo que tenìan pensado para remedio de don Quijote, a lo menos para llevarle a su casa. A lo cual dijo Dorotea que ella harìa la doncella menesterosa mejor que el barbero, y m's, que tenìa allì vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habìa leido muchos libros de caballerìas y sabìa bien el estilo que tenìan las doncellas cuitadas cuando pedìan sus dones a los andantes caballeros.

-Pues no es menester m's -dijo el cura- sino que luego se ponga por obra; que, sin duda, la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues, tan sin pensarlo, a vosotros, seõores, se os ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio y a nosotros se nos ha facilitado la que habìamos menester. SacÛ luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornÛ de manera que una rica y gran seõora parecìa. Todo aquello, y m's, dijo que habìa sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habìa ofrecido ocasiÛn de habello menester. A todos contentÛ en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron a don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba.

Pero el que m's se admirÛ fue Sancho Panza, por parecerle -como era asì verdad- que en todos los dÌas de su vida habìa visto tan hermosa criatura; y asì, preguntÛ al cura con grande ahÌnco le dijese quiÈn era aquella tan

hermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.  
-Esta hermosa señora -respondió el cura-, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y, a la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido a buscarle esta princesa.

-Dichosa buscada y dichoso hallazgo -dijo a esta sazón Sancho Panza-, y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando a ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que si matar si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor licenciado, y es que, porque a mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedar imposibilitado de recibir órdenes arzobispales y vendrá con facilidad a su imperio y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tengo, mujer y hijos, sería nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así, no la llamo por su nombre.

-Llamase -respondió el cura- la princesa Micomicona, porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

-No hay duda en eso -respondió Sancho-, que yo he visto a muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Caba y Diego de Valladolid; y esto mismo se debe de usar allí en Guinea: tomar las reinas los nombres de sus reinos.

-Así debe de ser -dijo el cura-; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos.

Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba a entender que había de venir a ser emperador.

Ya, en esto, se había puesto Dorotea sobre la mula del cura y el barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron a Sancho que los guiase adonde don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocía al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir a ser emperador su amo; puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase a don Quijote la pendencia que con Cardenio había tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia. Y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea; a lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría, sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron a don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y, así como Dorotea le vio y fue informada de Sancho que aquel era don Quijote, dio del azote a su palafrén, siguiéndole el bien barbado barbero. Y, en llegando junto a él, el escudero se arrojó de la mula y fue a tomar en los brazos a Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quijote; y, aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le habló en esta guisa:

-De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo

corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado est·is a favorecer a la sin ventura que de tan lueòes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, busc·ndoos para remedio de sus desdichas.

-No os responderÈ palabra, hermosa seòora -respondiÛ don Quijote-, ni oirÈ m's cosa de vuestra hacienda, fasta que os levantÈis de tierra.

-No me levantarÈ, seòor -respondiÛ la afligida doncella-, si primero, por la vuestra cortesìa, no me es otorgado el don que pido.

-Yo vos le otorgo y concedo -respondiÛ don Quijote-, como no se haya de cumplir en daòo o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazÛn y libertad tiene la llave.

-No ser· en daòo ni en mengua de los que decÌs, mi buen seòor -replicÛ la dolorosa doncella.

Y, estando en esto, se llegÛ Sancho Panza al oïdo de su seòor y muy pasito le dijo:

-Bien puede vuestra merced, seòor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada: sÛlo es matar a un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino MicomicÛn de Etiopìa.

-Sea quien fuere -respondiÛ don Quijote-, que yo harÈ lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

Y, volviÈndose a la doncella, dijo:

-La vuestra gran ferrosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

-Pues el que pido es -dijo la doncella- que la vuestra magn·nima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

-Digo que así lo otorgo -respondió don Quijote-, y así podéis, señora, desde hoy más, desechar la malenconía que os fatiga y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar y a despecho de los follones que contradecirlo quisieren. Y manos a labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella pugnó, con mucha porfía, por besarle las manos, mas don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes, la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó a Sancho que requiriese las cinchas a Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y, requiriendo las cinchas, en un punto armó a su señor; el cual, viéndose armado, dijo:

-Vamos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer esta gran señora. Estabase el barbero a'n de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intención; y, viendo que ya el don estaba concedido y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir a cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho a pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio, con la falta que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy a pique, de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser, por lo menos, rey de Micomicón. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y dijo a sí mismo:



-¿QuÈ se me da a mÌ que mis vasallos sean negros? ¿Habr· m·s que cargar con ellos y traerlos a EspaÒa, donde los podrÈ vender, y adonde me los pagar·n de contado, de cuyo dinero podrÈ comprar alg·n tÌtulo o alg·n oficio con que vivir descansado todos los dÌas de mi vida? °No, sino dormÌos, y no teng·is ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en d·came esas pajas! Par Dios que los he de volar, chico con grande, o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos. °Llegaos, que me mamo el dedo!

Con esto, andaba tan solÌcito y tan contento que se le olvidaba la pesadumbre de caminar a pie.

Todo esto miraban de entre unas breÒas Cardenio y el cura, y no sabÌan quÈ hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginÛ luego lo que harÌan para conseguir lo que deseaban; y fue que con unas tijeras que traÌa en un estuche quitÛ con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiÛle un capotillo pardo que Èl traÌa y diole un herreruelo negro, y Èl se quedÛ en calzas y en jubÛn; y quedÛ tan otro de lo que antes parecÌa Cardenio, que Èl mesmo no se conociera, aunque a un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habÌan pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedÌan que anduviesen tanto los de a caballo como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano, a la salida de la sierra, y, asÌ como saliÛ della don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso a mirar muy de espacio, dando seÒales de que le iba reconociendo; y, al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fue a Èl abiertos los brazos y diciendo a voces: -Para bien sea hallado el espejo de la caballerÌa, el mi buen compatriote don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes.

Y, diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda a don Quijote; el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer aquel hombre, se le puso a mirar con atención, y, al fin, le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decía:

-Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté a caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté a pie. -Eso no consentiré yo en ningún modo -dijo el cura-: éste es la vuestra grandeza a caballo, pues estando a caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que a mí, aunque indigno sacerdote, bastarme subir en las ancas de una destas mulas destas señoras que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo. Y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, o sobre la cebra o alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

-Aún no caía yo en tanto, mi señor licenciado -respondió don Quijote-; y yo sé que mi señora la princesa será servida, por mi amor, de mandar a su escudero dé a vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

-Sí sufre, a lo que yo creo -respondió la princesa-; y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya a pie, pudiendo ir a caballo.

-Así es -respondió el barbero.

Y, apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y fue el mal que al subir a las ancas el barbero, la mula, que, en efecto, era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros y dio dos coces en el aire, que, a darlas en el pecho de maese Nicolás, o en la cabeza, él diera al diablo la

venida por don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo; y, como se vio sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos y a quejarse que le hab an derribado las muelas. Don Quijote, como vio todo aquel mazo de barbas, sin quijadas y sin sangre, lejos del rostro del escudero ca do, dijo:

- Vive Dios, que es gran milagro  este!  Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta!

El cura, que vio el peligro que corr a su invenci n de ser descubierta, acudi  luego a las barbas y fuese con ellas adonde yacía maese Nicolás, dando aún voces todav a, y de un golpe, lleg ndole la cabeza a su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían; y, cuando se las tuvo puestas, se apart , y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admir  don Quijote sobremanera, y rog  al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo; que él entend a que su virtud a m s que pegar barbas se debía de estender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, a m s que barbas aprovechaba.

-Así es -dijo el cura, y prometi  de ense arsele en la primera ocasi n. Concert ronse que por entonces subiese el cura, y a trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen a la venta, que estaría hasta dos leguas de all . Puestos los tres a caballo, es a saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres a pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo a la doncella:

-Vuestra grandeza, se ora m a, guíe por donde más gusto le diere.

Y, antes que ella respondiese, dijo el licenciado:

-¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es, por ventura, hacia el de Micomicón?; que sí debe de ser, o yo sé poco de reinos.

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí; y así, dijo:

-Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

-Si así es -dijo el cura-, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomar vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meütides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

-Vuestra merced está engañado, señor mío -dijo ella-, porque no ha dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y, con todo eso, he llegado a ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron a buscarle, para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

-No más: cesen mis alabanzas -dijo a esta sazón don Quijote-, porque soy enemigo de todo género de adulación; y, aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora, que ora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes, tan solo, y tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto.

-A eso yo responderé con brevedad -respondió el cura-, porque sabré vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro

barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que un pariente mío que ha muchos años que pasó a Indias me había enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y, pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas; y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponerse las postizas; y aun a este mancebo que aquí va -señalando a Cardenio- le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes que dicen que libertó, casi en este mismo sitio, un hombre tan valiente que, a pesar del comisario y de las guardas, los soltó a todos; y, sin duda alguna, él debía de estar fuera de juicio, o debe de ser tan grande bellaco como ellos, o algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo.

Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía o decía don Quijote; al cual se le mudaba la color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

-...stos, pues -dijo el cura-, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

Capítulo XXX. Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar a nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo:

-Pues mi fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. -  
-Majadero! -dijo a esta sazón don Quijote-, a los caballeros andantes no les toca ni aña de averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias; sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allí se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene.

Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión; porque la bacía de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgado del arzón delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de don Quijote y que todos hacían burla de él, sino Sancho

Panza, no quiso ser para menos, y, viéndole tan enojado, le dijo: -Señor caballero, miémbresele a la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que, conforme a él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea; sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los

galeotes, Èl se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.

-Eso juro yo bien -dijo el cura-, y aun me hubiera quitado un bigote. -Yo callarÈ, seÒora mìa -dijo don Quijote-, y reprimirÈ la justa cÙlera que ya en mi pecho se habìa levantado, y irÈ quieto y pacìfico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero, en pago deste buen deseo, os suplico me dig'is, si no se os hace de mal, cu' l es la vuestra cuita y cu'ntas, quiÈnes y cu'les son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza.

-Eso harÈ yo de gana -respondiÛ Dorotea-, si es que no os enfadan o' r l' stimas y desgracias.

-No enfadar', seÒora mìa -respondiÛ don Quijote.

A lo que respondiÛ Dorotea:

-Pues asÌ es, estÈnme vuestras mercedes atentos.

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cÙmo fingìa su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engaÒado iba con ella como su amo. Y ella, despuÈs de haberse puesto bien en la silla y prevenìdose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire, comenzÛ a decir desta manera: -'Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, seÒores mÌos, que a mÌ me llaman...<sup>a</sup>

Y det'vose aquÌ un poco, porque se le olvidÛ el nombre que el cura le habìa puesto; pero Èl acudiÛ al remedio, porque entendiÛ en lo que reparaba, y dijo:

-No es maravilla, seÒora mìa, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran seÒorÌa, que se

ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente a su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

-Así es la verdad -respondió la doncella-, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia. La cual es que el rey mi padre, que se llama Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, había de morir primero que Él, y que de allí a poco tiempo Él también había de pasar desta vida y yo había de quedar huérfana de padre y madre. Pero decía Él que no le fatigaba tanto esto cuanto le ponía en confusión saber, por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace Él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira); digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía escusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con Él; mas, a lo que Él entendía, jamás pensaba que me vendría a mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi padre que, después que Él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba a pasar sobre mi reino, que no aguardase a ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería escusar la muerte y total destrucción de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada



fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Espaõas, donde hallarìa el remedio de mis males hallando a un caballero andante, cuya fama en este tiempo se estenderìa por todo este reino, el cual se habìa de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote o don Gigote.<sup>a</sup>

-Don Quijote dirìa, seõora -dijo a esta sazûn Sancho Panza-, o, por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

-Asì es la verdad -dijo Dorotea-. ´Dijo m's: que habìa de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allì junto, habìa de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.<sup>a</sup>

En oyendo esto don Quijote, dijo a su escudero:

-Ten aquì, Sancho, hijo, ay'dame a desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejû profetizado.

-Pues, ¿para quÈ quiere vuestra merced desnudarse? -dijo Dorotea.

-Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo -respondiû don Quijote.

-No hay para quÈ desnudarse -dijo Sancho-, que yo sÈ que tiene vuestra merced un lunar desas seõas en la mitad del espinazo, que es seõal de ser hombre fuerte.

-Eso basta -dijo Dorotea-, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que estÈ en el hombro o que estÈ en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y estÈ donde estuviere, pues todo es una misma carne; y, sin duda, acertû mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al seõor don Quijote, que Èl es por quien mi padre dijo, pues las seõales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no sûlo en Espaõa, pero en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oì decir tantas hazaõas tuyas, que luego me dio el alma que era el mesmo que venìa a buscar.

-Pues, ¿cûmo se desembarcû vuestra merced en Osuna, seõora mìa -preguntû don Quijote-, si no es puerto de mar?

Mas, antes que Dorotea respondiese, tomò el cura la mano y dijo:

-Debe de querer decir la seòora princesa que, despuÈs que desembarcò en

M·laga, la primera parte donde oyò nuevas de vuestra merced fue en Osuna.

-Eso quise decir -dijo Dorotea.

-Y esto lleva camino -dijo el cura-, y prosiga vuestra majestad adelante.

-No hay que proseguir -respondiò Dorotea-, sino que, finalmente, mi suerte

ha sido tan buena en hallar al seòor don Quijote, que ya me cuento y tengo

por reina y seòora de todo mi reino, pues Èl, por su cortesìa y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le

llevare, que no ser· a otra parte que a ponerle delante de Pandafilando de

la Fosca Vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razòn me

tiene usurpado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues asì lo

dejò profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre; el cual tambièn dejò

dicho y escrito en letras caldeas, o griegas, que yo no las sè leer, que si

este caballero de la profecìa, despuÈs de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin rÈplica alguna por

su legìtima esposa, y le diese la posesiòn de mi reino, junto con la de mi

persona.

-¿QuÈ te parece, Sancho amigo? -dijo a este punto don Quijote-. ¿No oyes lo

que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina

con quien casar.

-°Eso juro yo -dijo Sancho- para el puto que no se casare en abriendo el

gaznatico al seòor Pandahilado! Pues, °monta que es mala la reina!

°Asì se

me vuelvan las pulgas de la cama!

Y, diciendo esto, dio dos zapatetas en el aire, con muestras de grandìsimo

contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y, haciÈndola detener, se hincò de rodillas ante ella, suplic·ndole le diese

las manos para besárselas, en señal que la recibía por su reina y señora.  
¿Quién no había de reír de los circustantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dio, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos.

-...sta, señores -prosiguió Dorotea-, es mi historia: sólo resta por deciros que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino sólo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos a vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro; y así, es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habréis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

-...sa no me quitarán a mí, ¡oh alta y valerosa señora! -dijo don Quijote-, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta... no quiero decir buena espada, merced a Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía.

Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo:

-Y después de habérsela tajado y puestoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedaros a vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque, mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento, a aquella..., y no digo más,

no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave fènix.

PareciÛle tan mal a Sancho lo que 'ltimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que, con grande enojo, alzando la voz, dijo:

-Voto a mÌ, y juro a mÌ, que no tiene vuestra merced, seÒor don Quijote, cabal juicio. Pues, øCÛmo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquÈsta? øPiensa que le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cantillo, semejante ventura como la que ahora se le ofrece? øEs, por dicha, m's hermosa mi seÒora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que est· delante. AsÌ, noramala alcanzarÈ yo el condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo. C'sese, c'sese luego, encomiÈndole yo a Satan's, y tome ese reino que se le viene a las manos de vobis, vobis, y, en siendo rey, h'game marquÈs o adelantado, y luego, siquiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quijote, que tales blasfemias oyÛ decir contra su seÒora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y, alzando el lanzÛn, sin hablalle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mÌa, le dio tales dos palos que dio con Èl en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera m's, sin duda le quitara allÌ la vida.

-øPens·is -le dijo a cabo de rato-, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo pensÈis, bellaco descomulgado, que sin duda lo est's, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. øY no sabÈis vos, gaÒ'n, faquìn, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendrÌa yo para matar una pulga? Decid, socarrÛn de lengua viperina, øy quiÈn pens·is que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante, y hÈchoos a vos marquÈs, que todo esto doy ya por hecho y por

cosa pasada en cosa juzgada, si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. °Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido: que os veis levantado del polvo de la tierra a ser señor de título, y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decía, y, levantándose con un poco de presteza, se fue a poner detrás del palafrén de Dorotea, y desde allí dijo a su amo:

-Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y, no siendo, ¿cómo mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; ¿cómo se puede vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto; que, en verdad, si va a decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea. -¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? -dijo don Quijote-. Pues, ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

-Digo que no la he visto tan despacio -dijo Sancho- que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así, a bulto, me parece bien.

-Ahora te disculpo -dijo don Quijote-, y perdúname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

-Ya yo lo veo -respondió Sancho-; y así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene a la lengua.

-Con todo eso -dijo don Quijote-, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo a la fuente..., y no te digo más.

-Ahora bien -respondiÛ Sancho-, Dios est· en el cielo, que ve las trampas, y ser· juez de quiÈn hace m·s mal: yo en no hablar bien, o vuestra merced en obrallo.

-No haya m·s -dijo Dorotea-: corred, Sancho, y besad la mano a vuestro seÒor, y pedilde perdÛn, y de aquÌ adelante andad m·s atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no dig·is mal de aquesa seÒora Tobosa, a quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viv·is como un prÌncipe.

Fue Sancho cabizbajo y pidiÛ la mano a su seÒor, y Èl se la dio con reposado continente; y, despuÈs que se la hubo besado, le echÛ la bendiciÛn, y dijo a Sancho que se adelantasen un poco, que tenÌa que preguntalle y que departir con Èl cosas de mucha importancia. HÌzolo asÌ

Sancho y apart·ronse los dos algo adelante, y diÛjole don Quijote: -DespuÈs que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues t· la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

-Pregunte vuestra merced lo que quisiere -respondiÛ Sancho-, que a todo darÈ tan buena salida como tuve la entrada. Pero suplico a vuestra merced, seÒor mÌo, que no sea de aquÌ adelante tan vengativo.

-ØPor quÈ lo dices, Sancho? -dijo don Quijote.

-DÌgolo -respondiÛ- porque estos palos de agora m·s fueron por la pendencia que entre los dos trabÛ el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi seÒora Dulcinea, a quien amo y reverencio como a una reliquia, aunque en ella no lo haya, sÛlo por ser cosa de vuestra merced.

-No tornes a esas pl·ticas, Sancho, por tu vida -dijo don Quijote-, que me dan pesadumbre; ya te perdonÈ entonces, y bien sabes t· que suele decirse: a pecado nuevo, penitencia nueva.

En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura a Dorotea que había andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad de él, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leerlos, pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así había dicho a tiento que se había desembarcado en Osuna.

-Yo lo entendí así -dijo el cura-, y por eso acudí luego a decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero, ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

-Sí es -dijo Cardenio-, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

-Pues otra cosa hay en ello -dijo el cura-: que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo. De manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió don Quijote con la suya y dijo a Sancho:

-Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quiénte la trasladó? Y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas o mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitarme.

-Señor -respondió Sancho-, si va a decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

-Así es como t' dices -dijo don Quijote-, porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder a cabo de dos días de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías t' de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

-Así fuera -respondió Sancho-, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije a un sacristán, que me la trasladó del entendimiento, tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomuniación, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

-Y ¿está en la memoria, Sancho? -dijo don Quijote.

-No, señor -respondió Sancho-, porque después que la di, como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo, del soberana señora, y lo último: Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura. Y, en medio destas dos cosas, le puse más de trecientas almas, y vidas, y ojos míos.

Capítulo XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos

-Todo eso no me descontenta; prosigue adelante -dijo don Quijote-. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

-No la hallé -respondió Sancho- sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.



-Pues haz cuenta -dijo don Quijote- que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal, o trechel?

-No era sino rubiún -respondió Sancho.

-Pues yo te aseguro -dijo don Quijote- que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besúla? ¿P'osela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

-Cuando yo se la iba a dar -respondió Sancho-, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díjome: 'Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí est'.

-°Discreta se òora! -dijo don Quijote-. Eso debiú de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho: y, en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasú contigo? ¿Qué te preguntú de mí? Y t', ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo; no se te quede en el tintero una mínima.

-Ella no me preguntú nada -dijo Sancho-, mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

-En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal -dijo don Quijote-, porque antes la bendigo y bendecirè todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta se òora como Dulcinea del Toboso.

-Tan alta es -respondió Sancho-, que a buena fe que me lleva a mí m's de un coto.

-Pues, ¿cómo, Sancho? -dijo don Quijote-. ¿Haste medido t' con ella?  
-Medime en esta manera -respondió Sancho-: que, llegando a ayudar a  
poner

un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de  
ver

que me llevaba más de un gran palmo.

-Pues ¿es verdad -replicó don Quijote- que no acompaña esa grandeza y  
la

adorna con mil millones y gracias del alma! Pero no me negarás,  
Sancho, una

cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una  
fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a  
dalle

nombre? Digo, ¿un tufo o tufo como si estuvieras en la tienda de algún  
curioso guantero?

-Lo que sé decir -dijo Sancho- es que sentí un olorcillo algo  
hombruno; y

debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo  
correosa.

-No sería eso -respondió don Quijote-, sino que t' debías de estar  
romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo  
que

huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel mbar  
desleído.

-Todo puede ser -respondió Sancho-, que muchas veces sale de mí aquel  
olor

que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea;  
pero

no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.

-Y bien -prosiguió don Quijote-, he aquí que acabé de limpiar su trigo  
y de

enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

-La carta -dijo Sancho- no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni  
escribir; antes, la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la  
quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus  
secretos,

y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que  
vuestra merced le tenía y de la penitencia extraordinaria que por su  
causa

quedaba haciendo. Y, finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced  
que le

besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de  
escribirle; y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente,  
saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se

pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de m's importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver a vuestra merced. Riuse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntele si habia ido all' el vizcaïno de marras; dijome que si, y que era un hombre muy de bien. Tambien le pregunte por los galeotes, mas dijome que no habia visto hasta entonces alguno.

-Todo va bien hasta agora -dijo don Quijote-. Pero dime: ¿què joya fue la que te dio, al despedirte, por las nuevas que de mi le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

-Bien puede eso ser asi, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debi de ser en los tiempos pasados, que ahora sulo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedi; y aun, por m's señas, era el queso ovejuno.

-Es liberal en extremo -dijo don Quijote-, y si no te dio joya de oro, sin duda debi de ser porque no la tendria alli a la mano para d'rtela; pero buenas son mangas despues de Pascua: yo la verè, y se satisfar todo. ¿Sabes de què estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco m's de tres dias has tardado en ir y venir desde aqui al Toboso, habiendo de aqui all' m's de treinta leguas; por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante); digo que este tal te debi de ayudar a caminar, sin que t' lo sintieses; que hay sabio d'estos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber como o en què manera, amanece otro dia m's de mil leguas de donde anocheçi. Y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros

andantes unos a otros, como se socorren a cada paso. Que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con alg'n endriago, o con alg'n fiero vestiglo, o con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y est' ya a punto de muerte, y cuando no os me cato, asoma por acull', encima de una nube, o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor; y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas. Y todo esto se hace por industria y sabidurìa destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, alg'n sabio amigo te debiÛ de llevar en volandillas, sin que t' lo sintieses.

-Asì serìa -dijo Sancho-; porque a buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oïdos.

-Y °cÛmo si llevaba azogue! -dijo don Quijote-, y aun una legiÛn de demonios, que es gente que camina y hace caminar, sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿quÈ te parece a ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi seÒora me manda que la vaya a ver?; que, aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, vÈome tambiÈn imposibilitado del don que he prometido a la princesa que con nosotros viene, y fuÈrzame la ley de caballerìa a cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte, me acosa y fatiga el deseo de ver a mi seÒora; por otra, me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer ser' caminar apriesa y llegar presto donde est' este gigante, y, en llegando, le cortarÈ la cabeza, y pondrÈ a la princesa pacìficamente en su estado, y al punto darÈ la vuelta a ver a la luz que mis sentidos alumbra, a la cual darÈ tales disculpas que

ella venga a tener por buena mi tardanza, pues ver· que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo.

-°Ay -dijo Sancho-, y cûmo est· vuestra merced lastimado de esos cascos!  
Pues dîgame, seÒor: øpiensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como Èste, donde le dan en dote un reino, que a buena verdad que he oïdo decir que tiene m·s de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantÌsimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga verg·enza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdûneme, y c·sesse luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahÌ est· nuestro licenciado, que lo har· de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que m·s vale p·jaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga.

-Mira, Sancho -respondiÛ don Quijote-: si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey, en matando al gigante, y tenga cûmodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, h·gote saber que sin casarme podrÈ cumplir tu deseo muy f·cilmente, porque yo sacarÈ de adahala, antes de entrar en la batalla, que, saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere; y, en d·ndomela, øa quiÈn quieres t· que la dÈ sino a ti?

-Eso est· claro -respondiÛ Sancho-, pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos y hacer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por agora a ver a mi seÒora Dulcinea, sino v·yase a matar al

gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

-Dígote, Sancho -dijo don Quijote-, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que a ver a Dulcinea. Y avísote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

-Pues si eso es así -dijo Sancho-, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y, siendo forzoso que los que fueren se han de ir a hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced a darle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? -°Oh, qué necio y qué simple que eres! -dijo don Quijote-. ¿T' no ves, Sancho, que eso todo redundaba en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se estiendan más sus pensamientos que a servilla, por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.

-Con esa manera de amor -dijo Sancho- he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena. Aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese. -°Válate el diablo por villano -dijo don Quijote-, y qué de discreciones dices a las veces! No parece sino que has estudiado.

-Pues a fe mía que no sé leer -respondió Sancho.

En esto, les dio voces maese Nicolás que esperasen un poco, que querían detenerse a beber en una fontecilla que allí estaba. Det'vose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía

no le cogiese su amo a palabras; porque, puesto que Èl sabìa que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habìa visto en toda su vida. Habìase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traìa cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacìan mucha ventaja a los que dejaba. Ape·ronse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodô en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traìan.

Estando en esto, acertô a pasar por allì un muchacho que iba de camino, el cual, poniÈndose a mirar con mucha atenciùn a los que en la fuente estaban, de allì a poco arremetiô a don Quijote, y, abraz·ndole por las piernas, comenzô a llorar muy de propôsito, diciendo:

-°Ay, seòor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues mîreme bien, que yo soy aquel mozo AndrÈs que quitô vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconociôle don Quijote, y, asiÈndole por la mano, se volviô a los que allì estaban y dijo:

-Porque vean vuestras mercedes cu·n de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en Èl se hacen por los insolentes y malos hombres que en Èl viven, sepan vuestras mercedes que los dïas pasados, pasando yo por un bosque, oï unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudì luego, llevado de mi obligaciùn, hacia la parte donde me pareciô que las lamentables voces sonaban, y hallÈ atado a una encina a este muchacho que ahora est· delante (de lo que me huelgo en el alma, porque ser· testigo que no me dejar· mentir en nada); digo que estaba atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y est·bale abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano, que despuÈs supe que era amo suyo; y, asì como yo le vi, le preguntÈ la causa de tan atroz vapulamiento; respondiô el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenìa nacìan

m's de ladrûn que de simple; a lo cual este niõo dijo: ''Seõor, no me azota sino porque le pido mi salario''. El amo replicû no sè què arengas y disculpas, las cuales, aunque de mî fueron oïdas, no fueron admitidas. En resoluciûn, yo le hice desatar, y tomè juramento al villano de que le llevarìa consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. øNo es verdad todo esto, hijo Andrès? øNo notaste con cu'nto imperio se lo mandè, y con cu'nta humildad prometiû de hacer todo cuanto yo le impuse, y notifiqû y quise? Responde; no te turbes ni dudes en nada: di lo que pasû a estos seõores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

-Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad -respondiû el muchacho-, pero el fin del negocio sucediû muy al revès de lo que vuestra merced se imagina.

-øCûmo al revès? -replicû don Quijote-; luego, øno te pagû el villano? -No sûlo no me pagû -respondiû el muchacho-, pero, asì como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volviû a atar a la misma encina, y me dio de nuevo tantos azotes que quedè hecho un San Bartolomè desollado; y, a cada azote que me daba, me decìa un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decìa. En efeto: Èl me parû tal, que hasta ahora he estado cur'ndome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debìa. Mas, como vuestra merced le deshonorû tan sin propûsito y le dijo tantas villanïas, encendiûsele la cûlera, y, como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vio solo descargû sobre mî el nublado, de modo que me parece que no serè m's hombre en toda mi vida. -El daõo estuvo -dijo don Quijote- en irme yo de allì; que no me habìa de ir hasta dejarte pagado, porque bien debìa yo de saber, por luengas



experiencias, que no hay villano que guarde palabra que tiene, si Èl  
vee  
que no le est· bien guardalla. Pero ya te acuerdas, AndrÈs, que yo  
jurÈ que  
si no te pagaba, que habìa de ir a buscarle, y que le habìa de hallar,  
aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

-Asì es la verdad -dijo AndrÈs-, pero no aprovechÛ nada.

-Ahora ver's si aprovecha -dijo don Quijote.

Y, diciendo esto, se levantÛ muy apriesa y mandÛ a Sancho que  
enfrenase a  
Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian.

PreguntÛle Dorotea quÈ era lo que hacer querìa. ...l le respondiÛ que  
querìa  
ir a buscar al villano y castigalle de tan mal tÈrmino, y hacer pagado  
a  
AndrÈs hasta el 'ltimo maravedì, a despecho y pesar de cuantos  
villanos  
hubiese en el mundo. A lo que ella respondiÛ que advirtiese que no  
podìa,  
conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta  
acabar la  
suya; y que, pues esto sabìa Èl mejor que otro alguno, que sosegase el  
pecho hasta la vuelta de su reino.

-Asì es verdad -respondiÛ don Quijote-, y es forzoso que AndrÈs tenga  
paciencia hasta la vuelta, como vos, seÒora, decìs; que yo le torno a  
jurar  
y a prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

-No me creo desos juramentos -dijo AndrÈs-; m's quisiera tener agora  
con  
quÈ llegar a Sevilla que todas las venganzas del mundo: dÈme, si tiene  
ahì,  
algo que coma y lleve, y quÈdese con Dios su merced y todos los  
caballeros  
andantes; que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han  
sido  
para conmigo.

SacÛ de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y,  
d·ndoselo  
al mozo, le dijo:

-Tom·, hermano AndrÈs, que a todos nos alcanza parte de vuestra  
desgracia.

-Pues, øquÈ parte os alcanza a vos? -preguntÛ AndrÈs.

-Esta parte de queso y pan que os doy -respondi  Sancho-, que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andr s así de su pan y queso, y, viendo que nadie le daba otra cosa, abaj  su cabeza y tom  el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que, al partirse, dijo a don Quijote:

-Por amor de Dios, se or caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino d jeme con mi desgracia; que no será tanta, que no sea mayor la que me vendr  de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

 base a levantar don Quijote para castigalle, mas él se puso a correr de modo que ninguno se atrevi  a seguille. Qued  corrid simo don Quijote del cuento de Andr s, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no re irse, por no acaballe de correr del todo.

Cap tulo XXXII. Que trata de lo que sucedi  en la venta a toda la cuadrilla de don Quijote

Acab se la buena comida, ensillaron luego, y, sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día a la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y, aunque  l quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegr a, y él las recib  con grave continente y aplauso, y d joles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; a lo cual le respondi  la huéspeda que como

la pagase mejor que la otra vez, que ella se la daría de príncipes.  
Don

Quijote dijo que sí haría, y así, le aderezaron uno razonable en el mismo

caramanchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y, asíéndole de la barba, dijo:

-Para mi santiguada, que no se ha a'n de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergenza; digo, el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y

dijese a don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habían venido a aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero

de la princesa, le dirían que ella le había enviado adelante a dar aviso a

los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con

esto, dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de don

Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y

aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de

comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor

paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; y a todo esto dormía

don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le

haría por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes, todos los pasajeros, de la estraña locura de don Quijote y del

modo que le habían hallado. La huéspeda les contó lo que con él y con el

arriero les había acontecido, y, mirando si acaso estaba allí Sancho, como

no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y, como el cura dijese que los libros de caballerías que don

Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

-No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeamos de él más de treinta, y estamosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas; a lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

-Y yo ni más ni menos -dijo la ventera-, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer: que estáis tan embobado, que no os acordáis de reír por entonces.

-Así es la verdad -dijo Maritornes-, y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas; y más, cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

-Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? -dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

-No sé, señor, en mi ánimo -respondió ella-; también yo lo escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras: que en verdad que

algunas veces me hacen llorar de compasi n que les tengo.

-Luego,  bien las remedi rades vos, se ora doncella -dijo Dorotea-, si por vos lloraran?

-No s  lo que me hiciera -respondi  la moza-; s lo s  que hay algunas se oras de aqu ellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. Y,  Jes s!, yo no s  qu  gente es aqu ella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que se muera, o que se vuelva loco. Yo no s  para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, c sense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

-Calla, ni a -dijo la ventera-, que parece que sabes mucho destas cosas, y no est  bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

-Como me lo pregunta este se or -respondi  ella-, no pude dejar de respondelle.

-Ahora bien -dijo el cura-, traedme, se or hu sped, aquesos libros, que los quiero ver.

-Que me place -respondi  El.

Y, entrando en su aposento, sac  d el una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, hall  en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abri  vio que era Don Cirongilio de Tracia; y el otro, de Felixmarte de Hircania; y el otro, la Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego Garc a de Paredes. Así como el cura ley  los dos t tulos primeros, volvi  el rostro al barbero y dijo:

-Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

-No hacen -respondi  el barbero-, que tambi n s  yo llevarlos al corral o a la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

-Luego, ¿quiere vuestra merced quemar más libros? -dijo el ventero.  
-No más -dijo el cura- que estos dos: el de Don Cirongilio y el de Felixmarte.

-Pues, ¿por ventura -dijo el ventero- mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

-Cismáticos queréis decir, amigo -dijo el barbero-, que no flemáticos.

-Así es -replicó el ventero-; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de otros.

-Hermano mío -dijo el cura-, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitán, renombre famoso y claro, y sólo merecido. Y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas que, como si él las cuenta y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.

-°Tomaos con mi padre! -dijo el dicho ventero-. °Mirad de qué se espanta: de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que hizo Felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues, ¿qué me dirán del bueno de

don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se ver·  
en el  
libro, donde cuenta que, navegando por un río, le saliÛ de la mitad  
del  
agua una serpiente de fuego, y Èl, asì como la vio, se arrojÛ sobre  
ella, y  
se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretÛ con  
ambas manos la garganta, con tanta fuerza que, viendo la serpiente que  
la  
iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río,  
llev·ndose tras sì al caballero, que nunca la quiso soltar? Y, cuando  
llegaron all· bajo, se hallÛ en unos palacios y en unos jardines tan  
lindos  
que era maravilla; y luego la sierpe se volviÛ en un viejo anciano,  
que le  
dijo tantas de cosas que no hay m·s que oír. Calle, seòor, que si  
oyese  
esto, se volverìa loco de placer. °Dos higas para el Gran Capit·n y  
para  
ese Diego Garcìa que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

-Poco le falta a nuestro huÈsped para hacer la segunda parte de don  
Quijote.

-Asì me parece a mì -respondiÛ Cardenio-, porque, seg·n da indicio, Èl  
tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasÛ ni m·s ni  
menos  
que lo escriben, y no le har·n creer otra cosa frailes descalzos.  
-Mirad, hermano -tornÛ a decir el cura-, que no hubo en el mundo  
Felixmarte  
de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros  
semejantes  
que los libros de caballerìas cuentan, porque todo es compostura y  
ficciÛn  
de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decìs  
de  
entretener el tiempo, como lo entretienen leyÈndolos vuestros  
segadores;  
porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el  
mundo, ni  
tales hazaõas ni disparates acontecieron en Èl.

-°A otro perro con ese hueso! -respondiÛ el ventero-. °Como si yo no  
supiese cu·ntas son cinco y adÛnde me aprieta el zapato! No piense  
vuestra  
merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. °Bueno  
es que  
quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos  
buenos

libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio!

-Ya os he dicho, amigo -replicó el cura-, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y, así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allí os avenid con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote.

-Eso no -respondió el ventero-, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante: que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo.

Llévase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:



-Esperad, que quiero ver quÈ papeles son esos que de tan buena letra est·n escritos.

SacÙlos el huÈsped, y, d·ndoselos a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenÌan un tÌtulo grande que decÌa: Novela del curioso impertinente. LeyÙ el cura para sÌ tres o cuatro renglones y dijo:

-Cierto que no me parece mal el tÌtulo desta novela, y que me viene voluntad de leella toda.

A lo que respondiÙ el ventero:

-Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que algunos huÈspedes que aquÌ la han leÌdo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvÈrsela a quien aquÌ dejÙ esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueÒo por aquÌ alg'n tiempo, y, aunque sÈ que me han de hacer falta los libros, a fe que se los he de volver: que, aunque ventero, todavÌa soy cristiano.

-Vos tenÈis mucha razÙn, amigo -dijo el cura-, mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habÈis de dejar trasladar.

-De muy buena gana -respondiÙ el ventero.

Mientras los dos esto decÌan, habÌa tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y, pareciÈndole lo mismo que al cura, le rogÙ que la leyese de modo que todos la oyesen.

-SÌ leyera -dijo el cura-, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

-Harto reposo ser· para mÌ -dijo Dorotea- entretener el tiempo oyendo alg'n cuento, pues a·n no tengo el espÌritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razÙn.

-Pues de esa manera -dijo el cura-, quiero leerla, por curiosidad siquiera; quiz tendr alguna de gusto.

Acudió maese Nicolás a rogarle lo mismo, y Sancho también; lo cual visto del cura, y entendiendo que a todos daría gusto y él le recibiría, dijo:

-Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

### Capítulo XXXIII. Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían los dos amigos eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir a los de Anselmo; y, desta manera, andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de pedirla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no

cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido.

Los primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario, como solía, la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejalle y regocijalle con todo aquello que a Él le fue posible; pero, acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle a Él -como es razón que parezca a todos los que fueren discretos- que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos.

Notó Anselmo la remisión de Lotario, y formó de Él quejas grandes, diciéndole que si Él supiera que el casarse había de ser parte para no comunicalle como solía, que jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena correspondencia que los dos tenían mientras Él fue soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados los dos amigos, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasión alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa, y a entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que Él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en Él tanta esquivaza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadille volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana y las fiestas fuese Lotario a comer con Él; y, aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en

m's que el suyo propio. Decía Él, y decía bien, que el casado a quien el cielo había concedido mujer hermosa, tanto cuidado había de tener que amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierto en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones -cosas que no todas veces las han de negar los maridos a sus mujeres-, se concierto y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien m's satisfaciún se tiene.

ªTambién decía Lotario que tenían necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido a la mujer tiene, o no le advierte o no le dice, por no enojalla, que haga o deje de hacer algunas cosas, que el hacellas o no, le sería de honra o de vituperio; de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondría remedio en todo. Pero, ¿dónde se hallar amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo, por cierto; sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo y procuraba dezmar, frisar y acortar los días del concierto del ir a su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que Él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que, puesto que su bondad y valor podía poner freno a toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los m's de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas, que Él daba a entender ser inexcusables. Así que, en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del día.

ªSucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera

de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario las semejantes razones:

ª-Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos y al darme, no con mano

escasa, los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna,  
no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y  
sobre al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia:  
dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo.  
Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres  
suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé qué días a esta  
parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño, y tan fuera del uso común  
de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me río a solas, y  
procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos; y así me ha  
sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo  
a todo el mundo. Y, pues que, en efecto, Él ha de salir a plaza, quiero que  
sea en la del archivo de tu secreto, confiado que, con Él y con la diligencia que pondré, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré  
presto libre de la angustia que me causa, y llegaré mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.  
<sup>a</sup>Suspenso tenían a Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué había  
de parar tan larga prevención o preámbulo; y, aunque iba revolviendo en su  
imaginación qué deseo podría ser aquel que a su amigo tanto fatigaba, dio  
siempre muy lejos del blanco de la verdad; y, por salir presto de la agonía  
que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacía notorio agravio a su  
mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos  
pensamientos, pues tenía cierto que se podía prometer de Él, o ya consejos  
para entretenerlos, o ya remedio para cumplillos.

<sup>a</sup>-Así es la verdad -respondió Anselmo-, y con esa confianza te hago saber,  
amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa,  
es tan buena y tan perfecta como yo pienso; y no puedo enterarme en esta  
verdad, si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates

de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para  
mí,  
°oh amigo!, que no es una mujer m's buena de cuanto es o no es  
solicitada,  
y que aquella sola es fuerte que no se dobla a las promesas, a las  
d'divas,  
a las l'grimas y a las continuas importunidades de los solícitos  
amantes.  
Porque, ¿quÈ hay que agradecer -decìa Èl- que una mujer sea buena, si  
nadie  
le dice que sea mala? ¿QuÈ mucho que estÈ recogida y temerosa la que  
no le  
dan ocasiÙn para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que, en  
cogiÈndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansì  
que,  
la que es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener  
en  
aquella estima en que tendrÈ a la solicitada y perseguida que saliÙ  
con la  
corona del vencimiento. De modo que, por estas razones y por otras  
muchas  
que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opiniÙn que tengo,  
deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole  
y  
quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga  
valor  
para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldr·,  
con la  
palma desta batalla, tendrÈ yo por sin igual mi ventura; podrÈ yo  
decir que  
est· colmo el vacìo de mis deseos; dirÈ que me cupo en suerte la mujer  
fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quiÈn la hallar·? Y, cuando esto  
suceda  
al revÈs de lo que pienso, con el gusto de ver que acertÈ en mi  
opiniÙn,  
llevarÈ sin pena la que de razÙn podr· causarme mi tan costosa  
experiencia.  
Y, prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi  
deseo  
ha de ser de alg'n provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero,  
°oh  
amigo Lotario!, que te dispongas a ser el instrumento que labre  
aquesta  
obra de mi gusto; que yo te darÈ lugar para que lo hagas, sin faltarte  
todo  
aquello que yo viere ser necesario para solicitar a una mujer honesta,  
honrada, recogida y desinteresada. Y muÈveme, entre otras cosas, a  
fiar de  
ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no  
ha de  
llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino a sÙlo a tener por  
hecho

lo que se ha de hacer, por buen respeto; y así, no quedaré yo ofendido  
m's  
de con el deseo, y mi injuria quedar escondida en la virtud de tu  
silencio, que bien sé que en lo que me tocara ha de ser eterno como el  
de  
la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que  
lo es,  
desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni  
perezosamente, sino con el ahínco y diligencia que mi deseo pide, y  
con la  
confianza que nuestra amistad me asegura.

^...estas fueron las razones que Anselmo dijo a Lotario, a todas las  
cuales  
estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le  
dijo, no  
desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y, viendo que no decía  
m's,  
después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra  
cosa que  
jam's hubiera visto, que le causara admiración y espanto, le dijo:  
^No me puedo persuadir, oh amigo Anselmo!, a que no sean burlas las  
cosas  
que me has dicho; que, a pensar que de veras las decías, no  
consintiera que  
tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga  
arenga.  
Sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero  
no; que  
bien sé que eres Anselmo, y t' sabes que yo soy Lotario; el daño est  
en  
que yo pienso que no eres el Anselmo que solías, y t' debes de haber  
pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser, porque las cosas  
que  
me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se  
han  
de pedir a aquel Lotario que t' conoces; porque los buenos amigos han  
de  
probar a sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, usque ad  
aras;  
que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que  
fuesen  
contra Dios. Pues, si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto  
mejor es  
que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de  
perder la  
amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra que pudiese  
aparte  
los respetos del cielo por acudir a los de su amigo, no ha de ser por  
cosas  
ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la  
vida

de su amigo. Pues dime t' ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure a complacerte y a hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna, por cierto; antes, me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y, siendo yo el instrumento, como t' quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonrado, y, por el mismo consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo; que tiempo quedar para que t' me repliques y yo te escuche.

<sup>a</sup>-Que me place -dijo Anselmo-: di lo que quisieres.

<sup>a</sup>Y Lotario prosiguió diciendo:

<sup>a</sup>-Paréceme, oh Anselmo!, que tienes t' ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, a los cuales no se les puede dar a entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: "Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales"; y, cuando esto no entiendan de palabra, como, en efecto, no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y, aun con todo esto, no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de mi sacra religión. Y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte a entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de



tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte.

Y, porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿t' no me has dicho que tengo de solicitar a una retirada, persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, servir a una prudente? Si que me lo has dicho. Pues si t' sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿quÈ buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿quÈ mejores títulos piensas darle después que los que ahora tiene, o quÈ será más después de lo que es ahora? O es que t' no la tienes por la que dices, o t' no sabes lo que pides. Si no la tienes por lo que dices, ¿para quÈ quieres probarla, sino, como a mala, hacer della lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues, después de hecha, se ha de quedar con la estimación que primero tenía. Así que, es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas a que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrambos a dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo a vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas veen en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en

vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su  
rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas  
muertes  
que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es  
honra,  
gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y  
peligros. Pero la que t' dices que quieres intentar y poner por obra,  
ni te  
ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los  
hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de  
quedar  
ni m's ufano, ni m's rico, ni m's honrado que est's ahora; y si no  
sales,  
te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda, porque no te  
ha de  
aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha  
sucedido, porque bastar para afligirte y deshacerte que la sepas t'  
mesmo.  
Y, para confirmaciùn desta verdad, te quiero decir una estancia que  
hizo el  
famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de Las  
l'grimas de  
San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la verg,enza  
en Pedro, cuando el día se ha mostrado;  
y, aunque allí no ve a nadie, se averg,enza  
de sí mismo, por ver que había pecado:  
que a un magn'nimo pecho a haber verg,enza  
no s'lo ha de moverle el ser mirado;  
que de sí se averg,enza cuando yerra,  
si bien otro no vee que cielo y tierra.

Así que, no escusar's con el secreto tu dolor; antes, tendr's que  
llorar  
contino, si no l'grimas de los ojos, l'grimas de sangre del corazùn,  
como  
las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo  
la  
prueba del vaso, que, con mejor discurso, se escusó de hacerla el  
prudente  
Reinaldos; que, puesto que aquello sea ficciùn poética, tiene en sí  
encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos e  
imitados. Cuanto m's que, con lo que ahora pienso decirte, acabar's de  
venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime,  
Anselmo,  
si el cielo, o la suerte buena, te hubiera hecho seõor y legítimo  
poseor  
de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen  
satisfechos  
cuantos lapidarios le viesan, y que todos a una voz y de com'n parecer

dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía estender  
la naturaleza de tal piedra, y t' mesmo lo creyeses así, sin saber otra  
cosa en contrario, ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, a pura fuerza  
de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y m's, si  
lo pusieses por obra; que, puesto caso que la piedra hiciese resistencia a  
tan necia prueba, no por eso se le añadiría m's valor ni m's fama; y si se  
rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdería todo? Sí, por cierto, dejando a su dueño en estimación de que todos le tengan por simple.  
Pues  
haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en contingencia de  
que se quiebre, pues, aunque se quede con su entereza, no puede subir a m's  
valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde  
ahora cuál quedarías sin ella, y con cuánta razón te podrías quejar de ti  
mesmo, por haber sido causa de su pérdida y la tuya. Mira que no hay joya  
en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el  
honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene;  
Y,  
pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para  
qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal  
imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga,  
sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente,  
para  
que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta,  
que  
consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un  
animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle, los  
cazadores usan deste artificio: que, sabiendo las partes por donde suele  
pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, ojeándole, le encaminan  
hacia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo y se  
deja prender y cautivar, a trueco de no pasar por el cieno y perder y

ensuciar su blancura, que la estima en m's que la libertad y la vida.  
La  
honesto y casto mujer es arminio, y es m's que nieve blanca y limpia  
la  
virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la  
guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el  
arminio  
se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y  
servicios de los importunos amantes, porque quiz', y aun sin quiz', no  
tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por s' misma atropellar  
y  
pasar por aquellos embarazos, y es necesario quit'rselos y ponerle  
delante  
la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en s' la buena  
fama. Es  
asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero  
est'  
sujeto a empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque.  
Hase  
de usar con la honesto mujer el estilo que con las reliquias:  
adorarlas y  
no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y  
estima un hermoso jard' que est' lleno de flores y rosas, cuyo dueo  
no  
consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos, y por  
entre  
las verjas de hierro, gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente,  
quiero decirte unos versos que se me han venido a la memoria, que los  
o' en  
una comedia moderna, que me parece que hacen al prop'osito de lo que  
vamos  
tratando. Aconsejaba un prudente viejo a otro, padre de una doncella,  
que  
la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones, le dijo  
Estas:

Es de vidrio la mujer;  
pero no se ha de probar  
si se puede o no quebrar,  
porque todo podr' ser.  
Y es m's f'cil el quebrarse,  
y no es cordura ponerse  
a peligro de romperse  
lo que no puede soldarse.  
Y en esta opini' est' en  
todos, y en raz' la fundo:  
que si hay D'naes en el mundo,  
hay lluvias de oro tambi'.

Cuanto hasta aqu' te he dicho, °oh Anselmo!, ha sido por lo que a ti  
te

toca; y ahora es bien que se oiga algo de lo que a mî me conviene; y si  
fuere largo, perdûname, que todo lo requiere el laberinto donde te has  
entrado y de donde quieres que yo te saque. T' me tienes por amigo y  
quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no  
sûlo  
pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite a ti. Que me la  
quieres quitar a mî est' claro, pues, cuando Camila vea que yo la  
solicito,  
como me pides, cierto est' que me ha de tener por hombre sin honra y  
mal  
mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser  
quien  
soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti no hay  
duda, porque, viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he  
visto en ella alguna liviandad que me dio atrevimiento a descubrirle  
mi mal  
deseo; y, teniéndose por deshonrada, te toca a ti, como a cosa suya,  
su  
misma deshonra. Y de aquí nace lo que com'umente se platica: que el  
marido  
de la mujer ad'litera, puesto que Èl no lo sepa ni haya dado ocasiûn  
para  
que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su  
descuido  
y poco recato estorbar su desgracia, con todo, le llaman y le nombran  
con  
nombre de vituperio y bajo; y en cierta manera le miran, los que la  
maldad  
de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con  
los de  
l'stîma, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala  
compaõera, est' en aquella desventura. Pero quiÈrote decir la causa  
por que  
con justa razûn es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque Èl no  
sepa  
que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasiûn, para  
que  
ella lo sea. Y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu  
provecho. Cuando Dios criû a nuestro primero padre en el Paraïso  
terrenal,  
dice la Divina Escritura que infundiû Dios sueò en Ad'n, y que,  
estando  
durmiendo, le sacû una costilla del lado siniestro, de la cual formû a  
nuestra madre Eva; y, asì como Ad'n despertû y la mirû, dijo: "'...sta  
es  
carne de mi carne y hueso de mis huesos'". Y Dios dijo: "'Por Èsta  
dejar  
el hombre a su padre y madre, y ser'n dos en una carne misma'". Y  
entonces  
fue instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos  
que

sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y a'n hace m's en los buenos casados, que, aunque tienen dos almas, no tienen m's de una voluntad. Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, o los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque Èl no haya dado, como queda dicho, ocasiÛn para aquel daÒo. Porque, asÌ como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daÒo del tobillo, sin que ella se le haya causado, asÌ el marido es participante de la deshonor de la mujer, por ser una misma cosa con ella. Y como las honras y deshonoras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste gÈnero, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sin que Èl lo sepa. Mira, pues, °oh Anselmo!, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive. Mira por cu' n vana e impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora est'n sosegados en el pecho de tu casta esposa. Advierte que lo que aventuras a ganar es poco, y que lo que perder's ser' tanto que lo dejarÈ en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta a moverte de tu mal propÛsito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonor y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pÈrdida que imaginar puedo.

ªCallÛ, en diciendo esto, el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedÛ tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero, en fin, le dijo:

ª-Con la atenciÛn que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreciÛn que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y ansimesmo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy

tras el mïo, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbûn y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto m's para comerse; asì que, es menester usar de alg'n artificio para que yo sane, y esto se podìa hacer con facilidad, sÛlo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, a solicitar a Camila, la cual no ha de ser tan tierna que a los primeros encuentros dÈ con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedarÈ contento y t' habr's cumplido con lo que debes a nuestra amistad, no solamente d'ndome la vida, sino persuadiÈndome de no verme sin honra. Y est's obligado a hacer esto por una razûn sola; y es que, estando yo, como estoy, determinado de poner en pl'tica esta prueba, no has t' de consentir que yo dÈ cuenta de mi desatino a otra persona, con que pondrìa en aventura el honor que t' procuras que no pierda; y, cuando el tuyo no estÈ en el punto que debe en la intenciûn de Camila en tanto que la solicitares, importa poco o nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podr's decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volver' tu crÈdito al ser primero. Y, pues tan poco aventuras y tanto contento me puedes dar aventur'ndote, no lo dejes de hacer, aunque m's inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con sÛlo que comiences darÈ por concluida la causa.

ªViendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo quÈ m's ejemplos traerle ni quÈ m's razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que darìa a otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal, determinÛ de contentarle y hacer lo que le pedìa, con propÛsito e intenciûn de guiar aquel negocio de modo que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho; y asì, le respondiÛ que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que Èl tomaba a su cargo aquella empresa, la cual comenzarìa cuando a Èl le diese m's gusto. AbrazÛle Anselmo tierna y amorosamente, y agradeciÛle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dìa siguiente se comenzase la obra; que Èl le darìa lugar y tiempo como a sus solas pudiese hablar a Camila, y asimesmo le

daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese m'licas, que escribiese versos en su alabanza, y que, cuando Èl no quisiese tomar trabajo de hacerlos, Èl mesmo los harìa. A todo se ofreciÙ Lotario, bien con diferente intenciÙn que Anselmo pensaba.

ªY con este acuerdo se volvieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y cuidado, esperando a su esposo, porque aquel dìa tardaba en venir m's de lo acostumbrado.

ªFuese Lotario a su casa, y Anselmo quedÙ en la suya, tan contento como Lotario fue pensativo, no sabiendo quÈ traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensÙ el modo que tendrìa para engaÒar a Anselmo, sin ofender a Camila; y otro dìa vino a comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila, la cual le recibìa y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenìa.

ªAcabaron de comer, levantaron los manteles y Anselmo dijo a Lotario que se quedase allí con Camila, en tanto que Èl iba a un negocio forzoso, que dentro de hora y media volverìa. RogÙle Camila que no se fuese y Lotario se ofreciÙ a hacerle compaÒìa, m's nada aprovechÙ con Anselmo; antes, importunÙ a Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenìa que tratar con Èl una cosa de mucha importancia. Dijo tambiÈn a Camila que no dejase solo a Lotario en tanto que Èl volviese. En efeto, Èl supo tan bien fingir la necesidad, o necedad, de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila y Lotario, porque la dem's gente de casa toda se habìa ido a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura a un escuadrÙn de caballeros armados: mirad si era razÙn que le temiera Lotario.

ªPero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y, pidiendo perdÙn a Camila del mal comedimiento,



dijo que quería reposar un poco en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla, y así, le rogó se entrase a dormir en Él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló a Camila en su aposento y a Lotario durmiendo, creyó que, como se había tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertase, para volverse con Él fuera y preguntarle de su ventura. <sup>a</sup>Todo le sucedió como Él quiso: Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así, le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo; y así, no había hecho otra cosa que alabar a Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discreción, y que Éste le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola a que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar a alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo Él de tinieblas, y, poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intención, si a los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho a Anselmo, y dijo que cada día daría el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparía en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio.

<sup>a</sup>Sucedió, pues, que se pasaron muchos días que, sin decir Lotario palabra a Camila, respondía a Anselmo que la hablaba y jamás podía sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes, decía que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo había de decir a su esposo. <sup>a</sup>-Bien está -dijo Anselmo-. Hasta aquí ha resistido Camila a las palabras; es menester ver cómo resiste a las obras: yo os daré mañana dos mil escudos

de oro para que se los ofrezcáis, y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste a esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre.

Lotario respondió que ya que había comenzado, que él llevaría hasta el fin aquella empresa, puesto que entendía salir della cansado y vencido. Otro día recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efecto, determinó de decirle que Camila estaba tan entera a las d'divas y promesas como a las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde.

Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos a Lotario y a Camila, como otras veces solía, él se encerró en un aposento y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio que en más de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila todo era ficción y mentira. Y, para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando a Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondía tanispera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver a decirle cosa alguna.

°Ah! -dijo Anselmo-, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondeste a lo que me debes y a lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra a Camila, por donde me doy a entender que aun las primeras le

tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, o por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

°No dijo más Anselmo, pero bastó lo que había dicho para dejar corrido y confuso a Lotario; el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró a Anselmo que desde aquel momento tomaba tan a su cargo el contentalle y no mentille, cual lo vería si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaría de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho días, yéndose a la de un amigo suyo, que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase a llamar con muchas veras, para tener ocasión con Camila de su partida.

°Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonor y ordenando tu pérdida. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, t' eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y t' puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que toda venga abajo, pues, en fin, se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,  
salud en la enfermedad,  
en la prisión libertad,  
en lo cerrado salida

y en el traidor lealtad.  
Pero mi suerte, de quien  
jamás espero algún bien,  
con el cielo ha estatuido  
que, pues lo imposible pido,  
lo posible aun no me den.

ªFuese otro día Anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que Él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como a su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, Él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez, y vería por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquél era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haría, aunque contra su voluntad. ªPartióse Anselmo, y otro día vino a su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, a quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo.

ªEn los tres días primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba a comer con mucha priesa, porque así se lo tenía mandado Camila. Y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento y había menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplía todas veces el mandamiento de su señora; antes, los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario.

³Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar, parte por parte, todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes a enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne.

³Miró bala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos que a Anselmo tenía, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad y irse donde jamás Anselmo le viese a Él, ni Él viese a Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba a mirar a Camila. Culpóbase a solas de su desatino, llamóse mal amigo y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre Él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

³En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y, sin mirar a otra cosa que aquella a que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse a su aposento, sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes, tuvo en más a Camila. La cual, habiendo visto en Lotario lo que

jamás pensara, no sabía qué hacerse. Y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un billete a Anselmo, donde le escribió estas razones:

#### Capítulo XXXIV. Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venís, me habré de ir a entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra; porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que a vos os toca; y, pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni aun es bien que más os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa, y que Camila debía de haber respondido como él deseaba; y, alegre sobremanera de tales nuevas, respondió a Camila, de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevía a estar en su casa, ni menos irse a la de sus padres; porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo.

En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir a sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió a su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna

desenvoltura que le hubiese movido a no guardalle el decoro que debìa. Pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar m's cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo. Y aun andaba buscando manera como disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasió que le habìa movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, m's honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro día escuchando a Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir a los ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasió que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habían despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía.

Finalmente, a Él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y así, acometió a su presunción con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que m's presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulación. En efecto, Él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza, con tales pertrechos que, aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dio al través con el recato de Camila y vino a triunfar de lo que menos se pensaba y m's deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero, ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir a Camila la pretensión de Anselmo, ni que Él le había dado lugar para

llegar a aquel punto, porque no tuviese en menos su amor y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la había solicitado.

«Volví de allí a pocos días Anselmo a su casa, y no eché de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenía y más estimaba. Fuese luego a ver a Lotario, y halléle en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida o de su muerte.

«Las nuevas que te podré dar, ¡oh amigo Anselmo! -dijo Lotario-, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las d'divas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas más se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una honrada mujer. Vuelve a tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar a ellos; que la entereza de Camila no se rinde a cosas tan bajas como son d'divas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y, pues a pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las anclas de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan a pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se escuse.

«Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo. Pero, con todo eso, le rogó que no



dejase la empresa, aunque no fuese m's de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que sólo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque Èl le daría a entender a Camila que andaba enamorado de una dama, a quien le había puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que a su honestidad se le debía; y que, cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que Èl los haría.

<sup>a</sup>-No ser menester eso -dijo Lotario-, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten. Dile t' a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré; si no tan buenos como el sujeto merece, serán, por lo menos, los mejores que yo pudiere.

<sup>a</sup>Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y, vuelto Anselmo a su casa, preguntó a Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fue que le dijese la ocasión por que le había escrito el papel que le envié. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco m's desenvueltamente que cuando Èl estaba en casa; pero que ya estaba desengañada y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella a solas. Díjole Anselmo que bien podía estar segura de aquella sospecha, porque Èl sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, a quien Èl celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos. Y, a no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que Èl se lo había dicho a Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella, sin duda, cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

<sup>a</sup>Otro día, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo a Lotario dijese

alguna cosa de las que había compuesto a su amada Clori; que, pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese.

<sup>a</sup>-Aunque la conociera -respondió Lotario-, no encubriera yo nada, porque cuando algún amante loa a su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobrio hace a su buen crédito. Pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto a la ingratitud desta Clori, que dice así:  
Soneto

En el silencio de la noche, cuando  
ocupa el dulce sueño a los mortales,  
la pobre cuenta de mis ricos males  
estoy al cielo y a mi Clori dando.  
Y, al tiempo cuando el sol se va mostrando  
por las rosadas puertas orientales,  
con suspiros y acentos desiguales,  
voy la antigua querella renovando.  
Y cuando el sol, de su estrellado asiento,  
derechos rayos a la tierra envía,  
el llanto crece y doblo los gemidos.  
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,  
y siempre hallo, en mi mortal porfía,  
al cielo, sordo; a Clori, sin oídos.

<sup>a</sup>Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasíadamente cruel la dama que a tan claras verdades no correspondía. A lo que dijo Camila:

<sup>a</sup>-Luego, ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

<sup>a</sup>-En cuanto poetas, no la dicen -respondió Lotario-; mas, en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

<sup>a</sup>-No hay duda deso -replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario.

<sup>a</sup>Y así, con el gusto que de sus cosas tenía, y más, teniendo por entendido que sus deseos y escritos a ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto o otros versos sabía, los dijese:

<sup>a</sup>-Sí sé -respondió Lotario-, pero no creo que es tan bueno como el primero, o, por mejor decir, menos malo. Y podráislo bien juzgar, pues es éste:

## Soneto

Yo sÈ que muero; y si no soy creïdo,  
es m's cierto el morir, como es m's cierto  
verme a tus pies, °oh bella ingrata!, muerto,  
antes que de adorarte arrepentido.  
PodrÈ yo verme en la regiÛn de olvido,  
de vida y gloria y de favor desierto,  
y allì verse podr· en mi pecho abierto  
cÛmo tu hermoso rostro est· esculpido.  
Que esta reliquia guardo para el duro  
trance que me amenaza mi porfïa,  
que en tu mismo rigor se fortalece.  
°Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,  
por mar no usado y peligrosa vïa,  
adonde norte o puerto no se ofrece!

<sup>a</sup>TambiÈn alabÛ este segundo soneto Anselmo, como habïa hecho el primero, y desta manera iba aÒadiendo eslabÛn a eslabÛn a la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonor, pues cuando m's Lotario le deshonoraba, entonces le decïa que estaba m's honrado; y, con esto, todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subïa, en la opiniÛn de su marido, hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama. <sup>a</sup>SucedïÛ en esto que, hall·ndose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo:

<sup>a</sup>-Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cu·n poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesiÛn que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar mi presteza o ligereza, sin que eche de ver la fuerza que Èl me hizo para no poder resistirle.

<sup>a</sup>-No te dÈ pena eso, seÒora mïa -respondiÛ Leonela-, que no est· la monta, ni es causa para menguar la estimaciÛn, darse lo que se da presto, si, en efecto, lo que se da es bueno, y ello por sï digno de estimarse. Y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces.

<sup>a</sup>-TambiÈn se suele decir -dijo Camila- que lo que cuesta poco se estima en menos.

<sup>a</sup>-No corre por ti esa razÛn -respondiÛ Leonela-, porque el amor, seg'n he

oído decir, unas veces vuela y otras anda, con Èste corre y con aquÈl  
va  
despacio, a unos entibia y a otros abrasa, a unos hiere y a otros  
mata, en  
un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos y en aquel mesmo  
punto la  
acaba y concluye, por la maÒana suele poner el cerco a una fortaleza y  
a la  
noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista. Y, siendo  
asÌ,  
¿de quÈ te espantas, o de quÈ temes, si lo mismo debe de haber  
acontecido a  
Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la  
ausencia  
de mi seÒora? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor  
tenÌa  
determinado, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo le tuviese de  
volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra. Porque el amor  
no  
tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la  
ocasiÙn: de  
la ocasiÙn se sirve en todos sus hechos, principalmente en los  
principios.  
Todo esto sÈ yo muy bien, m's de experiencia que de oídas, y alg'n dÌa  
te  
lo dirÈ, seÒora, que yo tambiÈn soy de carne y de sangre moza. Cuanto  
m's,  
seÒora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no  
hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las  
promesas y d'divas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus  
virtudes cu'n digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansÌ, no  
te  
asalten la imaginaciÙn esos escrupulosos y melindrosos pensamientos,  
sino  
aseg'rate que Lotario te estima como t' le estimas a Èl, y vive con  
contento y satisfaciÙn de que, ya que caÌste en el lazo amoroso, es el  
que  
te aprieta de valor y de estima. Y que no sÙlo tiene las cuatro eses  
que  
dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un ABC entero:  
si  
no, esc'chame y ver's como te le digo de coro. ...l es, seg'n yo veo y a  
mÌ  
me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme,  
gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal,  
quantioso, rico, y las eses que dicen; y luego, t'cito, verdadero. La  
X no  
le cuadra, porque es letra 'spera; la Y ya est' dicha; la Z, zelador  
de tu  
honra.

³RiÛse Camila del ABC de su doncella, y t'vola por m's pl'tica en las cosas de amor que ella decìa; y asì lo confesÛ ella, descubriendo a Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido, de la mesma ciudad; de lo cual se turbÛ Camila, temiendo que era aquÈl camino por donde su honra podìa correr riesgo. ApurÛla si pasaban sus pl'ticas a m's que serlo. Ella, con poca verg,enza y mucha desenvoltura, le respondiÛ que s' pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las seòoras quitan la verg,enza a las criadas, las cuales, cuando ven a las amas echar traspiÈs, no se les da nada a ellas de cojear, ni de que lo sepan.

³No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar a Leonela no dijese nada de su hecho al que decìa ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen a noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondiÛ que asì lo harìa, mas cumpliÛlo de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habìa de perder su crÈdito. Porque la deshonesto y atrevida Leonela, despuÈs que vio que el proceder de su ama no era el que solìa, atreviÛse a entrar y poner dentro de casa a su amante, confiada que, aunque su seòora le viese, no habìa de osar descubrirle; que este daòo acarrean, entre otros, los pecados de las seòoras: que se hacen esclavas de sus mismas criadas y se obligan a encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteciÛ con Camila; que, aunque vio una y muchas veces que su Leonela estaba con su gal'n en un aposento de su casa, no sÛlo no la osaba reòir, mas d'vale lugar a que lo encerrase, y quit'vale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido.

³Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir, al romper del alba; el cual, sin conocer quiÈn era, pensÛ primero que debìa de ser alguna fantasma; mas, cuando le vio caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayÛ de su simple pensamiento y dio en otro, que fuera la perdiçiùn de todos si Camila no lo remediara. PensÛ Lotario que aquel hombre que habìa visto salir tan a deshora de casa de Anselmo no habìa

entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo;  
sólo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas adiduras trae consigo la maldad de la mujer mala: que pierde el crédito de su honra con el mismo a quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible crédito a cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues, sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fue a Anselmo y le dijo:

«-Sé, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza a no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra. Sé que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta a todo aquello que yo quisiera hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo, o si lo hacía por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que, con tu licencia, con ella he comenzado. Creí, ansimismo, que ella, si fuera la que debía y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud, pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara, donde está el repuesto de tus alhajas -y era la verdad, que allí le solía hablar Camila-; y no quiero que precipitosamente corras a hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado sino con pensamiento, y podría ser que, desde éste hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila y naciese en su lugar el arrepentimiento. Y así, ya que, en todo o en parte, has seguido siempre mis

consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con medroso advertimento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos o tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrá ser el verdugo de tu agravio.

«Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír, porque ya tenía a Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario y comenzaba a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:

«-T' lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.

«Prometióselo Lotario, y, en apartándose de él, se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo cuán neciamente había andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinación, y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho, o para darme alguna razonable salida. Al fin, acordó de dar cuenta de todo a Camila; y, como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo día la halló sola, y ella, así como vio que le podía hablar, le dijo.

«-Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela a tanto, que cada

noche encierra a un gal'n suyo en esta casa y se est· con Èl hasta el d'ia,  
tan a costa de mi crÈdito cuanto le quedar· campo abierto de juzgarlo al  
que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa. Y lo que me fatiga es  
que no la puedo castigar ni reÒir: que el ser ella secretario de nuestros  
tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que  
de aquì ha de nacer alg'n mal suceso.

ªAl principio que Camila esto decìa creyÛ Lotario que era artificio para  
desmentille que el hombre que habìa visto salir era de Leonela, y no suyo;  
pero, viÈndola llorar y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y, en creyÈndola, acabÛ de estar confuso y arrepentido del todo.  
Pero, con todo esto, respondiÛ a Camila que no tuviese pena, que Èl ordenarìa remedio para atajar la insolencia de Leonela. DiÛjole  
asimismo lo  
que, instigado de la furiosa rabia de los celos, habìa dicho a Anselmo, y  
cÛmo estaba concertado de esconderse en la rec·mara, para ver desde allì a  
la clara la poca lealtad que ella le guardaba. PidiÛle perdÛn desta locura,  
y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como  
su mal discurso le habìa puesto.

ªEspantada quedÛ Camila de o'ir lo que Lotario le decìa, y con mucho enojo y  
muchas y discretas razones le riÒÛ y afeÛ su mal pensamiento y la simple y  
mala determinaciÛn que habìa tenido. Pero, como naturalmente tiene la mujer  
ingenio presto para el bien y para el mal m's que el varÛn, puesto que le  
va faltando cuando de propÛsito se pone a hacer discursos, luego al instante hallÛ Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo a Lotario que procurase que otro d'ia se escondiese Anselmo  
donde decìa, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para  
que desde allì en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno;  
y, sin  
declararle del todo su pensamiento, le advirtiÛ que tuviese cuidado que, en  
estando Anselmo escondido, Èl viniese cuando Leonela le llamase, y que  
a



cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfi  Lotario que le acabase de declarar su intenci n, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viesese necesario.

<sup>a</sup>-Digo -dijo Camila- que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare (no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que a ella tan bueno le parec a, y siguiese o buscase otros que no podr an ser tan buenos).

<sup>a</sup>Con esto, se fue Lotario; y Anselmo, otro día, con la excusa de ir aquella aldea de su amigo, se partió y volvi  a esconderse: que lo pudo hacer con

comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

<sup>a</sup>Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendr a el que esperaba ver por sus ojos hacer notom a de las entra as de su honra,  base a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto los pies en ella Camilia, cuando, dando un grande suspiro, dijo:

<sup>a</sup>- Ay, Leonela amiga!  No sería mejor que, antes que llegase a poner en ejecución lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo, que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho m o? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario que fuese causa de darle atrevimiento a descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonor m a. Ponte, Leonela, a esa ventana y ll male, que, sin duda alguna,  l debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intenci n. Pero primero se pondr  la cruel cuanto honrada m a.

<sup>a</sup>-<sup>o</sup>Ay, se<sup>o</sup>ora m<sup>ia</sup>! -respondi<sup>u</sup> la sagaz y advertida Leonela-, y <sup>o</sup>qu<sup>e</sup> es lo que quieres hacer con esta daga? <sup>o</sup>Quieres por ventura quitarte la vida o quit<sup>r</sup>rsela a Lotario? Que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en p<sup>e</sup>r<sup>d</sup>ida de tu cr<sup>e</sup>dito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar a que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, se<sup>o</sup>ora, que somos flacas mujeres, y <sup>e</sup>l es hombre y determinado; y, como viene con aquel mal prop<sup>o</sup>sito, ciego y apasionado, quiz<sup>o</sup> antes que t<sup>u</sup> pongas en ejecuci<sup>o</sup>n el tuyo, har<sup>o</sup> <sup>e</sup>l lo que te estar<sup>ia</sup> m<sup>o</sup>s mal que quitarte la vida. <sup>o</sup>Mal haya mi se<sup>o</sup>or Anselmo, que tanto mal ha querido dar a este desuellacaras en su casa! Y ya, se<sup>o</sup>ora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, <sup>o</sup>qu<sup>e</sup> hemos de hacer d<sup>e</sup>l despu<sup>e</sup>s de muerto?

<sup>a</sup>-<sup>o</sup>Qu<sup>e</sup>, amiga? -respondi<sup>u</sup> Camila-: dejar<sup>e</sup>mosle para que Anselmo le entierre, pues ser<sup>o</sup> justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Ll<sup>o</sup>male, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo debo.

<sup>a</sup>Todo esto escuchaba Anselmo, y, a cada palabra que Camila dec<sup>ia</sup>, se le mudaban los pensamientos; mas, cuando entendi<sup>u</sup> que estaba resuelta en matar a Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero det<sup>o</sup>vole el deseo de ver en qu<sup>e</sup> paraba tanta gallard<sup>ia</sup> y honesta resoluci<sup>o</sup>n, con prop<sup>o</sup>sito de salir a tiempo que la estorbase.

<sup>a</sup>Tom<sup>o</sup>le en esto a Camila un fuerte desmayo, y, arroj<sup>o</sup>ndose encima de una cama que all<sup>i</sup> estaba, comenz<sup>o</sup> Leonela a llorar muy amargamente y a decir:

<sup>a</sup>-<sup>o</sup>Ay, desdichada de m<sup>i</sup> si fuese tan sin ventura que se me muriese aqu<sup>i</sup> entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad...!

<sup>a</sup>Con otras cosas a <sup>e</sup>stas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la m<sup>o</sup>s lastimada y leal doncella del mundo, y a su se<sup>o</sup>ora por otra nueva y perseguida Pen<sup>e</sup>lope. Poco tard<sup>o</sup> en volver de su desmayo

Camila; y, al volver en sí, dijo:

<sup>a</sup>-¿Por qué no vas, Leonela, a llamar al m's leal amigo de amigo que vio el sol o cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardanza el fuego de la cûlera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

<sup>a</sup>-Ya voy a llamarle, señora mía -dijo Leonela-, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida a todos los que bien te quieren.

<sup>a</sup>-Ve segura, Leonela amiga, que no haré -respondió Camila-; porque, ya que sea atrevida y simple a tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero a quien tuvo la causa de su desgracia. Yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir a este lugar a llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.

<sup>a</sup>Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese a llamar a Lotario, pero, en fin, salió; y, entre tanto que volvía, quedó Camilia diciendo, como que hablaba consigo misma:

<sup>a</sup>-¡Válame Dios! ¿No fuera m's acertado haber despedido a Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condición, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera, sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan a manos lavadas y tan a paso llano se volviera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo, si acaso llegare a saberlo, de que Camila no sólo guardó la lealtad a su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió a ofendelle. Mas, con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la

apuntÉ a dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no  
acudir  
Él al remedio del daÒo que allí le seÒalÉ, debiÛ de ser que, de puro  
bueno  
y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme  
amigo  
pudiese haber gÈnero de pensamiento que contra su honra fuese; ni aun  
yo lo  
creí despuÈs, por muchos dÌas, ni lo creyera jam·s, si su insolencia  
no  
llegara a tanto, que las manifiestas d·divas y las largas promesas y  
las  
continuas l·grimas no me lo manifestaran. Mas, ¿para quÈ hago yo ahora  
estos discursos? ¿Tiene, por ventura, una resoluciÛn gallarda  
necesidad de  
consejo alguno? No, por cierto. °Afuera, pues, traidores; aquí,  
venganzas!  
°Entre el falso, venga, llegue, muera y acabe, y suceda lo que  
suciediere!  
Limpia entrÈ en poder del que el cielo me dio por mío, limpia he de  
salir  
dÈl; y, cuando mucho, saldrÈ baÒada en mi casta sangre, y en la impura  
del  
m·s falso amigo que vio la amistad en el mundo.

ªY, diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada,  
dando  
tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que  
no  
parecÌa sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada,  
sino un  
rufi·n desesperado.

ªTodo lo miraba Anselmo, cubierto detr·s de unos tapices donde se  
habÌa  
escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecÌa que lo que habÌa  
visto y  
oído era bastante satisfaciÛn para mayores sospechas; y ya quisiera  
que la  
prueba de venir Lotario faltara, temeroso de alg·n mal repentino  
suceso. Y,  
estando ya para manifestarse y salir, para abrazar y desengaÒar a su  
esposa, se detuvo porque vio que Leonela volví con Lotario de la  
mano; y,  
asÌ como Camila le vio, haciendo con la daga en el suelo una gran raya  
delante della, le dijo:

ª-Lotario, advierte lo que te digo: si a dicha te atrevieras a pasar  
desta  
raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo  
intentas,

en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo.  
Y,  
antes que a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches; que después responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces a Anselmo, mi marido, y en qué opinión le tienes; y lo segundo, quiero saber también si me conoces a mí.  
Respóndeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.

ªNo era tan ignorante Lotario que, desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder a Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intención tan discretamente, y tan a tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió a Camila desta manera:

ª-No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado cuanto la esperanza está más cerca de poseerlo; pero, porque no digas que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacer testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesión que Él te tiene; que, a no ser así, por menos prendas que las tuyas no habría yo de ir contra lo que debo a ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas.

ª-Si eso confieras -respondió Camila-, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasión le agravias? Pero ya cayó, ¡ay, desdichada

de mî!, en la cuenta de quiÈn te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mîa, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habr· procedido de deliberada determinaciÛn, sino de alg'n descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quiÈn recatarse suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: øcu·ndo, °oh traidor!, respondi a tus ruegos con alguna palabra o seÒal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? øCu·ndo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprehendidas de las mîas con rigor y con aspereza? øCu·ndo tus muchas promesas y mayores d·divas fueron de mî creïdas, ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme a mî la culpa de tu impertinencia, pues, sin duda, alg'n descuido mîo ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y asÌ, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece. Y, porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hacer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mî tambiÈn con el poco recato que he tenido del huir la ocasiÛn, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno a decir que la sospecha que tengo que alg'n descuido mîo engendrÛ en ti tan desvariados pensamientos es la que m's me fatiga, y la que yo m's deseo castigar con mis propias manos, porque, castig·ndome otro verdugo, quiz· serÌa m's p'blica mi culpa; pero, antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo all·, dondequiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla al que en tÈrminos tan desesperados me ha puesto.

ªY, diciendo estas razones, con una increÏble fuerza y ligereza arremetiÛ a Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclav·rsela

en el pecho, que casi Él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas o verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingía aquel extraño embuste y fealdad que, por darle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podía haber a Lotario, o fingiendo que no podía, dijo:

ª-Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, a lo menos, no ser tan poderosa que, en parte, me quite que no le satisfaga. Y, haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó, y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la isquilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada.

ªEstaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, a sacar la daga, y, en ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entonces tenía, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y, por acudir con lo que a Él le tocaba, comenzó a hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo a Él, sino al que había sido causa de haberle puesto en aquel término. Y, como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que a Camila, aunque por muerta la juzgara.

ªLeonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuese a buscar quien secretamente a Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirían a Anselmo de aquella herida de su señora, si

acaso viniese antes que estuviese sana. ...l respondiÛ que dijese lo que quisiesen, que Èl no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sÛlo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque Èl se iba adonde gentes no le viesen. Y, con muestras de mucho dolor y sentimiento, se saliÛ de casa; y, cuando se vio solo y en parte donde nadie le veïa, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cu'n enterado habïa de quedar Anselmo de que tenïa por mujer a una segunda Porcia, y deseaba verse con Èl para celebrar los dos la mentira y la verdad m's disimulada que jam's pudiera imaginarse.

<sup>a</sup>Leonela tomÛ, como se ha dicho, la sangre a su seÒora, que no era m's de aquello que bastÛ para acreditar su embuste; y, lavando con un poco de vino la herida, se la atÛ lo mejor que supo, diciendo tales razones, en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran a hacer creer a Anselmo que tenïa en Camila un simulacro de la honestidad. <sup>a</sup>Junt·ronse a las palabras de Leonela otras de Camila, llam·ndose cobarde y de poco ñimo, pues le habïa faltado al tiempo que fuera m's necesario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenïa. Pedïa consejo a su doncella si darïa, o no, todo aquel suceso a su querido esposo; la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondrïa en obligaciÛn de vengarse de Lotario, lo cual no podrïa ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada a no dar ocasiÛn a su marido a que riÒese, sino a quitalle todas aquellas que le fuese posible.

<sup>a</sup>RespondiÛ Camila que le parecïa muy bien su parecer y que ella le seguirïa; pero que en todo caso convenïa buscar quÈ decir a Anselmo de la causa de aquella herida, que Èl no podrïa dejar de ver; a lo que Leonela respondiã que ella, ni aun burlando, no sabïa mentir.

<sup>a</sup>-Pues yo, hermana -replicÛ Camila-, ¿quÈ tengo de saber, que no me atreverÈ a forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida? Y



si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor ser· decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

ª-No tengas pena, seÒora: de aquÌ a maÒana -respondiÙ Leonela- yo pensarÈ quÈ le digamos, y quiz· que, por ser la herida donde es, la podr·s encubrir sin que Èl la vea, y el cielo ser· servido de favorecer a nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. SosiÈgate, seÒora mÌa, y procura sosegar tu alteraciÙn, porque mi seÒor no te halle sobresaltada, y lo dem·s dÈjalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos.

ªAtentÌsimo habÌa estado Anselmo a escuchar y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan estraÒos y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareciÙ que se habÌan transformado en la misma verdad de lo que fingÌan. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir a verse con su buen amigo Lotario, congratul·ndose con Èl de la margarita preciosa que habÌa hallado en el desengaÒo de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad a que saliese, y Èl, sin perdella, saliÙ y luego fue a buscar a Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dio, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dio a Camila. Todo lo cual escuchÙ Lotario sin poder dar muestras de alguna alegrÌa, porque se le representaba a la memoria cu·n engaÒado estaba su amigo y cu·n injustamente Èl le agraviaba. Y, aunque Anselmo veÌa que Lotario no se alegraba, creÌa ser la causa por haber dejado a Camila herida y haber Èl sido la causa; y asÌ, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque, sin duda, la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrÌrsela a Èl; y que, seg·n esto, no habÌa de quÈ temer, sino que de allÌ adelante se gozase y alegrase con Èl, pues por su industria y medio Èl se veÌa levantado a la m·s alta felicidad que acertara desearse, y querÌa que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la

memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación y dijo que él, por su parte, ayudaría a levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevó por la mano a su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la pérdida de su fama. Recibióle Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que, al cabo de pocos meses, volvió Fortuna su rueda y salió a plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.<sup>a</sup>

Capítulo XXXV. Donde se da fin a la novela del Curioso impertinente

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del caramanchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

-Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza, cercen a cercen, como si fuera un nabo!

-¿Qué dices, hermano? -dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba-. ¿Estás en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía a voces:

-¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

-No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo; aunque ya no ser menester, porque, sin duda alguna, el gigante est ya muerto, y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

-Que me maten -dijo a esta sazón el ventero- si don Quijote, o don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomiquete, y que ya estaba en la pelea con su enemigo. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por

todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote; mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea, que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y, como no la hallaba, dijo:

-Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

-¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? - dijo el ventero-. ¿No vees, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?  
-No sé nada -respondió Sancho-; sólo sé que vendré a ser tan desdichado que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar; y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

-Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir, de hoy más, segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os di, pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

-¿No lo dije yo? -dijo oyendo esto Sancho-. Sí que no estaba yo borracho: °mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! °Ciertos son los toros: mi condado está de molde!

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían sino el ventero, que se daba a Satan's. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura que, con no poco trabajo, dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejaronle dormir, y salieron al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito: -En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala ventura le dió Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo) y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca. Y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y h'mela vuelto con más de dos cuartillos de d'ao, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y, por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino; que derramada le vea yo su sangre. °Pues no se piense; que, por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han

de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería  
hija de quien soy!

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenía una barba que le llegaba a la cintura; y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

‘Sucedió, pues, que, por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila, de industria, hacía mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenía; y, para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir a su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibía; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese. Y, desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto.

ªEn esto, el que tenía Leonela de verse cualificada, no de con sus amores, llegó a tanto que, sin mirar a otra cosa, se iba tras Èl a suelta rienda, fiada en que su seõora la encubría, y aun la advertía del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y, queriendo entrar a ver quiÈn los daba, sintió que le detenían la puerta, cosa que le puso m's voluntad de abrirla; y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro a tiempo que vio que un hombre saltaba por la ventana a la calle; y, acudiendo con presteza a alcanzarle o conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con Èl, diciÈndole:

ª-Sosiegate, seõor mío, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó; es cosa mía, y tanto, que es mi esposo.

ªNo lo quiso creer Anselmo; antes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir a Leonela, diciÈndole que le dijese la verdad, si no, que la mataría. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo:

ª-No me mates, seõor, que yo te dirÈ cosas de m's importancia de las que puedes imaginar.

ª-Dilas luego -dijo Anselmo-; si no, muerta eres.

ª-Por ahora ser imposible -dijo Leonela-, seg'n estoy de turbada; dÈjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y est seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo.

ªSosegúse con esto Anselmo y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así, se salió del aposento y dejó encerrada en Èl a Leonela, diciÈndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle.

ªFue luego a ver a Camila y a decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habìa pasado, y la palabra que le habìa dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila o no, no hay para què decirlo, porque fue tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente -y era de creer- que Leonela habìa de decir a Anselmo todo lo que sabìa de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa o no. Y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros, y, sin ser de nadie sentida, salió de casa y se fue a la de Lotario, a quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, o que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusión en que Camila puso a Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría.

ªEn fin, acordó de llevar a Camila a un monesterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y, con la presteza que el caso pedía, la llevó Lotario y la dejó en el monesterio, y Él, ansimesmo, se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia.

ªCuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la habìa dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en Él a Leonela: sólo halló puestas unas sábanas aòudadas a la ventana, indicio y señal que por allí se habìa descolgado e ido. Volvió luego muy triste a decirselo a Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

ªAcertó acaso, andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos y que dellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y, así



como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario. Mas, cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y, para acabar de concluir con todo, volviéndose a su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

ªNo sabía qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco a poco se le iba volviendo el juicio. Contemplóbase y miróbase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados; desamparado, a su parecer, del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición.

ªResolvióse, en fin, a cabo de una gran pieza, de irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió a caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y, apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y arrendar su caballo a un árbol, a cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía; y aquella hora vio que venía un hombre a caballo de la ciudad, y, después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

ª-Las cosas extrañas que muchos días ha se han oído en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía a San Juan, se llevó esta noche a Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los dos amigos.

ª-¿Sébase, por ventura -dijo Anselmo-, el camino que llevan Lotario y

Camila?

<sup>a</sup>-Ni por pienso -dijo el ciudadano-, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos

<sup>a</sup>-A Dios vais, seòor -dijo Anselmo.

<sup>a</sup>-Con ...l quedÈis -respondiÛ el ciudadano, y fuese.

<sup>a</sup>Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegÛ a tÈrminos Anselmo, no sÛlo de perder el juicio, sino de acabar la vida. LevantÛse como pudo y llegÛ a casa de su amigo, que a'n no sabÌa su desgracia; mas, como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendiÛ que de alg'n grave mal venÌa fatigado. PidiÛ luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. HÌzose asÌ, y dej·ronle acostado y solo, porque Èl asÌ lo quiso, y aun que le cerrasen la puerta. ViÈndose, pues, solo, comenzÛ a cargar tanto la imaginaciÛn de su desventura, que claramente conociÛ que se le iba acabando la vida; y asÌ, ordenÛ de dejar noticia de la causa de su estraÒa muerte; y, comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que querÌa, le faltÛ el aliento y dejÛ la vida en las manos del dolor que le causÛ su curiosidad impertinente.

<sup>a</sup>Viendo el seòor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordÛ de entrar a saber si pasaba adelante su indisposiciÛn, y hallÛle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y Èl tenÌa a'n la pluma en la mano. LlegÛse el huÈsped a Èl, habiÈndole llamado primero; y, trab·ndole por la mano, viendo que no le respondÌa y hall·ndole frÌo, vio que estaba muerto. AdmirÛse y congojÛse en gran manera, y llamÛ a la gente de casa para que viesen la desgracia a Anselmo sucedida; y, finalmente, leyÛ el papel, que conociÛ que de su misma mano estaba escrito, el cual contenÌa estas razones:

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y, pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para qué...

<sup>a</sup>Hasta aquí escribí Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dio aviso su amigo a los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabían su desgracia, y el monesterio donde Camila estaba, casi en el término de acompañar a su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese que, aunque se vio viuda, no quiso salir del monesterio, ni, menos, hacer profesión de monja, hasta que, no de allí a muchos días, le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dio monsiur de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido a parar el tarde arrepentido amigo; lo cual sabido por Camila, hizo profesión, y acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.<sup>a</sup>

-Bien -dijo el cura- me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, podría llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y, en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Capítulo XXXVI. Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron

Estando en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo:

-Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.

-¿Qué gente es? -dijo Cardenio.

-Cuatro hombres -respondió el ventero- vienen a caballo, a la jineta, con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros; y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

-¿Vienen muy cerca? -preguntó el cura.

-Tan cerca -respondió el ventero-, que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho; y, apeándose los cuatro de a caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron a apearse a la mujer que en el sillón venía; y, tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos, y a uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba; el cual le respondió:

-Pardiez, señor, yo no sabré decirlos qué gente sea ésta; sólo sé que

muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y esto digo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de la que Él ordena y manda.

-Y la señora, ¿quién es? -preguntó el cura.

-Tampoco sabré decir eso -respondió el mozo-, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma. Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose a pagarnoslo muy bien.

-¿Y habéis oído nombrar a alguno dellos? -preguntó el cura.

-No, por cierto -respondió el mozo-, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima; y sin duda tenemos creído que ella va forzada dondequiera que va, y, según se puede colegir por su hábito, ella es monja, o va a serlo, que es lo más cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.

-Todo podría ser -dijo el cura.

Y, dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar a la embozada, movida de natural compasión, se llegó a ella y le dijo:

-¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora; y, aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían, y dijo a

Dorotea:

-No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

-Jamás la dije -dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando-; antes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mesmo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y, así como las oyó, dando una gran voz dijo:

-¿Vélgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada, y, no viendo quién las daba, se levantó en pie y fuese a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahínco, que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran l'stima en Dorotea y en cuantos la miraban. Tenía el caballero fuertemente asida por las espaldas, y, por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alzarse el embozo, que se le cayó, como, en efeto, se le cayó del todo; y, alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vio que el que abrazada ansimesmo la tenía era su esposo don Fernando; y, apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo "'ay!'", se dejó caer de espaldas

desmayada; y, a no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo.

Acudió luego el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos; la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay! que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y, creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

Callaban todos y mirábase todos: Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda y Luscinda a Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando desta manera:

-Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis a ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras d'divas. Notad cómo el cielo, por desusados y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante. Y bien sabéis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volváis, ya que no podéis hacer otra cosa, el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedaré satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.

Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de

quiÈn ella era; que, viendo que don Fernando a'n no la dejaba de los brazos, ni respondìa a sus razones, esforzándose lo m's que pudo, se levantô y se fue a hincar de rodillas a sus pies; y, derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras l'grimas, asì le comenzô a decir:

-Si ya no es, seòor mïo, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habr's echado de ver que la que a tus pies est' arrodillada es la sin ventura, hasta que t' quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien t', por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que, encerrada en los lîmites de la honestidad, viviô vida contenta hasta que, a las voces de tus importunidades, y, al parecer, justos y amorosos sentimientos, abriô las puertas de su recato y te entregô las llaves de su libertad: d'diva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querrïa que cayese en tu imaginaciôn pensar que he venido aquì con pasos de mi deshonra, habiÈndome traïdo sũlo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. T' quisiste que yo fuese tuya, y quisistelo de manera que, aunque ahora quieras que no lo sea, no ser' posible que t' dejes de ser mïo. Mira, seòor mïo, que puede ser recompensa a la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo. T' no puedes ser de la hermosa Luscinde, porque eres mïo, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y m's f'cil te ser', si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. T' solicitaste mi descuido, t' rogaste a mi entereza, t' no ignoraste mi calidad, t' sabes bien de la manera que me entreguÈ a toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte a engaòo. Y si esto es asì, como lo es, y t' eres tan cristiano como caballero, ¿por quÈ por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legìtima esposa, quiÈreme, a lo menos, y admìteme por tu esclava; que, como



yo estÈ en tu poder, me tendrÈ por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mìa, considera que pocas o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias; cuanto m's, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si Èsta a ti te falta, neg'ndome lo que tan justamente me debes, yo quedarÈ con m's ventajas de noble que las que t' tienes. En fin, seÒor, lo que 'ltimamente te digo es que, quieras o no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo ser' la firma que hiciste, y testigo el cielo, a quien t' llamaste por testigo de lo que me prometias. Y, cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrias, volviendo por esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y l'grimas, que los mismos que acompaÒaban a don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompaÒaron en ellas. Escuchôla don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas y principio a tantos sollozos y suspiros, que bien habìa de ser corazôn de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mir'ndola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreciôn y hermosura; y, aunque quisiera llegarse a ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenian. El cual, lleno de confusiôn y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando a Dorotea, abriÛ los brazos y, dejando libre a Luscinda, dijo:

-Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.

Con el desmayo que Luscinde había tenido, así como la dejó don Fernando, iba a caer en el suelo; mas, hallándose Cardenio allí junto, que a las espaldas de don Fernando se había puesto porque no le conociese, prosupuesto todo temor y aventurando a todo riesgo, acudió a sostener a Luscinde, y, cogiéndola entre sus brazos, le dijo:

-Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas razones, puso Luscinde en Cardenio los ojos, y, habiendo comenzado a conocerle, primero por la voz, y asegurándose que Él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta a ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y, juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

-Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y, aunque más amenazas le hagan a esta vida que en la vuestra se sustenta.

Estráño espectáculo fue Éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle a Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponerla en la espada; y, así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con Él por las rodillas, besándose las y teniendo apretado, que no le dejaba mover, y, sin cesar un punto de sus lágrimas, le decía:

-¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? ¿Tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea en los brazos de su marido. Mira si te está bien o te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, o si te convendrá querer levantar a

igualar a ti mismo a la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien t' eres te suplico, que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan, sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concederle; y en esto mostrar's la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y ver el mundo que tiene contigo m's fuerza la razón que el apetito.

En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada a Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer alg'n movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese a todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban a don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que, siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas. Que considerase que, no acaso, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese -dijo el cura- que sola la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio; y, aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su muerte; y que en los lazos inremediables era suma cordura, forzándose y venciendo a sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, cuanto m's hacerle ventaja, y que juntase a su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía; y, sobre todo, advirtiese que si se preciaba de

caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplirlle la palabra dada, y que, cumpliéndosela, cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompaña con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta e iguala a sí mismo; y, cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efecto, a estas razones añadieron todas otras, tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando (en fin, como alimentado con ilustre sangre) se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue abajarse y abrazar a Dorotea, diciéndole:

-Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y, pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.

Y, diciendo esto, la tornó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y

arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecía sino que alg'n grave y mal caso a todos había sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba Él sino por ver que Dorotea no era, como Él pensaba, la reina Micomicona, de quien Él tantas mercedes esperaba. Duró alg'n espacio, junto con el llanto, la admiración en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, d'ndole gracias de la merced que les había hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido a aquel lugar tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes había contado a Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con Él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y, así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido; y que así, se salió de su casa, despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino a saber como estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en Él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que, así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, a la cual no había querido hablar, temeroso que, en sabiendo que Él estaba allí, había de haber más guarda en el monesterio; y así, aguardando un día a que la portería estuviese abierta, dejó a los dos a la

guarda de la puerta, y Èl, con otro, habían entrado en el monesterio buscando a Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja; y, arrebatándola, sin darle lugar a otra cosa, se habían venido con ella a un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella. Todo lo cual habían podido hacer bien a su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que, así como Luscinda se vio en su poder, perdió todos los sentidos; y que, después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompaados de silencio y de lágrimas, habían llegado a aquella venta, que para Èl era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

Capítulo XXXVII. Que prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo a sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soado el bien que poseía. Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la

ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños e intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante, entró a su amo, el cual acababa de despertar, a quien dijo:

-Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar a ningún gigante, ni de volver a la princesa su reino: que ya todo está hecho y concluido.

-Eso creo yo bien -respondió don Quijote-, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

-Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor -respondió Sancho-, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre; y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satan's.

-Y ¿qué es lo que dices, loco? -replicó don Quijote-. ¿Está en tu seso?

-Levántese vuestra merced -dijo Sancho-, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; y verá a la reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

-No me maravillaré de nada deso -replicó don Quijote-, porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo.

-Todo lo creyera yo -respondió Sancho-, si también mi manteamiento fuera

cosa dese jaez, mas no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el  
ventero que aquí est· hoy día tenía del un cabo de la manta, y me  
empujaba  
hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza;  
y  
donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple  
y  
pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha  
mala  
ventura.

-Ahora bien, Dios lo remediar· -dijo don Quijote-. Dame de vestir y  
dÉjame  
salir all· fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que  
dices.

Dióle de vestir Sancho, y, en el entretanto que se vestía, contû el  
cura a  
don Fernando y a los dem·s las locuras de don Quijote, y del artificio  
que  
habían usado para sacarle de la PeÒa Pobre, donde Èl se imaginaba  
estar por  
desdenes de su seÒora. Contûles asimismo casi todas las aventuras que  
Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por  
parecerles  
lo que a todos parecía: ser el m·s estraÒo gÈnero de locura que podía  
caber  
en pensamiento desparatado. Dijo m·s el cura: que, pues ya el buen  
suceso  
de la seÒora Dorotea impedía pasar con su disignio adelante, que era  
menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra.  
OfreciÛse  
Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y  
representaría la  
persona de Dorotea.

-No -dijo don Fernando-, no ha de ser así: que yo quiero que Dorotea  
prosiga su invenciÛn; que, como no sea muy lejos de aquí el lugar  
deste  
buen caballero, yo holgarÈ de que se procure su remedio.

-No est· m·s de dos jornadas de aquí.

-Pues, aunque estuviera m·s, gustara yo de caminallas, a trueco de  
hacer  
tan buena obra.

SaliÛ, en esto, don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el  
yelmo,  
aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y



arrimado a su tronco o lanzûn. Suspendiû a don Fernando y a los dem's  
la  
estraõa presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de  
andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado  
continente, y estuvieron callando hasta ver lo que Èl decìa, el cual,  
con  
mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

-Estoy informado, hermosa seõora, deste mi escudero que la vuestra  
grandeza  
se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran  
seõora que soliades ser os habÈis vuelto en una particular doncella.  
Si  
esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso  
que yo  
no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de  
la  
misa la media, y que fue poco versado en las historias caballerescas,  
porque si Èl las hubiera leïdo y pasado tan atentamente y con tanto  
espacio  
como yo las pasÈ y leï, hallara a cada paso cûmo otros caballeros de  
menor  
fama que la mìa habïan acabado cosas m's dificultosas, no siÈndolo  
mucho  
matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque no ha muchas  
horas que  
yo me vi con Èl, y... quiero callar, porque no me digan que miento;  
pero el  
tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dir· cuando menos lo  
pensemos.

-Vïstesos vos con dos cueros, que no con un gigante -dijo a esta sazûn  
el  
ventero.

Al cual mandû don Fernando que callase y no interrumpiese la pl'tica  
de don  
Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguiû diciendo:

-Digo, en fin, alta y desheredada seõora, que si por la causa que he  
dicho  
vuestro padre ha hecho este metamorfûseos en vuestra persona, que no  
le  
deis crÈdito alguno, porque no hay ning'n peligro en la tierra por  
quien no  
se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro  
enemigo en tierra, os pondrÈ a vos la corona de la vuestra en la  
cabeza en  
breves dïas.

No dijo m's don Quijote, y esperû a que la princesa le respondiese, la

cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y gravedad, le respondió:

-Quienquiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme, pero no por eso he dejado de ser la que antes y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso e invulnerable brazo que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y tégale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los más de estos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y, en oyéndolo don Quijote, se volvió a Sancho, y, con muestras de mucho enojo, le dijo:

-Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que cortó a un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¿Voto... -y miró al cielo y apretó los dientes- que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes, de aquí adelante, en el mundo!

-Vuestra merced se sosiegue, se or m o -respondi  Sancho-, que bien podr a ser que yo me hubiese enga ado en lo que toca a la mutación de la se ora princesa Micomicona; pero, en lo que toca a la cabeza del gigante, o, a lo menos, a la horadación de los cueros y a lo de ser vino tinto la sangre, no me enga o,  vive Dios!, porque los cueros all  est n heridos, a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freír de los huevos lo ver ; quiero decir que lo ver  cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás, de que la se ora reina se est  como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vecino.

-Ahora yo te digo, Sancho -dijo don Quijote-, que eres un mentecato; y perd name, y basta.

-Basta -dijo don Fernando-, y no se hable más en esto; y, pues la se ora princesa dice que se camine ma ana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversaci n hasta el venidero d a, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inauditas haza as que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleva.

-Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros -respondi  don Quijote-, y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opini n que de mí se tiene, la cual procurar  que salga verdadera, o me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre don Quijote y don Fernando; pero a todo puso silencio un pasajero que en aquella saz n entr  en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque ven a vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; tra a unos borceguíes datilados y un alfanje morisco, puesto en un tahel  que le

atravesaba el pecho. Entró luego tras Él, encima de un jumento, una mujer a la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros a los pies la cubría. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de pocos de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta. En resolución, Él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida.

Pidió, en entrando, un aposento, y, como le dijeron que en la venta no le había, mostró recibir pesadumbre; y, llegando a la que en el traje parecía mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon a la mora, y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traía se congojaban por la falta del aposento, le dijo:

-No os dé mucha pena, señoras mías, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero, con todo esto, si gustades de pasar con nosotras -señalando a Luscinda-, quizá en el discurso de este camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos.

No respondió nada a esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se había, y, puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecía. Por su silencio imaginaron que, sin duda alguna, debía de ser mora, y que no sabía hablar cristiano. Llegó, en esto, el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces había estado, y, viendo que todas tenían cercada a la que con Él venía, y que ella a cuanto le decían callaba, dijo:

-Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no debe de haber respondido,

ni responde, a lo que se le ha preguntado.

-No se le pregunta otra cosa ninguna -respondi  Luscinda- sino ofrecelle por esta noche nuestra compa ia y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le har el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga a servir a todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer a quien se sirve.

-Por ella y por mí -respondi  el captivo- os beso, se ora m a, las manos, y estimo mucho y en lo que es razón la merced ofrecida; que en tal ocasi n, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

-Decidme, se or -dijo Dorotea-:  esta se ora es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

-Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grand simos deseos de serlo.

-Luego,  no es bautizada? -replic  Luscinda.

-No ha habido lugar para ello -respondi  el captivo- despu s que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios ser servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mío.

Con estas razones puso gana en todos los que escuch ndole estaban de saber quién fuese la mora y el captivo, pero nadie se lo quiso preguntar

por entonces, por ver que aquella saz n era más para procurarles descanso

que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó a

sentar junto a sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella mir  al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que dec an y lo que ella har a.

...l, en lengua ar biga, le dijo que le ped an se quitase el embozo, y que lo

hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda, y Luscinda por más hermosa que a Dorotea, y todos los circustantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos, era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y, como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar a la hermosa mora.

Preguntó don Fernando al captivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que lela Zoraida; y, así como esto oyó, ella entendió lo que le habían preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire:

-°No, no Zoraida: María, María! -dando a entender que se llamaba María y no Zoraida.

Estas palabras, el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas.

Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole:

-Sí, sí: María, María.

A lo cual respondió la mora:

-°Sí, sí: María; Zoraida macange! -que quiere decir no.

Ya en esto llegaba la noche, y, por orden de los que venían con don Fernando, había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos a una larga mesa, como de tinelo, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, a don Quijote, el cual quiso que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y, al lado de las señoras, el cura y el barbero. Y así, cenaron con mucho contento, y acrecentáseles más viendo que, dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió

a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir:

-Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir, y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así, que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más. Y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a

que cada uno se encamina, porque aquella intenci n se ha de estimar en m's que tiene por objeto m's noble fin. Es el fin y paradero de las letras... , y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como  ste ninguno otro se le puede igualar; hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los  ngeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: 'Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad'; y a la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo ense  a sus allegados y favoritos, fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese: 'Paz sea en esta casa'; y otras muchas veces les dijo: 'Mi paz os doy, mi paz os dejo: paz sea con vosotros', bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

De tal manera, y por tan buenos t rminos, iba prosiguiendo en su plática don Quijote que obligó a que, por entonces, ninguno de los que escuch ndole estaban le tuviese por loco; antes, como todos los m's eran caballeros, a quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosigui  diciendo:



-Digo, pues, que los trabajos del estudiante son Estos: principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser); y, en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante. Este que entre ellos llaman andar a la sopa; y no les falta algún ajeno brasero o chimenea, que, si no callenta, a lo menos entibie su frío, y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la rareza y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, y es difícil y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud. Pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Capítulo XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras

Prosiguiendo don Quijote, dijo:

-Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es m's rico el soldado. Y veremos que no hay ninguno m's pobre en la misma pobreza, porque est' atendido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaõa rasa, con s'ulo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jam's pecar' de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las s'banas. Lleguese, pues, a todo esto, el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lleguese un dia de batalla, que alli le pondr'n la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle alg'n balazo, que quiz' le habr' pasado las sienes, o le dejar' estropeado de brazo o pierna. Y, cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podr' ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero, decidme, seõores, si habÈis mirado en ello: ¿cu' n menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda, habÈis de responder que no tienen comparaciõn, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podr'n contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revÈs en los letrados; porque, de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en quÈ entretenerse. Asì que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio.

Pero a esto se puede responder que es m's f'cil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aqu'ellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar a los de su profesi'Un, y a 'Estos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del se'Or a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica m's la raz'Un que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora est' por averiguar, seg'n son las razones que cada una de su parte alega. Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podr'ian sustentar las armas, porque la guerra tambi'En tiene sus leyes y est' sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podr'n sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las rep'blicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios; y, finalmente, si por ellas no fuese, las rep'blicas, los reinos, las monarqu'ias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estar'ian sujetos al rigor y a la confusi'Un que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es raz'Un averiguada que aquello que m's cuesta se estima y debe de estimar en m's. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, v'guidos de cabeza, indigestiones de est'Umago, y otras cosas a 'Estas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus t'Erminos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparaci'Un, porque a cada paso est' a pique de perder la vida. Y 'qu'È temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que, hall'ndose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, o guarda, en alg'n revell'In o caballero, siente que los enemigos est'n minando hacia la parte donde 'El est', y no puede apartarse de all' por ning'n caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? S'Ulo lo que puede hacer es dar

noticia a su capit'n de lo que pasa, para que lo remedie con alguna  
contramina, y Èl estarse quedo, temiendo y esperando cuando  
improvisamente  
ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad.  
Y si  
Èste parece pequeÒo peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de  
embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las  
cuales  
enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado m's espacio del que  
concede  
dos pies de tabla del espolûn; y, con todo esto, viendo que tiene  
delante  
de sî tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos caÒones de  
artillerìa se asestan de la parte contraria, que no distan de su  
cuerpo una  
lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irìa a visitar los  
profundos senos de Neptuno; y, con todo esto, con intrÈpido corazûn,  
llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta  
arcabucerìa, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario.  
Y lo  
que m's es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podr  
levantar  
hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si Èste  
tambiÈn  
cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede,  
sin  
dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentìa y atrevimiento el mayor  
que  
se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos  
benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos  
endemoniados instrumentos de la artillerìa, a cuyo inventor tengo para  
mî  
que en el infierno se le est' dando el premio de su diabûlica  
invenciûn,  
con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un  
valeroso caballero, y que, sin saber cûmo o por dûnde, en la mitad del  
coraje y brïo que enciende y anima a los valientes pechos, llega una  
desmandada bala, disparada de quien quiz' huyÛ y se espantÛ del  
resplandor  
que hizo el fuego al disparar de la maldita m'quina, y corta y acaba  
en un  
instante los pensamientos y vida de quien la merecìa gozar luengos  
siglos.  
Y asî, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de  
haber  
tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como  
es  
esta en que ahora vivimos; porque, aunque a mî ning'n peligro me pone  
miedo, todavïa me pone recelo pensar si la pûlvora y el estaÒo me han  
de  
quitar la ocasiûn de hacerme famoso y conocido por el valor de mi  
brazo y

filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto serÈ m's estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo prembulo dijo don Quijote, en tanto que los dem's cenaban, olvidndose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas veces le habìa dicho Sancho Panza que cenase, que despuÈs habrìa lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva l'stima de ver que hombre que, al parecer, tenìa buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente, en tratndole de su negra y pizmieta caballerìa. El cura le dijo que tenìa mucha razùn en todo cuanto habìa dicho en favor de las armas, y que Èl, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer.

Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y, en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchùn de don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en Èl se recogiesen, don Fernando rogû al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podrìa ser sino que fuese peregrino y gustoso, seg'n las muestras que habìa comenzado a dar, viniendo en compaõìa de Zoraida. A lo cual respondiû el cautivo que de muy buena gana harìa lo que se le mandaba, y que sùlo temìa que el cuento no habìa de ser tal, que les diese el gusto que Èl deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contarìa. El cura y todos los dem's se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y Èl, viÈndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenìa tanta fuerza.

-Y asì, estÈn vuestras mercedes atentos, y oir'n un discurso verdadero, a quien podrìa ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse.

Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y Èl, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzÛ a decir desta manera:

#### Capítulo XXXIX. Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos

-Èn un lugar de las MontaÒas de LeÛn tuvo principio mi linaje, con quien fue m's agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque, en la estrechez de aquellos pueblos, todavìa alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si asì se diera maÒa a conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condiciÛn que tenìa de ser liberal y gastador le procediÛ de haber sido soldado los aÒos de su joventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco, prÛdigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los tÈrminos de la liberalidad, y rayaba en los de ser prÛdigo: cosa que no le es de ning'n provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenìa eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, seg'n Èl decìa, no podìa irse a la mano contra su condiciÛn, quiso privarse del instrumento y causa que le hacìa gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho.

ªY asì, llamndonos un dìa a todos tres a solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes a las que ahora dirÈ: 'Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y, para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano en lo que toca a conservar vuestra hacienda. Pues, para que entend'is desde aquí adelante

que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros que ha muchos días que la tengo pensada y con madura consideración dispuesta. Vosotros est·is ya en edad de tomar estado, o, a lo menos, de elegir ejercicio, tal que, cuando mayores, os honre y aproveche. Y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os darÈ a vosotros, a cada uno lo que le tocara, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarÈ yo para vivir y sustentarme los días que el cielo fuere servido de darme de vida. Pero querrìa que, despuÈs que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le dirÈ. Hay un refr·n en nuestra EspaÒa, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo dice: "Iglesia, o mar, o casa real", como si m·s claramente dijera: "Quien quisiere valer y ser rico, siga o la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancìa, o entre a servir a los reyes en sus casas"; porque dicen: "M·s vale migaja de rey que merced de seÒor". Digo esto porque querrìa, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancìa, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa; que, ya que la guerra no dÈ muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho días, os darÈ toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo verÈis por la obra. Decidme ahora si querÈis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto''. Y, mand·ndome a mÌ, por ser el mayor, que respondiese, despuÈs de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros Èramos mozos para saber ganarla, vine a concluir en que cumplirìa su gusto, y que el mÌo era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en Èl a Dios y a mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogiÒ el irse a las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, a lo que yo creo, el m·s discreto, dijo que querrìa seguir la Iglesia, o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca. AsÌ como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazÒ a todos, y, con la

brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos había prometido; y, dando a cada uno su parte, que, a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados, en dineros (porque un nuestro tío compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa), en un mismo día nos despedimos todos tres de nuestro buen padre; y, en aquel mismo, parecióme a mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con Él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque a mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dio mil ducados: de modo que a mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y más tres mil, que, a lo que parece, valía la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo, en fin, que nos despedimos de Él y de aquel nuestro tío que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hicieramos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos, prósperos o adversos. Prometimoselo, y, abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave genovesa que cargaba allí lana para Génova.

A este har veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido de Él ni de mis hermanos nueva alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje a Génova, fui desde allí a Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir a asentar mi plaza al Piamonte; y, estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba a Flandes. Mudé propósito, fuime con Él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemún y de Hornos, alcancé a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina; y, a cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común,



que es el Turco; el cual, en aquel mismo tiempo, había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio del veneciano: Y pérdida lamentable y desdichada. Supose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe. Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía. Todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y, aunque tenía barruntos, y casi promesas ciertas, de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido a capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia. Y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mecina.

³Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar: en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas a las manos.

³Y fue desta suerte: que, habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos malheridos, acudió la capitana de Juan Andrea a socorrela, en la cual yo iba con mi compañía; y, haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así, me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude

resistir, por ser tantos; en fin, me rindieron lleno de heridas. Y, como ya habrÈis, seÒores, oïdo decir que el Uchalì se salvÛ con toda su escuadra, vine yo a quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dìa alcanzaron la deseada libertad, que todos venìan al remo en la turquesca armada.

ªLlev·ronme a Costantinopla, donde el Gran Turco Selim hizo general de la mar a mi amo, porque habìa hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religiÛn de Malta. HallÈme el segundo aÒo, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y notÈ la ocasiÛn que allí se perdiÛ de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes y jenìzaros que en ella venìan tuvieron por cierto que les habìan de embestir dentro del mesmo puerto, y tenìan a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habìan cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenÛ de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regìa, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen.

ªEn efeto, el Uchalì se recogìÛ a ModÛn, que es una isla que est· junto a Navarino, y, echando la gente en tierra, fortificÛ la boca del puerto, y est·vose quedo hasta que el seÒor don Juan se volviÛ. En este viaje se tomÛ la galera que se llamaba La Presa, de quien era capit·n un hijo de aquel famoso cosario Barbarroja. TomÛla la capitana de N·poles, llamada La Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jam·s vencido capit·n don ¡lvaro de Baz·n, marquÈs de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucediÛ en la presa de La Presa.

Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal a sus cautivos, que, así como los que venían al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron bocados, que a poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían.

¶ Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado a Tinez, y quitado aquel reino a los turcos y puesto en posesión del a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en Él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que Él la deseaban; y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Tinez había dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; a lo menos, no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia a mi padre.

¶ Perdióse, en fin, la Goleta; perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos, pagados, setenta y cinco mil, y de moros, y alrabes de toda la Africa, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la

experiencia mostr  la facilidad con que se pod an levantar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron a dos varas; y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas que sobrepujaban las murallas de la fuerza; y, tir ndoles a caballero, ninguno pod a parar, ni asistir a la defensa. Fue común opini n que no se hab an de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campa a al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados,  c mo pod a tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir a la campa a y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos?; y  c mo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero a muchos les pareci , y así me pareci  a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a Espa a en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que all  sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invict simo Carlos Quinto; como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.

<sup>a</sup>Perdióse tambi n el fuerte; pero fu ronle ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos que quedaron vivos, se al cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se hab an defendido y guardado sus plazas. Rindi se a partido un peque o fuerte o torre que estaba en mitad del esta o, a cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron a don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fue posible por defender su fuerza; y sinti  tanto el haberla perdido que de

pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fue una Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la summa liberalidad que usó con su hermano, el famoso Juan de Andrea de Oria; y lo que más hizo lastimosa su muerte fue haber muerto a manos de unos alárabes de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro a Tabarca, que es un portezuelo o casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: "Que aunque la traición aplace, el traidor se aborrece"; y así, se dice que mandó el general ahorcar a los que le trujeron el presente, porque no se le habían traído vivo.

Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fue uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento: especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía. Digo porque su suerte le trujo a mi galera y a mi banco, y a ser esclavo de mi mismo patrón; y, antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos, a manera de epitafios, el uno a la Goleta y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.<sup>a</sup>

En el punto que el cautivo nombró a don Pedro de Aguilar, don Fernando miró a sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y, cuando llegó a decir de los sonetos, dijo el uno:

-Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

-Lo que sé es -respondió el cautivo- que, al cabo de dos años que estuvo en

Constantinopla, se huy  en traje de arna'te con un griego espia, y no s  si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de all  a un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

-Pues lo fue -respondi  el caballero-, porque ese don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

-Gracias sean dadas a Dios -dijo el cautivo- por tantas mercedes como le hizo; porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

-Y más -replic  el caballero-, que yo sí los sonetos que mi hermano hizo.

-D galos, pues, vuestra merced -dijo el cautivo-, que los sabr  decir mejor que yo.

-Que me place -respondi  el caballero-; y el de la Goleta dec a as :

## Cap tulo XL. Donde se prosigue la historia del cautivo

### Soneto

Almas dichosas que del mortal velo  
libres y esentas, por el bien que obrastes,  
desde la baja tierra os levantastes  
a lo más alto y lo mejor del cielo,  
y, ardiendo en ira y en honroso celo,  
de los cuerpos la fuerza ejercitastes,  
que en propia y sangre ajena colorastes  
el mar vecino y arenoso suelo;  
primero que el valor falt  la vida  
en los cansados brazos, que, muriendo,  
con ser vencidos, llevan la vitoria.  
Y esta vuestra mortal, triste caída  
entre el muro y el hierro, os va adquiriendo  
fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

-Desa mesma manera le s  yo -dijo el cautivo.

-Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo -dijo el caballero-, dice así:

#### Soneto

De entre esta tierra estÈril, derribada,  
destos terrones por el suelo echados,  
las almas santas de tres mil soldados  
subieron vivas a mejor morada,  
siendo primero, en vano, ejercitada  
la fuerza de sus brazos esforzados,  
hasta que, al fin, de pocos y cansados,  
dieron la vida al filo de la espada.  
Y Èste es el suelo que continuo ha sido  
de mil memorias lamentables lleno  
en los pasados siglos y presentes.  
Mas no m's justas de su duro seno  
habr'n al claro cielo almas subido,  
ni aun Èl sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegrÛ con las nuevas que de su camarada le dieron; y, prosiguiendo su cuento, dijo:

-Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedÛ tal, que no hubo quÈ poner por tierra, y para hacerlo con m's brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecìa menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habìa quedado en pie de la fortificaciÛn nueva que habìa hecho el Fratìn, con mucha facilidad vino a tierra. En resoluciÛn, la armada volviÛ a Constantinopla, triunfante y vencedora: y de allì a pocos meses muriÛ mi amo el Uchalì, al cual llamaban Uchalì Fartax, que quiere decir, en lengua turquesca, el renegado tiÒoso, porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, o de alguna virtud que en ellos haya. Y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes, que decinden de la casa Otomana, y los dem's, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo y ya de las virtudes del ãnimo. Y este TiÒoso bogÛ el remo, siendo esclavo del Gran SeÒor, catorce aÒos, y a m's de los treinta y

cuatro de sus edad renegû, de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofetûn, y por poderse vengar dejû su fe; y fue tanto su valor que, sin subir por los torpes medios y caminos que los m's privados del Gran Turco suben, vino a ser rey de Argel, y despuÈs, a ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel seÒorìo. Era calabrÈs de naciûn, y moralmente fue un hombre de bien, y trataba con mucha humanidad a sus cautivos, que llegû a tener tres mil, los cuales, despuÈs de su muerte, se repartieron, como Èl lo dejû en su testamento, entre el Gran SeÒor (que tambiÈn es hijo heredero de cuantos mueren, y entra a la parte con los m's hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe a un renegado veneciano que, siendo grumete de una nave, le cautivû el Uchalì, y le quiso tanto, que fue uno de los m's regalados garzones suyos, y Èl vino a ser el m's cruel renegado que jam's se ha visto. Llam'base Az'n Ag', y llegû a ser muy rico, y a ser rey de Argel; con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tan cerca de EspaÒa, no porque pensase escribir a nadie el desdichado suceso m'io, sino por ver si me era m's favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habìa probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazûn ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jam's me desamparû la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponìa por obra no correspondìa el suceso a la intenciûn, luego, sin abandonarme, fingìa y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese dÈbil y flaca.

<sup>a</sup>Con esto entretenìa la vida, encerrado en una prisiûn o casa que los turcos llaman baÒo, donde encierran los cautivos cristianos, asì los que son del rey como de algunos particulares; y los que llaman del almacÈn, que es como decir cautivos del concejo, que sirven a la ciudad en las obras p'ublicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy



dificultosa su libertad, que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos años, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por Él con más ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo.

Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aproveché nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Puseme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel año, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate. Y, aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver, a cada paso, las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba aquél; y esto, por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libré bien con Él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandé dar, ni le dijo mala palabra; y, por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temí Él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el

cuento de mi historia.

ªDigo, pues, que encima del patio de nuestra prisiÛn caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, m's eran agujeros que ventanas, y aun Estas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. AcaeciÛ, pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prisiÛn con otros tres compaÒeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los dem's cristianos habían salido a trabajar, alcÈ acaso los ojos y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecía una caÒa, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caÒa se estaba blandeando y moviÈndose, casi como si hiciera seÒas que lleg'semos a tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue a ponerse debajo de la caÒa, por ver si la soltaban, o lo que hacían; pero, así como llegÛ, alzaron la caÒa y la movieron a los dos lados, como si dijeran no con la cabeza. VolviÛse el cristiano, y torn'ronla a bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fue otro de mis compaÒeros, y sucediÛle lo mesmo que al primero. Finalmente, fue el tercero y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y, así como lleguÈ a ponerme debajo de la caÒa, la dejaron caer, y dio a mis pies dentro del baÒo. Acudí luego a desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dÈl venían diez cianlís, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holguÈ con el hallazgo, no hay para quÈ decirlo, pues fue tanto el contento como la admiraciÛn de pensar de donde podìa venirnos aquel bien, especialmente a mÌ, pues las muestras de no haber querido soltar la caÒa sino a mÌ claro decían que a mÌ se hacía la merced. TomÈ mi buen dinero, quebrÈ la caÒa, volvíme al terradillo, mirÈ la ventana, y vi que por ella salía una muy blanca mano, que la abrían y

cerraban muy apriesa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna mujer que en aquella casa vivía nos debía de haber hecho aquel beneficio; y, en señal de que lo agradeciáramos, hicimos zalemas a uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí a poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron a entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacía; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen a ventura, porque las estiman en más que las de su nación.

En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte a la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y, aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía, y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa, sino que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que había sido de La Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas, cuando más descuidados estábamos de que por allí habían de llover más canchales, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fue a tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos, pero a ninguno se rindió la caña sino a mí, porque, en llegando yo, la dejaron caer. Desató el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en árabe, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todas nuestras zalemas, torné a parecer la mano, hice

señas que leería el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y, como ninguno de nosotros no entendía el arabigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese.

En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mío, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban a guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse a tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intención, otros se sirven dellas acaso y de industria: que, viniendo a robar a tierra de cristianos, si a dicha se pierden o los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño; y, cuando veen la suya, se vuelven a Berbería a ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran, con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos.

Pues uno de los renegados que he dicho era este mi amigo, el cual tenía firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabía muy bien arabigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero, antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendía; díjome que muy bien, y, que si quería que me lo

deklarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dìmosle luego lo que pedìa, y Èl poco a poco lo fue traduciendo; y, en acabando, dijo: ''Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco; y hase de advertir que adonde dice Lela MariÈn quiere decir Nuestra Señora la Virgen María''.

ªLeìmos el papel, y decìa asì:

Cuando yo era niÒa, tenìa mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostrÛ la zal· cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela MariÈn. La cristiana muriÛ, y yo sÈ que no fue al fuego, sino con Al·, porque despuÈs la vi dos veces, y me dijo que me fuese a tierra de cristianos a ver a Lela MariÈn, que me querìa mucho. No sÈ yo cÙmo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino t'. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira t' si puedes hacer cÙmo nos vamos, y ser's all· mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dar· nada, que Lela MariÈn me dar· con quien me case. Yo escribì esto; mira a quiÈn lo das a leer: no te fìes de ning'n moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena: que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echar· luego en un pozo, y me cubrir· de piedras. En la caÒa pondrÈ un hilo: ata allì la respuesta; y si no tienes quien te escriba ar'bigo, dìmelo por seÒas, que Lela MariÈn har· que te entienda. Ella y Al· te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces; que asì me lo mandÛ la cautiva.

ªMirad, seÒores, si era razÛn que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen. Y asì, lo uno y lo otro fue de manera que el renegado entendiÛ que no acaso se habìa hallado aquel papel, sino que realmente a alguno de nosotros se habìa escrito; y asì, nos rogÛ que si era verdad lo que sospechaba, que nos fi'semos dÈl y se lo dijÈsemos, que Èl aventurarìa su

vida por nuestra libertad. Y, diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía, y casi adivinaba que, por medio de aquella que aquel papel había escrito, había él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia, su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado.

Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acordamos, ansimesmo, que sería bien responder al billete de la mora; y, como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida.

En efecto, lo que a la mora se le respondió fue esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mía, y aquella bendita María, que es la verdadera madre de Dios y es la que te ha puesto en corazón que te vayas a tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruegale tú que se sirva de darte a entender cómo podrías poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que

sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices que si fueres a tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Al y Marién, su madre, sean en tu guarda, seora mía.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días a que estuviese el baño solo, como solía, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podía ver quién la ponía, mostré el papel, como dando a entender que pusiesen el hilo, pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí a poco tornó a parecer nuestra estrella, con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejaronla caer, y alcé yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad.

Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mismo moro que a nosotros nos habían dicho que se llamaba Agi Morato, riquísimo por todo extremo, el cual tenía una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era común opinión en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería; y que muchos de los virreyes que allí venían la habían pedido por mujer, y que ella nunca se había querido casar; y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto; todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué orden se tendría para sacar a la mora y veniros todos a tierra de cristianos, y, en fin, se acordó por entonces que esperásemos el aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y

no otra alguna era la que había de dar medio a todas aquellas dificultades.

Después que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que

El perdería la vida o nos pondría en libertad.

³Cuatro días estuvo el baño con gente, que fue ocasión que cuatro días tardase en parecer la caña; al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometía. Inclínuse a mí la caña y el lienzo, hallé en el otro papel

y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marién

me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá hacer es que

yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con

ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allí

una barca y vuelva por los demás; y a mí me hallaré en el jardín de mi

padre, que está a la puerta de Babazón, junto a la marina, donde tengo de

estar todo este verano con mi padre y con mis criados. De allí, de noche,

me podréis sacar sin miedo y llevarme a la barca; y mira que has de ser mi

marido, porque si no, yo pediré a Marién que te castigue. Si no te fías de

nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín, y

cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alé te guarde, señor mío.

³Esto decía y contenía el segundo papel. Lo cual visto por todos, cada uno

se ofreció a querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda

puntualidad, y también yo me ofrecí a lo mismo; a todo lo cual se opuso el

renegado, diciendo que en ninguna manera consentiría que ninguno saliese de

libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos



principales cautivos, rescatando a uno que fuese a Valencia, o Mallorca, con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto; porque la libertad alcanzada y el temor de no volver a perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y, en confirmación de la verdad que nos decía, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazón había acaecido a unos caballeros cristianos, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde a cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración.

En efecto, Él vino a decir que lo que se podía y debía hacer era que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, que se le diese a Él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que, siendo Él señor de la barca, fácilmente se daría traza para sacarlos del bazo y embarcarlos a todos. Cuanto más, que si la mora, como ella decía, daba dineros para rescatarlos a todos, que, estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día; y que la dificultad que se ofrecía mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse a tierra de cristianos; pero que Él facilitaría este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese a la parte con Él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra Él vendría a ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás.

Y, puesto que a mí y a mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca a Mallorca, como la mora decía, no osamos contradecirle, temerosos que, si no hacíamos lo que Él decía, nos había de descubrir y poner a peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras. Y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado, y en aquel mismo punto se le

respondiÛ a Zoraida, diciÈndole que harÌamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habÌa advertido tan bien como si Lela MariÈn se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, o ponello luego por obra. OfrecÌmele de nuevo de ser su esposo, y, con esto, otro dÌa que acaeciÛ a estar solo el baÒo, en diversas veces, con la caÒa y el paÒo, nos dio dos mil escudos de oro, y un papel donde decÌa que el primer jum·, que es el viernes, se iba al jardÌn de su padre, y que antes que se fuese nos darÌa m's dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avis·semos, que nos darÌa cuanto le pidiÈsemos: que su padre tenÌa tantos, que no lo echarÌa menos, cuanto m's, que ella tenÌa la llaves de todo.

<sup>a</sup>Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescatÈ yo, dando el dinero a un mercader valenciano que a la sazÛn se hallaba en Argel, el cual me rescatÛ del rey, tom·ndome sobre su palabra, d·ndola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagarÌa mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habÌa muchos dÌas que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerÌas, lo habÌa callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso que en ninguna manera me atrevÌ a que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa Zoraida se habÌa de ir al jardÌn, nos dio otros mil escudos y nos avisÛ de su partida, rog·ndome que, si me rescatase, supiese luego el jardÌn de su padre, y que en todo caso buscase ocasiÛn de ir all· y verla. RespondÌle en breves palabras que asÌ lo harÌa, y que tuviese cuidado de encomendarnos a Lela MariÈn, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habÌa enseÒado.

<sup>a</sup>Hecho esto, dieron orden en que los tres compaÒeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baÒo, y porque, viÈndome a mÌ rescatado, y a ellos no, pues habÌa dinero, no se alborotasen y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podÌa asegurar deste temor, con

todo eso, no quise poner el negocio en aventura, y así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescate, entregando todo el dinero al mercader, para que, con certeza y seguridad, pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

Capítulo XLI. Donde todavía prosigue el cautivo su suceso

ªNo se pasaron quince días, cuando ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas: y, para asegurar su hecho y darle color, quiso hacer, como hizo, un viaje a un lugar que se llamaba Sargel, que está treinta leguas de Argel hacia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratación de higos pasos. Dos o tres veces hizo este viaje, en compañía del tagarino que había dicho. Tagarinos llaman en Berbería a los moros de Aragón, y a los de Granada, mudéjares; y en el reino de Fez llaman a los mudéjares elches, los cuales son la gente de quien aquel rey más se sirve en la guerra.

ªDigo, pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, o ya a hacer la zala, o a como por ensayarse de burlas a lo que pensaba hacer de veras; y así, se iba al jardín de Zoraida y le pedía fruta, y su padre se la daba sin conocele; y, aunque Él quisiera hablar a Zoraida, como Él después me dijo, y decille que Él era el que por orden mía le había de llevar a tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido o su padre se lo manden. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aun más de aquello que sería razonable; y a mí me hubiera pesado que Él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios,

que lo ordenaba de otra manera, no dio lugar al buen deseo que nuestro renegado tenía; el cual, viendo cuán seguramente iba y venía a Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde quería, y que el tagarino, su compañero, no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenía determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé a doce españoles, todos valientes hombres del remo, y de aquellos que más libremente podían salir de la ciudad; y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habían llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaron, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso, a acabar una galeota que tenía en astillero. A los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno a uno, disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardín de Agi Morato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con orden que, aunque allí vieses a otros cristianos, no les dijese sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar.

ªHecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía: y era la de avisar a Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver. Y así, determiné de ir al jardín y ver si podría hablarla; y, con ocasión de coger algunas yerbas, un día, antes de mi partida, fui allí, y la primera persona con quien encontré fue con su padre, el cual me dijo, en lengua que en toda la Berbería, y aun en Costantinopla, se halla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas con la cual todos nos entendemos; digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardín, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arna'te Mamí (y esto, porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas, para hacer ensalada. Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de

rescate o no, y que cuanto pedía mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto; y, como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse a los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dio nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes, luego cuando su padre vio que venía, y de espacio, la llamó y mandó que llegase.

<sup>a</sup>Demasiada cosa sería decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró a mis ojos: sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas, a su usanza, traía, traía dos carcajes (que así se llamaban las manillas o ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar, y así, hay más perlas y aljófar entre moros que entre todas las demás naciones; y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimismo más de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mía. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debía de ser en las prosperidades. Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones, y requiere accidentes para disminuirse o acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten o abajen, puesto que las más veces la destruyen.

<sup>a</sup>Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, o, a lo menos, a mí me pareció serlo la más que hasta

entonces habìa visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me habìa puesto, me parecìa que tenìa delante de mì una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arna'te Mamì, y que venìa a buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habìa dado por mì mil y quinientos zoltanès. A lo cual ella respondió: 'En verdad que si t' fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera Èl por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engaòar a los moros'. 'Bien podrìa ser eso, seòora -le respondí-, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la tratarè con cuantas personas hay en el mundo'. 'Y øcundo te vas?', dijo Zoraida. 'Maòana, creo yo -dije-, porque est· aquí un bajel de Francia que se hace maòana a la vela, y pienso irme en Èl'. 'øNo es mejor -replicó Zoraida-, esperar a que vengan bajeles de Espaòa, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?' 'No -respondí yo-, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de Espaòa, es verdad, todavìa yo le aguardarè, puesto que es m's cierto el partirme maòana; porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejar· esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea'. 'Debes de ser, sin duda, casado en tu tierra -dijo Zoraida-, y por eso deseas ir a verte con tu mujer'. 'No soy -respondí yo- casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando all·'. 'Y øes hermosa la dama a quien se la diste?', dijo Zoraida. 'Tan hermosa es -respondí yo- que para encarecella y decirte la verdad, te parece a ti mucho'. Desto se riyó muy

de veras su padre, y dijo: 'Gual, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la m's hermosa de todo este reino. Si no, m'rala bien, y ver's c'umo te digo verdad'. Serv'anos de int'èrprete a las m's de estas palabras y razones el padre de Zoraida, como m's ladino; que, aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, all' se usa, m's declaraba su intenci'Un por se'as que por palabras.

ªEstando en estas y otras muchas razones, lleg' un moro corriendo, y dijo, a grandes voces, que por las bardas o paredes del jard' hab' saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresalt' se el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida, porque es com'n y casi natural el miedo que los moros a los turcos tienen, especialmente a los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que a ellos est'n sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre a Zoraida: 'Hija, ret'rate a la casa y enci'errate, en tanto que yo voy a hablar a estos canes; y t', cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y ll'evete Al' con bien a tu tierra'. Yo me inclin', y El se fue a buscar los turcos, dej'ndome solo con Zoraida, que comenz' a dar muestras de irse donde su padre la hab' mandado. Pero, apenas El se encubri' con los rboles del jard', cuando ella, volvi'ndose a m', llenos los ojos de l'grimas, me dijo: '¡mexi, cristiano, 'mexi!'; que quiere decir: "¿Vaste, cristiano, vaste?" Yo la respond': 'Se'ora, s', pero no en ninguna manera sin ti: el primero jum' me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos a tierra de cristianos''.

ªYo le dije esto de manera que ella me entendi' muy bien a todas las razones que entrambos pasamos; y, ech'ndome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenz' a caminar hacia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que, yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello,

su padre, que ya volvía de hacer ir a los turcos, nos vio de la suerte  
y  
manera que íbamos, y nosotros vimos que Él nos había visto; pero  
Zoraida,  
advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se  
llegó  
m's a mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las  
rodillas,  
dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo, ansimismo, di  
a  
entender que la sostenía contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo  
adonde estábamos, y, viendo a su hija de aquella manera, le preguntó  
que  
qué tenía; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: "Sin  
duda  
alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha  
desmayado". Y, quitándola del mío, la arrimó a su pecho; y ella,  
dando un  
suspiro y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió a decir:  
'¡mexi,  
cristiano, mexi!': "Vete, cristiano, vete". A lo que su padre  
respondió:  
'No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha  
hecho, y  
los turcos ya son idos. No te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay  
que  
pueda darte pesadumbre, pues, como ya te he dicho, los turcos, a mi  
ruego,  
se volvieron por donde entraron'. "Ellos, señor, la sobresaltaron,  
como  
has dicho -dije yo a su padre-; mas, pues ella dice que yo me vaya, no  
la  
quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y, con tu licencia, volveré, si  
fuere menester, por yerbas a este jardín; que, según dice mi amo, en  
ninguno las hay mejores para ensalada que en Él". "Todas las que  
quisieres podrás volver -respondió Agi Morato-, que mi hija no dice  
esto  
porque ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que, por  
decir que  
los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, o porque ya era hora que  
buscasses tus yerbas".

Con esto, me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el  
alma, al parecer, se fue con su padre; y yo, con achaque de buscar las  
yerbas, rodeé muy bien y a mi placer todo el jardín: miré bien las  
entradas  
y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podía  
ofrecer  
para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y di cuenta  
de  
cuanto había pasado al renegado y a mis compañeros; y ya no veía la  
hora de



verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía.

En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y, siguiendo todos el orden y parecer que, con discreta consideración y largo discurso, muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos; porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, nuestro renegado, al anochecer, dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándose, deseosos ya de embestir con el bajel que a los ojos tenían; porque ellos no sabían el concierto del renegado, sino que pensaban que a fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida a los moros que dentro de la barca estaban.

Sucedí, pues, que, así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida, o rendir primero a los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca. Y, estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro renegado diciéndonos que en qué nos deteniáramos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo. Dijimosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciéndonos bien a todos lo que decía, y así, sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y, saltando él dentro primero, metió mano a un alfanje, y dijo en morisco: 'Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida'. Ya, a este tiempo, habían entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco número, viendo hablar de aquella manera a su

arr·ez, qued·ronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas o casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando a los moros que si alzaban por alguna via o manera la voz, que luego al punto los pasarian todos a cuchillo.

ªHecho ya esto, qued·ndose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que qued·bamos, haciÈndonos asimismo el renegado la guìa, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte que, llegando a abrir la puerta, se abriÛ con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y asì, con gran quietud y silencio, llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellìsima Zoraida aguard·ndonos a una ventana, y, asì como sintiÛ gente, preguntÛ con voz baja si Èramos nizarani, como si dijera o preguntara si Èramos cristianos. Yo le respondì que sì, y que bajase. Cuando ella me conociÛ, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajÛ en un instante, abriÛ la puerta y mostrÛse a todos tan hermosa y ricamente vestida que no lo acierto a encarecer. Luego que yo la vi, le tomÈ una mano y la comencÈ a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas; y los dem's, que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le d·bamos las gracias y la reconociamos por seõora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondiÛ que sì y que dormìa. 'Pues ser·menester despertalle -replicÛ el renegado-, y llev·rnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor este hermoso jardin.' 'No -dijo ella-, a mi padre no se ha de tocar en ning'n modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habr· para que todos quedÈis ricos y contentos; y esperaros un poco y lo verÈis''. Y, diciendo esto, se volviÛ a entrar, diciendo que muy presto volverìa; que nos estuviÈsemos quedos, sin hacer ning'n ruido. PreguntÈle al renegado lo que con ella habìa pasado, el cual me lo contÛ, a quien yo dije que en ninguna cosa se habìa de hacer m's de lo que Zoraida quisiese;

la cual ya que volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar, quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin y sintiese el ruido que andaba en el jardín; Y, asomándose a la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y, dando muchas, grandes y desafortadas voces, comenzó a decir en arábigo: "¡Cristianos, cristianos! ¡Ladrones, ladrones!"; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión. Pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza, subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar a la Zoraida, que como desmayada se había dejado caer en mis brazos. En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña que en un momento bajaron con Agi Morato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida. Cuando su hija le vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos. Mas, entonces siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habían quedado nos esperaban, temerosos de algún mal suceso nuestro.

³Apenas serían dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle a decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarían la vida. ...l, como vio allí a su hija, comenzó a suspirar ternísimamente, y más cuando vio que yo estrechamente la tenía abrazada, y que ella sin defender, quejarse ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacía. Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí a su padre y a los

dem's moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar a aquellos moros y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo a un padre que tanto la había querido. El renegado me lo dijo; y yo respondí que era muy contento; pero Él respondiô que no convenía, a causa que, si allí los dejaban apellidarían luego la tierra y alborotarían la ciudad, y serían causa que saliesen a buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en llegando a la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos, y Zoraida, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos movían a no hacer luego lo que quería, también se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos a Dios de todo corazón, a navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca.

<sup>a</sup>Pero, a causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fueros forzoso dejarnos ir tierra a tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel. Y, asimismo, temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancía de Tetuán, aunque cada uno por sí, y todos juntos, presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver a su padre, y sentía yo que iba llamando a Lela Marién que nos ayudase.

<sup>a</sup>Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneciô, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos a fuerza de

brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo m's sosegada; y, habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase a cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveída la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquèl tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó a soplar un viento largo, que nos obligó a hacer luego vela y a dejar el remo, y enderezar a Or'n, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con muchísima presteza; y así, a la vela, navegamos por m's de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese.

ªDimos de comer a los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: 'Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡oh cristianos!, mas el darme libertad, no me tengo por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de d'rmela; el cual interese, si le queréis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisieredes por mí y por esa desdichada hija mía, o si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma'. En diciendo esto, comenzó a llorar tan amargamente que a todos nos movió a compasión, y forzó a Zoraida que le mirase; la cual, viéndole llorar, así se enterneció que se levantó de mis pies y fue a abrazar a su padre, y, juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero, cuando su padre la vio adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: '¿Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos

vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas

tenido tiempo de vestirte y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizalle con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fue la ventura m's favorable?

Respôndeme a esto, que me tiene m's suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo''.

<sup>a</sup>Todo lo que el moro decìa a su hija nos lo declaraba el renegado, y ella

no le respondiã palabra. Pero, cuando Èl vio a un lado de la barca el cofrecillo donde ella solìa tener sus joyas, el cual sabìa Èl bien que le

habìa dejado en Argel, y no traïdole al jardìn, quedû m's confuso, y preguntûle que cûmo aquel cofre habìa venido a nuestras manos, y quÈ era lo

que venìa dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondiû: ''No te canses, seÒor, en preguntar a Zoraida,

tu hija, tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfarÈ a

todas; y asì, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido

la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio; ella va

aquì de su voluntad, tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este

estado, como el que sale de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida

y de la pena a la gloria''. ''Ès verdad lo que Èste dice, hija?'', dijo el

moro. ''Asì es'', respondiû Zoraida. ''ÈQue, en efeto -replicû el viejo-

t' eres cristiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos?'' A lo cual respondiû Zoraida: ''La que es cristiana yo soy, pero

no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendiû a

dejarte ni a hacerte mal, sino a hacerme a mî bien''. ''Y øquÈ bien es el

que te has hecho, hija?'' ''Eso -respondiû ella- preg'ntaselo t' a

Lela

MariÈn, que ella te lo sabr' decir mejor que no yo''.

<sup>a</sup>Apenas hubo oïdo esto el moro, cuando, con una increïble presteza, se arrojû de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traìa no le entretuviera un poco sobre el

agua. Dio voces Zoraida que le sacasen, y asì, acudimos luego todos, y,

asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibí tanta pena Zoraida que, como si fuera ya muerto, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volví mucha agua, torné en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra, y hacer fuerza de remos, por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos a una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio o cabo que de los moros es llamado el de La Cava Rumia, que en nuestra lengua quiere decir La mala mujer cristiana; y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal agero llegar allí a dar fondo cuando la necesidad les fuerza a ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fue abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar.

Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano; comimos de lo que el renegado había proveído, y rogamos a Dios y a Nuestra Señora, de todo nuestro corazón, que nos ayudase y favoreciese para que felicemente diésemos fin a tan dichoso principio. Diose orden, a suplicación de Zoraida, como echásemos en tierra a su padre y a todos los demás moros que allí atados venían, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejarlos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oídas del cielo; que, en nuestro favor, luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos a que tornásemos alegres a proseguir nuestro comenzado viaje.

^Viendo esto, desatamos a los moros, y uno a uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero, llegando a desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ''¿Por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensáis que es por piedad que de mí tiene? No, por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le daré mi presencia cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos; ni penséis que la ha movido a mudar religión entender ella que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra''. Y, volviéndose a Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algún desatino no hiciese, le dijo: ''°Oh infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿Adónde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? °Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!'' Pero, viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di prisa a ponerle en tierra, y desde allí, a voces, prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando a Mahoma rogase a Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho a la vela, no podimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera que podimos entender que decía: ''°Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono; entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejaré la vida, si tú le dejas!'' Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: ''Plega a Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada a mi voluntad, pues, aunque



quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, seg'n la priesa que me daba mi alma a poner por obra Èsta que a mî me parece tan buena como t', padre amado, la juzgas por mala''. Esto dijo, a tiempo que ni su padre la oîa, ni nosotros ya le veîamos; y asî, consolando yo a Zoraida, atendimos todos a nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el proprio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dîa al amanecer en las riberas de EspaÒa.

ªMas, como pocas veces, o nunca, viene el bien puro y sencillo, sin ser acompaÒado o seguido de alg'n mal que le turbe o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quiz' las maldiciones que el moro a su hija habîa echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean; quiso, digo, que estando ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baja, frenillados los remos, porque el prÛspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecîa, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que, con todas las velas tendidas, llevando un poco a orza el timÛn, delante de nosotros atravesaba; y esto tan cerca, que nos fue forzoso amainar por no embestirle, y ellos, asimesmo, hicieron fuerza de timÛn para darnos lugar que pas'emos.

ªHabîanse puesto a bordo del bajel a preguntarnos quiÈn Èramos, y adÛnde naveg'amos, y de dÛnde venîamos; pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: ''Ninguno responda; porque Èstos, sin duda, son cosarios franceses, que hacen a toda ropa''. Por este advertimiento, ninguno respondiÛ palabra; y, habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillerîa, y, a lo que parecîa, ambas venîan con cadenas, porque con una cortaron nuestro rbol por medio, y dieron con Èl y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abriÛ toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir a fondo, comenzamos todos a grandes voces a pedir socorro y a rogar a los del bajel que nos acogiesen, porque nos aneg'amos. Amainaron entonces, y, echando el esquife o barca a la mar, entraron en Èl hasta doce franceses bien armados, con sus arcabuces y

cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y, viendo cuán pocos éramos y cómo el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que, por haber usado de la descortesía de no respondelles, nos había sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dio con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacía. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales, después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y a Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies. Pero no me daba a mí tanta pesadumbre la que a Zoraida daban, como me la daba el temor que tenía de que habían de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se estienden a más que al dinero, y desto jamás se vee harta su codicia; lo cual entonces llegó a tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algún provecho les fueran. Y hubo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar envueltos en una vela, porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos, serían castigados, siendo descubierto su hurto. Mas el capitán, que era el que había despojado a mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no quería tocar en ningún puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiese, y irse a la Rochela, de donde había salido; y así, tomaron por acuerdo de darnos el esquiife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron otra día, ya a vista de tierra de España, con la cual vista, todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida.

ªCerca de mediodía podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dio hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel; dímosles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos; ellos se hicieron a lo largo, siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prisa a bogar que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razón se debía tener que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuán, los cuales anohecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven a dormir a sus casas. Pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fue que nos llegásemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos.

ªHízose así, y poco antes de la media noche sería cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo, y, con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias a Dios, Señor Nuestro, por el bien tan incomparable que nos había hecho. Sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en tierra, y subímonos un grandísimo trecho en la montaña, porque aún allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho, ni acabáremos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía. Amaneció más tarde, a mi parecer, de lo que quisiéramos. Acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algún poblado se descubría, o

algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della. Pero lo que a mí más me fatigaba era el ver ir a pie a Zoraida por aquellas asperezas, que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba a ella mi cansancio que la reposaba su reposo; y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y, con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó a nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado; y, mirando todos con atención si alguno se parecía, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, a lo que después supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y, como él los vio en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él; y, metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo diciendo:

''Moros, moros hay en la tierra! Moros, moros! Arma, arma!''

Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa había de venir luego a ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas del turco y se vistiese un gilecuelco o casaca de cautivo que uno de nosotros le dio luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos a Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando había de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engañó nuestro pensamiento, porque, a'n no habrían pasado dos horas cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas a un llano, descubrimos hasta cincuenta

caballeros, que con gran ligereza, corriendo a media rienda, a nosotros se venían, y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero, como ellos llegaron y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión por que un pastor había apellidado al arma. ''Sí'', dije yo; y, queriendo comenzar a decirle mi suceso, y de dónde veníamos y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venían conoció al jinete que nos había hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme a mí decir más palabra: ''¡Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conducido!, porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío''. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino a abrazar al mozo, diciéndole: ''Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana, tu madre, y todos los tuyos, que aún viven; y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprendo que habéis tenido milagrosa libertad''. ''Así es -respondió el mozo-, y tiempo nos quedar para contároslo todo''.

¶ Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos a la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron a llevar la barca a la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron a las ancas, y Zoraida fue en las del caballo del tío del cristiano. Salieron a recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros; pero

admirábase de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le había sacado al rostro tales colores que, si no es que la afición entonces me engañaba, osaré decir que más hermosa criatura no había en el mundo; a lo menos, que yo la hubiese visto.

¶ Fuimos derechos a la iglesia, a dar gracias a Dios por la merced recibida; y, así como en ella entró Zoraida, dijo que allí había rostros que se parecían a los de Lela Marién. Dijémosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Marién que la había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y a mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como a su mismo hijo.

¶ Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su información de cuanto le convenía, se fue a la ciudad de Granada, a reducirse por medio de la Santa Inquisición al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció; solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dio a Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y, sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mía, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera

venir, por buena que fuera, que m's la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana es tanto y tal, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea m'ia me lo turba y deshace no saber si hallarÈ en mi tierra alg'n rincûn donde recogella, y si habr'n hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan.<sup>a</sup> No tengo m's, seõores, que deciros de mi historia; la cual, si es agradable y peregrina, j'zguenlo vuestros buenos entendimientos; que de m' sÈ decir que quisiera habÈros la contado m's brevemente, puesto que el temor de enfadaros m's de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Capítulo XLII. Que trata de lo que m's sucediÛ en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse

CallÛ, en diciendo esto, el cautivo, a quien don Fernando dijo:

-Por cierto, seõor capit'n, el modo con que habÈis contado este estraõo suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y estraõeza del mismo caso. Todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el d'ia de maõana entretenidos en el mismo cuento, holg'ramos que de nuevo se comenzara.

Y, en diciendo esto, don Fernando y todos los dem's se le ofrecieron, con todo lo a ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas que el capit'n se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente, le ofreciÛ don Fernando que si quer'ia volverse con Èl, que Èl har'ia que el marquÈs, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que Èl, por su parte, le acomodari'a de manera que pudiese

entrar en su tierra con el autoridad y cûmodo que a su persona se debïa.  
Todo lo agradeciÛ cortesìsimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto, llegaba ya la noche, y, al cerrar della, llegÛ a la venta un coche, con algunos hombres de a caballo. Pidieron posada; a quien la ventera respondiÛ que no habïa en toda la venta un palmo desocupado.

-Pues, aunque eso sea -dijo uno de los de a caballo que habïan entrado-, no ha de faltar para el seòor oidor que aquì viene.

A este nombre se turbÛ la g.Èspeda, y dijo:

-Seòor, lo que en ello hay es que no tengo camas: si es que su merced del seòor oidor la trae, que sì debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

-Sea en buen hora -dijo el escudero.

Pero, a este tiempo, ya habïa salido del coche un hombre, que en el traje mostrÛ luego el oficio y cargo que tenïa, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestïa, mostraron ser oidor, como su criado habïa dicho. Traïa de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis aòos, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda que a todos puso en admiraciÛn su vista; de suerte que, a no haber visto a Dorotea y a Lusinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difìcilmente pudiera hallarse. HallÛse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y, asì como le vio, dijo:

-Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dÈ lugar a las armas y a las letras, y m's si las armas y letras traen por guïa y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, a quien deben no sÛlo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y devidirse y



abajarse las montañas, para darme acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallaré estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallaré las armas en su punto y la hermosura en su extremo.

Admirado quedé el oidor del razonamiento de don Quijote, a quien se puso a mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y, sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó a admirar de nuevo cuando vio delante de sí a Lusinda, Dorotea y a Zoraida, que, a las nuevas de los nuevos g.Éspedes y a las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido a verla y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veía como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienvenida a la hermosa doncella.

En resolución, bien eché de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la apostura de don Quijote le desatinaba; y, habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda. Y así, fue contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El cautivo, que, desde el punto que vio al oidor, le dio saltos el corazón y barruntos de que aquél era su hermano, preguntó a uno de los criados que con él venían que cómo se llamaba y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma, y que había

oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y, alborotado y contento, llamando aparte a don Fernando, a Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Háblele dicho también el criado como iba proveído por oidor a las Indias, en la Audiencia de Méjico. Supo también como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pídeles consejo qué modo tendría para descubrirse, o para conocer primero si, después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaba o le recibía con buenas entrañas.

-Déjese a mí el hacer esa experiencia -dijo el cura-; cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor capitán, seréis muy bien recibido; porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

-Con todo eso -dijo el capitán- yo querría, no de improviso, sino por rodeos, dármele a conocer.

-Ya os digo -respondió el cura- que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya, en esto, estaba aderezada la cena, y todos se sentaron a la mesa, excepto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura:

-Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española, pero tanto cuanto tenía de esforzado y valeroso lo tenía de desdichado.

-Y ¿cómo se llamaba ese capitán, señor mío? -preguntó el oidor.

-Llamábase -respondió el cura- Ruy Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de León, el cual me contó un caso que a su padre con sus hermanos le había sucedido, que, a no contarme un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego. Porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos, mejores que los de Catón. Y sé yo decir que el que él escogió de venir a la guerra le había sucedido tan bien que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió a ser capitán de infantería, y a verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino a Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido.

De aquí fue prosiguiendo el cura, y, con brevedad sucinta, contó lo que con Zoraida a su hermano había sucedido; a todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron a los cristianos que en la barca venían, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habían quedado; de los cuales no había sabido en qué habían parado, ni si habían llegado a España, o llevados los franceses a Francia.

Todo lo que el cura decía estaba escuchando, algo de allí desviado, el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual, viendo que ya el cura había llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo:

-¡Oh, señor, si supiéredes las nuevas que me habéis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discreción y recato, me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de

m's altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mío, escogí el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, según os dijo vuestra camarada en la conseja que, a vuestro parecer, le oísteis. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pir, tan rico que con lo que ha enviado a mi padre y a mí ha satisfecho bien la parte que Él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo, ansimesmo, he podido con m's decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive a'n mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que Él vea con vida a los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones, o prósperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí a su padre; que si Él lo supiera, o alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caía para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, o le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. °Oh buen hermano mío, y quién supiera agora dónde estabas; que yo te fuera a buscar y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los míos! °Oh, quién llevara nuevas a nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras m's escondidas de Berbería; que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! °Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que a un hermano hiciste!; °quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran!

Estas y otras semejantes palabras decía el oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oían

le acompaÒaban en dar muestras del sentimiento que tenÌan de su l' stima.

Viendo, pues, el cura que tan bien habÌa salido con su intenciÙn y con lo que deseaba el capit'n, no quiso tenerlos a todos m's tiempo tristes, y asÌ, se levantÙ de la mesa, y, entrando donde estaba Zoraida, la tomÙ por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capit'n a ver lo que el cura querÌa hacer, que fue que, tom'ndole a Èl asimesmo de la otra mano, con entrambos a dos se fue donde el oidor y los dem's caballeros estaban, y dijo:

-Cesen, seÒor oidor, vuestras l'grimas, y cÙlmese vuestro deseo de todo el bien que acertare a desearse, pues tenÈis delante a vuestro buen hermano y a vuestra buena cuÒada. ...ste que aquÌ veis es el capit'n Viedma, y Èsta, la hermosa mora que tanto bien le hizo. Los franceses que os dije los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostrÈis la liberalidad de vuestro buen pecho.

AcudiÙ el capit'n a abrazar a su hermano, y Èl le puso ambas manos en los pechos por mirarle algo m's apartado; mas, cuando le acabÙ de conocer, le abrazÙ tan estrechamente, derramando tan tiernas l'grimas de contento, que los m's de los que presentes estaban le hubieron de acompaÒar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto m's escribirse. AllÌ, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucesos; allÌ mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos; allÌ abrazÙ el oidor a Zoraida; allÌ la ofreciÙ su hacienda; allÌ hizo que la abrazase su hija; allÌ la cristiana hermosa y la mora hermosÌsima renovaron las l'grimas de todos.

AllÌ don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan

extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería.

Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano a Sevilla y avisasen a su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese a hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, a causa de tener nuevas que de allí a un mes partía la flota de Sevilla a la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje.

En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y, como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante o otro mal andante follen no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocían, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió.

Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta a hacer la centinela del castillo, como lo había prometido.

Sucedió, pues, que faltando poco por venir el alba, llegó a los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó a que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea, que despierta estaba, a cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza; y, estando en esta confusión muy atentas, llegó a la puerta del aposento Cardenio y dijo:

-Quien no duerme, escuche; que oír en una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta.

-Ya lo oímos, señor -respondió Dorotea.

Y, con esto, se fue Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto:

Capítulo XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estranos acaecimientos en la venta sucedidos]

-Marinero soy de amor,  
y en su piélago profundo  
navego sin esperanza  
de llegar a puerto alguno.  
Siguiendo voy a una estrella  
que desde lejos descubro,  
más bella y resplandeciente  
que cuantas vio Palinuro.  
Yo no sé adónde me guía,  
y así, navego confuso,  
el alma a mirarla atenta,  
cuidadosa y con descuido.  
Recatos impertinentes,  
honestidad contra el uso,  
son nubes que me la encubren  
cuando más verla procuro.  
°Oh clara y luciente estrella,  
en cuya lumbre me apuro!  
al punto que te me encubras,  
será de mi muerte el punto.

Llegando al que cantaba a este punto, le pareció a Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz; y así, moviéndola a una y a otra parte, la despertó diciéndole:

-Perdúname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida.

Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que

Dorotea le decía; y, volviéndose a preguntar, ella se lo volvió a decir,  
por lo cual estuvo atenta Clara. Pero, apenas hubo oído dos versos que el  
que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si  
de algún grave accidente de quartana estuviera enferma, y, abrazándose estrechamente con Teodora, le dijo:

-¡Ay señora de mi alma y de mi vida!, ¿para qué me despertastes?; que el  
mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora era tenerme cerrados los  
ojos y los oídos, para no ver ni oír a ese desdichado músico.

-¿Qué es lo que dices, niña?; mira que dicen que el que canta es un mozo de  
mulas.

-No es sino señor de lugares -respondió Clara-, y el que le tiene en mi  
alma con tanta seguridad que si él no quiere dejalle, no le será quitado  
eternamente.

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole  
que se aventajaban en mucho a la discreción que sus pocos años prometían; y  
así, le dijo:

-Habléis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más  
y  
decidme qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz  
tan inquieta os tiene. Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder,  
por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que  
canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna a su canto.

-Sea en buen hora -respondió Clara.

Y, por no oírle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que también  
se admiró Dorotea; la cual, estando atenta a lo que se cantaba, vio que  
proseguían en esta manera:

-Dulce esperanza mía,  
que, rompiendo imposibles y malezas,  
sigues firme la vía



que t' mesma te finges y aderezas:  
no te desmaye el verte  
a cada paso junto al de tu muerte.  
No alcanzan perezosos  
honrados triunfos ni vitoria alguna,  
ni pueden ser dichosos  
los que, no contrastando a la fortuna,  
entregan, desvalidos,  
al ocio blando todos los sentidos.  
Que amor sus glorias venda  
caras, es gran razón, y es trato justo,  
pues no hay m's rica prenda  
que la que se quilata por su gusto;  
y es cosa manifiesta  
que no es de estima lo que poco cuesta.  
Amorosas porfias  
tal vez alcanzan imposibles cosas;  
y así, aunque con las más  
sigo de amor las m's dificultosas,  
no por eso recelo  
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dio fin la voz, y principio a nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendió el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro. Y así, le volvió a preguntar qué era lo que le quería decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Lusinda no la oyese, abrazando estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podía hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo:

-Este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la Corte; y, aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fue, ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vio, ni sé si en la iglesia o en otra parte. Finalmente, Él se enamoró de mí, y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me quería. Entre las señas que me hacía, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome a entender que se casaría conmigo; y, aunque yo me holgaría mucho de que así fuera, como sola y sin madre, no sabía con quién

comunicallo, y así, lo dejé estar sin darme otro favor si no era,  
cuando  
estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el  
lienzo o  
la celosía y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que  
daba  
señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de  
mi  
padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decirselo. Cayó  
malo, a  
lo que yo entiendo, de pesadumbre; y así, el día que nos partimos  
nunca  
pude verle para despedirme de él, siquiera con los ojos. Pero, a cabo de  
dos  
días que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada  
de  
aquí, le vi a la puerta del mesón, puesto en hábito de mozo de mulas,  
tan  
al natural que si yo no le trujera tan retratado en mi alma fuera  
imposible  
conocerle. Conocíle, admiréme y alegréme; él me miró a hurto de mi  
padre,  
de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en  
los  
caminos y en las posadas do llegamos; y, como yo sé quién es, y  
considero  
que por amor de mí viene a pie y con tanto trabajo, muérome de  
pesadumbre,  
y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intención  
viene,  
ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere  
extraordinariamente,  
porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá  
vuestra  
merced cuando le vea. Y más le sé decir: que todo aquello que canta lo  
saca  
de su cabeza; que he oído decir que es muy gran estudiante y poeta. Y  
hay  
más: que cada vez que le veo o le oigo cantar, tiemblo toda y me  
sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en  
conocimiento de  
nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y, con todo eso, le  
quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mía,  
todo  
lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado;  
que en  
sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís,  
sino  
señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

-No digáis más, señora doña Clara -dijo a esta sazón Dorotea, y esto,

bes·ndola mil veces-; no dig·is m·s, digo, y esperad que venga el nuevo  
d·a, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios,  
que  
tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

-°Ay seÒora! -dijo doÒa Clara-, ¿quÈ fin se puede esperar, si su padre  
es  
tan principal y tan rico que le parecer· que aun yo no puedo ser  
criada de  
su hijo, cuanto m·s esposa? Pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo  
harÈ  
por cuanto hay en el mundo. No querr·a sino que este mozo se volviese  
y me  
dejase; quiz· con no velle y con la gran distancia del camino que  
llevamos  
se me aliviari·a la pena que ahora llevo, aunque sÈ decir que este  
remedio  
que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sÈ quÈ diablos ha  
sido  
esto, ni por d·nde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan  
muchacha y Èl tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una  
edad  
misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis aÒos; que para el d·a  
de San  
Miguel que vendr· dice mi padre que los cumplo.

No pudo dejar de re·irse Dorotea, oyendo cu·n como niÒa hablaba doÒa  
Clara,  
a quien dijo:

-Reposemos, seÒora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecer·  
Dios y  
medraremos, o mal me andar·n las manos.

Soseg·ronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande  
silencio;  
solamente no dorm·an la hija de la ventera y Maritornes, su criada,  
las  
cuales, como ya sab·an el humor de que pecaba don Quijote, y que  
estaba  
fuera de la venta armado y a caballo haciendo la guarda, determinaron  
las  
dos de hacelle alguna burla, o, a lo menos, de pasar un poco el tiempo  
oyÈndole sus disparates.

Es, pues, el caso que en toda la venta no hab·a ventana que saliese al  
campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por  
defuera.

A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que don  
Quijote

estaba a caballo, recostado sobre su lanzûn, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecìa, que con cada uno se le arrancaba el alma. Y asimesmo oyeron que decìa con voz blanda, regalada y amorosa:

-°Oh mi seõora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreciûn, archivo del mejor donaire, depûsito de la honestidad, y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! Y ¿quÈ far· agora la tu merced? ¿Si tendr·s por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sûlo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame t· nuevas della, °oh luminaria de las tres caras! Quiz· con envidia de la suya la est·s ahora mirando; que, o pase·ndose por alguna galerìa de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre alg'n balcûn, est· considerando cûmo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazûn padece, quÈ gloria ha de dar a mis penas, quÈ sosiego a mi cuidado y, finalmente, quÈ vida a mi muerte y quÈ premio a mis servicios. Y t', sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir a ver a mi seõora, asì como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero gu·rdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendrÈ m·s celos de ti que t· los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dûnde corriste entonces celoso y enamorado.

A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzû a cecear y a decirle:

-Seõor mïo, llÈguese ac· la vuestra merced si es servido.

A cuyas seõas y voz volviû don Quijote la cabeza, y vio, a la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cûmo le llamaban del agujero

que a Èl le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como Èl se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba a solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas a Rocinante y se llegó al agujero, y, así como vio a las dos mozas, dijo:

-Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mentes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza; de lo que no debéis dar culpa a este miserable andante caballero, a quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queréis, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.

-No ha menester nada deso mi señora, señor caballero -dijo a este punto Maritornes.

-Pues, ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? -respondió don Quijote.

-Sola una de vuestras hermosas manos -dijo Maritornes-, por poder deshogar con ella el gran deseo que a este agujero la ha traído, tan a peligro de su honor que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

-°Ya quisiera yo ver eso! -respondiÙ don Quijote-; pero Èl se guardar·  
bien  
deso, si ya no quiere hacer el m's desastrado fin que padre hizo en el  
mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su  
enamorada  
hija.

PareciÙle a Maritornes que sin duda don Quijote darìa la mano que le  
habìa  
pedido, y, proponiendo en su pensamiento lo que habìa de hacer, se  
bajÙ del  
agujero y se fue a la caballeriza, donde tomÙ el cabestro del jumento  
de  
Sancho Panza, y con mucha presteza se volviÙ a su agujero, a tiempo  
que don  
Quijote se habìa puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por  
alcanzar a  
la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y,  
al  
darle la mano, dijo:

-Tomad, seÒora, esa mano, o, por mejor decir, ese verdugo de los  
malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra  
de  
mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesiÙn de todo  
mi  
cuerpo. No os la doy para que la besÈis, sino para que mirÈis la  
contestura  
de sus nervios, la trabazÙn de sus m'sculos, la anchura y espaciosidad  
de  
sus venas; de donde sacarÈis quÈ tal debe de ser la fuerza del brazo  
que  
tal mano tiene.

-Ahora lo veremos -dijo Maritornes.

Y, haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echÙ a la muÒeca,  
y,  
bajñdose del agujero, atÙ lo que quedaba al cerrojo de la puerta del  
pajar  
muy fuertemente. Don Quijote, que sintiÙ la aspereza del cordel en su  
muÒeca, dijo:

-M's parece que vuestra merced me ralla que no que me regala la mano;  
no la  
tratÈis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad  
os  
hace, ni es bien que en tan poca parte venguÈis el todo de vuestro  
enojo.  
Mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.

Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fue imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado, que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro, había de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero.

En resolución, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues, habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que, cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros; y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y, aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie, o arrancarse la mano.

Allí fue el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza de encantamento alguno; allí fue el maldecir de su fortuna; allí fue el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fue el

llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó a los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó a su buena amiga Urganda, que le socorriese, y, finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro; porque no esperaba él que con el día se remediara su cuita, porque la tenía por eterna, teniendo por encantado. Y hacía creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo, hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, o hasta que otro más sabio encantador le desencantase.

Pero engañóse mucho en su creencia, porque, apenas comenzó a amanecer, cuando llegaron a la venta cuatro hombres de a caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual, visto por don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo:

-Caballeros, o escuderos, o quienquiera que seáis: no tenéis para qué llamar a las puertas deste castillo; que asaz de claro está que a tales horas, o los que están dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si seré justo o no que os abran.

-¿Qué diablos de fortaleza o castillo es éste -dijo uno-, para obligarnos a guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más de dar cebada a nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de prisa.

-¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? -respondió don Quijote.



-No sé de qué tenéis talle -respondió el otro-, pero sé que decís disparates en llamar castillo a esta venta.

-Castillo es -replicó don Quijote-, y aun de los mejores de toda esta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

-Mejor fuera al revés -dijo el caminante-: el cetro en la cabeza y la corona en la mano. Y ser, si a mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener a menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

-Sabéis poco del mundo -replicó don Quijote-, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábase los compañeros que con el preguntante venían del coloquio que con don Quijote pasaba, y así, tornaron a llamar con grande furia; y fue de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó a preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor; y como, en fin, era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó o que la muñeca le cortaban, o que el brazo se le arrancaba; porque él quedó tan cerca del suelo que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque, como sentía lo poco que

le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigabase y  
estirbase  
cuanto podía por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el  
tormento de la garrucha, puestos a toca, no toca, que ellos mismos son  
causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse,  
engañados de la esperanza que se les representa, que con poco más que  
se  
estiren llegarán al suelo.

#### Capítulo XLIV. Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

En efecto, fueron tantas las voces que don Quijote dio, que, abriendo  
de  
presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido, a ver  
quié  
tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo.  
Maritornes,  
que ya había despertado a las mismas voces, imaginando lo que podía  
ser, se  
fue al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que a don  
Quijote sostenía, y él dio luego en el suelo, a vista del ventero y de  
los  
caminantes, que, llegando a él, le preguntaron qué tenía, que tales  
voces  
daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y,  
levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga,  
enristró su  
lanzón, y, tomando buena parte del campo, volvió a medio galope,  
diciendo:

-Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como  
mi  
señora la princesa Micomicona me dió licencia para ello, yo le  
desmiento, le  
rieto y desafío a singular batalla.

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de don  
Quijote,  
pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles que era  
don  
Quijote, y que no había que hacer caso de él, porque estaba fuera de  
juicio.

Preguntaronle al ventero si acaso había llegado a aquella venta un  
muchacho  
de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de

tales y tales señas, dando las mismas que traía el amante de doña Clara. El ventero respondió que había tanta gente en la venta, que no había echado de ver en el que preguntaban. Pero, habiendo visto uno dellos el coche donde había venido el oidor, dijo:

-Aquí debe de estar sin duda, porque éste es el coche que él dicen que sigue; quédese uno de nosotros a la puerta y entren los demás a buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

-Así se hará -respondió uno dellos.

Y, entrando los dos dentro, uno se quedó a la puerta y el otro se fue a rodear la venta; todo lo cual veía el ventero, y no sabía atinar para qué se hacían aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habían dado.

Ya a esta sazón aclaraba el día; y, así por esto como por el ruido que don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea, que la una con sobresalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el deseo de verle, habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vio que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él, ni le respondían a su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado. Pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner a Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando a ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo:

-Por cierto, señor don Luis, que responde bien a quien vos sois el  
hábito  
que tenéis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que  
vuestra madre os crió.

Limpíuse el mozo los soñolientos ojos y miró de espacio al que le  
tenía  
asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal  
sobresalto, que no acertó o no pudo hablarle palabra por un buen  
espacio. Y  
el criado prosiguió diciendo:

-Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar  
paciencia y  
dar la vuelta a casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi  
señor  
la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena  
con  
que queda por vuestra ausencia.

-Pues, ¿cómo supo mi padre -dijo don Luis- que yo venía este camino y  
en  
este traje?

-Un estudiante -respondió el criado- a quien distes cuenta de vuestros  
pensamientos fue el que lo descubrió, movido a lástima de las que vio  
que  
hacía vuestro padre al punto que os echó de menos; y así, despachó a  
cuatro  
de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí a vuestro  
servicio,  
más contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con  
que  
tornaremos, llevándoos a los ojos que tanto os quieren.

-Eso será como yo quisiere, o como el cielo lo ordenare -respondió don  
Luis.

-¿Qué habéis de querer, o qué ha de ordenar el cielo, fuera de  
consentir en  
volveros?; porque no ha de ser posible otra cosa.

Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas  
junto a  
quien don Luis estaba; y, levantándose de allí, fue a decir lo que  
pasaba a  
don Fernando y a Cardenio, y a los demás, que ya vestido se habían; a  
los  
cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de don a aquel muchacho, y las  
razones que pasaban, y cómo le quería volver a casa de su padre, y el  
mozo

no quería. Y con esto, y con lo que d'El sabían de la buena voz que el cielo le había dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así, se fueron hacia la parte donde aún estaba hablando y porfiando con su criado.

Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada; y, llamando Dorotea a Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del m'isico y de doña Clara, a quien Él también dijo lo que pasaba de la venida a buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Clara; de lo que quedó tan fuera de sí que, si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo a Dorotea que se volviesen al aposento, que Él procuraría poner remedio en todo, y ellas lo hicieron.

Ya estaban todos los cuatro que venían a buscar a don Luis dentro de la venta y rodeados d'El, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese a consolar a su padre. ...l respondió que en ninguna manera lo podía hacer hasta dar fin a un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretaron entonces los criados, diciéndole que en ningún modo volverían sin Él, y que le llevarían, quisiese o no quisiese.

-Eso no haréis vosotros -replicó don Luis-, si no es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me llevéis, seré llevarme sin vida.

Ya a esta sazón habían acudido a la porfía todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quijote, que ya le pareció que no había necesidad de guardar más el castillo. Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó a los que llevarle querían que qué les movía a querer llevar contra su voluntad aquel muchacho.

-Muévemos -respondió uno de los cuatro- dar la vida a su padre, que por la ausencia deste caballero queda a peligro de perderla.

A esto dijo don Luis:

-No hay para quÈ se dÈ cuenta aquÌ de mis cosas: yo soy libre, y volverÈ si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

-Har·sela a vuestra merced la razÙn -respondiÙ el hombre-; y, cuando ella

no bastare con vuestra merced, bastar· con nosotros para hacer a lo que venimos y lo que somos obligados.

-Sepamos quÈ es esto de raÌz -dijo a este tiempo el oidor.

Pero el hombre, que lo conociÙ, como vecino de su casa, respondiÙ:

-ØNo conoce vuestra merced, seÒor oidor, a este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el h·bito tan indecente a su calidad como vuestra merced puede ver?

MirÙle entonces el oidor m·s atentamente y conociÙle; y, abraz·ndole, dijo:

-ØQuÈ niÒerÌas son Èstas, seÒor don Luis, o quÈ causas tan poderosas, que os hayan movido a venir desta manera, y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra?

Al mozo se le vinieron las l·grimas a los ojos, y no pudo responder palabra. El oidor dijo a los cuatro que se sosegasen, que todo se harÌa bien; y, tomando por la mano a don Luis, le apartÙ a una parte y le preguntÙ quÈ venida habÌa sido aquÈlla.

Y, en tanto que le hacÌa esta y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huÈspedes que aquella noche habÌan alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habÌan intentado a irse sin pagar lo que debÌan; mas el ventero, que atendÌa m·s a su negocio que a los ajenos, les asiÙ al salir de la puerta y pidiÙ su paga, y les afeÙ su mala intenciÙn con tales palabras, que les moviÙ a que le respondiesen con los puÒos; y asÌ, le

comenzaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron a otro m's desocupado para poder socorrerle que a don Quijote, a quien la hija de la ventera dijo:

-Socorra vuestra merced, seõor caballero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hombres le est'n moliendo como a cibera.

A lo cual respondiÛ don Quijote, muy de espacio y con mucha flema:

-Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticiÛn, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima a una en que mi palabra me ha puesto. Mas lo que yo podrÈ hacer por serviros es lo que ahora dirÈ: corred y decid a vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ning'n modo, en tanto que yo pido licencia a la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacarÈ della.

-°Pecadora de mÌ! -dijo a esto Maritornes, que estaba delante-: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estar' ya mi seõor en el otro mundo.

-Dadme vos, seõora, que yo alcance la licencia que digo -respondiÛ don Quijote-; que, como yo la tenga, poco har' al caso que Èl estÈ en el otro mundo; que de allí le sacarÈ a pesar del mismo mundo que lo contradiga; o, por lo menos, os darÈ tal venganza de los que allí le hubieren enviado, que quedÈis m's que medianamente satisfechas.

Y sin decir m's se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiÈndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dio de buen talante, y Èl luego, embrazando su adarga y poniendo mano a su espada, acudiÛ a la

puerta de la venta, adonde a'n todavïa traïan los dos huÈspedes a mal traer al ventero; pero, asì como llegÛ, embazÛ y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decïan que en quÈ se detenïa, que socorriese a su seÒor y marido.

-DetÈngome -dijo don Quijote- porque no me es lïcito poner mano a la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquì a mi escudero Sancho, que a Èl toca y ataÒe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puÒadas y mojicones muy en su punto, todo en daÒo del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardïa de don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, seÒor y padre.

Pero dejÈmosle aquì, que no faltar quien le socorra, o si no, sufra y calle el que se atreve a m's de a lo que sus fuerzas le prometen, y volv'monos atr's cincuenta pasos, a ver quÈ fue lo que don Luis respondiÛ al oidor, que le dejamos aparte, pregunt'ndole la causa de su venida a pie y de tan vil traje vestido. A lo cual el mozo, asiÈndole fuertemente de las manos, como en seÒal de que alg'n gran dolor le apretaba el corazÛn, y derramando l'grimas en grande abundancia, le dijo:

-SeÒor mïo, yo no sÈ deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitÛ nuestra vecindad que yo viesse a mi seÒora doÒa Clara, hija vuestra y seÒora mïa, desde aquel instante la hice dueÒo de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero seÒor y padre mïo, no lo impide, en este mesmo dïa ha de ser mi esposa. Por ella dejÈ la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla dondequiera que fuese, como la saeta al blanco, o como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos m's de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, seÒor, sabÈis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su ñnico heredero: si os parece que Èstas son partes para que os aventurÈis a hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros disignios suyos, no gustare deste bien



que yo supe buscarme, m's fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades.

Callô, en diciendo esto, el enamorado mancebo, y el oidor quedô en oïrle suspenso, confuso y admirado, asî de haber oïdo el modo y la discreciôn con que don Luis le habïa descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabïa el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y asî, no respondiô otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese a sus criados, que por aquel dïa no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor a todos estuviese. Besôle las manos por fuerza don Luis, y aun se las baô con l'grimas, cosa que pudiera enternecer un corazôn de m'rmol, no sôlo el del oidor, que, como discreto, ya habïa conocido cu'n bien le estaba a su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabïa que pretendïa hacer de tîtulo a su hijo.

Ya a esta sazôn estaban en paz los huÈspedes con el ventero, pues, por persuasiôn y buenas razones de don Quijote, m's que por amenazas, le habïan pagado todo lo que Èl quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la pl'tica del oidor y la resoluciôn de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenô que en aquel mesmo punto entrô en la venta el barbero a quien don Quijote quitô el yelmo de Mambrino y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocô con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento a la caballeriza, vio a Sancho Panza que estaba aderezando no sÈ quÈ de la albarda, y asî como la vio la conociô, y se atreviô a arremeter a Sancho, diciendo:

-°Ah don ladrôn, que aquì os tengo! °Venga mi bacïa y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!

Sancho, que se vio acometer tan de improviso y oyô los vituperios que le

decían, con la una mano así de la albarda, y con la otra dio un  
mojicón al  
barbero que le baó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el  
barbero  
la presa que tenía hecha en el albarda; antes, alzó la voz de tal  
manera  
que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decía:

-°Aquí del rey y de la justicia, que, sobre cobrar mi hacienda, me  
quiere  
matar este ladrón salteador de caminos!

-Mentís -respondió Sancho-, que yo no soy salteador de caminos; que en  
buena guerra gané mi señor don Quijote estos despojos.

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se  
defendía y ofendía su escudero, y t'vole desde allí adelante por  
hombre de  
pro, y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera  
ocasión que  
se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden  
de la  
caballería. Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de  
la  
pendencia, vino a decir:

-Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo a Dios, y  
así la  
conozco como si la hubiera parido; y ahí está mi asno en el establo,  
que no  
me dejaré mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada,  
yo  
quedaré por infame. Y hay más: que el mismo día que ella se me quitó,  
me  
quitaron también una bacía de azúcar nueva, que no se había estrenado,  
que  
era señora de un escudo.

Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder: y, poniéndose  
entre los  
dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese  
de  
manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo:

-°Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en  
que  
está este buen escudero, pues llama bacía a lo que fue, es y será  
yelmo de  
Mambrino, el cual se lo quitó yo en buena guerra, y me hice señor del  
con  
lícita y lícita posesión! En lo del albarda no me entremeto, que lo  
que

en ello sabrÈ decir es que mi escudero Sancho me pidiÛ licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la di, y Èl los tomÛ, y, de haberse convertido de jaez en albarda, no sabrÈ dar otra razÛn si no es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballerÌa; para confirmaciÛn de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquÌ el yelmo que este buen hombre dice ser bacÌa.

-°Pardiez, seÒor -dijo Sancho-, si no tenemos otra prueba de nuestra intenciÛn que la que vuestra merced dice, tan bacÌa es el yelmo de Malino como el jaez deste buen hombre albarda!

-Haz lo que te mando -replicÛ don Quijote-, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fue a do estaba la bacÌa y la trujo; y, asÌ como don Quijote la vio, la tomÛ en las manos y dijo:

-Miren vuestras mercedes con quÈ cara podÌa decir este escudero que Èsta es bacÌa, y no el yelmo que yo he dicho; y juro por la orden de caballerÌa que profeso que este yelmo fue el mismo que yo le quitÈ, sin haber aÒadido en Èl ni quitado cosa alguna.

-En eso no hay duda -dijo a esta sazÛn Sancho-, porque desde que mi seÒor le ganÛ hasta agora no ha hecho con Èl m's de una batalla, cuando librÛ a los sin ventura encadenados; y si no fuera por este bacyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CapÌtulo XLV. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad

-¿QuÈ les parece a vuestras mercedes, seÒores -dijo el barbero-, de lo que

afirman estos gentiles hombres, pues a'n porfian que Èsta no es bacìa, sino yelmo?

-Y quien lo contrario dijere -dijo don Quijote-, le harÈ yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Nuestro barbero, que a todo estaba presente, como tenìa tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero:

-SeÒor barbero, o quien sois, sabed que yo tambiÈn soy de vuestro oficio, y tengo m's ha de veinte aòos carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberìa, sin que le falte uno; y ni m's ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sÈ tambiÈn quÈ es yelmo, y quÈ es morriÛn, y celada de encaje, y otras cosas tocantes a la milicia, digo, a los gÈneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiÈndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que est· aquì delante y que este buen seÒor tiene en las manos, no sÛlo no es bacìa de barbero, pero est· tan lejos de serlo como est· lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; tambiÈn digo que Èste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

-No, por cierto -dijo don Quijote-, porque le falta la mitad, que es la babera.

-Asì es -dijo el cura, que ya habìa entendido la intenciÛn de su amigo el barbero.

Y lo mismo confirmÛ Cardenio, don Fernando y sus camaradas; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara, por su parte, a la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco o nada atendìa a aquellos donaires.

-°V·lame Dios! -dijo a esta sazÛn el barbero burlado-; øque es posible que

tanta gente honrada diga que Èsta no es bacìa, sino yelmo? Cosa parece Èsta que puede poner en admiraciÛn a toda una Universidad, por discreta que sea.

Basta: si es que esta bacìa es yelmo, tambiÈn debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este seÒor ha dicho.

-A mÌ albarda me parece -dijo don Quijote-, pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

-De que sea albarda o jaez -dijo el cura- no est· en m·s de decirlo el seÒor don Quijote; que en estas cosas de la caballerÌa todos estos seÒores y yo le damos la ventaja.

-Por Dios, seÒores mÌos -dijo don Quijote-, que son tantas y tan estraÒas las cosas que en este castillo, en dos veces que en Èl he alojado, me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en Èl se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en Èl se trata va por vÌa de encantamento. La primera vez me fatigÛ mucho un moro encantado que en Èl hay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cÛmo ni cÛmo no vine a caer en aquella desgracia. AsÌ que, ponerme yo agora en cosa de tanta confusiÛn a dar mi parecer, ser· caer en juicio temerario. En lo que toca a lo que dicen que Èsta es bacìa, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero, en lo de declarar si Èsa es albarda o jaez, no me atrevo a dar sentencia difinitiva: sÛlo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes. Quiz· por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendr·n que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendr·n los entendimientos libres, y podr·n juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mÌ me parecÌan.

-No hay duda -respondiÛ a esto don Fernando-, sino que el seÒor don Quijote ha dicho muy bien hoy que a nosotros toca la difiniciÛn deste caso; y, porque vaya con m·s fundamento, yo tomarÈ en secreto los votos destes

señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían del humor de don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero, para los que le ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente a los cuatro criados de don Luis, y a don Luis ni más ni menos, y a otros tres pasajeros que acaso habían llegado a la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como, en efecto, lo eran. Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía, allí delante de sus ojos, se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda o jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado. Y, después que hubo tomado los votos de aquellos que a don Quijote conocían, dijo en alta voz:

-El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregunto lo que deseo saber que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así, habréis de tener paciencia, porque, a vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

-No la tenga yo en el cielo -dijo el sobrebarbero- si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece a mí albarda, y no jaez; pero allí van leyes..., etcétera; y no digo más; y en verdad que no estoy borracho: que no me he desayunado, si de pecar no.

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de don Quijote, el cual a esta sazón dijo:

-Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

Uno de los cuatro dijo:

-Si ya no es que esto sea burla pesada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, o parecen, todos los que aquí están, se atrevan a decir y afirmar que Esta no es bacía, ni aquèlla albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy a entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque, °voto a tal! -y arrojàle redondo-, que no me den a mí a entender cuantos hoy viven en el mundo al revès de que Esta no sea bacía de barbero y Esta albarda de asno.

-Bien podrìa ser de borrica -dijo el cura.

-Tanto monta -dijo el criado-, que el caso no consiste en eso, sino en si es o no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habìa entrado, que habìa oído la pendencia y quistiùn, lleno de cùlera y de enfado, dijo:

-Tan albarda es como mi padre; y el que otra cosa ha dicho o dijere debe de estar hecho uva.

-Mentìs como bellaco villano -respondiù don Quijote.

Y, alzando el lanzùn, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que, a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido. El lanzùn se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal a su compañero, alzaron la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla, entrù al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon a don Luis, porque con el alboroto no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornù a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano a su espada y arremetiù a los cuadrilleros. Don Luis daba voces a sus criados que le dejasen a Èl y acorriesen a don Quijote, y a Cardenio, y a don Fernando, que todos favorecían a don Quijote. El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligìa,

Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba a Sancho, Sancho molía al barbero; don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirle del brazo porque no se fuese, le dio una puñalada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía, don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, molidole el cuerpo con ellos muy a su sabor. El ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y, en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria de don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así dijo, con voz que atronaba la venta:

- ¡Enganse todos; todos envainen; todos se sosieguen; ¡viganme todos, si todos quieren quedar con vida!

A cuya gran voz, todos se pararon, y él prosiguió diciendo:

- ¡No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna región de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el guila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y pónganos en paz; porque por Dios Todopoderoso que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de don Quijote, y se veían malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda; Sancho, a la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado;



los cuatro criados de don Luis también se estuvieron quedos, viendo  
cuán  
poco les iba en no estarlo. Sólo el ventero porfiaba que se habían de  
castigar las insolencias de aquel loco, que a cada paso le alborotaba  
la  
venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se  
quedó  
por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo y la venta por  
castillo en la imaginación de don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos a persuasión del  
oidor  
y del cura, volvieron los criados de don Luis a porfiarle que al  
momento se  
viniese con ellos; y, en tanto que él con ellos se avenía, el oidor  
comunicó con don Fernando, Cardenio y el cura qué debía hacer en aquel  
caso, contándoseles con las razones que don Luis le había dicho. En  
fin,  
fue acordado que don Fernando dijese a los criados de don Luis quién  
él era  
y cómo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde  
de su  
hermano el marqués sería estimado como el valor de don Luis merecía;  
porque  
de esta manera se sabía de la intención de don Luis que no volvería por  
aquella vez a los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida,  
pues, de los cuatro la calidad de don Fernando y la intención de don  
Luis,  
determinaron entre ellos que los tres se volviesen a contar lo que  
pasaba a  
su padre, y el otro se quedase a servir a don Luis, y a no dejalle  
hasta  
que ellos volviesen por él, o viese lo que su padre les ordenaba.

De esta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la  
autoridad de  
Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero, viéndose el enemigo de la  
concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco  
fruto que  
había granjeado de haberlos puesto a todos en tan confuso laberinto,  
acordó  
de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y  
desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber  
entreído la  
calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la  
pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese,  
habían  
de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fue el que fue  
molido  
y pateado por don Fernando, le vino a la memoria que, entre algunos

mandamientos que traía para prender a algunos delincuentes, traía uno contra don Quijote, a quien la Santa Hermandad había mandado prender, por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho, con mucha razón, había temido.

Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de don Quijote traía venían bien, y, sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba; y, poniéndosele a leer de espacio, porque no era buen lector, a cada palabra que leía ponía los ojos en don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que, sin duda alguna, era el que el mandamiento rezaba. Y, apenas se hubo certificado, cuando, recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asíó a don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y a grandes voces decía:

-°Favor a la Santa Hermandad! Y, para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda a este salteador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura, y vio como era verdad cuanto el cuadrillero decía, y cómo convenía con las señas con don Quijote; el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cúlera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él, asíó al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, a no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer a los de su oficio, acudió luego a darme favor. La ventera, que vio de nuevo a su marido en pependencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y a los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba:

-°Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!

Don Fernando despartió al cuadrillero y a don Quijote, y, con gusto de

entrambos, les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen a dársele atado y entregado a toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones don Quijote; y, con mucho sosiego, dijo:

-Venid acá, gente soez y malnacida: ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¿Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad; decidme: ¿quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada; sus fueros, sus bríos; sus premiticas, su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni esenciones, como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida, a todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

Capítulo XLVI. De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote

En tanto que don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el cura a los cuadrilleros como don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante, pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; a lo que respondió el del mandamiento que a él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.

-Con todo eso -dijo el cura-, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejar·llevarse, a lo que yo entiendo.

En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de don Quijote; y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rancor a su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, a lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jiquimas; y en lo que tocaba a lo del yelmo de Mambrino, el cura, a socapa y sin que don Quijote lo entendiese, le dio por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo y de no llamarse a engaño por entonces, ni por siempre jamás amén.

Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de

m's tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le quería llevar; y, como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado a romper lanzas y a facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar a todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto don Luis quería; de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma.

Zoraida, aunque no entendía bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba a bulto, conforme veía y notaba los semblantes a cada uno, especialmente de su espáñol, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, a quien no se le pasó por alto la d'vida y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó don Fernando, puesto que el oidor, de muy buena voluntad, había también ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fue común opinión que se debían dar las gracias a la buena intención y mucha elocuencia del señor cura y a la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje y dar fin a aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinación se fue a poner de hinojos ante

Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase; y Él, por obedecella, se puso en pie y le dijo:

-Es com'n proverbio, fermosa seÒora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra m's esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa seÒora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podrìa sernos de tanto daÒo que lo ech·semos de ver alg'n dìa; porque, ¿quiÈn sabe si por ocultas espìas y diligentes habr· sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruille?; y, d·ndole lugar el tiempo, se fortificase en alg'n inexpugnable castillo o fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo. Así que, seÒora mìa, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y part·monos luego a la buena ventura; que no est· m's de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.

Callô y no dijo m's don Quijote, y esperô con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta; la cual, con adem'n seÒoril y acomodado al estilo de don Quijote, le respondiô desta manera:

-Yo os agradezco, seÒor caballero, el deseo que mostr·is tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero, a quien es anejo y concerniente favorecer los huÈrfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que ve·is que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea luego; que yo no tengo m's voluntad que la vuestra: disponed vos de mî a toda vuestra guisa y talante; que la que una vez os entregô la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauraciôn de sus seÒorìos no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

-A la mano de Dios -dijo don Quijote-; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino lo que suele decirse que en la tardanza está el peligro. Y, pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno, ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, a Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despídmonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.

Sancho, que a todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza a una parte y a otra:

-¿Ay señor, señor, y cómo hay más mal en el aldea, ella que se suena, con perdón sea dicho de las tocadas honradas!

-¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mío, villano?

-Si vuestra merced se enoja -respondió Sancho-, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir a su señor.

-Di lo que quisieres -replicó don Quijote-, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo; que si t' le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

-No es eso, ¿pecador fui yo a Dios! -respondió Sancho-, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomiquín no lo es más que mi madre; porque, a ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta.

Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos, había cogido con

los labios parte del premio que merecían sus deseos (lo cual había visto Sancho, y pareciéndole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino), y no pudo ni quiso responder palabra a Sancho, sino dejéle proseguir en su plática, y Él fue diciendo:

-Esto digo, señor, porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa a que ensille a Rocinante, albarde el jumento y aderece al palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.

°Oh, vórame Dios, y cuán grande que fue el enojo que recibí don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

-°Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación?

°Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! °Vete; no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

Y, diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes, y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, seales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara. Y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo, para templarle la ira:



-No os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio a nadie; y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que, como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que Él dice que vio, tan en ofensa de mi honestidad.

-Por el omnipotente Dios juro -dijo a esta sazón don Quijote-, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera; que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios a nadie.

-Así es y así será -dijo don Fernando-; por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia, sicut erat in principio, antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

Don Quijote respondió que Él le perdonaba, y el cura fue por Sancho, el cual vino muy humilde, y, hincándose de rodillas, pidió la mano a su amo; y Él se la dio, y, después de habérsela dejado besar, le echó la bendición, diciendo:

-Agora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamento.

-Así lo creo yo -dijo Sancho-, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

-No lo creas -respondió don Quijote-; que si así fuera, yo te vengara entonces, y aun agora; pero ni entonces ni agora pude ni vi en quién tomar

vinganza de tu agravio.

Desearon saber todos quÈ era aquello de la manta, y el ventero lo contÙ, punto por punto: la volaterìa de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos; y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jam's llegÙ la sandez de Sancho a tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaÒo alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soÒadas ni imaginadas, como su seÒor lo creìa y lo afirmaba.

Dos dÌas eran ya pasados los que habìa que toda aquella ilustre compaÒìa estaba en la venta; y, pareciÈndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote a su aldea, con la invenciÙn de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarsele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertÙ a pasar por allÌ, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote; y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quiÈn de una manera y quiÈn de otra, de modo que a don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habìa visto.

Hecho esto, con grandÌsimo silencio se entraron adonde Èl estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Lleg·ronse a Èl, que libre y seguro de tal acontecimiento dormÌa, y, asiÈndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que, cuando Èl despertÙ con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa m's que admirarse y suspenderse de ver delante de sÌ tan estraÒos visajes; y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginaciÙn le representaba, y se creyÙ que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que, sin

duda alguna, ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo

a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta m'quina.

Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer qui'én eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba

aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia; que fue que, trayendo allí la

jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que

no se pudieran romper a dos tirones.

Tomaronle luego en hombros, y, al salir del aposento, se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el

otro, que decía:

-°Oh Caballero de la Triste Figura!, no te dé afincamiento la prisión en

que vas, porque así conviene para acabar m's presto la aventura en que tu

gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo le'án manchado

con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimo'esco; de cuyo inaudito

consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las

rumpantes garras del valeroso padre. Y esto será antes que el seguidor de

la fugitiva ninfa faga dos veces la visita de las lucientes imágenes con

su rápido y natural curso. Y t', °oh, el m's noble y obediente escudero que

tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices!, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos a la flor

de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place,

te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor. Y aseg'rote, de

parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás

por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que

conviene que vayas donde paréis entrambos. Y, porque no me es lícito decir

otra cosa, a Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.

Y, al acabar de la profecía, alzó la voz de punto, y disminuyóla después, con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significación de ella; y vio que le prometían el verse ayuntados en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y, creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y, dando un gran suspiro, dijo:

-°Oh t', quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado!, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo, que no me deje perecer en esta prisión donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y, en lo que toca a la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejaré en buena ni en mala suerte; porque, cuando no suceda, por la suya o por mi corta ventura, el poderle yo dar la insula, o otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos servicios, sino a la posibilidad mía.

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas.

Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el

carro de los bueyes.

Capítulo XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos

Cuando don Quijote se vio de aquella manera enjaulado y encima del carro,  
dijo:

-Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes, pero jam's he leído, ni visto, ni oído, que a los caballeros encantados los lleven desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en alg'n carro de fuego, o ya sobre alg'n hipogrifo o otra bestia semejante; pero que me lleven a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?

-No sé yo lo que me parece -respondió Sancho-, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.

-¿Católicas? ¡Mi padre! -respondió don Quijote-. ¿Cómo han de ser católicas si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir a hacer esto y a ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tûcalos y p'lpalos, y ver's como no tienen cuerpo sino de aire, y como no consiste m's de en la apariencia.

-Par Dios, seòor -replicô Sancho-, ya yo los he tocado; y este diablo que aquì anda tan solìcito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oïdo decir que tienen los demonios; porque, seg'n se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores; pero Èste huele a mbar de media legua.

Decìa esto Sancho por don Fernando, que, como tan seòor, debìa de oler a lo que Sancho decìa.

-No te maravilles deso, Sancho amigo -respondiô don Quijote-, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y, puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espìritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hidiondas. Y la razùn es que como ellos, dondequiera que est'n, traen el infierno consigo, y no pueden recibir gÈnero de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece que ese demonio que dices huele a mbar, o t' te engaòas, o Èl quiere engaòarte con hacer que no le tengas por demonio.

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y, temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese a caer del todo en la cuenta de su invenciôn, a quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y, llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase a Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho; el cual lo hizo con mucha presteza.

Ya en esto, el cura se habìa concertado con los cuadrilleros que le acompaòasen hasta su lugar, d'ndoles un tanto cada dìa. Colgô Cardenio del arzôn de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacìa, y por seòas mandô a Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas a Rocinante, y puso a los dos lados del carro a los dos cuadrilleros con sus escopetas. Pero, antes que se moviese el carro, saliô la ventera, su

hija y Maritornes a despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; a quien don Quijote dijo:

-No lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas a los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque a los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a muchos otros caballeros, que procuran por malas vías destruir a los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa que, por sí sola, a pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor, Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algùn desaguisado, por descuido mío, os he fecho, que, de voluntad y a sabiendas, jamás le di a nadie; y rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algùn mal intencionado encantador me ha puesto; que si de ellas me veo libre, no se me caerá de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen.

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde había de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él, asimismo, le avisaría de todo aquello que él viese que podría darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda a su casa. El cura

ofreciÛ de hacer cuanto se le mandaba, con toda puntualidad. Tornaron a abrazarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegÛ al cura y le dio unos papeles, diciÈndole que los habìa hallado en un aforro de la maleta donde se hallÛ la Novela del curioso impertinente, y que, pues su dueÒo no habìa vuelto m's por allÌ, que se los llevase todos; que, pues Èl no sabìa leer, no los querÌa. El cura se lo agradeciÛ, y, abriÈndolos luego, vio que al principio de lo escrito decÌa: Novela de Rinconete y Cortadillo, por donde entendiÛ ser alguna novela y coligiÛ que, pues la del Curioso impertinente habìa sido buena, que tambiÈn lo serÌa aquÈlla, pues podrÌa ser fuesen todas de un mismo autor; y asÌ, la guardÛ, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.

SubiÛ a caballo, y tambiÈn su amigo el barbero, con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de don Quijote, y pusiÈronse a caminar tras el carro. Y la orden que llevaban era Èsta: iba primero el carro, guiÈndole su dueÒo; a los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguÌa luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda a Rocinante. Detr's de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando m's de lo que permitÌa el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra.

Y asÌ, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron a un valle, donde le pareciÛ al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto a los bueyes; y, comunicÈndolo con el cura, fue de parecer el barbero que caminasen un poco m's, porque Èl sabÌa, detr's de un recuesto que cerca de allÌ se mostraba, habìa un valle de m's yerba y mucho mejor que aquel donde parar querÌan. TomÛse el parecer del barbero, y asÌ, tornaron a proseguir su camino.



En esto, volvió el cura el rostro, y vio que a sus espaldas venían hasta seis o siete hombres de a caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto a sestear a la venta, que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes a los perezosos y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que, en resolución, era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más a don Quijote, enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se había dado a entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debía de ser algún facinoroso salteador, o otro delincuente cuyo castigo tocase a la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así:

-Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó don Quijote la plática, y dijo:

-¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y perictos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decillas.

Y, a este tiempo, habían ya llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El canónigo, a lo que don Quijote dijo, respondió:

-En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las S'mulas de Villalpando. Así que, si no estás más que en esto, seguramente podréis comunicar conmigo lo que quisieredes.

-A la mano de Dios -replicó don Quijote-. Pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la Fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, brahmanes la India, ginosophistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre y alteza honrosa de las armas.

-Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha -dijo a esta sazón el cura-; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. ...ste es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oíste nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronce duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido; y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían. En esto, Sancho Panza, que se había acercado a oír la plática, para adobarlo todo, dijo:

-Ahora, señores, qué eranme bien o qué eranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre; él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme a mí entender que va encantado? Pues yo he oído decir a muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan,

y mi amo, si no le van a la mano, hablar m's que treinta procuradores.

Y, volviéndose a mirar al cura, prosiguió diciendo:

-°Ah seòor cura, seòor cura! øPensaba vuestra merced que no le conozco, y pensar que yo no calo y adivino adûnde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por m's que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por m's que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad. !Mal haya el diablo!; que, si por su reverencia no fuera, Èsta fuera ya la hora que mi seòor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde, por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi seòor el de la Triste Figura como de la grandeza de mis servicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahÌ: que la rueda de la Fortuna anda m's lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy est'n por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podÌan y debÌan esperar ver entrar a su padre por sus puertas hecho gobernador o visorrey de alguna ìnsula o reino, le ver'n entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, seòor cura, no es m's de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi seòor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisiûn de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi seòor don Quijote deja de hacer en este tiempo que est' preso.

-°Adûbame esos candiles! -dijo a este punto el barbero-. øTambièn vos, Sancho, sois de la cofradÌa de vuestro amo? °Vive el Seòor, que voy viendo que le habÈis de tener compaÒÌa en la jaula, y que habÈis de quedar tan encantado como Èl, por lo que os toca de su humor y de su caballerÌa! En mal punto os empreÒastes de sus promesas, y en mal hora se os entrû en los cascos la ìnsula que tanto dese'is.

-Yo no estoy preÒado de nadie -respondiû Sancho-, ni soy hombre que me

dejarla empreñar, del rey que fuese; y, aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y, debajo de ser hombre, puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de una insula, y más pudiendo ganar tantas mi señor que le falte a quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero; que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.

No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir; y, por este mismo temor, había el cura dicho al canónigo que caminasen un poco delante: que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento a todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle a su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oír la peregrina historia de don Quijote, y, en acabándola de oír, dijo:

-Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y, aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más éste que aquél, ni estotro que el otro. Y, según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar: al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y, puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo

puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados  
disparates;  
que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y  
concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la  
imaginaci n  
le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura  
no  
nos puede causar contento alguno. Pues,  qu  hermosura puede haber, o  
qué  
proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un  
libro o  
f bula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un  
gigante  
como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de  
alfeñique; y  
que, cuando nos quieren pintar una batalla, despu s de haber dicho que  
hay  
de la parte de los enemigos un mill n de competientes, como sea contra  
ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de  
entender que el tal caballero alcanz  la vitoria por solo el valor de  
su  
fuerte brazo? Pues,  qu  diremos de la facilidad con que una reina o  
emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no  
conocido  
caballero?  Qu  ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podr   
contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la  
mar  
adelante, como nave con pr spero viento, y hoy anochece en Lombardía,  
Y  
ma ana amanezca en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras  
que ni  
las descubri  Tolomeo ni las vio Marco Polo? Y, si a esto se me  
respondiese  
que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira,  
y que  
así, no est n obligados a mirar en delicadezas ni verdades,  
responderles  
h a yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y  
tanto  
más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las  
fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren,  
escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las  
grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y  
entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiraci n y la  
alegr a  
juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la  
verisimilitud y de la imitaci n, en quien consiste la perfecci n de lo  
que  
se escribe. No he visto ningún libro de caballer as que haga un cuerpo  
de  
f bula entero con todos sus miembros, de manera que el medio  
corresponda al

principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil.

El cura le estuvo escuchando con grande atención, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenía razón en cuanto decía; y así, le dijo que, por ser él de su misma opinión y tener ojeriza a los libros de caballerías, había quemado todos los de don Quijote, que eran muchos. Y contóle el escrutinio que dellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena: que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, descubriendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede

mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Catón; y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos.

-Y, siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica también puede escribirse en prosa como en verso.

Capítulo XLVIII. Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio

-Así es como vuestra merced dice, señor canónigo -dijo el cura-, y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros sin tener advertencia a ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

-Yo, a lo menos -replicó el canónigo-, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas. Y para hacer la experiencia de si correspondían a mi estimación, las

he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sũlo atienden al gusto de oĩr disparates, y de todos he hallado una agradable aprobaciũn; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, asĩ por parecerme que hago cosa ajena de mi profesiũn, como por ver que es m's el n'mero de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que m's me le quitũ de las manos, y aun del pensamiento, de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representa, diciendo: ''Si estas que ahora se usan, asĩ las imaginadas como las de historia, todas o las m's son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que asĩ han de ser, porque asĩ las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la f'bula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los dem's se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les est' mejor ganar de comer con los muchos, que no opiniũn con los pocos, deste modo vendr' a ser un libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendrẽ a ser el sastre del cantillo''. Y, aunque algunas veces he procurado persuadir a los actores que se engaõan en tener la opiniũn que tienen, y que m's gente atraer' n y m's fama cobrar' n representando comedias que hagan el arte que no con las disparatadas, y est' n tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razũn ni evidencia que d'el los saque. Acu'rdome que un d'ia dije a uno destes pertinaces: ''Decidme, ¿no os acord'is que ha pocos aõos que se representaron en Espaõa tres tragedias que compuso un famoso poeta destes reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, asĩ simples como



prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después se han hecho?' 'Sin duda -respondió el autor que digo-, que debe de decir vuestra merced por La Isabela, La Filis y La Alejandra'. 'Por esas digo -le repliqué yo-; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar a todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fue disparate La ingratitude vengada, ni le tuvo La Numancia, ni se le halló en la del Mercader amante, ni menos en La enemiga favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado'. Y otras cosas añadió a éstas, con que, a mi parecer, le dejó algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

-En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo -dijo a esta sazón el cura-, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres y imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia. Porque, ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera cena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo rectórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podrían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y así fuera de cuatro jornadas, la cuarta acababa en

América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo?  
Y si  
es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo  
es  
posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, fingiendo  
una  
acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, el mismo que en  
ella  
hace la persona principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio,  
que  
entró con la Cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como  
Godofre  
de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo otro; y fundándose  
la  
comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y  
mezclarle  
pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto, no  
con  
trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto  
inexcusables? Y  
es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que  
lo  
demás es buscar gullurías. Pues, ¿qué si venimos a las comedias  
divinas?:  
¿qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal  
entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las  
humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración  
que  
parecerles que allí estar bien el tal milagro y apariencia, como  
ellos  
llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia; que  
todo  
esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y  
aun en  
oprobrio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con  
mucha  
puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e  
ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no  
sería  
bastante disculpa desto decir que el principal intento que las  
repúblicas  
bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es  
para  
entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla a  
veces  
de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que, pues  
éste se  
consigue con cualquier comedia, buena o mala, no hay para qué poner  
leyes,  
ni estrechar a los que las componen y representan a que las hagan como  
debían hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que  
con

ellas se pretende. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales; porque, de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destes reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y, finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y, por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que después de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes. Y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen (no

sûlo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en Espaõa), sin la cual aprobaciûn, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y, desta manera, los comediantes tendrïan cuidado de enviar las comedias a la Corte, y con seguridad podrïan representallas, y aquellos que las componen mirarïan con m's cuidado y estudio lo que hacïan, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende; y desta manera se harïan buenas comedias y se conseguirïa felicïsimamente lo que en ellas se pretende: asï el entretenimiento del pueblo, como la opiniûn de los ingenios de Espaõa, el interÈs y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si diese cargo a otro, o a este mismo, que examinase los libros de caballerïas que de nuevo se compusiesen, sin duda podrïan salir algunos con la perfecciûn que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasiûn que los libros viejos se escureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los m's ocupados; pues no es posible que estÈ continuo el arco armado, ni la condiciûn y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lïcita recreaciûn.

A este punto de su coloquio llegaban el canûnigo y el cura, cuando, adelantándose el barbero, llegû a ellos, y dijo al cura:

-Aquì, seõor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

-Asï me lo parece a mï -respondiû el cura.

Y, diciéndole al canûnigo lo que pensaba hacer, Èl tambièn quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que a la vista se les ofrecïa. Y, asï por gozar dÈl como de la conversaciûn del cura, de quien ya iba aficionado, y por saber m's por menudo las hazaõas de don Quijote, mandû a algunos de sus criados que se fuesen a la venta, que no lejos de allì estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer, para todos, porque Èl determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; a lo cual uno de

sus criados respondiÓ que el acÈmila del repuesto, que ya debÌa de estar en la venta, traÌa recado bastante para no obligar a no tomar de la venta m's que cebada.

-Pues asÌ es -dijo el canÓnigo-, llÈvense all· todas las cabalgaduras, y haced volver la acÈmila.

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podÌa hablar a su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenÌa por sospechosos, se llegÓ a la jaula donde iba su amo, y le dijo:

-SeÒor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento; y es que aquestos dos que vienen aquÌ cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero; y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, sÌguese que no va encantado, sino embaÌdo y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa; y si me responde como creo que me ha de responder, tocar· con la mano este engaÒo y ver· como no va encantado, sino trastornado el juicio.

-Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho -respondiÓ don Quijote-, que yo te satisfacerÈ y responderÈ a toda tu voluntad. Y en lo que dices que aquellos que allÌ van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podr· ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera.

Lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habr·n tomado esa apariencia y semejanza; porque es f·cil a los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habr·n tomado las destos nuestros amigos, para darte a ti ocasiÓn

de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes a salir d'el, aunque tuvieses la sogá de Teseo. Y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque si, por una parte, t' me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y, por otra, yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿quiere que diga o piense sino que la manera de mi encantamento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco. Y, en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí a mañana.

-¡Válame Nuestra Señora! -respondió Sancho, dando una gran voz-. Y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense...

-Acaba de conjurarme -dijo don Quijote-, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

-Eso pido -replicó Sancho-; y lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

-Digo que no mentaré en cosa alguna -respondió don Quijote-. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

-Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado y, a su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse.

-No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

-¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa.

-°Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces; y aun agora la tengo. °S'came deste peligro, que no anda todo limpio!

Capítulo XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote

-°Ah -dijo Sancho-; cogido le tengo! Esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como a la vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad: "No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado"? De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan.

-Verdad dices, Sancho -respondió don Quijote-, pero ya te he dicho que hay

muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían. De manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener a la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

-Pues, con todo eso -replicó Sancho-, digo que, para mayor abundancia y satisfaciún, sería bien que vuestra merced probase a salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitararlo, y aun a sacarle della, y probase de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de malencólico y triste; y, hecho esto, probémos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo, a ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo.

-Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano -replicó don Quijote-; y cuando t' veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero t', Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejúlos andar a sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya



frescura convidaba a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quijote, sino a los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requiría la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen.

-Yo le fío de la fuga -respondió Sancho.

-Y yo y todo -dijo el canónigo-; y más si Él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

-Sí doy -respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando-; cuanto más, que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas. -Y que, pues esto era así, bien podrían soltalle, y más, siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podía dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y, debajo de su buena fe y palabra, le desenjaularon, de que Él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante, y, dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

-Añ espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos; t', con tu señor a cuestas; y yo, encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.

Y, diciendo esto, don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de

donde vino m's aliviado y con m's deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mir·balo el canŪnigo, y admir·base de ver la estraŪeza de su grande locura,  
y de que, en cuanto hablaba y respondi·a, mostraba tener bonŪsimo entendimiento: solamente venŪa a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en trat·ndole de caballerŪa. Y asŪ, movido de compasiŪn, despuÈs de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del canŪnigo, le dijo:

-ŪEs posible, seŪor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerŪas, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo est· la mesma mentira de la verdad? Y ŪcŪmo es posible que haya entendimiento humano que se dÈ a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafreŪ, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto gÈnero de encantamentos, tantas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bizarrŪa de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes; y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerŪas contienen? De mŪ sÈ decir que, cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginaciŪn en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan alg'n contento; pero, cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con Èl en el fuego si cerca o presente le tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la com'n naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasiŪn que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas

tantas necesidades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva alg' n leñ o alg' n tigre, de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. °Ea, seòor don Quijote, duélase de sí mismo, y red'zgase al gremio de la discreciùn, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra! Y si todavìa, llevado de su natural inclinaciùn, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces; que allí hallar verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un CÈsar, Roma; un Anibal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fern' n Gonz'lez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fern'ndez, Andalucìa; un Diego Garcìa de Paredes, Estremadura; un Garci PÈrez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de Leñ, Sevilla, cuya leciùn de sus valerosos hechos puede entretener, enseòar, deleitar y admirar a los m's altos ingenios que los leyeren. ...sta sì ser' letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, seòor don Quijote mío, de la cual saldr' erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseòado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardìa, y todo esto, para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha; do, seg' n he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

Atentìsimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canùnigo; y, cuando vio que ya habìa puesto fin a ellas, despuÈs de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo:

-ParÈceme, seòor hidalgo, que la pl'tica de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo,

y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores e inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto a seguir la durísima profesión de la caballería andante, que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

-Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo va relatando -dijo a est sazón el canónigo.

A lo cual respondió don Quijote:

-Añadió también vuestra merced, diciendo que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y púestome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

-Así es -dijo el canónigo.

-Pues yo -replicó don Quijote- hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, ser querer persuadir que el sol no alumbra, ni el yelo enfría, ni la tierra sustenta; porque, ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fue verdad lo de la infanta Floripes y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrís con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno; que voto a tal que es tanta verdad como es ahora de día? Y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la

guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Art's de  
Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo y le esperan en  
su  
reino por momentos. Y tambièn se atrever'n a decir que es mentirosa la  
historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del Santo Grial, y  
que son  
apûcrifos los amores de don Trist'n y la reina Iseo, como los de  
Ginebra y  
Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto a la  
dueÒa  
QuintaÒona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran  
BretaÒa.  
Y es esto tan ansì, que me acuerdo yo que me decìa una mi ag,ela de  
partes  
de mi padre, cuando veìa alguna dueÒa con tocas reverendas: ''AquÈlla,  
nieta, se parece a la dueÒa QuintaÒona''; de donde arguyo yo que la  
debiÛ  
de conocer ella o, por lo menos, debiÛ de alcanzar a ver alg'n retrato  
suyo. Pues, ¿quièn podr' negar no ser verdadera la historia de Pierres  
y la  
linda Magalona, pues aun hasta hoy dìa se vee en la armerìa de los  
reyes la  
clavija con que volvìa al caballo de madera, sobre quien iba el  
valiente  
Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timÛn de carreta? Y  
junto a la clavija est' la silla de Babieca, y en Roncesvalles est' el  
cuerno de Rold'n, tamaÒo como una grande viga: de donde se infiere que  
hubo  
Doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros  
semejantes,

dÈstos que dicen las gentes  
que a sus aventuras van.

Si no, dìganme tambièn que no es verdad que fue caballero andante el  
valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a BorgoÒa y se combatiÛ en la  
ciudad de Ras con el famoso seÒor de Charnì, llamado mosÈn Pierres, y  
despuÈs, en la ciudad de Basilea, con mosÈn Enrique de Remest'n,  
saliendo  
de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las  
aventuras y  
desafìos que tambièn acabaron en BorgoÒa los valientes espaÒoles Pedro  
Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por lÌnea recta  
de  
varÛn), venciendo a los hijos del conde de San Polo. NiÈguenme,  
asimesmo,  
que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara,  
donde  
se combatiÛ con micer Jorge, caballero de la casa del duque de  
Austria;  
digan que fueron burla las justas de Suero de QuiÒones, del Paso; las

empresas de mosÈn Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmàn,  
caballero  
castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos,  
dÈstos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que  
torno  
a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de  
verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas  
cosas  
tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería; y así,  
le  
respondió:

-No puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo  
que  
vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca a los caballeros  
andantes españoles; y, asimismo, quiero conceder que hubo Doce Pares  
de  
Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el  
arzobispo Turpin dellos escribe; porque la verdad dello es que fueron  
caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quien llamaron pares  
por  
ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía; a lo menos, si  
no lo  
eran, era razón que lo fuesen y era como una religión de las que ahora  
se  
usan de Santiago o de Calatrava, que se presupone que los que la  
profesan  
han de ser, o deben ser, caballeros valerosos, valientes y bien  
nacidos; y,  
como ahora dicen caballero de San Juan, o de Alcántara, decían en  
aquel  
tiempo caballero de los Doce Pares, porque no fueron doce iguales los  
que  
para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay  
duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hicieron las hazañas  
que  
dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que  
vuestra  
merced dice del conde Pierres, y que está junto a la silla de Babieca  
en la  
armería de los reyes, confieso mi pecado; que soy tan ignorante, o tan  
corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la  
clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

-Pues allí está, sin duda alguna -replicó don Quijote-; y, por más  
señas,  
dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de  
moho.

-Todo puede ser -respondi  el can nigo-; pero, por las  rdenes que recib , que no me acuerdo haberla visto. Mas, puesto que conceda que est  all , no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadis, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan; ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se d  a entender que son verdaderas tantas y tan estra as locuras como las que est n escritas en los disparatados libros de caballer as.

Cap tulo I. De las discretas altercaciones que don Quijote y el can nigo tuvieron, con otros sucesos

-  Bueno está eso! -respondi  don Quijote-. Los libros que est n impresos con licencia de los reyes y con aprobaci n de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo g nero de personas, de cualquier estado y condici n que sean,  hab an de ser mentira?; y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las haza as, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia (y cr ame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto), sino l alos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, d game:  hay mayor contento que ver, como si dij semos: aqu  ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos g neros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que

dice: 'T', caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago  
est's  
mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se  
encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrûjate en mitad de su  
negro y encendido licor; porque si asì no lo haces, no ser's digno de  
ver  
las altas maravillas que en sî encierran y contienen los siete  
castillos de  
las siete fadas que debajo desta negregura yacen?' ' øY que, apenas el  
caballero no ha acabado de oïr la voz temerosa, cuando, sin entrar m's  
en  
cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y  
aun  
sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomend'ndose a  
Dios  
y a su seÒora, se arroja en mitad del bullente lago, y, cuando no se  
cata  
ni sabe dÛnde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con  
quien  
los Elìseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allì le parece que el  
cielo  
es m's transparente, y que el sol luce con claridad m's nueva;  
ofrÈcesele a  
los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos rboles  
compuesta,  
que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oïdos el dulce y no  
aprendido canto de los pequeOs, infinitos y pintados pajarillos que  
por  
los intrincados ramos van cruzando. Aquì descubre un arroyuelo, cuyas  
frescas aguas, que lÌquidos cristales parecen, corren sobre menudas  
arenas  
y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan; acull·  
vee  
una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso m·rmol compuesta;  
ac· vee  
otra a lo brutesco adornada, adonde las menudas conchas de las  
almejas, con  
las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden  
desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de  
contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el  
arte,  
imitando a la naturaleza, parece que allì la vence. Acull· de  
improviso se  
le descubre un fuerte castillo o vistoso alc·zar, cuyas murallas son  
de  
macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos;  
finalmente,  
Èl es de tan admirable compostura que, con ser la materia de que est·  
formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubìes, de perlas,  
de  
oro y de esmeraldas, es de m's estimaciÛn su hechura. Y øhay m's que  
ver,



despuÈs de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen n'mero de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora a decirlos como las historias nos los cuentan, serìa nunca acabar; y tomar luego la que parecìa principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojô en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcàzar o castillo, y hacerle desnudar como su madre le pariô, y baôarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungentos, y vestirle una camisa de cendal delgadìsimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantôn sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun m's? ¿QuÈ es ver, pues, cuando nos cuentan que, tras todo esto, le llevan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado?; ¿quÈ, el verle echar agua a manos, toda de rbar y de olorosas flores distilada?; ¿quÈ, el hacerle sentar sobre una silla de marfil?; ¿quÈ, verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio?; ¿quÈ, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cuàl deba de alargar la mano? ¿Cuàl serà oïr la m'sica que en tanto que come suena, sin saberse quiÈn la canta ni adûnde suena? ¿Y, despuÈs de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizà mondonose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho m's hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de quÈ castillo es aquÈl, y de cûmo ella està encantada en Èl, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme m's en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea, de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced crÈame, y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verà cûmo le destierran la melancolìa que

tuviere, y le mejoran la condici n, si acaso la tiene mala. De mí s  decir que, despu s que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y, aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula, como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreci ndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra. Que, m a fe, señor, el pobre est  inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querr a que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasi n donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querr a darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oy  Sancho a su amo, a quien dijo:

-Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle; y, cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los se ores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se est  a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa;

y así har  yo, y no reparar  en tanto más cuanto, sino que luego me desistir  de todo, y me gozará mi renta como un duque, y all  se lo hayan.

-Eso, hermano Sancho -dijo el can nigo-, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero, al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intenci n de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán

errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer al malo del discreto.

-No sé esas filosofías -respondió Sancho Panza-; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que m's, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo; y, siéndolo, haría lo que quisiese; y, haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y, haciendo mi gusto, estaría contento; y, en estando uno contento, no tiene m's que desear; y, no teniendo m's que desear, acabóse; y el estado venga, y a Dios y ve monos, como dijo un ciego a otro.

-No son malas filosofías esas, como t' dices, Sancho; pero, con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

A lo cual replicó don Quijote:

-Yo no sé que haya m's que decir; sólo me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ñsula Firme; y así, puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído; y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto, volvían los criados del canónigo, que a la venta habían ido por la acémila del repuesto, y, haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, a la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

Y, estando comiendo, a deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo. Tras ella venía un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras a su uso, para que se detuviese, o al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino a la gente, como a favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y, asíéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo:

-°Ah cerrera, cerrera, Manchada, Manchada, y cómo andís vos estos días de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición, y la de todas aquellas a quien imitís! Volved, volved, amiga; que si no tan contenta, a lo menos, estaréis más segura en vuestro aprisco, o con vuestras compañeras; que si vos que las habéis de guardar y encaminar andís tan sin guía y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?

Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo:

-Por vida vuestra, hermano, que os sosegéis un poco y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra a su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por más que vos os pongís a estorbarlo. Tomad este bocado y bebed una vez, con que templaréis la cúlera, y en tanto, descansar la cabra.

Y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomólo y agradeciúlo el cabrero; bebió y sosegúse, y luego dijo:

-No querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad que no carecen

de misterio las palabras que le dije. R'stico soy, pero no tanto que no entienda c'umo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

-Eso creo yo muy bien -dijo el cura-, que ya yo sÈ de esperiencia que los montes cr'ian letrados y las caba'as de los pastores encierran fil'osofos.

-A lo menos, se'or -replic' el cabrero-, acogen hombres escarmentados; y para que cre'is esta verdad y la toquÈis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfad'is dello y querÈis, se'ores, un breve espacio prestarme o'ido atento, os contarÈ una verdad que acredite lo que ese se'or (se'alando al cura) ha dicho, y la m'ia.

A esto respondi' don Quijote:

-Por ver que tiene este caso un no sÈ quÈ de sombra de aventura de caballer'ia, yo, por mi parte, os oirÈ, hermano, de muy buena gana, y as' lo har'n todos estos se'ores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como, sin duda, pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos.

-Saco la m'ia -dijo Sancho-; que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres d'ias; porque he o'ido decir a mi se'or don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder m's, a causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan a salir della en seis d'ias; y si el hombre no va hartado, o bien prove'idas las alforjas, all' se podr' quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

-T' est's en lo cierto, Sancho -dijo don Quijote-: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y s'ulo me falta dar al alma su refacci'Un, como se la darÈ escuchando el cuento deste buen hombre.

-As' las daremos todos a las nuestras -dijo el can'nico.

Y luego, rogó al cabrero que diese principio a lo que prometido había. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole:

-Recuéstate junto a mí, Manchada, que tiempo nos queda para volver a nuestro apero.

Parece que lo entendió la cabra, porque, en sentándose su dueño, se tendió ella junto a él con mucho sosiego, y, mirándole al rostro, daba a entender que estaba atenta a lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:

Capítulo LI. Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban a don Quijote

-Tres leguas deste valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos; en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que, aunque es anexo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía que por la riqueza que alcanzaba. Mas lo que le hacía más dichoso, según él decía, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las estremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó a extender por todas las circunvecinas aldeas, ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió a las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes, y por los oídos de todo género de gente; que, como a cosa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venían? Guardábase su padre, y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una

doncella que las del recato propio.

ªLa riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos, así del pueblo como forasteros, a que por mujer se la pidiesen; mas Él, como a quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse a quiÈn la entregarìa de los infinitos que le importunaban. Y, entre los muchos que tan buen deseo tenian, fui yo uno, a quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidiÛ tambiÈn otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, a quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y, por salir desta confusiÛn, determinÛ decirselo a Leandra, que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto, advirtiendole que, pues los dos Èramos iguales, era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado: no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto. No sÈ yo el que tuvo Leandra; sÛlo sÈ que el padre nos entretuvo a entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaba tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin a'n est· pendiente; pero bien se deja entender que ser· desastrado.

ªEn esta sazÛn, vino a nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar; el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. LlevÛle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce aòos, un capit·n que con su compaÒia por allì acertÛ a pasar, y volviÛ el mozo de allì a otros doce, vestido a la soldadesca,

pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados e invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasiada esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia.

Se sentó en un poyo que debajo de un gran arco está en nuestra plaza, y allí nos tenía a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos había salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de vos a sus iguales y a los mismos que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje, sus obras, y que debajo de ser soldado, al mismo rey no debía nada. Añádíusele a estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra a lo rasgado, de manera que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta, y así, de cada niñera que pasaba en el pueblo, componía un romance de legua y media de escritura.

Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galán, este músico, este poeta fue visto y mirado muchas veces



de Leandra, desde una ventana de su casa que tenía la vista a la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantaronla sus romances, que de cada uno que componía daba veinte traslados, llegaron a sus oídos las hazas que Él de sí mismo había referido, y, finalmente, que así el diablo lo debía de tener ordenado, ella se vino a enamorar de Él, antes que en Él naciese presunción de solicitalla. Y, como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y, primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesen en la cuenta de su deseo, ya ella le tenía cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentóse de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que Él se aplicaba.

Admiró el suceso a toda el aldea, y aun a todos los que de Él noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo, atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos; tomáronse los caminos, escudriónáronse los bosques y cuanto había, y, al cabo de tres días, hallaron a la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volvieronla a la presencia del lastimado padre; preguntaronle su desgracia; confesó sin apremio que Vicente de la Roca la había engañado, y debajo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre; que Él la llevaría a la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído; y, robando a su padre, se le entregó la misma noche que había faltado; y que Él la llevó a un spero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también como el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenía, y la dejó en aquella cueva y se fue: suceso que de nuevo puso en admiración a todos.

³Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le haban dejado a su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jams se cobre. El mismo día que pareci Leandra la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó a encerrar en un monesterio de una villa que est aqu cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinin en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, a lo menos con aquellos que no les iba algún inters en que ella fuese mala o buena; pero los que conocan su discrecin y mucho entendimiento no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinacin de las mujeres, que, por la mayor parte, suele ser desatinada y mal compuesta.

³Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, a lo menos sin tener cosa que mirar que contento le diese; los míos en tinieblas, sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminase; con la ausencia de Leandra, crecía nuestra tristeza, apocbase nuestra paciencia, maldecamos las galas del soldado y abominbamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea y venimos a este valle, donde Èl, apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambin mas, pasamos la vida entre los rboles, dando vado a nuestras pasiones, o cantando juntos alabanzas o vituperios de la hermosa Leandra, o suspirando solos y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas.

³A imitacin nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos rspersos montes, usando el mismo ejercicio nuestro; y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según est colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en Èl donde no

se oiga el nombre de la hermosa Leandra. ...ste la maldice y la llama  
antojadiza, varia y deshonesto; aqu  l la condena por f  cil y ligera;  
tal la  
absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera; uno celebra su  
hermosura,  
otro reniega de su condici  n, y, en fin, todos la deshonran, y todos  
la  
adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que hay quien se  
queje de  
desd  n sin haberla jam  s hablado, y aun quien se lamenta y sienta la  
rabiosa enfermedad de los celos, que ella jam  s dio a nadie; porque,  
como  
ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de  
pe  a,  
ni margen de arroyo, ni sombra de   rbol que no est   ocupada de alg  n  
pastor  
que sus desventuras a los aires cuente; el eco repite el nombre de  
Leandra  
dondequiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra  
murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos y  
encantados,  
esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qu   tememos. Entre  
estos  
disparatados, el que muestra que menos y m  s juicio tiene es mi  
competidor  
Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, s  lo se  
queja de ausencia; y al son de un rabel, que admirablemente toca, con  
versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo  
otro  
camino m  s f  cil, y a mi parecer el m  s acertado, que es decir mal de  
la  
ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus  
promesas muertas, de su fe rompida, y, finalmente, del poco discurso  
que  
tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones que tienen.<sup>a</sup> Y  
  sta  
fue la ocasi  n, se  oras, de las palabras y razones que dije a esta  
cabra  
cuando aqu   llegu  ; que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la  
mejor  
de todo mi apero. ...sta es la historia que promet   contaros; si he sido  
en  
el contarla prolijo, no ser   en serviros corto: cerca de aqu   tengo mi  
majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabros  simo queso, con  
otras  
varias y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto  
agradables.

Capítulo LIII. De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deplurantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor

General gusto causó el cuento del cabrero a todos los que escuchado le habían; especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le había contado, tan lejos de parecer rústico cabrero cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que había dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron a Eugenio; pero el que más se mostró liberal en esto fue don Quijote, que le dijo:

-Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuvierades buena; que yo sacara del monesterio, donde, sin duda alguna, debe de estar contra su voluntad, a Leandra, a pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hicierades della a toda vuestra voluntad y talante, guardando, pero, las leyes de la caballería, que mandan que a ninguna doncella se le sea fecho desaguizado alguno; aunque yo espero en Dios Nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra si no es favorecer a los desvalidos y menesterosos.

Miróle el cabrero, y, como vio a don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse y preguntó al barbero, que cerca de sí tenía:

-Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

-¿Quién ha de ser -respondió el barbero- sino el famoso don Quijote de la

Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

-Eso me semeja -respondiô el cabrero- a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, o que vuestra merced se burla, o que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

-Sois un grandísimo bellaco -dijo a esta sazón don Quijote-; y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.

Y, diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto a sí tenía, y dio con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y, asíéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vio libre, acudió a subirse sobre el cabrero; el cual, lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, andaba buscando a gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorbánselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí a don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo.

Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen a los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que a su amo no ayudase.

En resoluci3n, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste que les hizo volver los rostros hacia donde les pareci3 que sonaba; pero el que m's se alborot3 de oirle fue don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad y m's que medianamente molido, le dijo:

-Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas, no m's de por una hora; porque el doloroso son de aquella trompeta que a nuestros oidos llega me parece que a alguna nueva aventura me llama.

El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dej3 luego, y don Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vio a deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel a3o habian las nubes negado su rocio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que alli junto estaba venia en procesi3n a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia.

Don Quijote, que vio los estra3os trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imagin3 que era cosa de aventura, y que a El solo tocaba, como a caballero andante, el acometerla; y confirm3le m's esta imaginaci3n pensar que una imagen que traian cubierta de luto fuese alguna principal se3ora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y, como esto le cay3 en las mientes, con gran ligereza arremeti3 a Rocinante, que paciendo andaba, quitndole del arz3n el freno y el adarga, y en un punto le enfren3, y, pidiendo a Sancho su espada, subi3 sobre Rocinante y embraz3 su adarga, y dijo en alta voz a todos los que presentes estaban:

-Agora, valerosa compaña, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería; agora digo que veredes, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.

Y, en diciendo esto, apretó los muslos a Rocinante, porque espuelas no las tenía, y, a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante, se fue a encontrar con los diciplinantes, bien que fueran el cura y el canónigo y barbero a detenerle; mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:

-¿Adónde va, señora don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquí ella es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla; mire, señora, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar a los ensabanados y en librar a la señora enlutada, que no oyó palabra; y, aunque la oyerá, no volviera, si el rey se lo mandara. Llegó, pues, a la procesión, y paró a Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y, con turbada y ronca voz, dijo:

-Vosotros, que, quizá por no ser buenos, os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledañas, viendo la estraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo:

-Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se

diga.

-En una lo dirÈ -replicÛ don Quijote-, y es Èsta: que luego al punto dejÈis libre a esa hermosa seÒora, cuyas l'grimas y triste semblante dan claras muestras que la llev'is contra su voluntad y que alg'n notorio desaguizado le habedes fecho; y yo, que nacÌ en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentirÈ que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece.

En estas razones, cayeron todos los que las oyeron que don Quijote debÌa de ser alg'n hombre loco, y tom'ronse a reÌr muy de gana; cuya risa fue poner pÙlvora a la cÙlera de don Quijote, porque, sin decir m's palabra, sacando la espada, arremetiÛ a las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga a sus compaÒeros, saliÛ al encuentro de don Quijote, enarbolando una horquilla o bastÛn con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y, recibiendo en ella una gran cuchillada que le tirÛ don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el 'ltimo tercio, que le quedÛ en la mano, dio tal golpe a don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba a los alcances, viÈndole caÌdo, dio voces a su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habÌa hecho mal a nadie en todos los dÌas de su vida. Mas, lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullÌa pie ni mano; y asÌ, creyendo que le habÌa muerto, con priesa se alzÛ la t'nica a la cinta, y dio a huir por la campaÒa como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compaÒÌa de don Quijote adonde Èl estaba; y m's los de la procesiÛn, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron alg'n mal suceso, y hiciÈronse todos un remolino alrededor de la imagen; y, alzados los



capirotos, empujando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, a sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojar sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto.

El cura fue conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dio al segundo, en dos razones, cuenta de quién era don Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

- ¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedar lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primera palabra que dijo fue:

- El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, a mayores miserias que estas estoy sujeto. Ay dame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

- Eso hará yo de muy buena gana, señor mío -respondió Sancho-, y volvamos a mi aldea en compañía de estos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

-Bien dices, Sancho -respondi  don Quijote-, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.

El can nigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a don Quijote en el carro, como antes ven a. La procesi n volvi  a ordenarse y a proseguir su camino; el cabrero se despidi  de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pag  lo que se les deb a. El can nigo pidió al cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura o si prosegu a en ella, y con esto tom  licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante, que a todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unci  sus bueyes y acomod  a don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y a cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acert  a ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atraves  el carro de don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro ven a, y, cuando conocieron a su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudi  corriendo a dar las nuevas a su ama y a su sobrina de que su tío y su señor ven a flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue o r los gritos que las dos buenas se oras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballer as; todo lo cual se renovó cuando vieron entrar a don Quijote por sus puertas.

A las nuevas desta venida de don Quijote, acudi  la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y, así como vio a Sancho, lo primero que le pregunt  fue que si ven a bueno el asno. Sancho respondi  que venía mejor que su amo.

-Gracias sean dadas a Dios -replicó ella-, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo: ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías?, ¿qué saboyana me traes a mí?, ¿qué zapaticos a vuestros hijos?

-No traigo nada deso -dijo Sancho-, mujer mía, aunque traigo otras cosas de m's momento y consideración.

-Deso recibo yo mucho gusto -respondió la mujer-; mostradme esas cosas de m's consideración y m's momento, amigo mío, que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

-En casa os las mostraré, mujer -dijo Panza-, y por agora estad contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde o gobernador de una ñsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

-¿Qué es eso de ñsulas, marido mío; que bien lo habemos menester. Mas, decidme: ¿qué es eso de ñsulas, que no lo entiendo?

-No es la miel para la boca del asno -respondió Sancho-; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar Señora de todos tus vasallos.

-¿Qué es lo que decís, Sancho, de señoras, ñsulas y vasallos? -respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

-No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa; basta que te digo verdad, y cose la boca. Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa m's gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las m's que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sólo yo de

experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar, ofrecido sea al diablo, el maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó a la sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría; y sí fue como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la

figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

Y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jam's vista historia. El cual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquerir y buscar todos los archivos manchegos, por sacarla a luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará a sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo.

Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran éstas:

LOS ACAD...MICOS DE LA ARGAMASILLA,  
LUGAR DE LA MANCHA,  
EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

HOC SCRIPSERUNT:

EL MONICONGO, ACAD...MICO DE LA ARGAMASILLA,  
A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

El calvatrueno que adornó a la Mancha  
de más despojos que Jasón decreta;  
el juicio que tuvo la veleta  
aguda donde fuera mejor ancha,  
el brazo que su fuerza tanto ensancha,  
que llegó del Catay hasta Gaeta,  
la musa más horrenda y más discreta  
que grabó versos en la bronceña plancha,  
el que a cola dejó los Amadises,  
y en muy poquito a Galaos tuvo,  
estribando en su amor y bizarría,  
el que hizo callar los Belianises,  
aquel que en Rocinante errando anduvo,  
yace debajo desta losa fría.

DEL PANIAGUADO, ACAD..MICO DE LA ARGAMASILLA,

In laudem Dulcineae del Toboso

Soneto

Esta que veis de rostro amondongado,  
alta de pechos y adem'n brioso,  
es Dulcinea, reina del Toboso,  
de quien fue el gran Quijote aficionado.  
PisÛ por ella el uno y otro lado  
de la gran Sierra Negra, y el famoso  
campo de MontÔel, hasta el herboso  
llano de Aranj.ez, a pie y cansado.  
Culpa de Rocinante, °oh dura estrella!,  
que esta manchega dama, y este invito  
andante caballero, en tiernos aòos,  
ella dejÛ, muriendo, de ser bella;  
y Èl, aunque queda en m'rmores escrito,  
no pudo huir de amor, iras y engaòos.

DEL CAPRICHO, DISCRETÛSIMO ACAD..MICO DE LA ARGAMASILLA,  
EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

En el soberbio trono diamantino  
que con sangrientas plantas huella Marte,  
frenÈtico, el Manchego su estandarte  
tremola con esfuerzo peregrino.  
Cuelga las armas y el acero fino  
con que destroza, asuela, raja y parte:  
°nuevas proezas!, pero inventa el arte  
un nuevo estilo al nuevo paladino.  
Y si de su AmadÌs se precia Gaula,  
por cuyos bravos descendientes Grecia  
triunfÛ mil veces y su fama ensancha,  
hoy a Quijote le corona el aula  
do Belona preside, y dÈl se precia,  
m's que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.  
Nunca sus glorias el olvido mancha,  
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,  
excede a Brilladoro y a Bayardo.

DEL BURLADOR, ACAD..MICO ARGAMASILLESICO,  
A SANCHO PANZA

Soneto

Sancho Panza es asqueste, en cuerpo chico,  
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!  
Escudero el más simple y sin engaño

Que tuvo el mundo, os juro y certifico.  
De ser conde no estuvo en un tantico,  
Si no se conjuraran en su daño  
Insolencias y agravios del tacaño  
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.  
Sobre él anduvo (con perdón se miente)  
Este manso escudero, tras el manso  
Caballo Rocinante y tras su dueño.  
¡Oh vanas esperanzas de la gente!  
¡Cómo pasais con prometer descanso,  
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

#### Epitafio

Aquí yace el caballero,  
bien molido y mal andante,  
a quien llevó Rocinante  
por uno y otro sendero.  
Sancho Panza el majadero  
yace también junto a él,  
escudero el más fiel  
que vio el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

#### Epitafio

Reposa aquí Dulcinea;  
y, aunque de carnes rolliza,  
la volvió en polvo y ceniza  
la muerte espantable y fea.  
Fue de castiza ralea,  
y tuvo asomos de dama;  
del gran Quijote fue llama,  
y fue gloria de su aldea.

...stos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron a un académico para que por conjeturas los declarase. Tiene noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigiliass y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forsi altro canter† con miglior plectio.

Finis

Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha

TASA

Yo, Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores del un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, intitulado Don Quijote de la Mancha, Segunda parte, que con licencia de Su Majestad fue impreso, le tasaron a cuatro maravedís cada pliego en papel, el cual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta docientos y noventa y dos maravedís, y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que se exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, y que queda en mi poder, a que me refiero; y de mandamiento de los dichos señores del Consejo y de pedimiento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, di esta fee en Madrid, a veinte y uno días del mes de octubre del mil y seiscientos y quince años.

Hernando de Vallejo.

FEE DE ERRATAS

Vi este libro intitulado Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hay en él cosa digna de notar que no corresponda a su original. Dada en Madrid, a veinte y uno de octubre, mil y seiscientos y quince.



El licenciado Francisco Murcia de la Llana.

APROBACIONES

APROBACION

Por comisión y mandado de los se ores del Consejo, he hecho ver el libro contenido en este memorial: no contiene cosa contra la fe ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento l cito, mezclado de mucha filosof a moral; p desele dar licencia para imprimirle. En Madrid, a cinco de noviembre de mil seiscientos y quince.

Doctor Gutierre de Cetina.

APROBACION

Por comisión y mandado de los se ores del Consejo, he visto la Segunda parte de don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra: no contiene cosa contra nuestra santa fe católica, ni buenas costumbres, antes, muchas de honesta recreaci n y apacible divertimento, que los antiguos juzgaron convenientes a sus repúblicas, pues aun en la severa de los lacedemonios levantaron estatua a la risa, y los de Tesalia la dedicaron fiestas, como lo dice Pausanias, referido de Bosio, libro II De signis Ecclesiae, cap. 10, alentando ánimos marchitos y esp ritus melancólicos, de que se acord  Tulio en el primero De legibus, y el poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis,

lo cual hace el autor mezclando las veras a las burlas, lo dulce a lo provechoso y lo moral a lo faceto, disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la reprehensi n, y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballer as, pues con su buena diligencia mañosamente alimpiando de su contagiosa dolencia a estos reinos, es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra naci n, admiraci n y invidia de las estra as. ...ste es mi parecer, salvo etc. En Madrid, a 17 de marzo de 1615.

El maestro Josef de Valdivielso.

APROBACION

Por comisión del señor doctor Gutierre de Cetina, vicario general desta villa de Madrid, corte de Su Majestad, he visto este libro de la Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo, ni que disuene de la decencia debida a buen ejemplo, ni virtudes morales; antes, mucha erudición y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballer as, cuyo contagio hab a cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación, vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos; y en la corrección de vicios que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehensi n cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habr  bebido, cuando menos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la detestaci n de su vicio, con que se hallar , que es lo más difícil de conseguirse, gustoso y reprehendido. Ha habido muchos que, por no haber sabido templar ni mezclar a prop sito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar a Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbreadamente, le pretenden imitar en lo c nico, entregándose a maldicientes, inventando casos que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehensi n, y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados, con que vienen a quedar, si no reprehensores, a lo menos maestros d l. H cense odiosos a los bien entendidos, con el pueblo pierden el cr dito, si alguno tuvieron, para admitir sus escritos y los vicios que arrojada e imprudentemente quisieren corregir en muy peor estado que antes, que no todas las postemas a un mismo tiempo est n dispuestas para admitir las recetas o cauterios; antes, algunos mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación, el atentado y docto m dico consigue el fin de resolverlas,

término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervantes, así nuestra nación como las extrañas, pues como a milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y, tocando acaso en éste que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenían sus obras: la Galatea, que alguno dellos tiene casi de memoria la primera parte desta, y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que vieses el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: ''Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?'' Acudí otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: ''Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo Él pobre, haga rico a todo el mundo''. Bien creo que está, para censura, un poco larga; alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado; además que el día de hoy no se lisonjea a quien no tiene con qué

cebar el pico del adulator, que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid, a veinte y siete de febrero de mil y seiscientos y quince.

El licenciado M<sup>r</sup>quez Torres.

#### PRIVILEGIO

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue fecha relaci<sup>o</sup>n que habiades compuesto la Segunda parte de don Quijote de la Mancha, de la cual haciades presentaci<sup>o</sup>n, y, por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicastes os mand<sup>r</sup>semos dar licencia para le poder imprimir y privilegio por veinte a<sup>o</sup>s, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premitica por nos sobre ello fecha dispone, fue acordado que debi<sup>o</sup>mandar dar esta nuestra c<sup>o</sup>edula en la dicha raz<sup>o</sup>n, y nos tuvimoslo por bien.

Por la cual vos damos licencia y facultad para que, por tiempo y espacio de diez a<sup>o</sup>s, cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el d<sup>o</sup> de la fecha de esta nuestra c<sup>o</sup>edula en adelante, vos, o la persona que para ello vuestro poder hobiere, y no otra alguna, pod<sup>r</sup>is imprimir y vender el dicho libro que desuso se hace menci<sup>o</sup>n; y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombr<sup>r</sup>edes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo, nuestro escribano de C<sup>o</sup>mara, y uno de los que en Èl residen, con que antes y primero que se venda lo traig<sup>r</sup>is ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresi<sup>o</sup>n est<sup>r</sup> conforme a Èl, o traig<sup>r</sup>is fe en p<sup>u</sup>blica forma c<sup>o</sup>mo, por corretor por nos nombrado, se vio y corrigi<sup>o</sup> la dicha impresi<sup>o</sup>n por el dicho original, y m<sup>s</sup> al dicho impresor que ans<sup>i</sup> imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego d<sup>e</sup>Èl, ni entregue m<sup>s</sup> de un solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efecto de la dicha

corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté  
corregido y  
tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra  
manera,  
pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual  
inmediatamente  
ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas, ni lo  
puedis  
vender ni vendis vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho  
libro  
en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas  
contenidas  
en la dicha pragmática y leyes de nuestros reinos que sobre ello  
disponen; y  
m's, que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia  
no le  
pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere  
haya  
perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que d'él  
tuviere, y  
m's incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo  
contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para  
nuestra  
Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la  
otra  
tercia parte para el que lo denunciare; y m's a los del nuestro  
Consejo,  
presidentes, oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles  
de la  
nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a otras cualesquiera justicias  
de  
todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y  
señoríos, y a  
cada uno en su jurisdicción, así a los que agora son como a los que  
serán de  
aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced,  
que  
así vos hacemos, y contra ella no vayan ni pasen en manera alguna, so  
pena  
de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.  
Dada  
en Madrid, a treinta días del mes de marzo de mil y seiscientos y  
quince  
años.

YO, EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor:

Pedro de Contreras.

PR"LOGO AL LECTOR

°V·lame Dios, y con cu·nta gana debes de estar esperando ahora, lector  
ilustre, o quier plebeyo, este pr·ùlogo, creyendo hallar en Èl  
venganzas,  
ri·òas y vituperios del autor del segundo Don Quijote; digo de aquel  
que  
dicen que se engendr·ù en Tordesillas y naci·ù en Tarragona! Pues en  
verdad  
que no te he dar este contento; que, puesto que los agravios  
despiertan la  
c·ùlera en los m·s humildes pechos, en el m·io ha de padecer excepci·ùn  
esta  
regla. Quisieras t· que lo diera del asno, del mentecato y del  
atrevido,  
pero no me pasa por el pensamiento: castig·ùele su pecado, con su pan  
se lo  
coma y all· se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me  
note  
de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el  
tiempo, que no pasase por m·i, o si mi manquedad hubiera nacido en  
alguna  
taberna, sino en la m·s alta ocasi·ùn que vieron los siglos pasados,  
los  
presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no  
resplandecen en  
los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la  
estimaci·ùn de  
los que saben d·ùnde se cobraron; que el soldado m·s bien parece muerto  
en  
la batalla que libre en la fuga; y es esto en m·i de manera, que si  
ahora me  
propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado  
en  
aquella facci·ùn prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme  
hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los  
pechos,  
estrellas son que gu·ian a los dem·s al cielo de la honra, y al de  
desear la  
justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas,  
sino  
con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los a·os.

He sentido tambi·èn que me llame invidioso, y que, como a ignorante, me  
describa qu·È cosa sea la envidia; que, en realidad de verdad, de dos  
que  
hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y,  
siendo esto as·i, como lo es, no tengo yo de perseguir a ning·n  
sacerdote, y  
m·s si tiene por a·adidura ser familiar del Santo Oficio; y si Èl lo  
dijo  
por quien parece que lo dijo, enga·ùse de todo en todo: que del tal  
adoro

el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efecto, le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha aadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si, por ventura, llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado: que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y, para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

‘Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo. Y fue que hizo un cauto de caña puntiagudo en el fin, y, en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cauto en la parte que, soplando, le ponía redondo como una pelota; y, en teniendo esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos: ‘¿Pensar en vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?’<sup>a</sup>

¿Pensar en vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?

Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, Este, que también es de loco y de perro:

‘Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la

cabeza un pedazo de losa de m'rmol, o un canto no muy liviano, y, en topando alg'n perro descuidado, se le pon'ia junto, y a plomo dejaba caer sobre Èl el peso. Amohin'base el perro, y, dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. SucediÛ, pues, que, entre los perros que descargÛ la carga, fue uno un perro de un bonetero, a quien quer'ia mucho su dueÒo. BajÛ el canto, diole en la cabeza, alzÛ el grito el molido perro, violo y sintiÛlo su amo, asiÛ de una vara de medir, y saliÛ al loco y no le dejÛ hueso sano; y cada palo que le daba dec'ia: ''Perro ladrÛn, ¿a mi podenco? No viste, cruel, que era podenco mi perro?'' Y, repitiÈndole el nombre de podenco muchas veces, enviÛ al loco hecho una alheÒa. EscarmentÛ el loco y retirÛse, y en m's de un mes no saliÛ a la plaza; al cabo del cual tiempo, volviÛ con su invenciÛn y con m's carga. Lleg'base donde estaba el perro, y, mir'ndole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, dec'ia: ''Este es podenco: °guarda!'' En efeto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos, o gozques, dec'ia que eran podencos; y asì, no soltÛ m's el canto.<sup>a</sup>

Quiz' de esta suerte le podr' acontecer a este historiador: que no se atrever' a soltar m's la presa de su ingenio en libros que, en siendo malos, son m's duros que las peÒas.

Dile tambiÈn que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que, acomod'ndome al entremÈs famoso de La Perendenga, le respondo que me viva el Veinte y cuatro, mi seÒor, y Cristo con todos. Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y v'ivame la suma caridad del ilustr'isimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra m' m's libros que tienen letras las Coplas de Mingo Revulgo. Estos dos pr'ncipes, sin que los solicite adulaciÛn m'ia ni otro g'nero de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme; en lo que me tengo por m's dichoso y m's rico



que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.  
La  
honra puede tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede  
anublar  
a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero, como la virtud de  
alguna  
luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la  
estrechez,  
viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el  
consiguiente, favorecida.

Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que  
consideres que esta segunda parte de Don Quijote que te ofrezco es  
cortada  
del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te  
doy a  
don Quijote dilatado, y, finalmente, muerto y sepultado, porque  
ninguno se  
atreva a levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados y  
basta  
también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas  
locuras,  
sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas,  
aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carencia, aun de las  
malas, se estima en algo. Olvídaseme de decirte que esperes el  
Persiles,  
que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.

#### DEDICATORIA, AL CONDE DE LEMOS

Enviando a Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes  
impresas  
que representadas, si bien me acuerdo, dije que don Quijote quedaba  
calzadas las espuelas para ir a besar las manos a Vuestra Excelencia;  
y  
ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él  
allí  
llega, me parece que habrá hecho algún servicio a Vuestra Excelencia,  
porque es mucha la prisa que de infinitas partes me dan a que le  
envíe  
para quitar el humo y la nebulosa que ha causado otro don Quijote,  
que, con  
nombre de segunda parte, se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el  
que  
más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues  
en  
lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio,  
pidiéndome, o, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque  
quería  
fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que  
el

libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto, me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio.

Preguntéle al portador si Su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondiúme que ni por pensamiento. 'Pues, hermano -le respondí yo-, vos os podéis volver a vuestra China a las diez, o a las veinte, o a las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear'.

Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia los Trabajos de Persiles y Sigismunda, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, Deo volente; el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.

Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado; que ya estaré Persiles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de octubre de mil seiscientos y quince.

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra.

Capítulo Primero. De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la segunda parte desta historia y tercera

salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían, con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia, en su último capítulo. Y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron de él muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes a la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura,

mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en toda experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa o verdadera, y así, de lance en lance, vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte; y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado; y, con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió don Quijote:

-Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejérale yo que usara de una prevención, de la cual Su Majestad la hora de agora debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el cura, cuando dijo entre sí:

-°Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote: que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad!

Mas el barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó a don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

-El mío, señor rapador -dijo don Quijote-, no será impertinente, sino perteneciente.

-No lo digo por tanto -replicó el barbero-, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos o los más arbitrios que se dan a Su Majestad, o son imposibles, o disparatados, o en daño del rey o del reino.

-Pues el mío -respondió don Quijote- ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más más breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno.

-Ya tarda en decirle vuestra merced, señor don Quijote -dijo el cura.

-No querría -dijo don Quijote- que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

-Por mí -dijo el barbero-, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dijere a rey ni a roque, ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega.

-No sé historias -dijo don Quijote-, pero sé que es bueno ese juramento, en fee de que sé que es hombre de bien el señor barbero.

-Cuando no lo fuera -dijo el cura-, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablaré más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

-Y a vuestra merced, ¿quién le fía, señor cura? -dijo don Quijote.

-Mi profesión -respondió el cura-, que es de guardar secreto.

-°Cuerpo de tal! -dijo a esta sazón don Quijote-. ¿Hay más, sino mandar Su Majestad por público pregon que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España; que, aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfenique? Si no, díganme: ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? °Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianís, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula; que si alguno de éstos hoy viviera y con el Turco se afrontara, a fee que no le arrendara la ganancia! Pero Dios miraré por su pueblo, y depararé alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el

nimo; y Dios me entiende, y no digo más.

-°Ay! -dijo a este punto la sobrina-; °que me maten si no quiere mi seòor volver a ser caballero andante!

A lo que dijo don Quijote:

-Caballero andante he de morir, y baje o suba el Turco cuando Èl quisiere y cuan poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazûn dijo el barbero:

-Suplico a vuestras mercedes que se me dÈ licencia para contar un cuento breve que sucediû en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y Èl comenzû desta manera:

-En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cñones por Osuna, pero, aunque lo fuera por Salamanca, segñn opiniûn de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginaciûn escribiû al arzobispo, suplicñndole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivìa, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y, a pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte.

³El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandû a un capellñn suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribìa, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hìzolo así

el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco: que, puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con Él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes, habló tan atentadamente, que el capellán fue forzado a creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco, y con largos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues, por gozar della sus enemigos, ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, Él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a Él tan discreto que el capellán se determinó a llevarsele consigo a que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio.

Con esta buena fee, el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado; volvió a decir el retor que mirase lo que hacía, porque, sin duda alguna, el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle; obedeció el retor, viendo ser orden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y, como Él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que Él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y, llegado el licenciado a una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le

dijo: 'Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en ...l, que, pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volver a Él si en ...l confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cúmalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire. Esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte'.

³Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y, levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: 'Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho'. 'Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo -replicó el loco-; sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta'. 'Yo sé que estoy bueno -replicó el licenciado-, y no habrá para qué tornar a andar estaciones'. '¿Vos bueno? -dijo el loco-: agora bien, ello dir'; andad con Dios, pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de Él por todos los siglos del los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en Él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el



día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿T' libre, t' sano, t' cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado...? Así pienso llover como pensar ahorcarme''.

ªA las voces y a las razones del loco estuvieron los circustantes atentos, pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capell'n y asiéndole de las manos, le dijo: ''No tenga vuestra merced pena, seòor m'io, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si Èl es J'piter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloverÈ todas las veces que se me antojare y fuere menester''. A lo que respondiÛ el capell'n: ''Con todo eso, seòor Neptuno, no ser' bien enojar al seòor J'piter: vuestra merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya m's comodidad y m's espacio, volveremos por vuestra merced''. RiÛse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corriÛ el capell'n; desnudaron al licenciado, quedÛse en casa y acabÛse el cuento.<sup>a</sup>

-Pues, ¿Èste es el cuento, seòor barbero -dijo don Quijote-, que, por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? °Ah, seòor rapista, seòor rapista, y cu'n ciego es aquel que no vee por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, seòor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sÛlo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que est' en no renovar en s' el felic'isimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballer'ia. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huÈrfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los m's de los caballeros que agora

se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que, saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estrecha y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y, hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y, saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce. Mas ahora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, díganme: ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula?; ¿quién más discreto que Palmerín de Inglaterra?; ¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco?; ¿quién más galán que Lisuarte de Grecia?; ¿quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís?; ¿quién más intrépido que Periú de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián?; ¿quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia?; ¿quién más bravo que Rodamonte?; ¿quién más prudente que el rey Sobrino?; ¿quién más atrevido que Reinaldos?; ¿quién más invencible que Roldán?; y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su Cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y

gloria de la caballería. D'Estos, o tales como Estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que, a serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas, y con esto, no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capell'n della; y si su J'piter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloverè cuando se me antojare. Digo esto porque sepa el seÒor Bacìa que le entiendo.

-En verdad, seÒor don Quijote -dijo el barbero-, que no lo dije por tanto, y asì me ayude Dios como fue buena mi intenciÛn, y que no debe vuestra merced sentirse.

-Si puedo sentirme o no -respondiÛ don Quijote-, yo me lo sè.

A esto dijo el cura:

-Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escr'pulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el seÒor don Quijote ha dicho.

-Para otras cosas m's -respondiÛ don Quijote- tiene licencia el seÒor cura; y asì, puede decir su escr'pulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

-Pues con ese benepl'cito -respondiÛ el cura-, digo que mi escr'pulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, seÒor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes, imagino que todo es ficciÛn, f'bula y mentira, y sueòos contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.

-...se es otro error -respondiÛ don Quijote- en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar a la luz de la verdad este casi com'n engaòo; pero algunas veces no he salido con mi intenciÛn, y otras sî, sustent'ndola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es

tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y descubrir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que, por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas.

-¿Que tan grande le parece a vuestra merced, mi señor don Quijote - preguntó el barbero-, debía de ser el gigante Morgante?

-En esto de gigantes -respondió don Quijote- hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un tomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas que muchas veces dormía debajo de techado; y, pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

-Así es -dijo el cura.

El cual, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán, y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

-De Reinaldos -respondiÛ don Quijote- me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colÈrico en demasìa, amigo de ladrones y de gente perdida. De Rold'n, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheòo, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora; corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

-Si no fue Rold'n m's gentilhombre que vuestra merced ha dicho - replicÛ el cura-, no fue maravilla que la seòora AngÈlica la Bella le desdeòase y dejase por la gala, brïo y donaire que debìa de tener el morillo barbiponiente a quien ella se entregÛ; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro que la aspereza de Rold'n.

-Esa AngÈlica -respondiÛ don Quijote-, seòor cura, fue una doncella distraïda, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejÛ el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreciÛ mil seòores, mil valientes y mil discretos, y contentÛse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardÛ a su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, o por no querer cantar lo que a esta seòora le sucediÛ despuÈs de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejÛ donde dijo:

Y como del Catay recibÛ el cetro,  
quiz' otro cantar' con mejor plectro.

Y, sin duda, que esto fue como profecìa; que los poetas tambiÈn se llaman vates, que quiere decir adivinos. VÈese esta verdad clara, porque, despuÈs ac', un famoso poeta andaluz llorÛ y cantÛ sus l'grimas, y otro famoso y 'nico poeta castellano cantÛ su hermosura.

-Dígame, señor don Quijote -dijo a esta sazón el barbero-, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

-Bien creo yo -respondió don Quijote- que si Sacripante o Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado a la doncella; porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas -o fingidas, en efecto, de aquellos a quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos-, vengarse con sátiras y libelos (venganza, por cierto, indigna de pechos generosos), pero hasta ahora no ha llegado a mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.

-¡Milagro! -dijo el cura.

Y, en esto, oyeron que la ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

Capítulo II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos

Cuenta la historia que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a don Quijote, y ellas le defendían la puerta:

-¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor, y le lleva por esos andurriales.

A lo que Sancho respondió:

-Ama de Satan's, el sonsacado, y el destraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo; Él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: Él me sacó de mi casa con

engañifas, prometíendome una ñnsula, que hasta agora la espero.

-Malas ñnsulas te ahoguen -respondi  la sobrina-, Sancho maldito. Y  
 qu   
son ñnsulas?  Es alguna cosa de comer, golosazo, comil n, que t' eres?

-No es de comer -replic  Sancho-, sino de gobernar y regir mejor que  
cuatro  
ciudades y que cuatro alcaldes de corte.

-Con todo eso -dijo el ama-, no entrar is acá, saco de maldades y  
costal de  
malicias. Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares, y  
dejaos de pretender ñnsulas ni ñnsulos.

Grande gusto recibían el cura y el barbero de oír el coloquio de los  
tres;  
pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún  
montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían  
bien  
a su cr dito, le llamó, y hizo a las dos que callasen y le dejasen  
entrar.  
Entr  Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de  
cuya  
salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados  
pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes  
caballer as; y así, dijo el cura al barbero:

-Vos ver is, compadre, c mo, cuando menos lo pensemos, nuestro hidalgo  
sale  
otra vez a volar la ribera.

No pongo yo duda en eso -respondi  el barbero-, pero no me maravillo  
tanto  
de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que  
tan  
cre do tiene aquello de la ñnsula, que creo que no se lo sacarán del  
casco  
cuantos desengaños pueden imaginarse.

-Dios los remedie -dijo el cura-, y estemos a la mira: veremos en lo  
que  
para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero,  
que  
parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa, y que las  
locuras  
del señor, sin las necedades del criado, no val an un ardite.

-Así es -dijo el barbero-, y holgara mucho saber qué tratarán ahora  
los  
dos.

-Yo seguro -respondiÛ el cura- que la sobrina o el ama nos lo cuenta despuÈs, que no son de condiciÛn que dejar·n de escucharlo.

En tanto, don Quijote se encerrÛ con Sancho en su aposento; y, estando solos, le dijo:

-Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saquÈ de tus casillas, sabiendo que yo no me quedÈ en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si a ti te mantearon una vez, a mÌ me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

-Eso estaba puesto en razÛn -respondiÛ Sancho-, porque, seg·n vuestra merced dice, m·s anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos.

-Eng·Òaste, Sancho -dijo don Quijote-; seg·n aquello, quando caput dolet..., etcÈtera.

-No entiendo otra lengua que la mÌa -respondiÛ Sancho.

-Quiero decir -dijo don Quijote- que, cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y asÌ, siendo yo tu amo y seÒor, soy tu cabeza, y t· mi parte, pues eres mi criado; y, por esta razÛn, el mal que a mÌ me toca, o tocara, a ti te ha de doler, y a mÌ el tuyo.

-AsÌ habÌa de ser -dijo Sancho-, pero cuando a mÌ me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detr·s de las bardas, mir·ndome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y, pues los miembros est·n obligados a dolerse del mal de la cabeza, habÌa de estar obligada ella a dolerse dellos.

-ØQuerr·s t· decir agora, Sancho -respondiÛ don Quijote-, que no me dolÌa yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses; pues m·s dolor sentÌa yo entonces en mi espÌritu que t· en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habr· donde lo ponderemos y pongamos en su punto, y dime, Sancho amigo: ØquÈ es lo que dicen de mÌ por ese lugar? ØEn quÈ opiniÛn me tiene el vulgo, en quÈ los hidalgos y en quÈ



los caballeros? ¿QuÈ dicen de mi valentÌa, quÈ de mis hazaÒas y quÈ de mi  
cortesÌa? ¿QuÈ se platica del asunto que he tomado de resucitar y  
volver  
al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero,  
Sancho, me  
digas lo que acerca desto ha llegado a tus oÌdos; y esto me has de  
decir  
sin aÒadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos  
leales  
es decir la verdad a sus seÒores en su ser y figura propia, sin que la  
adulaciÒn la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que  
sepas, Sancho, que si a los oÌdos de los prÌncipes llegase la verdad  
desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrÌan, otras  
edades serÌan tenidas por m's de hierro que la nuestra, que entiendo  
que,  
de las que ahora se usan, es la dorada. SÌrvate este advertimiento,  
Sancho,  
para que discreta y bienintencionadamente pongas en mis oÌdos la  
verdad de  
las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

-Eso harÈ yo de muy buena gana, seÒor mÌo -respondiÒ Sancho-, con  
condiciÒn  
que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere  
que lo  
diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que  
llegaron a  
mi noticia.

-En ninguna manera me enojarÈ -respondiÒ don Quijote-. Bien puedes,  
Sancho,  
hablar libremente y sin rodeo alguno.

-Pues lo primero que digo -dijo-, es que el vulgo tiene a vuestra  
merced  
por grandÌsimo loco, y a mÌ por no menos mentecato. Los hidalgos dicen  
que,  
no conteniÈndose vuestra merced en los lÌmites de la hidalguÌa, se ha  
puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos  
yugadas de  
tierra y con un trapo atr's y otro adelante. Dicen los caballeros que  
no  
querrÌan que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos  
hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de  
las  
medias negras con seda verde.

-Eso -dijo don Quijote- no tiene que ver conmigo, pues ando siempre  
bien  
vestido, y jam's remendado; roto, bien podrÌa ser; y el roto, m's de  
las

armas que del tiempo.

-En lo que toca -prosiguió Sancho- a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuestra merced, hay diferentes opiniones; unos dicen: "loco, pero gracioso"; otros, "valiente, pero desgraciado"; otros, "cortés, pero impertinente"; y por aquí van discurrendo en tantas cosas, que ni a vuestra merced ni a mí nos dejan hueso sano.

-Mira, Sancho -dijo don Quijote-: dondequiera que esté la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejaron de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algo tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasadamente ríjoso; y de su hermano, que fue llorón. Así que, ¡oh Sancho!, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

-¿Ahí está el toque, cuerpo de mi padre! -replicó Sancho.

-Pues, ¿hay más? -preguntó don Quijote.

-Aún la cola falta por desollar -dijo Sancho-. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calañas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y, yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el

historiador que las escribió.

-Yo te aseguro, Sancho -dijo don Quijote-, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

-Y ¿cómo -dijo Sancho- si era sabio y encantador, pues (según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena!

-Ese nombre es de moro -respondió don Quijote.

-Así ser. -respondió Sancho-, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas.

-Tú debes, Sancho -dijo don Quijote-, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en árabe quiere decir señor.

-Bien podría ser -replicó Sancho-, mas, si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

-Haréme mucho placer, amigo -dijo don Quijote-, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

-Pues yo voy por él -respondió Sancho.

Y, dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un gracioso coloquio.

Capítulo III. Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco

Pensativo además quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho; y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues a'n

no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habría dado a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto -decía entre sí- que nunca hazas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera.

Con esto se consoló algún tanto, pero desconsoló pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temióse no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, a quien don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas, diciéndole:

-Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuestra merced uno de los más famosos caballeros

andantes que ha habido, ni aun habr', en toda la redondez de la tierra.

Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejû

escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de

arbigio en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes.

Hizole levantar don Quijote, y dijo:

-Desa manera, øverdad es que hay historia mia, y que fue moro y sabio el que la compuso?

-Es tan verdad, seòor -dijo Sansûn-, que tengo para mi que el dia de hoy est'n impresos m's de doce mil libros de la tal historia; si no, digalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se est' imprimiendo en Amberes, y a mi se me trasluce que no ha de haber naciûn ni lengua donde no se traduzga.

-Una de las cosas -dijo a esta sazûn don Quijote- que m's debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualar'.

-Si por buena fama y si por buen nombre va -dijo el bachiller-, solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, asi en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platûnicos de vuestra merced y de mi seòora doña Dulcinea del Toboso.

-Nunca -dijo a este punto Sancho Panza- he oido llamar con don a mi seòora Dulcinea, sino solamente la seòora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia.

-No es objeciÙn de importancia Èsa -respondiÙ Carrasco.

-No, por cierto -respondiÙ don Quijote-; pero dÌgame vuestra merced, seÒor

bachiller: ¿quÈ hazaÒas mÌas son las que m's se ponderan en esa historia?

-En eso -respondiÙ el bachiller-, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; Èste, a la descripciÙn de los dos ejÈrcitos, que despuÈs parecieron ser dos manadas de carneros; aquÈl encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaÌno.

-DÌgame, seÒor bachiller -dijo a esta sazÙn Sancho-: ¿entra ahÌ la aventura de los yang,eses, cuando a nuestro buen Rocinante se le antojÙ pedir cotufas en el golfo?

-No se le quedÙ nada -respondiÙ SansÙn- al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

-En la manta no hice yo cabriolas -respondiÙ Sancho-; en el aire sÌ, y aun m's de las que yo quisiera.

-A lo que yo imagino -dijo don Quijote-, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerÌas, las cuales nunca pueden estar llenas de prÙsperos sucesos.

-Con todo eso -respondiÙ el bachiller-, dicen algunos que han leÌdo la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al seÒor don Quijote.

-AhÌ entra la verdad de la historia -dijo Sancho.

-TambiÈn pudieran callarlos por equidad -dijo don Quijote-, pues las

acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para quÈ  
escribirlas, si han de redundar en menosprecio del seÒor de la historia. A  
fee que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente  
Ulises como le describe Homero.

-Asì es -replicô Sansûn-, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar, o cantar las cosas, no como fueron,  
sino como debìan ser; y el historiador las ha de escribir, no como debìan  
ser, sino como fueron, sin aÒadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

-Pues si es que se anda a decir verdades ese seÒor moro -dijo Sancho-,  
a  
buen seguro que entre los palos de mi seÒor se hallen los mios; porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen  
a mî de todo el cuerpo; pero no hay de quÈ maravillarme, pues, como dice el  
mismo seÒor mîo, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

-Socarrûn sois, Sancho -respondiû don Quijote-. A fee que no os falta memoria cuando vos querÈis tenerla.

-Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado -dijo Sancho-, no lo consentir·n los cardenales, que a·n se est·n frescos en las  
costillas.

-Callad, Sancho -dijo don Quijote-, y no interrump·is al seÒor bachiller, a  
quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mî en la referida historia.

-Y de mî -dijo Sancho-, que tambiÈn dicen que soy yo uno de los principales  
presonajes della.

-Personajes que no presonajes, Sancho amigo -dijo Sansûn.

-ØOtro reprochador de voquibles tenemos? -dijo Sancho-. Pues ·ndense a eso,  
y no acabaremos en toda la vida.

-Mala me la dÈ Dios, Sancho -respondiû el bachiller-, si no sois vos la  
la

segunda persona de la historia; y que hay tal, que precia m's oïros hablar a vos que al m's pintado de toda ella, puesto que tambiÈn hay quien diga que anduvistes demasidamente de crÈdulo en creer que podìa ser verdad el gobierno de aquella ìnsula, ofrecida por el seÒor don Quijote, que est· presente.

-A' n hay sol en las bardas -dijo don Quijote-, y, mientras m's fuere entrando en edad Sancho, con la esperiencia que dan los aÒos, estar· m's idÛneo y m's h·bil para ser gobernador que no est· agora.

-Por Dios, seÒor -dijo Sancho-, la isla que yo no gobernase con los aÒos que tengo, no la gobernarÈ con los aÒos de MatusalÈn. El daÒo est· en que la dicha ìnsula se entretiene, no sÈ dÛnde, y no en faltarme a mÌ el caletre para gobernarla.

-Encomendadlo a Dios, Sancho -dijo don Quijote-, que todo se har· bien, y quiz· mejor de lo que vos pens·is; que no se mueve la hoja en el ÷rbol sin la voluntad de Dios.

-Asì es verdad -dijo SansÛn-, que si Dios quiere, no le faltar·n a Sancho mil islas que gobernar, cuanto m's una.

-Gobernador he visto por ahÌ -dijo Sancho- que, a mi parecer, no llegan a la suela de mi zapato, y, con todo eso, los llaman seÒorÌa, y se sirven con plata.

-...sos no son gobernadores de ìnsulas -replicÛ SansÛn-, sino de otros gobiernos m's manuales; que los que gobiernan ìnsulas, por lo menos han de saber gram·tica.

-Con la grama bien me avendrÌa yo -dijo Sancho-, pero con la tica, ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo. Pero, dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes donde m's de mÌ se sirva, digo, seÒor bachiller SansÛn Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el



autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos.

-Eso fuera hacer milagros -respondió Sansón.

-Milagros o no milagros -dijo Sancho-, cada uno mire cómo habla o cómo escribe de las presonas, y no ponga a troche moche lo primero que le viene al magín.

-Una de las tachas que ponen a la tal historia -dijo el bachiller- es que su autor puso en ella una novela intitulada El curioso impertinente; no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote.

-Yo apostaré -replicó Sancho- que ha mezclado el hideperro berzas con capachos.

-Ahora digo -dijo don Quijote- que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que, a tienta y sin algún discurso, se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de ¿beda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: "Lo que saliere". Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: "...ste es gallo". Y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

-Eso no -respondió Sansón-, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: "allí va Rocinante". Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos

le piden. Finalmente, la tal historia es del m's gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico.

-A escribir de otra suerte -dijo don Quijote-, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le moviê al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los mios: sin duda se debiê de atener al refr'n: "De paja y de heno...", etc.etera. Pues en verdad que en sũlo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis l'grimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, seor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la m's discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde est' la verdad est' Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que asì componen y arrojan libros de sî como si fuesen buèuelos.

-No hay libro tan malo -dijo el bachiller- que no tenga algo bueno.

-No hay duda en eso -replicê don Quijote-; pero muchas veces acontece que los que tenian mèritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en d'ndolos a la estampa, la perdieron del todo, o la menoscabaron en algo.

-La causa deso es -dijo Sansũn- que, como las obras impresas se miran despacio, f'cilmente se veen sus faltas, y tanto m's se escudriõan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre, o las m's veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

-Eso no es de maravilllar -dijo don Quijote-, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el p'lpito, y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predicán.

-Todo eso es así, señor don Quijote -dijo Carrasco-, pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los tomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.

-El que de mí trata -dijo don Quijote-, a pocos habrá contentado.

-Antes es al revés; que, como de stultorum infinitus est numerus, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.

-Sancho respondió:

-Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo ajeo, me pondrá en la espina de Santa Lucía. En casa lo tengo, mi oislo

me aguarda; en acabando de comer, darÈ la vuelta, y satisfacerÈ a vuestra merced y a todo el mundo de lo que preguntar quisieren, asÌ de la pÈrdida del jumento como del gasto de los cien escudos.

Y, sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fue a su casa.

Don Quijote pidiÛ y rogÛ al bachiller se quedase a hacer penitencia con Èl.

Tuvo el bachiller el envite: quedÛse, aÒadiÛse al ordinario un par de pichones, tratÛse en la mesa de caballerÌas, siguiÛle el humor Carrasco, acabÛse el banquete, durmieron la siesta, volviÛ Sancho y renovÛse la pl·tica pasada.

CapÌtulo IV. Donde Sancho Panza satisface al bachiller SansÛn Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse

VolviÛ Sancho a casa de don Quijote, y, volviendo al pasado razonamiento, dijo:

-A lo que el seÒor SansÛn dijo que se deseaba saber quiÈn, o cÛmo, o cu·ndo se me hurtÛ el jumento, respondiendigo que la noche misma que, huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, despuÈs de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi seÒor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi seÒor arrimado a su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormÌ con tan pesado sueÒo, que quienquiera que fue tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso a los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejÛ a caballo sobre ella, y me sacÛ debajo de mÌ al rucio, sin que yo lo sintiese.

-Eso es cosa f·cil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucediÛ a

Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

-Amaneció -prosiguió Sancho-, y, apenas me hube estremecido, cuando, faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; miré por el jumento, y no le vi; acudieronme lágrimas a los ojos, y hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.

-No está en eso el yerro -replicó Sansón-, sino en que, antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba a caballo Sancho en el mismo rucio.

-A eso -dijo Sancho-, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor.

-Así es, sin duda -dijo Sansón-; pero, ¿qué se hicieron los cien escudos? ¿deshicieronse?

Respondió Sancho:

-Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote; que si, al cabo de tanto tiempo, volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en presona, y nadie tiene para qué meterse en si truje o no truje, si gasté o no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar a dinero, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habría para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga a juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

-Yo tendr  cuidado -dijo Carrasco- de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se est .

- Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, se or bachiller? - pregunt  don Quijote.

-S  debe de haber -respondi  El-, pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

-Y por ventura -dijo don Quijote-,  promete el autor segunda parte?

-S  promete -respondi  Sans n-, pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así, estamos en duda si saldr  o no; y así por esto como porque algunos dicen: "Nunca segundas partes fueron buenas", y otros: "De las cosas de don Quijote bastan las escritas", se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturninos dicen: "Vengan más quijotadas: embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos".

-Y  a qué se atiende el autor?

-A que -respondi  Sans n-, en hallando que halle la historia, que El va buscando con extraordinarias diligencias, la dar  luego a la estampa, llevado más del inter s que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna.

A lo que dijo Sancho:

- Al dinero y al inter s mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no har  sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfecci n que requieren.

Atienda ese se or moro, o lo que es, a mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues t nganos el pie al herrar, y ver  del que cosqueamos. Lo que yo s  decir es

que si mi seòor tomase mi consejo, ya habìamos de estar en esas  
campaõas  
deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de  
los  
buenos andantes caballeros.

No habìa bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron a  
sus  
oídos relinchos de Rocinante; los cuales relinchos tomô don Quijote  
por  
felicìsimo ag,ero, y determinô de hacer de allì a tres o cuatro dìa  
otra  
salida; y, declarando su intento al bachiller, le pidiô consejo por  
quÈ  
parte comenzarìa su jornada; el cual le respondiô que era su parecer  
que  
fuese al reino de Aragûn y a la ciudad de Zaragoza, adonde, de allì a  
pocos  
dìas, se habìan de hacer unas solenìsimas justas por la fiesta de San  
Jorge, en las cuales podrìa ganar fama sobre todos los caballeros  
aragoneses, que serìa ganarla sobre todos los del mundo. Alabôle ser  
honradìsima y valentìsima su determinaciôn, y advirtiôle que anduviese  
m's  
atentado en acometer los peligros, a causa que su vida no era suya,  
sino de  
todos aquellos que le habìan de menester para que los amparase y  
socorriese  
en sus desventuras.

-Deso es lo que yo reniego, seòor Sansûn -dijo a este punto Sancho-,  
que  
asì acomete mi seòor a cien hombres armados como un muchacho goloso a  
media  
docena de badeas. °Cuerpo del mundo, seòor bachiller! SÌ, que tiempos  
hay  
de acometer y tiempos de retirar; sÌ, no ha de ser todo "°Santiago, y  
cierra, Espaõa!" Y m's, que yo he oïdo decir, y creo que a mi seòor  
mismo,  
si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario  
est· el  
medio de la valentìa; y si esto es asì, no quiero que huya sin tener  
para  
quÈ, ni que acometa cuando la demasìa pide otra cosa. Pero, sobre  
todo,  
aviso a mi seòor que si me ha de llevar consigo, ha de ser con  
condiciôn  
que Èl se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado a  
otra  
cosa que a mirar por su persona en lo que tocare a su limpieza y a su  
regalo; que en esto yo le bailarÈ el agua delante; pero pensar que  
tengo de

poner mano a la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, se or Sans n, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvi  a caballero andante; y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna  nsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibir  mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro sino de Dios; y más, que tan bien, y aun quizá mejor, me sabr  el pan desgobernado que siendo gobernador; y  s  yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me haga las muelas? Sancho naci , y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas a buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna  nsula, o otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que tambi n se dice: "Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla"; y "Cuando viene el bien, m telo en tu casa".

-Vos, hermano Sancho -dijo Carrasco-, hab is hablado como un catedrático; pero, con todo eso, confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una  nsula.

-Tanto es lo de más como lo de menos -respondi  Sancho-; aunque sí decir al señor Carrasco que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso a mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar  nsulas, y esto ya otras veces lo he dicho a mi señor.

-Mirad, Sancho -dijo Sans n-, que los oficios mudan las costumbres, y podr a ser que vi ndoos gobernador no conoci sedes a la madre que os pari .

-Eso all  se ha de entender -respondi  Sancho- con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de envidia de cristianos viejos, como yo los tengo.  No, sino llegaos a mi condici n, que sabr  usar de desagradecimiento con alguno!



-Dios lo haga -dijo don Quijote-, y ello dirá cuando el gobierno venga; que ya me parece que le trayo entre los ojos.

Dicho esto, rogó al bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese: Dulcinea del Toboso.

El bachiller respondió que, puesto que él no era de los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, a causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de a cuatro versos, sobrara una letra; y si de a cinco, a quien llaman décimas o redondillas, faltaban tres letras; pero, con todo eso, procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso.

-Ha de ser así en todo caso -dijo don Quijote-; que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros.

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí a ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y a maese Nicolás, y a su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando a don Quijote que de todos sus buenos o malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así, se despidieron, y Sancho fue a poner en orden lo necesario para su jornada.

Capítulo V. De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación

(Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en Él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que Él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía; y así, prosiguió diciendo:)

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que la obligó a preguntarle:

-¿Qué traes, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que Él respondió:

-Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

-No os entiendo, marido -replicó ella-, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgaredes, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

-Mirad, Teresa -respondió Sancho-: yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con Él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de

no estar contento.

-Mirad, Sancho -replicó Teresa-: después que os hicistes miembro de caballero andante habléis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

-Basta que me entienda Dios, mujer -respondió Sancho-, que ...l es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo, y a tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yagüeses y con moros encantados.

-Bien creo yo, marido -replicó Teresa-, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando a Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

-Yo os digo, mujer -respondió Sancho-, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

-Eso no, marido mío -dijo Teresa-: viva la gallina, aunque sea con su pepita; vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, o os llevarán, a la sepultura cuando Dios fuere servido. Como éstos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho: si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos; que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis

veros con gobierno; y, en fin en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

-A buena fe -respondiô Sancho- que si Dios me llega a tener algo què de gobierno, que tengo de casar, mujer mà, a Mari Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla seôora.

-Eso no, Sancho -respondiô Teresa-: casadla con su igual, que es lo m's acertado; que si de los zuecos la sac'is a chapines, y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un t' a una doôa tal y seôor'ia, no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

-Calla, boba -dijo Sancho-, que todo ser' usarlo dos o tres aôos; que despuès le vendr' el seôorio y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿què importa? SÈase ella seôor'ia, y venga lo que viniere.

-Medios, Sancho, con vuestro estado -respondiô Teresa-; no os quer'is alzar a mayores, y advertid al refr'n que dice: "Al hijo de tu vecino, l'impiale las narices y mÈtele en tu casa". °Por cierto, que ser'ia gentil cosa casar a nuestra Mar'ia con un condazo, o con caballero que, cuando se le antojase, la pusiese como nueva, llam'ndola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas! °No en mis d'ias, marido! °Para eso, por cierto, he criado yo a mi hija! Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo; que ah' est' Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sÈ que no mira de mal ojo a la mochacha; y con Èste, que es nuestro igual, estar' bien casada, y le tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andar' la paz y la bendiciôn de Dios entre todos nosotros; y no cas'rmela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan, ni ella se entienda.

-Ven ac', bestia y mujer de Barrab's -replicô Sancho-: ¿por què quieres t' ahora, sin què ni para què, estorbarme que no case a mi hija con quien me

dÈ nietos que se llamen seÒorÌa? Mira, Teresa: siempre he oïdo decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa. Y no serÌa bien que ahora, que est· llamando a nuestra puerta, se la cerremos; dejÈmonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

(Por este modo de hablar, y por lo que m's abajo dice Sancho, dijo el tradutor desta historia que tenÌa por apÛcrifo este capÌtulo.)

-øNo te parece, animalia -prosiguiÛ Sancho-, que ser· bien dar con mi cuerpo en alg'n gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo? Y c'sese a Mari Sancha con quien yo quisiere, y ver's cÛmo te llaman a ti doàa Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. °No, sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos m's, que Sanchica ha de ser condesa, aunque t' m's me digas.

-øVeis cuanto decÌs, marido? -respondiÛ Teresa-. Pues, con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdiçiÛn. Vos haced lo que quisiÈredes, ora la hag'is duquesa o princesa, pero sÈos decir que no ser· ello con voluntad ni consentimiento m'io. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin aòadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; Cascajo se llamÛ mi padre, y a m'Ì, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza, que a buena razÛn me habÌan de llamar Teresa Cascajo. Pero all· van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima, que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir a los que me vieren andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dir'n: ''°Mirad quÈ entonada va la pazpuerca!; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba a misa cubierta la cabeza con la falda de la saya, en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no

la conociÈsemos''. Si Dios me guarda mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tengo, no pienso dar ocasiÙn de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos a ser gobierno o Ìnsulo, y entonaos a vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras, y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorar· como seamos buenas; y yo no sÈ, por cierto, quiÈn le puso a Èl don, que no tuvieron sus padres ni sus ag,elos.

-Ahora digo -replicÙ Sancho- que tienes alg'n familiar en ese cuerpo. °V·late Dios, la mujer, y quÈ de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! øQuÈ tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven ac·, mentecata e ignorante (que asÌ te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha): si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, o que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doÒa Urraca, tenÌas razÙn de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don y una seÒorÌa a cuestras, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de m's almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos, øpor quÈ no has de consentir y querer lo que yo quiero?

-øSabÈis por quÈ, marido? -respondiÙ Teresa-; por el refr·n que dice: "°Quien te cubre, te descubre!" Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allÌ es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles a montones, como enjambres de abejas.

-Mira, Teresa -respondiÙ Sancho-, y escucha lo que agora quiero decirte; quiz· no lo habr's oÌdo en todos los dÌas de tu vida, y yo agora no hablo

de mío; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la Cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.

(Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden a la capacidad de Sancho. El cual prosiguió diciendo:)

-De donde nace que, cuando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baja en que vimos a la tal persona; la cual inominia, ahora sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente. Y si éste a quien la fortuna sacó del borrador de su baja (que por estas mismas razones lo dijo el padre) a la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

-Yo no os entiendo, marido -replicó Teresa-: haced lo que quisiereis, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

-Resuelto has de decir, mujer -dijo Sancho-, y no revuelto.

-No os pongáis a disputar, marido, conmigo -respondió Teresa-. Yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

-En teniendo gobierno -dijo Sancho-, enviarÈ por Èl por la posta, y te enviarÈ dineros, que no me faltar·n, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen; y vïstele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

-Enviad vos dinero -dijo Teresa-, que yo os lo vistirÈ como un palmito.

-En efecto, quedamos de acuerdo -dijo Sancho- de que ha de ser condesa nuestra hija.

-El dïa que yo la viere condesa -respondiÛ Teresa-, Èse harÈ cuenta que la entierro, pero otra vez os digo que hag·is lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros.

Y, en esto, comenzÛ a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consolÛ diciÈndole que, ya que la hubiese de hacer condesa, la harïa todo lo m·s tarde que ser pudiese. Con esto se acabÛ su pl·tica, y Sancho volviÛ a ver a don Quijote para dar orden en su partida.

Capítulo VI. De lo que le pasÛ a Don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida pl·tica, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil seòales iban coligiendo que su tïo y seòor querïa desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballerïa: procuraban por todas las vïas posibles apartarle de tan mal pensamiento, pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frïo. Con todo esto, entre otras muchas razones que con Èl pasaron, le dijo el ama:



-En verdad, se or mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano y se est   
quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como  
nima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, a  
quien yo  
llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito a Dios y al  
rey,  
que pongan remedio en ello.

A lo que respondi  don Quijote:

-Ama, lo que Dios responder  a tus quejas yo no lo s , ni lo que ha de  
responder Su Majestad tampoco, y sólo s  que si yo fuera rey, me  
escusara  
de responder a tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada  
día le  
dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros  
muchos, es el estar obligados a escuchar a todos y a responder a  
todos; y  
así, no querr a yo que cosas m as le diesen pesadumbre.

A lo que dijo el ama:

-D ganos, señor: en la corte de Su Majestad,  no hay caballeros?

-S  -respondi  don Quijote-, y muchos; y es razón que los haya, para  
adorno  
de la grandeza de los pr ncipes y para ostentación de la majestad  
real.

-Pues,  no ser a vuesa merced -replic  ella- uno de los que a pie  
quedo  
sirviesen a su rey y señor, estándose en la corte?

-Mira, amiga -respondi  don Quijote-: no todos los caballeros pueden  
ser  
cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros  
andantes: de todos ha de haber en el mundo; y, aunque todos seamos  
caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los  
cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte,  
se  
pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni  
padecer  
calor ni fr o, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes  
verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de  
noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros  
mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en  
su  
mismo ser, y en todo trance y en toda ocasi n los acometemos, sin  
mirar en

ni òerías, ni en las leyes de los desafíos; si lleva, o no lleva, m's  
corta  
la lanza, o la espada; si trae sobre sí reliquias, o alg'n engaño  
encubierto; si se ha de partir y hacer tajadas el sol, o no, con otras  
ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de  
persona  
a persona, que t' no sabes y yo sí. Y has de saber m's: que el buen  
caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no  
sûlo  
tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos  
grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y  
poderosos  
navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y m's ardiendo que un  
horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con  
gentil  
continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y,  
si  
fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante,  
aunque  
viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que  
son m's  
duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen  
cuchillos  
tajantes de damasquino acero, o porras ferradas con puntas asimismo de  
acero, como yo las he visto m's de dos veces. Todo esto he dicho, ama  
mía,  
porque veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros; y sería  
razón  
que no hubiese príncipe que no estimase en m's esta segunda, o, por  
mejor  
decir, primera especie de caballeros andantes, que, seg'n leemos en  
sus  
historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud no sûlo de  
un  
reino, sino de muchos.

-°Ah, se òor mío! -dijo a esta sazón la sobrina-; advierta vuestra  
merced  
que todo eso que dice de los caballeros andantes es f' bula y mentira,  
y sus  
historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le  
echase un  
sambenito, o alguna señal en que fuese conocida por infame y por  
gastadora  
de las buenas costumbres.

-Por el Dios que me sustenta -dijo don Quijote-, que si no fueras mi  
sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de  
hacer un  
tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo  
el  
mundo. ¿Cûmo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce

palillos de randas se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero a buen seguro que Él te perdonara, porque fue el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y, demás, grande amparador de las doncellas; mas, tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son cortesés ni bien mirados: algunos hay follones y descomedidos. Ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo: que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que apostan mueren por parecer hombres bajos; aquellos se llevan con la ambición o con la virtud, éstos se abajan o con la flojedad o con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones.

-¡Válame Dios! -dijo la sobrina-. ¿Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que, si fuese menester en una necesidad, podría subir en un pulpito e irse a predicar por esas calles, y que, con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo; porque, aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

-Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices -respondió don Quijote-, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero, por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: a cuatro suertes de linajes, y estadme atentas, se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son éstas: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza; otros, que

tuvieron principios grandes, y los fueron conservando y los conservan  
y  
mantienen en el ser que comenzaron; otros, que, aunque tuvieron  
principios  
grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo disminuido y  
aniquilado  
su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la  
pirámide, que  
respeto de su basa o asiento no es nada; otros hay, y Estos son los  
m's,  
que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el  
fin,  
sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los  
primeros, que tuvieron principio humilde y subieron a la grandeza que  
ahora  
conservan, te sirva de ejemplo la Casa Otomana, que, de un humilde y  
bajo  
pastor que le dio principio, está en la cumbre que le vemos. Del  
segundo  
linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla,  
serán  
ejemplo muchos príncipes que por herencia lo son, y se conservan en  
ella,  
sin aumentarla ni disminuirla, contentándose en los límites de sus  
estados  
pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay  
millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto,  
los  
Cesares de Roma, con toda la caterva, si es que se le puede dar este  
nombre, de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios,  
persas,  
griegos y bárbaros, todos estos linajes y señorios han acabado en  
punta y  
en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será  
posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos,  
será  
en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo qué decir, sino  
que  
sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan  
otra  
fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que  
infiráis,  
bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y  
que  
solos aquéllos parecen grandes y ilustres que lo muestran en la  
virtud, y  
en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y  
liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande,  
y el  
rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas  
no  
le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas

comoquiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrar tan liberal como el que a campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes que, aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que, casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir a pesar de todo el mundo, y ser en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, mi voluntad desea. Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en la muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que Por estas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento, do nunca arriba quien de allí declina.

-°Ay, desdichada de mí -dijo la sobrina-, que también mi señor es poeta!. Todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

Yo te prometo, sobrina -respondiÛ don Quijote-, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sÿ todos los sentidos, que no habrÿa cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

A este tiempo, llamaron a la puerta, y, preguntando quiÈn llamaba, respondiÛ Sancho Panza que Èl era; y, apenas le hubo conocido el ama, cuando corriÛ a esconderse por no verle: tanto le aborrecÿa. AbriÛle la sobrina, saliÛ a recibirle con los brazos abiertos su seÒor don Quijote, y encerr·ronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

Capÿtulo VII. De lo que pasÛ don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosÿsimos

Apenas vio el ama que Sancho Panza se encerraba con su seÒor, cuando dio en la cuenta de sus tratos; y, imaginando que de aquella consulta habÿa de salir la resoluciÛn de su tercera salida y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fue a buscar al bachiller SansÛn Carrasco, pareciÈndole que, por ser bien hablado y amigo fresco de su seÒor, le podrÿa persuadir a que dejase tan desvariado propÛsito.

HallÛle pase·ndose por el patio de su casa, y, viÈndole, se dejÛ caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Cuando la vio Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

-¿QuÈ es esto, seÒora ama? ¿QuÈ le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

-No es nada, seÒor SansÛn mÿo, sino que mi amo se sale; °s·lese sin duda!

-Y ¿por dÛnde se sale, seÒora? -preguntÛ SansÛn-. ¿H·sele roto alguna parte de su cuerpo?

-No se sale -respondi  ella-, sino por la puerta de su locura. Quiero decir, se or bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con ésta ser   la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado; y ven a tal el triste, que no le conociera la madre que le pari : flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que, para haberle de volver algún tanto en sí, gast  más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejaran mentir.

-Eso creo yo muy bien -respondi  el bachiller-; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, se ora ama:  no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote?

-No, se or -respondi  ella.

-Pues no tenga pena -respondi  el bachiller-, sino váyase en hora buena a su casa, y t ngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y, de camino, vaya rezando la oraci n de Santa Apolonia si es que la sabe, que yo ir  luego all , y ver  maravillas.

- Cuitada de mí! -replic  el ama-;  la oraci n de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece?: eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascotes.

-Yo s  lo que digo, se ora ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillar -respondi  Carrasco.

Y con esto, se fue el ama, y el bachiller fue luego a buscar al cura, a comunicar con él lo que se dirá a su tiempo.

En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

Dijo Sancho a su amo:

-Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme.

-Reducida has de decir, Sancho -dijo don Quijote-, que no relucida.

-Una o dos veces -respondió Sancho-, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que, cuando no los entienda, diga: ''Sancho, o diablo, no te entiendo''; y si yo no me declarare, entonces podrá emendarme; que yo soy tan fácil...

-No te entiendo, Sancho -dijo luego don Quijote-, pues no sé qué quiere decir soy tan fácil.

-Tan fácil quiere decir -respondió Sancho- soy tan así.

-Menos te entiendo agora -replicó don Quijote.

-Pues si no me puede entender -respondió Sancho-, no sé cómo lo diga: no sé más, y Dios sea conmigo.

-Ya, ya caigo -respondió don Quijote- en ello: ¿quieres decir que eres tan fácil, blando y mero que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

-Apostaré yo -dijo Sancho- que desde el principio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oírme decir otras docientas patochadas.

-Podrá ser -replicó don Quijote-. Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?

-Teresa dice -dijo Sancho- que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco,



y el que no le toma es loco.

-Y yo lo digo también -respondió don Quijote-. Decid, Sancho amigo; pas adelante, que habláis hoy de perlas.

-Es el caso -replicó Sancho- que, como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle, porque la muerte es sorda, y, cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va depriesa y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos plpitos.

-Todo eso es verdad -dijo don Quijote-, pero no sé dónde vas a parar.

-Voy a parar -dijo Sancho- en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar a mercedes, que llegan tarde, o mal, o nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese, lo cual ni lo creo ni lo espero, que vuestra merced me diese la ñsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ñsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad.

-Sancho amigo -respondió don Quijote-, a las veces, tan buena suele ser una gata como una rata.

-Ya entiendo -dijo Sancho-: yo apostaré que había de decir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entendido.

-Y tan entendido -respondió don Quijote- que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus

refranes. Mira, Sancho: yo bien te sealaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase, por alg'n pequeño resquicio, què es lo que solían ganar cada mes, o cada año; pero yo he leído todas o las m's de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ning'n caballero andante haya seolado conocido salario a su escudero. Sólo se que todos servían a merced, y que, cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una insula, o con otra cosa equivalente, y, por lo menos, quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora: que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo escusado. Así que, Sancho mío, volvedos a vuestra casa, y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, bene quidem; y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos se yo arrojar refranes como llovidos. Y, finalmente, quiero decir, y os digo, que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.

Quando Sancho oyó la firme resolución de su amo se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así, estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco y la sobrina, deseosos de oír con qué razones persuadía a su señor que no tornarse a buscar las aventuras. Llegó Sansón, socorriéndole como la vez primera y con voz levantada, le dijo:

-°Oh flor de la andante caballería; oh luz resplandeciente de las armas; oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso, donde m's largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jam's se les cumpla lo que mal desearen.

Y, volviéndose al ama, le dijo:

-Bien puede la señora ama no rezar m's la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga m's tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. °Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura!

A esta sazón, dijo don Quijote, volviéndose a Sancho:

-¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante. Pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas

y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

-Sí digno -respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió -: No se dirá por mí, señor mío: el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quienes fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer; la cual, cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y, pues yo soy hombre dondequiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare; y así, no hay más que hacer, sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada a vuestra merced a salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuestra merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza; que, puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero, oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que él había leído, y confirmólo por uno de los más solenes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el

mundo.

Finalmente, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí a tres días fuese su partida; en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras dijo don Quijote que la había de llevar. Ofreciósele Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, puesto que estaba más oscura por el orín y el moho que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller no tuvieron cuenta: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y, al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designo que tuvo Sansón, para persuadirle a que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado.

En resolución, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y, habiendo aplacado Sancho a su mujer, y don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso: don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica, y la bolsa de dineros que le dio don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con ésta o entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Prometiéndolo don Quijote, dio Sansón la vuelta a su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

Capítulo VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote, yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso

''°Bendito sea el poderoso Al·! -dice Hamete Benengeli al comienzo deste  
octavo capitulo-. °Bendito sea Al·!''', repite tres veces; y dice que da  
estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho,  
y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde  
este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde  
ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los  
campos de Montiel, y no es mucho lo que pide para tanto como Él promete; y  
así prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho,